COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

1 TESALONICENSES

JOHN MACARTHUR

"Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual".

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

1 TESALONICENSES

JOHN MACARTHUR

"Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual".

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

1 TESALONICENSES

JOHN MACARTHUR


PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: 1 Thessalonians* © 2002 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: 1 Tesalonicenses* © 2012 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1561-6 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6484-3 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-8631-9 (epub)

Realización ePub: produccioneditorial.com

A Doug Virgint, quien ha traducido y publicado mis escritos por varios años al francés, para que la Palabra de Dios pueda irradiar su luz gloriosa a personas con recursos bíblicos limitados.

Me da mucha alegría ver la luz de la verdad brillando en otras partes de la oscuridad.

Gracias Doug por ser un amigo, un facilitador y un misionero verdadero.

Contenido

Índice de temas

Prólogo

La predicación expositiva de todo el Nuevo Testamento sigue siendo para mí una experiencia de comunión y gratificación divinas. Mi meta siempre es tener una comunión más profunda con el Señor para entender su Palabra y, a partir de esa experiencia, explicar a su pueblo el significado del pasaje. Usando las palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo por "[ponerle] el sentido" al texto de modo que las personas puedan oír de verdad cómo Dios les habla y, al escucharle, puedan responderle.

Obviamente, el pueblo de Dios necesita entender a Dios y para ello necesitan conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que esa Palabra more abundantemente en ellos (Col. 3:16). Por tanto, el impulso dominante de mi ministerio es ayudar a que la Palabra viva de Dios se avive en su pueblo. Es una aventura estimulante.

La serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja este objetivo de explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son principalmente lingüísticos, otros son sobre todo teológicos, y algunos tienen un enfoque más homilético. Este es básicamente explicativo o expositivo. No es técnico en lo lingüístico pero usa la lingüística cuando parece útil para la interpretación apropiada. No es teológicamente amplio, pero se enfoca en las doctrinas principales de cada texto y su relación con todas las Escrituras. No es primariamente homilético aunque cada unidad de pensamiento se trata en general como un capítulo, con un delineamiento y flujo lógico de pensamiento. La mayoría de las verdades se ilustran y aplican con otras Escrituras. Después de establecer el contexto de un pasaje, he procurado seguir de cerca el desarrollo y razonamiento del escritor.

Mi oración es que cada lector pueda entender lo que el Espíritu Santo está diciendo por medio de esa parte de la Palabra de Dios, de forma que esa revelación pueda alojarse en la mente de los creyentes y llevarles a una mayor obediencia y fidelidad, todo para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción a 1 Tesalonicenses

En esta época de tanto interés por la profecía y los últimos tiempos, existe la tendencia a ver las epístolas a los tesalonicenses tan solo como tratados escatológicos. Sin embargo, eso pasa por alto toda la riqueza allí contenida. Estas epístolas *sí* incluyen enseñanzas importantes sobre el final de los tiempos (p. ej., 1 Ts. 1:10; 2:19; 3:11-13; 4:13—5:11; 5:23; 2 Ts. 1:7-10; 2:1-12), pero solo en el contexto de la preocupación pastoral apasionada de Pablo por su amado rebaño tesalonicense, para que no perdieran el gozo y la esperanza de una escatología coherente (p. ej., 1 Ts. 1:2-5; 2:7-8, 11-12, 17-20; 3:1-12; 4:1-12; 2 Ts. 1:3-4, 11-12; 2:13-14, 16-17; 3:5, 16, 18). Por lo tanto, pueden caracterizarse más precisamente como epístolas eclesiásticas.

Aunque el apóstol Pablo había ministrado solo un poco de tiempo en Tesalónica, estaba asombrado con lo que estaba ocurriendo allí. Sus cartas reflejan alegría por el progreso espiritual de los tesalonicenses en su breve tiempo como creyentes:

> *Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones (1 Ts. 1:2).*
>
> *Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes. Porque vosotros, hermanos, vinisteis a ser imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea; pues habéis padecido de los de vuestra propia nación las mismas cosas que ellas padecieron de los judíos (1 Ts. 2:13-14).*
>
> *Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo (1 Ts. 2:19-20).*
>
> *Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios? (1 Ts. 3:9).*
>
> *Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros; y también lo hacéis así con todos los hermanos que están por toda Macedonia. Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más (1 Ts. 4:9-10).*
>
> *Por lo cual, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros, así como lo hacéis (1 Ts. 5:11).*
>
> *Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás; tanto, que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis (2 Ts. 1:3-4).*
>
> *Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad (2 Ts. 2:13).*

Las epístolas a los tesalonicenses señalan las características de una iglesia sana y creciente. Nos hablan de las responsabilidades de los líderes con la congregación (1 Ts. 5:12, 14-15); de la congregación con los líderes (1 Ts. 5:13, 25-28; 2 Ts. 3:1-2); de los creyentes para crecer espiritualmente (1 Ts. 5:16-22), de estar firmes en medio de la persecución (1 Ts. 2:14-16) y de vivir vidas ordenadas (2 Ts. 3:6-13); y la responsabilidad de la iglesia de disciplinar a los miembros en pecado (2 Ts. 3:6; 14-15). También hacen hincapié en la responsabilidad de la iglesia de alcanzar al mundo perdido con la verdad salvadora del evangelio (1 Ts. 1:8-10).

LA CIUDAD DE TESALÓNICA

Tesalónica (antiguamente Salónica), era la ciudad más grande e importante en la provincia romana de Macedonia (al norte de la Grecia moderna). Su ubicación en la cabecera del golfo Termaico (el golfo de Salónica), un brazo del mar

Egeo, la hizo un puerto marino vibrante. Se extendía sobre las colinas con vista al puerto y tenía una población cosmopolita cercana a las doscientos cincuenta mil personas que incluían griegos nativos, romanos, marineros, viajeros, comerciantes y hombres de negocios. A diferencia de Filipos, cuya población judía no era suficiente para sostener una sinagoga (cp. Hch. 16:13), la presencia judía en Tesalónica era importante e influyente (cp. Hch. 17:1, 5-9).

Tal vez la mayor ventaja de Tesalónica era su ubicación a horcajadas de la vía Egnatia, la mayor carretera de este a oeste en el imperio romano, que iba desde lo que hoy es Albania hasta Bizancio (Constantinopla, Estambul). La principal calle de Tesalónica era parte de aquella gran carretera que enlazaba a Roma con las regiones orientales del imperio. William Barclay, observando la importancia de la ubicación estratégica de Tesalónica en la vía Egnatia para el esparcimiento del evangelio, escribe:

> Es imposible exagerar la importancia de la llegada del cristianismo a Tesalónica. Si se asentaba en ella, era de esperar que se extendiera hacia el Este por la vía Egnatia hasta conquistar toda Asia [Menor], y hacia el Oeste, hasta invadir a la misma Roma… La llegada del cristianismo a Tesalónica fue clave para que llegara a ser una religión universal (*Comentario al Nuevo Testamento* [Barcelona: Clie, 2005], p. 783).

Tesalónica fue fundada por Casandro alrededor del 315 a.C. Casandro fue uno de los generales de Alejandro Magno y llegó a ser rey de Macedonia después de la muerte de Alejandro. Le dio nombre al nuevo asentamiento, construido sobre un pueblo antiguo llamado Terme (supuestamente por unas aguas termales cercanas), en honor a su esposa, medio hermana de Alejandro Magno. Cuando los romanos conquistaron Macedonia (168 a.C.) y la dividieron en cuatro repúblicas, hicieron a Tesalónica la capital de una de ellas. Y cuando toda Macedonia se convirtió en provincia romana (148 a.C.), Tesalónica fue su capital. La ciudad tuvo la sabiduría (o la suerte) de respaldar a Antonio y Octavio en su campaña exitosa contra Bruto y Casio. La recompensa fue hacerla una ciudad libre en el 42 a.C. Como tal, aunque era la sede del gobernador romano, la ciudad no estaba ocupada por tropas romanas. Permaneció una ciudad griega, a diferencia de Filipos, fuertemente influenciada por las leyes y costumbres romanas. Tesalónica, como ciudad libre, tampoco tenía que pagar ciertos impuestos. Pero lo más importante fue que a la ciudad se le concedió una gran medida de gobierno propio; su pueblo elegía sus propios magistrados, llamados politarcos ("las autoridades de la ciudad"; Hch. 17:6). Aunque alguna vez los escépticos cuestionaron el uso de ese término, varias inscripciones han verificado su exactitud.

Tesalónica es una de las pocas ciudades visitadas por Pablo cuya existencia ha sido continua desde los tiempos paulinos hasta hoy día. Según la tradición, Gayo, compañero de viaje de Pablo, fue el primer obispo de Tesalónica. Él es uno entre varios tesalonicenses mencionados en las Escrituras (Hch. 19:29; al parecer, el Gayo mencionado en Hch. 20:4 es otro). Otros tesalonicenses que ministraron con Pablo incluyen a Aristarco (Hch. 19:29; 20:4; 27:2), a Segundo (Hch. 20:4) y posiblemente a Demas (2 Ti. 4:10).

Tesalónica fue la segunda ciudad más importante del imperio bizantino, después de Constantinopla. En la ciudad ocurrió un famoso incidente en el 390 d.C., cuando el emperador Teodosio ordenó la masacre de miles de sus habitantes tras una revuelta. Por ese acto de barbarie, Ambrosio, uno de los padres de la Iglesia, le negó la comunión hasta que se arrepintió públicamente. La ciudad sobrevivió repetidos ataques a través de los siglos; de los ávaros, eslavos, árabes, búlgaros, sarracenos, normandos y turcos otomanos. Los nazis la capturaron en 1941 para luego deportar y ejecutar a la mayoría de los sesenta mil judíos que moraban en ella. Hoy día, Tesalónica sigue siendo una de las ciudades griegas más importantes, con una población cercana a los cuatrocientos mil habitantes.

FUNDACIÓN DE LA IGLESIA DE TESALÓNICA

Pablo fue por primera vez a Tesalónica en su segundo viaje misionero. Después de viajar al occidente por toda Asia Menor hasta la región conocida como Misia, el apóstol y sus acompañantes habían llegado a un callejón sin salida. El Espíritu les había prohibido predicar en la provincia de Asia (al sur de Misia) y su intento de ir hacia el norte a Bitinia también fue bloqueado. Sin otro camino para seguir, fueron a Troas, una ciudad a orillas del mar Egeo. Allí Pablo tuvo una visión de un macedonio que le imploraba ir a aquella provincia para predicar el evangelio (Hch. 16:6-10). Después de cruzar el mar Egeo, fueron a Filipos donde la predicación valiente de Pablo desató una revuelta. Como resultado, Pablo y Silas fueron apresados, golpeados y puestos en cepos en la cárcel de la ciudad. Dios los liberó milagrosamente por medio de un terremoto y de allí resultó que el carcelero creyó en Jesucristo. Los magistrados, horrorizados al darse cuenta de que habían golpeado a ciudadanos romanos sin el beneficio de un juicio (un hecho que pudo haber tenido repercusiones serias sobre la ciudad y sobre ellos), rogaron a Pablo y Silas que salieran de Filipos.

En un viaje que debió haber sido espantoso, los predicadores maltrechos recorrieron 160 kilómetros por la vía Egnatia hacia Tesalónica. Al parecer, pasaron la noche en Anfípolis y luego en Apolonia, pero no predicaron en aquellas ciudades porque no había sinagogas judías. Pablo comenzó su ministerio en Tesalónica predicando el evangelio en la

sinagoga del lugar, como solía hacer. Pasó tres sábados argumentando a partir del Antiguo Testamento que el Mesías debía morir y resucitar. Tal enseñanza revolucionaria contradecía la perspectiva judía prevalente del Mesías como un libertador político y militar que rescataría a Israel de sus opresores. Pablo proclamó que Jesús de Nazaret era el Mesías prometido. Como resultado de la predicación poderosa del apóstol, creyeron en el evangelio algunos judíos, un gran número de prosélitos gentiles e incluso algunas mujeres griegas de clase alta.

Es probable que Pablo se quedara en Tesalónica más que los tres sábados mencionados por Lucas (Hch. 17:2). En 1 Tesalonicenses 2:9 y 2 Tesalonicenses 3:8 Pablo recuerda a sus lectores que trabajó para sostenerse mientras estuvo en su ciudad para no serles carga. No habría necesitado hacer eso si hubiera estado tan solo dos o tres semanas, ni habría sido una carga para ellos en tan poco tiempo. Aunque muchos de los gentiles convertidos eran judíos prosélitos que asistían a la sinagoga, muchos se convirtieron directamente de su adoración pagana a los ídolos (1 Ts. 1:9) lo cual sugiere que Pablo tuvo un ministerio en Tesalónica por fuera de la sinagoga, como en Corinto (Hch. 18:4-7). El cuidado pastoral profundo que dio Pablo a los tesalonicenses conversos (cp. 1 Ts. 2:11-12) y el afecto igualmente profundo que se desarrolló entre ellos (cp. 1 Ts. 2:8; 3:6-10) sugieren una estadía más larga. El tamaño y la vitalidad de la iglesia cuando Pablo se fue sugiere que hacía tiempo que se había separado de la sinagoga. Por último, lo que es más importante, los filipenses enviaron dos veces una ayuda a Pablo durante su tiempo en Tesalónica (Fil. 4:16). No le habrían hecho el segundo envío si él hubiera estado sólo un par de semanas.

Cuando los judíos vieron el éxito de Pablo en ganar prosélitos gentiles para Cristo, el resentimiento leve se convirtió en una llama. Tras reunir una banda de matones en la plaza del mercado, asaltaron la casa de Jasón en busca de los predicadores cristianos. Como no los encontraron, los judíos frustrados echaron mano de Jasón y de otros cristianos y los arrastraron ante los politarcos. La acusación falsa de traición era extremadamente peligrosa (“Todos éstos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús”; Hch. 17:7), calculada para “[alborotar] al pueblo y a las autoridades de la ciudad [que oían] estas cosas” (Hch. 17:8). El pueblo y los politarcos sabían esto muy bien:

> La sola insinuación de traición contra los emperadores solía ser fatal para los acusados. Tal cosa requería que los politarcos actuaran, pues, si no lo hacían, se expondrían a la acusación de traición por haber cuidado poco el honor del emperador. Muchos hombres se habían arruinado por esa acusación con emperadores anteriores (Sir William M. Ramsay, *St. Paul the Traveller and the Roman Citizen* [San Pablo, viajero y ciudadano romano] [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1975], pp. 229-230).

La amenaza para la libertad de Tesalónica era importante; si los politarcos no mantenían el orden, los romanos intervendrían.

Sin embargo, mostrando una preocupación loable por la justicia, los politarcos tan solo requirieron una promesa o compromiso de Jasón y los otros para liberarlos. Sir William Ramsay señala que: “La decisión de los politarcos fue la más suave entre las prudentes, dadas las circunstancias: les pusieron una fianza para asegurar que la paz se mantuviera” (*St. Paul the Traveller and the Roman Citizen*, p. 230). Puesto que Jasón y los demás perderían la fianza si los judíos se alborotaban de nuevo, Pablo y Silas se fueron de Tesalónica.

LA OCASIÓN DE 1 TESALONICENSES

Después de verse obligado a abandonar Tesalónica, el equipo misionero salió para Berea, a unos 80 km de distancia. Allí desarrollaron un ministerio exitoso hasta que llegaron unos judíos de Tesalónica que crearon dificultades, y Pablo, una vez más, tuvo que salir de la ciudad. Sin embargo, en esta ocasión Silas y Timoteo pudieron quedarse allí. Desde Berea, Pablo marchó a Atenas, donde más tarde sus compañeros se reunieron con él.

Aunque separado por la fuerza de los tesalonicenses, Pablo se preocupó profundamente por ellos. El apóstol expresó la angustia que sentía en 1 Tesalonicenses 2:17-18: “Pero nosotros, hermanos, separados de vosotros por un poco de tiempo, de vista pero no de corazón, tanto más procuramos con mucho deseo ver vuestro rostro; por lo cual quisimos ir a vosotros, yo Pablo ciertamente una y otra vez; pero Satanás nos estorbó”. Su preocupación eran tan grande que envió a Timoteo de vuelta a Tesalónica; aun cuando eso le dejó con la tarea formidable de evangelizar a Atenas él solo (también envió a Silas de Atenas a Macedonia, posiblemente a Filipos; cp. Hch. 18:5):

> *Por lo cual, no pudiendo soportarlo más, acordamos quedarnos solos en Atenas, y enviamos a Timoteo nuestro hermano, servidor de Dios y colaborador nuestro en el evangelio de Cristo, para confirmaros y exhortaros respecto a vuestra fe… Por lo cual también yo, no pudiendo soportar más, envié para informarme de vuestra fe, no sea que os hubiese tentado el tentador, y que nuestro trabajo resultase en vano (1 Ts. 3:1-2, 5).*

Para inmenso alivio y alegría de Pablo, cuando Timoteo se encontró con él en Corinto (Hch. 18:5), adonde fue el

apóstol cuando salió de Atenas (Hch. 18:1), le dio un informe alentador de la situación en Tesalónica:

> *Pero cuando Timoteo volvió de vosotros a nosotros, y nos dio buenas noticias de vuestra fe y amor, y que siempre nos recordáis con cariño, deseando vernos, como también nosotros a vosotros, por ello, hermanos, en medio de toda nuestra necesidad y aflicción fuimos consolados de vosotros por medio de vuestra fe; porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor. Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios (1 Ts. 3:6-9).*

Pero aunque el informe de Timoteo era alentador en general, había algunos asuntos de Tesalónica que preocuparon a Pablo. La iglesia necesitaba apoyo para estar firme porque la persecución que expulsó a los misioneros de Tesalónica no había disminuido (1:2-10; 2:13-16). Más aún, los enemigos de la verdad estaban esparciendo mentiras y calumniando a Pablo y sus compañeros. Afirmaban que los predicadores cristianos solo estaban en esto por negocio y para tener buena reputación. Insinuaban incluso que, después de haber provocado una revuelta, los misioneros huyeron de la escena, dejando a sus conversos engañados para que ellos enfrentaran solos las consecuencias. Puede que incluso argumentaran que la no comparecencia de los misioneros ante los politarcos era una admisión tácita de culpa. La incapacidad de Pablo para volver a Tesalónica pudo usarse para probar que a él no le interesaban los creyentes tesalonicenses. Para contrarrestar esas mentiras y calumnias insidiosas, Pablo defendió enérgicamente la integridad de Timoteo, de Silas y la suya (2:1-12). También le preocupaba que los nuevos conversos no cayeran de nuevo en la inmoralidad pagana tan prevalente en su cultura (4:1-8). Al apóstol también le preocupaba la reputación de los tesalonicenses con la gente de fuera de la iglesia; por tanto, los animaba continuamente a amarse unos a otros fervientemente y a trabajar con diligencia (4:9-12). La carta, además, corrige una interpretación errónea sobre los últimos tiempos (4:13—5:11) e instruye a la congregación tesalonicense en los aspectos básicos de la vida cristiana (5:12-22).

EL AUTOR DE 1 TESALONICENSES

La carta afirma dos veces que Pablo es su autor (1:1; 2:18), armoniza bien con los relatos de Hechos sobre sus viajes (2:1-2; 3:1-2; Hch. 16—18) y contiene muchos detalles íntimos de Pablo. La carta muestra claras evidencias de haber sido escrita al comienzo de la historia de la iglesia, durante el tiempo en que vivió Pablo. No hay referencia a la organización de la iglesia o a un ministerio especializado; solo una referencia general en 5:12 a "los que trabajan entre [ellos], y [los] presiden en el Señor, y [los] amonestan". Un falsificador que escribiera después de la muerte de Pablo no habría permitido la posibilidad de que Cristo pudiera regresar en tiempos de los apóstoles (4:15, 17). El vocabulario es coherente con el de las otras cartas inspiradas paulinas (cp. William Hendriksen, *New Testament Commentary: Exposition of Thessalonians, Timothy and Titus* [Comentario del Nuevo Testamento: Exposición de Tesalonicenses, Timoteo y Tito] [Grand Rapids: Baker, 1981], pp. 20-21).

El testimonio de la naciente iglesia también respalda la autoría paulina de 1 Tesalonicenses. El canon muratorio (ca. 170 d.C.) e Ireneo, Tertuliano y Clemente de Alejandría, quienes fueron padres de la iglesia, afirmaron su autoría. Incluso Marción, el hereje que negó la autoría de varias cartas de Pablo, reconoció la autenticidad de 1 Tesalonicenses. Eusebio, historiador de la iglesia, quien escribió al comienzo del siglo IV, incluyó 1 Tesalonicenses entre las cartas paulinas.

FECHA Y LUGAR DONDE SE ESCRIBIÓ 1 TESALONICENSES

Pablo escribió esta epístola desde Corinto, donde fue cuando salió de Atenas, como se dijo anteriormente. Timoteo, después de que Pablo lo enviase de vuelta a verificar la situación en Tesalónica, se encontró con Pablo en Corinto y le entregó el informe (Hch. 18:5; 1 Ts. 3:6). La inclusión de Silas en el saludo de Pablo en la carta indica que fue escrita en el segundo viaje misionero, pues Silas no lo acompañó en su tercer viaje (Silas no se menciona en Hechos después de 18:5).

La estadía de Pablo en Corinto se puede correlacionar con el período de Galión como procónsul (Hch. 18:12). En Delfi, no muy lejos de Corinto, se encontró una inscripción que hace referencia a Galión como procónsul de Corinto a comienzos del 52 d.C. Como los procónsules asumían sus cargos durante el verano, Galión debió haber comenzado en el verano del 51 d.C. El juicio de Pablo ante Galión (Hch. 18:12-17) probablemente ocurriese poco después de que este asumiera el cargo. Como, al parecer, Pablo había estado en Corinto por un tiempo antes de la llegada de Galión, y escribió 1 Tesalonicenses poco después de su llegada al lugar, la epístola probablemente se escribiese al final del 50 d.C., o a comienzos del 51 d.C.

BOSQUEJO

I. Saludo de Pablo (1:1)

II. Cuidado pastoral de Pablo (1:2—3:13)

A. Describe su agradecimiento (1:2-10)

B. Defiende su integridad (2:1-16)

C. Define sus preocupaciones (2:17—3-13)

III. Instrucción práctica de Pablo (4:1—5:22)

A. Pureza moral (4:1-8)

B. Vida disciplinada (4:9-12)

C. El arrebatamiento (4:13-18)

D. El día del Señor (5:1-11)

E. Relaciones eclesiales (5:12-15)

F. Vida cristiana básica (5:16-22)

IV. Bendición de Pablo y amonestación final (5:23-28)

1. Identificación de los elegidos

Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo. Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección; pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros. Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo, de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído. Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera. (1:1-10)

Los tesalonicenses, como todos los creyentes, eran elegidos de Dios. Por tal motivo el apóstol Pablo comenzó su carta expresando su agradecimiento por el don divino de la salvación de ellos. Los creyentes solo pueden discernir si alguien es elegido después que Dios ha regenerado y santificado el alma. Pablo no conocía el decreto eterno de Dios sobre la elección, pero podía ver qué vidas evidenciaban la salvación genuina (cp. 2:13).

Pablo sufrió mucho y sin cesar por la causa de Cristo, y llevaba en sus hombros la responsabilidad abrumadora y el cuidado de todas las iglesias. A la iglesia de Corinto le describió así su carga:

> *De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias (2 Co. 11:24-28).*

En vista de ese sufrimiento severo en medio de pesadas responsabilidades, debió haber sido estimulante y emocionante para Pablo haber ministrado a los elegidos de Tesalónica, a quienes en esta carta consideró dignos de elogios y ánimos. En la situación que experimentó en Tesalónica, los creyentes mostraron muchas características que identifican a los elegidos. Comenzó su primera carta con un reconocimiento de esas virtudes. Las organizó bajo dos categorías: la condición presente de los tesalonicenses (fe que obra, amor que actúa y esperanza inquebrantable) y la conversión pasada (recepción del evangelio en el poder del Espíritu Santo, imitación auténtica del Señor, perseverancia gozosa en la tribulación, comportamiento ejemplar de los creyentes, proclamación de la Palabra en todo lugar, transformación total de la idolatría y espera expectante del regreso de Cristo). Pablo hace una pausa entre estas dos listas en el versículo 4 para afirmar que entiende la elección de la iglesia tesalonicense. Antes, como es usual, abrió la carta con un saludo para sus amigos amados.

SALUDO DE PABLO

Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicensesen Dios Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones. (1:1-2)

Aunque Pablo fue el apóstol más influyente de la naciente iglesia, en su saludo a los tesalonicenses no se identifica como tal. Al parecer, en las iglesias de Macedonia su apostolado nunca se cuestionó porque ni en sus cartas a la iglesia de Tesalónica ni en la carta a la iglesia de Filipos comenzó identificándose como apóstol. Esas iglesias no habían cuestionado su condición de apóstol, aunque después defendería su integridad y sinceridad (1 Ts. 2:1-6). Aquí se

identifica sencilla y humildemente como **Pablo**. Y con esa misma actitud humilde incluye a sus colaboradores, **Silvano** (Silas) **y Timoteo**, tratándolos como a iguales.

Silas, probablemente un judío helenizado, era un miembro prominente de la iglesia de Jerusalén, y acompañó a Pablo en el segundo viaje misionero (Hch. 15:40) y después fue escribano de Pedro (cp. 1 P. 5:12). **Timoteo** era oriundo de Listra (Hch. 16:1-3), una ciudad de Asia Menor. Era hijo en la fe de Pablo (1 Co. 4:17; Fil. 2:22; 1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; 2:1) y su protegido. Estuvo con Pablo en el segundo y el tercer viaje misionero, y permaneció cerca del apóstol en su primer encarcelamiento de Roma (cp. Fil. 1:1; Col. 1:1; Flm. 1). Después, Timoteo sirvió en la iglesia de Éfeso (1 Ti. 1:3) y también estuvo preso (He. 13:23). Pablo, al final de su vida, le escribió las dos cartas inspiradas cuando Timoteo estaba en Éfeso.

Los tres hombres conocían bien a los creyentes tesalonicenses. Fundaron la iglesia de Tesalónica (Hch. 17:4) y después Timoteo verificó que ésta estuviera bien y llevó un informe positivo a Pablo (1 Ts. 3:6). Pablo incluyó los nombres de sus colaboradores en el saludo porque los tres apreciaban mucho a los tesalonicenses.

El uso de la palabra griega que traduce (*ekklēsia*) enfatiza la elección de los tesalonicenses. *Ekkēsia* está relacionado con la frase *ek kaleō*, “convocar”, y significa “los convocados” o puede significar “los elegidos”, en especial cuando se relaciona con la frase “él los ha escogido” (v. 4, NVI), que es específica. Pablo tenía la certeza de que los tesalonicenses estaban entre los elegidos de Dios porque había visto evidencia de su transformación.

El apóstol reflexionó sobre la naturaleza de la iglesia, con la expresión algo inusual **en Dios Padre y en el Señor Jesucristo**, para demostrar la unión vital e inextricable de los tesalonicenses con Dios y Cristo (cp. 2:14; 2 Ts. 1:1). Participaban ellos en la vida misma de Dios y la de Cristo. Hay una unión espiritual indivisible entre Cristo y los suyos. Pablo enseñó en sus cartas del Nuevo Testamento que los creyentes no solo creen hechos *acerca de* Jesucristo; ellos están *en* Jesucristo. A los gálatas dijo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gá. 2:20). A los colosenses les recordó: “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3). Ese es el misterio inexplicable e incomprensible de lo que significa ser cristiano: que Dios, Cristo y el Espíritu Santo (Ro. 8:9, 11; 1 Co. 3:16; 2 Ti. 1:14) viven dentro del creyente y el creyente vive en ellos compartiendo la vida divina y eterna.

Es importante notar que en esta declaración profunda del versículo 1 Pablo usó la preposición **en** solo una vez. Al usar una única preposición en la frase **en Dios Padre y en el Señor Jesucristo**, enfatiza la igualdad de esencia entre el Padre y el Hijo [N.T.: En la NASB, la versión usada en el original inglés, solo aparece una vez la preposición *en*]. También cabe destacar que Pablo usó el título completo del Salvador: **el Señor Jesucristo**. Así combina en una frase todos los aspectos principales de su obra redentora. **Señor** lo describe como el gobernante soberano y creador, quien nos hizo, nos compró, nos gobierna y a quien debemos nuestra lealtad. **Jesús** (“Jehová salva”) se refiere a su humanidad; fue el nombre que recibió en su nacimiento (Mt. 1:21, 25). **Cristo** (“el ungido”) es el término griego para el Mesías, el prometido por Dios para cumplir su plan de redención.

Pablo continuó el saludo con su usual **Gracia y paz sean a vosotros** (cp., p. ej., 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3; Ef. 1:2; Fil. 1:2). **Gracia** es el favor inmerecido de Dios para el pecador en el perdón completo del pecado y el otorgamiento de la vida eterna, y **paz** es el resultado de tan sorprendente regalo de amor. Pablo deseaba que los tesalonicenses experimentaran continuamente la plenitud de la **gracia** de Dios. Entonces no solo poseerían **paz** inacabable con Dios; también experimentarían en sus corazones una **paz** que sobrepasaba su entendimiento humano (Fil. 4:7). La **gracia** y la **paz** son las porciones diarias del cristiano: todos los días reciben la **gracia** divina para cubrir sus pecados y la **paz** divina para aliviar su culpa.

Era comprensible que el apóstol Pablo y sus compañeros dieran **siempre gracias a Dios por todos** ellos**, haciendo memoria de** ellos **en** sus **oraciones** (v. 2). Pablo, Silas y Timoteo agradecían a Dios **por todos** ellos porque todos los creyentes de Tesalónica eran elegidos de Dios.

Como los tesalonicenses eran elegidos, vivían para honrar a Cristo. El apóstol subrayó su agradecimiento citando las tres primeras cualidades que demuestran que Dios los había elegido en su soberanía y que se manifestaban en su santificación.

SU CONDICIÓN PRESENTE

acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo. (1:3)

Aquí comienza Pablo una letanía de alabanza a Dios por la evidencia de la salvación que mostraban los tesalonicenses en el presente. Agradeció a Dios la fe de ellos que obraba, el trabajo que amaba y la esperanza que persistía. Esta tríada de virtudes cristianas era un tema favorito de Pablo (cp. 1 Co. 13:13; Col. 1:4-5; 1 Ts. 5:8).

LA FE QUE OBRABA

acordándonos sin cesar… de la obra de vuestra fe, (1:3*a*)

Pablo recordaba **sin cesar** en oración agradecida estas cualidades espirituales fundamentales, la primera de las cuales era **la obra de** la **fe** de los tesalonicenses. La verdadera fe salvadora en Jesucristo siempre dará como resultado la **obra** poderosa de Dios que cambia la disposición o naturaleza de la persona. **La obra de** la **fe** es la acción representativa del poder transformador de la regeneración (2 Co. 5:17). En palabras simples, los elegidos se dedican a las obras justas y santas para honrar a Dios. **Obra** es la palabra griega *ergon* y se refiere al hecho, logro o función como tal. Pablo confiaba en la elección de los tesalonicenses porque su **fe** —el don divino auténtico de salvación y santificación— producía acciones justas en sus vidas.

Sin embargo, las palabras de Pablo aquí no contradicen su enseñanza clara en otras partes sobre la salvación por sola fe, sin necesidad de las obras humanas. Por ejemplo, en Romanos 3:20-21 declara: "Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado. Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas". Luego Pablo afirma lo siguiente sobre los pecadores: "Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados" (vv. 24-25; cp. 4:4; 5:1; Ef. 2:8-9).

No obstante, el Nuevo Testamento también enfatiza el lado activo de la fe: la salvación producirá necesariamente una conducta santa. Tal enseñanza no se opone a la justificación por la fe sola, por la sola gracia y, en realidad, cuando se entiende apropiadamente, complementa dicha doctrina. Pablo es claro en el comienzo de Romanos al decir que las obras fluyen de la fe salvadora: "[Dios] pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad" (2:6-7). Eso no quiere decir que las personas puedan *obtener* su salvación por sus buenas obras, sino que esas buenas obras *verifican* su salvación.

Pablo instruyó así a los efesios: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef. 2:8-10). La razón por la cual los creyentes realizan buenas obras es porque Dios obra en ellos (Fil. 2:13).

Pablo describió la transformación de los creyentes diciendo que va de una forma de esclavitud a otra:

> *¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia… ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eternal (Ro. 6:16-18, 21-22).*

El apóstol Santiago también enseñó que las buenas obras deben estar presentes en las vidas de quienes profesan fe en Cristo; de otra forma dicha profesión no es genuina.

> *Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?… Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta (Stg. 2:18-22, 26).*

Los creyentes desobedecerán los mandatos de Dios en ocasiones y no harán su voluntad, pero siempre anhelarán obedecer (Ro. 7:18-20) y manifestarán el fruto espiritual verdadero de la obediencia (cp. Jn. 15:5). Por definición, la fe salvadora auténtica está inclinada hacia la obediencia a Dios, y esta lleva inevitablemente a **la obra de** la **fe** por la cual Pablo elogió a los tesalonicenses.

AMOR QUE TRABAJABA

del trabajo de vuestro amor (1:3*b*)

La segunda característica de los elegidos es el **trabajo** del **amor**. Los cristianos verdaderos ministran motivados por el amor al prójimo. Amar, incluso a los enemigos, es una expresión del poder de la salvación (cp. Mt. 5:44; Gá. 6:10). Amar a otros creyentes también es evidencia de la salvación, como se declara explícitamente en 4:9: “Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros”. Pedro también lo afirmó: “Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1 P. 1:22). El apóstol Juan también lo expresó cuando escribió: “El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo” (1 Jn. 2:10). Luego declaró que tal amor es evidencia definitiva de la salvación: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte” (3:14; cp. Jn. 13:35; 1 Jn. 2:9, 11; 3:10; 4:20). Este **amor** es parte del fruto del Espíritu, producido en aquellos guiados por el Espíritu (Gá. 5:22). **Trabajo** es la palabra griega *kopos*, y denota la clase de trabajo duro, agotador y arduo, hecho hasta el punto de la extenuación. A diferencia de *ergon* (**obra**), cuyo enfoque está en el acto como tal, *kopos* se enfoca en el esfuerzo invertido para lograr una tarea particular. Es un esfuerzo que consume las energías de la persona hasta el máximo nivel. La forma de **amor** más altruista (*agapē*) motiva esta clase de esfuerzo espiritual. A este esfuerzo se refirió el apóstol Pablo como la obra de los creyentes para promover la verdad divina y el reino del Señor porque aman sinceramente a las personas.

Más aún, además del amor por creyentes e incrédulos, Romanos 8:28 identifica a los elegidos —quienes están incluidos en el propósito eterno de salvación de Dios— como “los que aman a Dios”. Tal característica es básica en cualquiera que adore para salvación al Dios vivo y verdadero y al Señor Jesucristo, y es la razón real para amar a los demás:

> *A los extranjeros que se han unido al SEÑOR para servirle, para amar el nombre del SEÑOR, y adorarlo, a todos los que observan el sábado sin profanarlo y se mantienen firmes en mi pacto (Is. 56:6, NVI).*
>
> *Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman (1 Co. 2:9).*
>
> *Pero si alguno ama a Dios, es conocido por él (1 Co. 8:3).*
>
> *La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén (Ef. 6:24).*
>
> *Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman (Stg. 1:12).*

Para una explicación detallada de este amor a Dios, véase *Romanos 1—8*, Comentario MacArthur del Nuevo Testamento (Grand Rapids: Portavoz, 2010), pp. 536-540.

El cristianismo auténtico siempre se ha definido por el amor a Cristo. En 2 Corintios 5:14, Pablo dice: “El amor de Cristo nos constriñe” (cp. Gá. 5:6). Quienes son indiferentes a ello van camino al infierno, a menos que se arrepientan: “El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene” (1 Co. 16:22). Por lo tanto, el **trabajo** del **amor** de los creyentes tesalonicenses era otra marca de su elección (cp. 2 Ts. 1:11).

LA ESPERANZA QUE PERSISTÍA

delante del Dios y Padre nuestro… de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo. (1:3*a*-3*c*)

La tercera evidencia de la salvación es la **constancia en la esperanza**. Todos los cristianos tienen **la esperanza en** el **Señor Jesucristo**: la expectativa perseverante de recibir su herencia eterna y de ver la gloria futura de Cristo.

Los redimidos buscan la aparición futura y gloriosa del **Señor Jesucristo** (véase más abajo la explicación de 1:10). Pablo declaró que la salvación instruye a los creyentes en esa **esperanza**: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tit. 2:11-13).

El apóstol podía enseñar y animar a otros en esta gran **esperanza** (Ro. 5:1-2; Ef. 1:11; Col. 1:27) porque en su propia vida confiaba en ella: “Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Ti. 4:8).

Pedro abrió su primera epístola con el anuncio de la bendición de Dios que trasciende todas las bendiciones: “Una esperanza viva… una herencia… en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios… cuando sea manifestado Jesucristo” (1 P. 1:3-7). Esta esperanza es la misma a la cual se refirió Pablo cuando escribió: “Porque en

esperanza fuimos salvos” (Ro. 8:24).

Constancia traduce la palabra griega *hupomonē*, que conlleva la idea de resistencia y perseverancia; literalmente, denota la condición de permanencia bajo presión. Está relacionada de cerca con el concepto teológico que los reformadores llamaron “la perseverancia de los santos” (cp. Ro. 2:7; 2 Ts. 1:4; Ap. 14:12); esto es, los cristianos se asirán a su esperanza hasta el final. No hay nada que deba provocar que los cristianos verdaderos pierdan su confianza en las promesas de Dios: “Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1 Jn. 5:4-5). Para los creyentes, la esperanza verdadera es un anhelo y un gemido por estar “presentes al Señor” (cp. 2 Co. 5:2-8).

La **esperanza** (*elpis*) de los tesalonicenses era firme porque estaba anclada en el inmutable **Señor Jesucristo**. El escritor de Hebreos expresó muy bien la seguridad de esta **esperanza** cuando escribió:

> *Para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (He. 6:18-20).*

El contexto indica que las “dos cosas inmutables” son la promesa y el juramento de Dios (v. 17); estas hacen imposible que cambie la esperanza de los creyentes en el evangelio. Más aún, tiene asegurada esta esperanza por la intercesión de Cristo, el sumo sacerdote eterno, y Él la mantiene a salvo dentro del santuario celestial impenetrable donde Él mismo hace guardia por los suyos (He. 7:25; cp. 4:15-16). La **esperanza** trasciende la expectativa humana de lo deseable y se apoya confiadamente en la consumación de la redención que, según las Escrituras, tendrá lugar con certeza cuando Cristo regrese. Inevitablemente, tal **esperanza** hará que los creyentes triunfen sobre las dificultades de la vida, pues se deriva del tipo de fe que los tesalonicenses recibieron de Dios.

La **constancia de** quienes han recibido esa **esperanza** cumple la promesa de Dios en Mateo 24:13: “El que persevere hasta el fin, éste será salvo”. Dicho concepto no era novedoso, tenía su base sólida en enseñanzas del Antiguo Testamento tales como Proverbios 4:18: “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (cp. Jer. 32:40). La senda espiritual de los justos no va de la luz a la oscuridad, va de la luz tenue a la luz total. Se hace más clara cuando la obra de fe de la persona se incrementa, cuando su trabajo de amor se intensifica y cuando su esperanza persevera más y más. Aquellos cuya fe es genuina son aquellos a quienes el Señor les asegura su **esperanza** en el cielo y, por el poder del Espíritu Santo, pueden perseverar hasta el final, como los tesalonicenses (cp. Job 17:9; Jn. 8:31; Fil. 1:6; Col. 1:21-23; He. 3:6, 14). Hebreos 6:10-11 se compara con lo que Pablo escribió aquí: “Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún. Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza”.

COMPRENSIÓN DE LA ELECCIÓN

Porque conocemos, hermanos , vuestra elección; (1:4)

El versículo 4 señala la transición de la declaración anterior (v. 3), donde se describe la confianza de Pablo en la condición espiritual presente de los tesalonicenses, a la sección siguiente, donde se enfoca en su conversión pasada (vv. 5-10).

Conocemos, que traduce una forma del verbo griego *oida*, también puede traducirse “vemos” o “percibimos”. Aquí lo usó Pablo para expresar su percepción de que la asamblea en Tesalónica era genuina.

La frase **hermanos amados de Dios** contiene terminología conocida del Nuevo Testamento. **Hermanos** (*adelphoi*) es una palabra común para los hijos de Dios en Cristo. **Amados de Dios** traduce una frase del griego en participio pasivo perfecto (*ēgapēmenoi hupo [tou] theou*) para explicar que los cristianos son los receptores del amor soberano de Dios (cp. Dt. 7:7-8).

Cuando Pablo dijo a los tesalonicenses que estaba seguro de la **elección** divina de ellos, sus palabras estaban en armonía perfecta con el uso del Nuevo Testamento (cp. Mt. 24:22, 24, 31; Lc. 18:7; Ro. 8:33; Col. 3:12; 2 Ti. 2:10). Los cristianos son los elegidos, escogidos por Dios únicamente por su propósito amoroso y soberano, sin ningún mérito o sabiduría humana. En el pasado eterno, Dios escogió soberanamente para salvación a los creyentes y, con el tiempo, los llevó a Él por la obra del Espíritu Santo (Jn. 6:37, 44; Ro. 9:15-16; 1 Co. 1:9; Ef. 1:4-6, 11; 2 Ts. 2:13; 2 Ti. 1:9; cp. Hch. 13:46-48; Ap. 13:8; 17:8). Jesús les dijo a los discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto” (Jn. 15:16). El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no eligieron

solamente a los apóstoles; también eligieron a todos los que han creído en toda la historia. Jesús oró así en su oración sacerdotal: “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son” (Jn. 17:9).

Como lo sugieren 1 Tesalonicenses 1:6 y 9, la voluntad del hombre participa en la respuesta a la incitación divina. Así, el evangelismo verdadero es un llamado al arrepentimiento y a creer (p. ej., Hch. 20:21).

LA CONVERSIÓN PASADA DE LOS TESALONICENSES

pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros. Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo, de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído. Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera. (1:5-10)

La certeza de Pablo sobre la elección de los tesalonicenses abarca el recuerdo de cuando ellos se hicieron creyentes en el pasado. En los versículos 5-10, el apóstol expone confiadamente tales recuerdos como razones para afirmar la salvación de ellos.

RECIBIMIENTO DEL EVANGELIO EN PODER Y EL ESPÍRITU SANTO

pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros. (1:5)

El primer indicador pasado (y el cuarto en general) de la conversión de los tesalonicenses que certificaba la autenticidad de su elección fue el poder divino revelado cuando se les predicó el evangelio. Cuando Pablo dijo que el **evangelio** llegó **en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre**, no solamente describía la experiencia de los tesalonicenses, sino la de Timoteo, Silas y la suya cuando declararon por primera vez las nuevas de la salvación en Tesalónica. Pablo y los otros se identificaban tan profundamente con el mensaje de salvación y su poder que lo llamaban “**nuestro evangelio**” (cp. 2 Ts. 2:14), aunque era de Dios (Ro. 1:1; 1 Ts. 2:2, 9), al respecto de la obra expiatoria de Jesucristo (1 Co. 15:1-4).

Primero, Pablo aseveró que se reveló el **poder** porque el mensaje **no llegó** a los tesalonicenses **en palabras solamente**; no fue una simple charla. Lo que importaba no era tan solo las palabras, aunque, por definición, cualquier mensaje —incluido el evangelio— está compuesto de las palabras expuestas en el mensaje (cp. Ro. 10:8, 14; 1 P. 1:22-25). La fe es por oír las palabras de verdad, pero el proceso de participación requiere mucho más que eso. Sin importar la erudición, la lógica convincente, la retórica enérgica o el estilo de comunicación claro e interesante, si la verdad hablada no llega acompañada del poder de Dios, no logra nada. Pero cuando entra en el alma preparada por el poder de Dios, la verdad del evangelio salva (cp. 1 P. 1:23-25).

Jesús indicó la incapacidad de todos los pecadores para creer la verdad cuando dijo: “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas” (Jn. 3:19-20). Bajo esa misma línea Pablo instruyó a los corintios: “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:3-4; cp. Ef. 2:1). Él ya les había dicho que “el hombre natural” no puede entender el evangelio (1 Co. 2:14). Las palabras estériles de la sola verdad, no importa cuán bien presentadas, no pueden penetrar tal ceguera y muerte espiritual. “Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder” (1 Co. 4:20). Dios tiene que despertar poderosamente el alma muerta y abrir los ojos de los ciegos para que la verdad pueda regenerar (Ef. 2:4-5).

Tal **poder** evidente para despertar al muerto espiritual viene del **Espíritu Santo**. El poder transformador genuino del alma que acompaña la predicación del evangelio es la obra del Espíritu que estimula al predicador y al oyente. Jesús aludió a esta verdad cuando, justo antes de su ascensión, prometió a los apóstoles: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hch. 1:8).

Pablo sabía que la predicación en Tesalónica llevaba poder divino por la **plena certidumbre** (“profunda convicción”; NVI) cuando la impartió. El comentarista Leon Morris ofrece una perspectiva útil de qué quería decir aquí Pablo:

> El tercer punto es que el evangelio llegó con "en plena certidumbre". En el griego no hay repetición de "en". El efecto es enlazar estas palabras muy cercanamente con las anteriores. La certidumbre *[plērophoria]* no es un artefacto humano por el cual los hombres puedan persuadirse. Más bien, es el resultado de la actividad del Espíritu Santo que obra en los creyentes. Algunos han creído que aquí la certidumbre era aquello que llegaba a los creyentes cuando depositaban su confianza en Cristo, y posiblemente eso no era ajeno al pensamiento del apóstol. Pero su significado principal es la certidumbre que el Espíritu da a los predicadores, porque Pablo está hablando de la forma en que él y sus compañeros supieron de la elección de los tesalonicenses. Cuando estaba predicando, estaban convencidos en sus corazones de que el poder de Dios estaba obrando. El Espíritu estaba obrando su gracia (*The First and Second Epistles to the Thessalonians* [Primera y segunda epístolas a los Tesalonicenses], The New International Commentary on the New Testament [Nuevo comentario internacional del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1989], pp. 57-58).

Pablo y sus compañeros predicadores tenían el poder, la confianza y la seguridad del Espíritu, además eran audaces y dependían del **poder** de Dios que obraba a través de ellos y en sus oyentes para efectuar la salvación.

Para enfatizar la idea sobre el poder de predicación de los misioneros, Pablo cerró el versículo con estas palabras: "**como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros**". Dijo a los creyentes tesalonicenses que el poder espiritual manifiesto en su vida y en la de sus compañeros de ministerio afirmaba la exactitud de su predicación. El apóstol (y, sin duda, Silas y Timoteo también) era veraz, humilde, desinteresado, amable, cuidadoso, apasionado y compasivo con los tesalonicenses. Trabajó entre ellos con sus propias manos para no aceptar dinero de ellos (2 Ts. 3:7-8). Los tesalonicenses no solo habían oído la predicación del evangelio, lo habían visto vivo en Pablo, cuya vida era un ejemplo espléndido del poder del evangelio que predicaba (cp. 2 Co. 1:12).

IMITACIÓN GENUINA DEL SEÑOR

Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, (1:6*a*)

La quinta marca para probar la elección de los tesalonicenses fue que se hicieron **imitadores de** Pablo **y del Señor**. **Imitadores** (*mimētai*) es la palabra de la cual se deriva el término español *mímica*. Esta obra transformadora ocurrió al momento de la salvación, cuando los creyentes tesalonicenses se hicieron nuevas criaturas (cp. 2 Co. 5:17). Inmediatamente, los patrones de la vida santa comenzaron a remplazar los antiguos patrones de pecado (cp. Ef. 4:22, 24). Los tesalonicenses, en medio del ambiente pagano, sin liderazgo eclesial veterano, se habían vuelto **imitadores** del apóstol, de sus colaboradores y, lo más importante, de Cristo. La salvación comienza con la obra de la santificación (cp. 1 P. 1:1-2). Como lo recordó Pablo a los romanos: "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva" (Ro. 6:3-4; cp. 2 Co. 5:17; Gá. 6:15).

El estilo de vida de los creyentes tesalonicenses comenzó a ser muy diferente del paganismo idólatra y sórdido de su pasado y del legalismo de supuesta superioridad moral de los judíos de la ciudad. Se habían vuelto **imitadores** de Jesucristo. Pablo ordenaba a los creyentes seguir esa realidad como un estilo de vida: "Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo" (1 Co. 11:1). A los corintios dijo que la experiencia de la santificación era progresiva por el Espíritu Santo, quien los subía a niveles crecientes de gloria, cada vez más a la imagen de Cristo (2 Co. 3:18).

PERSEVERANCIA GOZOSA EN LA TRIBULACIÓN

recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo, (1:6*b*)

La sexta marca para confirmar la verdadera elección de los tesalonicenses era su **gozo** en medio del sufrimiento y las dificultades. No importa cuán difíciles se tornen las circunstancias, los verdaderos cristianos no pierden su **gozo** final porque el Espíritu Santo lo concede a los elegidos. El reino de Dios *es* **gozo** (Ro. 14:17).

Pablo volvió a señalar que los tesalonicenses habían recibido **la palabra**, reiterando simplemente que habían creído el evangelio y se habían convertido. Pero fue así **en medio de gran tribulación**, esto es, en el sufrimiento severo que comenzó cuando Pablo les predicó la primera vez. Como leemos en Hechos 17:1-4 y vimos antes, Pablo y sus compañeros de misión emprendieron un ministerio evangelístico eficaz que se extendió a tres días de reposo en la sinagoga de Tesalónica, después de los cuales continuaron su obra en otro lugar durante varios meses; tiempo suficiente para recibir dos ofrendas de los filipenses (cp. Fil. 4:16), estar empleados (1 Ts. 2:9; 2 Ts. 3:8) y cuidar profundamente de la iglesia (1 Ts. 2:7-11). Como resultado del impacto transformador del evangelio, los judíos iniciaron una fuerte persecución y oposición contra el apóstol:

Entonces los judíos que no creían, teniendo celos, tomaron consigo a algunos ociosos, hombres malos, y juntando una turba, alborotaron la ciudad; y asaltando la casa de Jasón, procuraban sacarlos al pueblo. Pero no hallándolos, trajeron a Jasón y a algunos hermanos ante las autoridades de la ciudad, gritando: Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá; a los cuales Jasón ha recibido; y todos éstos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús. Y alborotaron al pueblo y a las autoridades de la ciudad, oyendo estas cosas. Pero obtenida fianza de Jasón y de los demás, los soltaron. Inmediatamente, los hermanos enviaron de noche a Pablo y a Silas hasta Berea. Y ellos, habiendo llegado, entraron en la sinagoga de los judíos (Hch. 17:5-10).

Es probable que los judíos incrédulos y los gentiles paganos intensificaran la persecución después de que Pablo y sus compañeros dejaran Tesalónica. Pablo reflexionó después sobre ese agravio: "Porque vosotros, hermanos, vinisteis a ser imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea; pues habéis padecido de los de vuestra propia nación las mismas cosas que ellas padecieron de los judíos, los cuales mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas, y a nosotros nos expulsaron" (1 Ts. 2:14-15).

La palabra griega que se traduce **tribulación** es *thlipsis*, cuyo significado es "presión intensa", a diferencia de algo suave. De modo que los creyentes nuevos de Tesalónica experimentaron una persecución severa, pero la autenticidad de su salvación trascendió esa aflicción y así no perdieron nunca el **gozo** (cp. 1 Ts. 3:4; 2 Ts. 1:4; véase en contraste Sal. 51:12).

La respuesta de los tesalonicenses a la persecución y el sufrimiento —**con ; del Espíritu Santo**— recordaba la reacción anterior de los apóstoles en Hechos. Después de que el sanedrín los azotase, les ordenó no volver a predicar el evangelio y los liberó, "ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre" (Hch. 5:41).

Mas no deben considerarse que tales respuestas gozosas y llenas del Espíritu son extrañas o incomprensibles: el gozo es el beneficio divino de estar en Cristo, una de las bendiciones espirituales "en los lugares celestiales en Cristo" (Ef. 1:3). Romanos 5:1-4 declara:

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza (cp. Hch. 16:22-25; Gá. 5:22; Fil. 4:4).

La simple alegría humana morirá bajo la persecución; el **gozo del Espíritu Santo** la trascenderá y aumentará. Sin embargo, aunque tal gozo es fruto del Espíritu (Gá. 5:22), todos los creyentes están llamados a regocijarse cada vez más (Fil. 4:4).

COMPORTAMIENTO EJEMPLAR

de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído. (1:7)

El séptimo indicador de la elección de los tesalonicenses, y una extensión de los demás, era su conducta ejemplar. Pasaron de ser imitadores loables de Pablo y de Cristo a ser personas cuyas vidas merecían imitarse. La iglesia se había vuelto un **ejemplo a todos los que** habían **creído**, un modelo a seguir incluso para cristianos más maduros. **Ejemplo** es la palabra griega *tupos* ("reproducción exacta") de la cual se deriva la palabra española *tipo*. Los tesalonicenses se convirtieron en planos sobre los cuales los otros en el resto de la región podían construir sus vidas (cp. 1 Jn. 2:6). **Macedonia** era la provincia al norte de Grecia donde estaba Tesalónica, además de Filipos y Berea. **Acaya** era la provincia del sur de Grecia e incluía ciudades tan prominentes como Atenas y Corinto.

Para ilustrarlo específicamente, los tesalonicenses estaban entre los creyentes que Pablo citó a los corintios como modelo por sus ofrendas y su mayordomía financiera. Los tesalonicenses vivían en pobreza extrema, probablemente debido a la persecución que soportaron. No obstante, daban con liberalidad y sacrificio para ayudar a los creyentes necesitados de Jerusalén (2 Co. 8:1-5), demostrando así un modelo de piedad y probando una vez más la realidad de su elección.

PROCLAMACIÓN DE LA PALABRA POR TODAS PARTES

Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, (1:8-9*a*)

Otra característica que verificaba el poder de la salvación en los santos tesalonicenses era su fidelidad en la proclamación del evangelio. **La palabra del Señor**, la verdad divina y salvadora del evangelio, se había **divulgado** a partir de la iglesia en Tesalónica. **Divulgado** (*exēchētai*) se usa únicamente aquí en el Nuevo Testamento y significa "retumbar" o "resonar muy intensamente". Fuera del Nuevo Testamento el término se usaba para referirse al retumbar de la trompeta o a un trueno. La forma del tiempo perfecto en *exēchētai* indica el sonar continuo y audaz de la iglesia con el mensaje del evangelio.

Desde el momento en que la iglesia se fundó, la proclamación del evangelio resonó, **no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar**. Como Tesalónica era un centro de viaje y comercio, la gente que iba hacia **Macedonia** por la Vía Egnatia, de oriente y occidente, oía **la palabra del Señor** de los creyentes verdaderos, así también quienes visitaban la ciudad en barco y usaban el complejo portuario. Al parecer, los tesalonicenses que salían de la ciudad también llevaban el evangelio con ellos a **Acaya** y a **todo lugar**. Pablo describió la proclamación de ellos como un sonido constante, creciente y cuyo eco formaba una onda cada vez mayor, pues la iglesia aprovechaba al máximo la ubicación estratégica para proclamar la verdad.

Su influencia era tan clara y extensa que Pablo no tenía **necesidad de hablar nada**. De hecho, las noticias sobre la salvación de los tesalonicenses y su consiguiente testimonio de poder fueron tan convincentes que Pablo dijo que las personas que oían el testimonio de la iglesia podían contar de Pablo y sus compañeros **la manera en que** los recibieron. En lugar de que Pablo contara a las personas que conocía en sus viajes qué había hecho Dios en esa ciudad, ellas le decían lo que todos ya sabían. Toda iglesia podría desear ese impacto y reputación.

LA TRANSFORMACIÓN TOTAL DE LA IDOLATRÍA

y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, (1:9*b*)

La evidencia segura sobre la elección de los tesalonicenses era que ellos se sometieron a un nuevo Amo. La salvación significó una ruptura decisiva con la religión pagana y una nueva dirección para toda su vida personal. Los tesalonicenses abandonaron todo politeísmo y aceptaron al único Dios y al Señor Jesucristo. Pablo expresó este cambio como haberse convertido **de los ídolos a Dios**. **Convertisteis** viene del verbo *epistrephō*, usado en el Nuevo Testamento para indicar que cuando un pecador se convierte hay un giro en la dirección absolutamente opuesta (Hch. 9:35; 11:21; 26:18, 20; 2 Co. 3:16; cp. Lc. 1:16; Stg. 5:20). Tal conversión implica arrepentirse, apartarse **de los ídolos** y someterse solo al Salvador en fe (Hch. 20:21). Tal giro es mucho más que el simple cambio de creencia sobre quién es Cristo; es un cambio completo de lealtades, **de los ídolos** a **servir al Dios vivo y verdadero**. La palabra que escogió Pablo para **servir** (*douleuein*) quiere decir servir como esclavo, la forma más exigente de servidumbre. Pablo sabía que los tesalonicenses se habían apartado de la devoción servil a los **ídolos** demoniacos, muertos y falsos, a una esclavitud nueva y deseable **al Dios vivo y verdadero** (cp. Ro. 6:16-18).

ANHELO EXPECTANTE POR EL REGRESO DE CRISTO

y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera. (1:10)

La marca décima y final para indicar que en la iglesia de Tesalónica eran realmente elegidos de Dios era que sus miembros esperaban **de los cielos a su Hijo**; es decir, **a Jesús**.

Quienes aman a Cristo anhelan y esperan su regreso. Los apóstoles evidenciaron tal deseo cuando vieron la ascensión de Jesús:

Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Hch. 1:9-11).

Pablo afirmó incuestionablemente que Aquel que ascendió una vez al cielo también es a quien los creyentes esperan, Aquel que Dios **resucitó de los muertos, a Jesús**. La referencia a la resurrección determina el escenario para el regreso de Jesucristo. Dios lo **resucitó de los muertos** porque le complació el sacrificio de Jesús por el pecado y porque quería exaltarlo hasta el trono celestial, del cual regresará para ejercer su derecho soberano como Rey de reyes (Hch. 2:24, 32; 3:15; 4:10-12; 5:30-32; 13:33-35; 17:31; cp. Ro. 1:3-4; 2 Co. 13:4; Ef. 1:19-23). La palabra traducida **esperar** se usa solo aquí en el Nuevo Testamento y se refiere a la espera expectante: la espera constante, paciente y confiada.

Esperar con ilusión y paciencia el regreso de Jesús desde el cielo es otro aspecto importante en este primer capítulo para definir a un cristiano. La espera es un asunto recurrente en las cartas a los tesalonicenses (1 Ts. 2:17, 19; 3:13; 4:15-17; 5:8, 23; 2 Ts. 3:6-12). En dos de las otras cartas paulinas el apóstol describió esta actitud de esperar como sigue:

Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida (2 Ti. 4:8).

Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo (Tit. 2:11-13).

El creyente verdadero anhela el regreso de Cristo porque sabe que allí se completará y satisfará el propósito eterno de Dios, que es librarnos **de la ira venidera**. **Librarnos** hace referencia a la liberación que el Señor provee. Él es Libertador y Salvador de quienes en otro caso habrían enfrentado el juicio divino y el castigo eterno. En el mundo antiguo se aceptaba la idea de la ira divina, pero no había esperanza genuina de librarse de ella. En contraste, el mundo posmoderno rechaza la idea de la ira divina, por lo que no se necesita ni considera al Libertador. *Orgē* (**ira**) describe la oposición resuelta del Señor y su disgusto con el pecado. Algunos creen que **la ira venidera** se refiere a la Gran Tribulación y ven en esta liberación la promesa del arrebatamiento pretribulacionista, cuya explicación se dará más adelante en esta epístola (véase el capítulo 11 de este comentario). Pero el contexto inmediato de la explicación de Pablo sobre la elección y salvación, en lugar de ser escatológico, desecha la ira temporal y señala la **ira** eterna; como sucede con la ira mencionada en 5:9: “Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

Estas diez marcas de los elegidos son ciertas para cada seguidor genuino de Cristo. Pero es posible que, de vez en cuando, incluso los creyentes verdaderos pierdan contacto en sus vidas con estas realidades y vivan de forma no consecuente con su posición en el cuerpo de Cristo. Pedro urgió así a sus lectores: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás” (2 P. 1:10). No es porque necesiten convencer a Dios; Él ya sabe quiénes están entre los elegidos. Pero no hay mayor seguridad para quienes profesan fe en Cristo que conocer su condición espiritual verdadera por medio de estos diez puntos de referencia.

2. Liderazgo espiritual a toda prueba

Porque vosotros mismos sabéis, hermanos, que nuestra visita a vosotros no resultó vana; pues habiendo antes padecido y sido ultrajados en Filipos, como sabéis, tuvimos denuedo en nuestro Dios para anunciaros el evangelio de Dios en medio de gran oposición. Porque nuestra exhortación no procedió de error ni de impureza, ni fue por engaño, sino que según fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio, así hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones. Porque nunca usamos de palabras lisonjeras, como sabéis, ni encubrimos avaricia; Dios es testigo; ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo. (2:1-6)

Por cerca de medio siglo, desde el comienzo de la década de 1950, el mundo se ha preguntado: ¿A dónde se han ido los líderes? Durante ese tiempo la sociedad le ha dado cada vez más valor al liderazgo, pero ha encontrado pocos líderes nobles con habilidad e integridad.

El liderazgo no es fácil. Cuando un equipo deportivo no gana, el dueño despide al entrenador. Cuando una empresa pierde su capacidad competitiva o de alguna forma significativa no está a la altura de las expectativas, la junta directiva suele despedir al presidente. Cuando una iglesia no crece de acuerdo con las expectativas de las personas, al pastor se le obliga a dejar el cargo.

Y como en la iglesia hay asuntos espirituales y eternos en juego, la crisis de liderazgo en el mundo es insignificante comparada con la crisis de liderazgo en la iglesia, que es la agencia de Dios para cumplir su misión en la tierra (Mt. 28:19-20; cp. 1 Ti. 3:15) hasta el regreso de Cristo.

Los llamados a ser ancianos de la iglesia, quienes predican, enseñan y lideran el rebaño de Dios, tienen el deber inigualable de proclamar el evangelio a los pecadores incrédulos y llevar a quienes crean y se bauticen a la comunión de la iglesia local. Allí el Espíritu Santo los santificará a medida que adoren a Dios en espíritu y en verdad, y se sometan a la exposición y aplicación de las Escrituras. Los pastores también deben interceder por su pueblo mediante la oración pública y privada; deben supervisar la administración de la Cena del Señor, de manera que su pueblo confiese regularmente sus pecados y renueve su pacto de obediencia; capacitar a otros maestros y obreros de la iglesia; supervisar y aplicar la disciplina de la iglesia; y dar consejería bíblica a la congregación. Toda esta obra espiritual es para edificar los santos hasta la madurez: “la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef. 4:13).

El anciano debe ser un médico espiritual que tenga la capacidad de aplicar las curas bíblicas en aquellos vicios y herejías que puedan afligir a los miembros de su iglesia. También debe ser un pastor sensible, el cual, mientras alimenta al rebaño, cure sus heridas, calme sus temores, los proteja de los peligros espirituales y los consuele cuando estén afligidos. En resumen, debe ser un campeón de la verdad bíblica (2 Ti. 4:2), una fuente de recursos espirituales (1 P. 5:1-2), un guardián y protector (Hch. 20:28-31) y siempre un modelo de virtud espiritual (1 Ti. 4:12) para todos aquellos por quienes es directamente responsable ante su Señor Jesucristo (He. 13:17; Stg. 3:1).

Hasta el superdotado apóstol Pablo se hizo esta pregunta: “Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?” (2 Co. 2:16). Se dio cuenta de que ningún hombre puede cumplir eficazmente con la obligación inmensa del liderazgo espiritual solo mediante el esfuerzo, la sabiduría y la fortaleza humanos. Sabía que solo Dios podía proporcionar el poder para ser un líder eficaz; aunque luchaba con su carne, descubrió que no hacía lo que quería, sino lo que no quería (Ro. 7:14-25). Dios, en su misericordia, le dio dolor y sufrimiento continuo para darle una lección de humildad y hacerlo dependiente del poder divino (2 Co. 12:7-10).

Los falsos maestros asediaban a Pablo, como suelen hacerlo con otros pastores fieles, cuestionando su carácter y autoridad. Por eso la declaración de apertura en el capítulo 2 es una polémica en defensa del ministerio de Pablo a los tesalonicenses. Los oponentes de su ministerio mentían a la iglesia de Tesalónica en cuanto a la integridad y sinceridad del apóstol. Esperaban acabar con la nueva iglesia destruyendo su confianza en la persona que Dios había usado para fundarla. Dicho grupo incluía probablemente judíos incrédulos y gentiles paganos, ambos muy hostiles al evangelio. (Era una situación semejante a la que después trató Pablo en 2 Corintios). En una respuesta negativa a la venida del Mesías y su obra redentora, además de a la expansión del evangelio, se intensificaron los ataques a la verdad de la salvación por gracia; y Pablo era el blanco principal.

Debido a que el mundo del primer siglo estaba lleno de charlatanes y líderes espirituales falsos, era fácil que los

enemigos del apóstol lo encasillaran en ese grupo que viajaba alrededor ministrando solo para obtener poder, riqueza y prestigio. W. Neil escribe lo siguiente sobre aquellos tiempos:

> Es probable que no haya habido nunca tan grande variedad de sectas religiosas y sistemas filosóficos como en los días de Pablo. Oriente y Occidente se habían unido y mezclado para producir una amalgama de piedad real, principios morales elevados, superstición cruda y licencia flagrante. Los misterios orientales, la filosofía griega y los diosecillos locales competían por tener buena acogida bajo la protección de la indiferencia romana. "Hombres santos" de todos los credos y países, filósofos populares, magos, astrólogos, locos y maniáticos; los sinceros y los falsos, los justos y los pícaros, los estafadores y los santos; todos presionaban y reclamaban la atención de crédulos y escépticos (Citado en Leon Morris, *The First and Second Epistles to the Thessalonians* [Primera y segunda epístolas a los Tesalonicenses], The New International Commentary on the New Testament [Nuevo comentario internacional del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1989], p. 68, n. 3).

A pesar de la pureza en la vida de Pablo y del poder trasformador de su mensaje (prueba suficiente y convincente de su legitimidad como apóstol de Jesucristo), los enemigos del evangelio estaban teniendo éxito en convencer a los tesalonicenses de que Pablo y sus compañeros tenían malas intenciones, que tan solo eran farsantes en busca de su propio beneficio, como muchos otros "maestros espirituales" de la época. Por lo tanto, tan desagradable como pudiera ser para Pablo la defensa propia, respondió directa y concisamente a sus detractores por amor a la verdad.

RECORDATORIO INICIAL DE PABLO

Porque vosotros mismos sabéis, hermanos, que nuestra visita a vosotros no resultó vana; (2:1)

Pablo abrió la defensa de su liderazgo espiritual con una declaración general sobre la eficacia de su ministerio: "**Porque vosotros mismos sabéis, hermanos, que nuestra visita a vosotros no resultó vana**". El apóstol urgió inmediatamente a sus lectores a recordar su experiencia con él y con sus compañeros; lo que había ocurrido era obvio y evidente. El conocimiento del ministerio de Pablo entre los tesalonicenses no venía por un informe de segunda mano (cp. 1 Ts. 1:9); ellos habían participado directamente.

La frase **nuestra visita a vosotros** se refiere a la llegada de los misioneros a Tesalónica con el mensaje del evangelio. **Vana** traduce la palabra *kenos*, cuyo significado es "vacío". El término también puede denotar algo carente de propósito, efecto o importancia y, por tanto, intrascendente. Pero el ministerio de Pablo, Silas y Timoteo en Tesalónica no resultó insulso. Por el contrario, tuvo un impacto poderoso porque produjo efectos profundos y de largo alcance en la vida de los tesalonicenses: las señales de la fe genuina mencionadas en 1:1-10. La fortaleza de la iglesia en Tesalónica, incluso después de la partida de Pablo, era evidencia de que su trabajo **no resultó** vano. Pablo continúa la defensa de su ministerio en esta sección de la carta y expresa cinco ingredientes que abrieron su ministerio al poder divino: su confianza en el poder de Dios, su dedicación a la verdad de Dios, su comisión por la voluntad de Dios, su motivación por el conocimiento de Dios y su dedicación a la gloria de Dios.

CONFIANZA DE PABLO EN EL PODER DE DIOS

pues habiendo antes padecido y sido ultrajados en Filipos, como sabéis, tuvimos denuedo en nuestro Dios para anunciaros el evangelio de Dios en medio de gran oposición. (2:2)

La confianza de Pablo en el poder de Dios para impulsar su ministerio y protegerle del mal, le dio audacia, valentía, tenacidad e intrepidez frente a sus enemigos.

Pablo pensaba en aquellos enemigos cuando recordó a los tesalonicenses que él y sus compañeros habían **antes padecido y sido ultrajados en Filipos**. Lucas recuerda ese episodio en Hechos 16:16-24:

> *Aconteció que mientras íbamos a la oración, nos salió al encuentro una muchacha que tenía espíritu de adivinación, la cual daba gran ganancia a sus amos, adivinando. Esta, siguiendo a Pablo y a nosotros, daba voces, diciendo: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación. Y esto lo hacía por muchos días; mas desagradando a Pablo, éste se volvió y dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora. Pero viendo sus amos que había salido la esperanza de su ganancia, prendieron a Pablo y a Silas, y los trajeron al foro, ante las autoridades; y presentándolos a los magistrados, dijeron: Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad, y enseñan costumbres que no nos es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos. Y se agolpó el pueblo contra ellos; y los magistrados, rasgándoles las ropas, ordenaron azotarles con varas. Después de haberles azotado mucho, los*

echaron en la cárcel, mandando al carcelero que los guardase con seguridad. El cual, recibido este mandato, los metió en el calabozo de más adentro, y les aseguró los pies en el cepo.

En realidad, Pablo y Silas fueron perjudicados de dos maneras en Filipos, como lo indican las palabras padecido y ultrajados. Los trataron brutalmente: los azotaron y los aseguraron con cepos, los acusaron falsamente y los castigaron ilegalmente. **Padecido** se refiere principalmente al maltrato físico, mientras **ultrajados** se refiere a la vergüenza pública e incluso al abuso legal; los juzgaron injustamente y los enviaron a prisión aunque no habían cometido ningún crimen. En el primer siglo, *hubrizō* (**ultrajados**) significaba tratar de forma vergonzosa, insultante o escandalosa en público; todo con la intención de humillar.

Pablo declaró que aun después de haber experimentado ese maltrato **en Filipos** continuaron predicando el evangelio en Tesalónica, donde se les acusó falsamente de traición (Hch. 17:7) y fueron atacados injustamente por una turba (17:5-6). La palabra traducida **pues habiendo** (*alla*) en la RVR-60 es un adversativo fuerte que en este contexto podría haberse traducido mejor como “pero por otra parte” o “aunque”. Incluso cuando los misioneros encontraron tan terrible reacción en Filipos al momento de proclamar el evangelio, fueron a Tesalónica entregados al mismo deber privilegiado de predicar **el evangelio de Dios**. De hecho, Pablo concluyó que la reacción hostil de los filipenses paganos era un indicador seguro de que él y sus amigos estaban predicando la verdad. La declaración de Pablo aquí deja claro que la predicación audaz, bíblica y confiada no lleva a la popularidad. Más bien, lleva a conflictos que requieren valentía y audacia renovada.

La confianza de Pablo no era en sí mismo. Al contrario, su confianza o **denuedo** estaba solamente en **Dios**. Pablo confiaba de todo corazón en que Dios los sostendría. Como escribiría después a los efesios, era fuerte “en el Señor, y en el poder de su fuerza” (Ef. 6:10). Su debilidad humana era la mejor herramienta para el poder de Dios (2 Co. 12:9-10).

El término **evangelio de Dios** aparece dos veces más en el capítulo 2 (vv. 8-9) así como en Marcos 1:14; Romanos 1:1; 15:16; 2 Corintios 11:7 y 1 Pedro 4:17. Describe el evangelio desde la perspectiva de Dios como fuente. Se trata de las buenas noticias diseñadas y reveladas por Dios sobre lo que Él ha hecho para redimir a los pecadores a través de su gracia y por su Hijo Jesucristo.

Como en Filipos y en otros lugares, el apóstol ministró el evangelio en Tesalónica **en medio de gran oposición**. La palabra griega traducida **oposición** es *agōn* (“lucha”, “conflicto”, “pelea”) y de ella se deriva la palabra *agonizar*. Se refiere a una lucha agonizante de vida o muerte. En el ministerio siempre hay presión para suavizar el mensaje, para ser inofensivo a los pecadores, para hacerles el evangelio aceptable. Pero esa transigencia no tenía cabida en la estrategia de Pablo. En su lugar, estaba completamente convencido de que el poder de Dios vencería toda la oposición y lograría su propósito redentor. El siervo de Dios predica sin suavizar el mensaje verdadero que Dios ha dispuesto en su Palabra; no otro mensaje. Lo hace por la verdad, no por la popularidad personal. Cuando viene la oposición, confía en el poder de Dios y permanece obediente a su llamado. Todo esto era cierto para Pablo y sus compañeros. Como sucede con todos los predicadores devotos del evangelio, calcularon el costo de confrontar fielmente a los pecadores con la verdad y se apoyaron confiados en el poder supremo y soberano de Dios.

DEDICACIÓN DE PABLO A LA VERDAD DE DIOS

Porque nuestra exhortación no procedió de error ni de impureza, ni fue por engaño, (2:3)

El apóstol Pablo sabía que podía confiar en el poder de Dios porque estaba comprometido con la verdad de Dios, no solo en su predicación, sino también en su vida. Los enemigos de la verdad tratan de destruir a los ministros del evangelio mediante la persecución. Pero cuando eso no funciona, como en el caso de Pablo, intentan socavar la confianza del pueblo en el mensaje del líder espiritual o en su integridad personal.

Eso les pasaba a menudo a Pablo y sus compañeros. Por eso, Pablo consideraba necesario defender su integridad afirmando su compromiso sin titubeos con la verdad divina, en palabra y conducta. Primero declaró: “**nuestra exhortación no procedió de error**”. La palabra **exhortación** (*paraklēsis*) quiere decir “llamado, imploración o ruego urgente”, con énfasis en el juicio. Tal uso enfatizaba a los lectores de Pablo la urgencia y franqueza de su predicación. No se desviaba él de la verdad ni operaba sin las normas de la revelación divina. Pablo les aseguró que no había enseñanza falsa ni vida falsa —en otras palabras, **error**— en su ministerio.

Los críticos de Pablo no solo deben haberlo tildado de **error** sino de herejía total. Los judíos antagonistas lo acusaban de ignorancia del Antiguo Testamento. Pero tales acusaciones eran falsas (cp. 2 Co. 2:17). Desde el momento de la conversión de Pablo, él fue un guardián de la verdad de Dios y más adelante amonestaría a Timoteo sobre la importancia de ser esa clase de guardián:

Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, está envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas… Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia (1 Ti. 6:3-4, 20).

Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros (2 Ti. 1:13-14)

Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad (2 Ti. 2:15).

Como señalamos, Pablo no solo estaba comprometido con hablar y guardar la verdad, también estaba comprometido con vivirla. Así, él afirmó que su mensaje no se originaba en la **impureza** (*akatharsias*), una palabra compuesta de *katharos*, cuyo significado es "puro" o "limpio", y el prefijo *a*, que da a la expresión un sentido negativo, literalmente "sin pureza" (*katharos* es la fuente de la palabra *catarsis*, cuyo significado es purificación o limpieza). Aunque la palabra podría referirse a la impureza física y social (estigma), su sentido era principalmente de impureza sexual.

En los días de Pablo, muchas religiones de misterio y sectas griegas practicaban e incluso exaltaban la perversión sexual. Tales religiones eran muy populares porque en la mayoría de ellas la experiencia religiosa primaria se centraba en que los adherentes al culto tenían relaciones sexuales con una prostituta ritual del templo o con el líder de dicha secta. Las orgías en los templos eran comunes. La relación sexual tenía un papel central en las religiones paganas porque los miembros creían que cuando alguien tenía esa relación con un líder hombre o con una prostituta —quienes supuestamente estaban más cerca de los dioses—, los individuos se conectaban con las deidades. Por lo tanto, suponían que por medio de la fornicación, alcanzaban una especie de unión mística o metafísica con los dioses. Así pues, los líderes inescrupulosos y malvados buscaban conversos para mantener relaciones sexuales con ellos.

De modo que era muy típico que los charlatanes religiosos entraran en un lugar y buscaran a mujeres para satisfacer sus propios deseos sexuales con el pretexto de ofrecerles una experiencia religiosa más íntima, completa y profunda. Esos maestros sin escrúpulos hasta reclutaban a mujeres para pasar esas "experiencias religiosas" a otros hombres. Otras referencias del Nuevo Testamento a esas prácticas sugieren cuán comúnmente se promovían esas enseñanzas perversas en los días de Pablo. El apóstol Pedro escribió: "Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme" (2 P. 2:2-3; cp. vv. 12-15). Después, al transmitir la advertencia del Señor a la iglesia de Tiatira, el apóstol Juan dijo: "Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos" (Ap. 2:20).

Por increíble que parezca, los enemigos de Pablo lo estaban acusando de la misma clase de **impureza** de los falsos maestros: buscando conversos para favores sexuales. Pero eso es inimaginable, como se ve en su negación categórica de tales acusaciones. De hecho, al negar las acusaciones malvadas de sus enemigos, Pablo usó la palabra *akatharsias* porque la connotación más amplia de esa palabra probablemente indicaba amor libidinoso para fornicación. El apóstol y sus compañeros no tenían motivos ocultos impuros ni eran líderes espirituales inmorales sexualmente. Hablaban la verdad ilustrada con sus vidas puras.

Por último, Pablo afirmó su dedicación a la verdad de Dios declarando que él no había llegado **por engaño**. Con esas palabras pasaba el argumento al reino de los motivos y aseveraba la honradez y franqueza de sus intenciones. **Engaño** traduce *dolos*, literalmente, anzuelo, trampa o truco (formas de engaño). Los falsos maestros solían usar la hechicería, la magia y el teatro para hacer parecer que tenían poderes sobrenaturales y así ganar conversos para obtener dinero y favores sexuales (cp. Hch. 8:9-11; 2 P. 2:15-18; Jud. 11). Pero los motivos de Pablo eran justos y él había vivido y ministrado con la mayor integridad (1 Co. 4:1-5; 2 Co. 3:1-3; 4:1-6). Pablo —y por extensión, sus colegas— solo querían cumplir su responsabilidad de hablar y vivir la verdad, sin engaños de algún tipo.

Pablo era lo opuesto a un falso maestro; su mensaje era la verdad; su vida era pura y su ministerio era honrado, sin hipocresías ni engaños.

COMISIÓN DE PABLO POR LA VOLUNTAD DE DIOS

sino que según fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio, (2:4*a*)

El tercer elemento esencial en el impacto poderoso de Pablo era que el ministerio estaba aprobado **por Dios**. Con este punto, la explicación pasaba de la dedicación del apóstol a la verdad a su comisión divina, de la cual derivaba su dedicación a la verdad.

El tiempo perfecto del verbo *dedokimasmetha* (**fuimos aprobados**) quiere decir que a Pablo se le probó y se le encontró válido, se le dio una aprobación duradera. Dios había validado y seguía aprobando el ministerio de Pablo.

Claramente, Dios había llamado a Pablo para ser apóstol; él no se nombró a sí mismo (Hch. 9:1-18). No estaba ministrando por su propia autoridad, a él se le había confiado **el evangelio**. Poco después de la conversión de Pablo, el Señor dijo a Ananías: "Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel" (Hch. 9:15). Pablo reiteró la veracidad de ese concepto varias veces en sus epístolas:

> *Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo (1 Co. 15:10).*
>
> *A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo (Ef. 3:8).*
>
> *Según el glorioso evangelio del Dios bendito, que a mí me ha sido encomendado. Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio (1 Ti. 1:11-12).*
>
> *Y a su debido tiempo manifestó su palabra por medio de la predicación que me fue encomendada por mandato de Dios nuestro Salvador (Tit. 1:3).*

Por eso, el apóstol Pablo fue un hombre bajo el llamado, mandato y autoridad de Dios; el Señor le dio la gran responsabilidad de predicar **el evangelio**, establecer la iglesia y escribir las Escrituras. Para tales servicios nobles, Pablo fue aprobado **por Dios** y trabajó bajo ese llamado como uno cuya autoridad se ha delegado divinamente y a quien se le prometió bendición sobrenatural.

MOTIVACIÓN DE PABLO POR EL CONOCIMIENTO DE DIOS

así hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones. Porque nunca usamos de palabras lisonjeras, como sabéis, ni encubrimos avaricia; Dios es testigo; (2:4*b*-5)

Aunque Pablo se regocijaba en su supremo llamamiento, había un fuerte sentido de responsabilidad ante Dios que equilibraba su autoridad para predicar la Palabra. Dicha responsabilidad venía de ser bien consciente de que el Señor omnisciente sabía y examinaba todo en su corazón y en su vida.

Él era consciente de no ser responsable solamente ante los hombres. Aseguró a los tesalonicenses que cuando hablaba la Palabra de Dios, no lo hacía **como para agradar a los hombres**. En ninguna parte lo dejó más claro que cuando respondió a la acusación de los falsos maestros gálatas según los cuales él predicaba como para agradar a los hombres. Después de atacarlos con una denuncia poderosa y una maldición, de declararlos *anatema* a ellos y a todo el que corrompa el evangelio (Gá. 1:6-9), les dijo: "Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo" (v. 10; cp. He. 13:17; Stg. 3:1).

El apóstol Pablo estaba consumido por agradar a Dios porque sabía que solo Dios **prueba** verdaderamente los **corazones** de quienes le sirven. Aquí **corazones** se refiere al fuero interno, la persona real, donde convergen sentimientos, voluntad y motivos. Dios escudriña todos estos factores y sabe con certeza si sus siervos buscan agradarlo a Él o a los hombres. Reconocer tal omnisciencia era lo que motivaba su servicio.

Pablo habló sobre el asunto de la motivación y la responsabilidad más ampliamente en una sección instructiva clave de su primera epístola a la iglesia de Corinto:

> *Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel. Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo me juzgo a mí mismo. Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios (1 Co. 4:1-5).*

Aunque Pablo dejaba la evaluación de su fidelidad a su Señor omnisciente, él mantenía su corazón limpio. Su testimonio personal en 2 Corintios 1:12 es notable: "Porque nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría humana, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo, y mucho más con vosotros".

Debido a que el Señor es el Juez verdadero, el apóstol llamó a **Dios** por **testigo** en el cuidado de esta iglesia y le pidió

confirmar que él y sus amigos no habían venido a explotar a los tesalonicenses con **palabras lisonjeras**. Quien usa **palabras lisonjeras** con una persona, lo hace para ganar el favor o para ganar poder sobre ella. Pablo no se rebajaba al pecado de la adulación, sin duda recordando las palabras del Antiguo Testamento: "El SEÑOR cortará todo labio lisonjero y toda lengua jactanciosa" (Sal. 12:3 NVI; cp. 5:9; Job 32:21-22; Pr. 20:19; 28:23; Ro. 16:18).

Los falsos maestros no solo buscan ganar poder e influencia mediante sus palabras aduladoras, sino que su motivación subyacente suele ser la avaricia. Así ocurría con los religiosos falsos de los tiempos de Pablo y así ocurre hoy día. Por lo tanto, Pablo aseveró: **no encubrimos avaricia**. **Encubrimos** viene de *prophasis*, cuyo significado es "capa". Pablo y sus compañeros no fueron a Tesalónica con una capa que ocultara sus intenciones avaras. No eran como los impostores espirituales que llegaron tapando sus deseos reales de dinero y favores sexuales usando la adulación para conquistar a la audiencia y luego aprovecharse de ella para toda suerte de ganancias y satisfacciones personales.

En contraste, el ministerio de Pablo era coherente con sus últimas palabras a los ancianos de Éfeso: "Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido" (Hch. 20:33-34). A diferencia de la mayoría de los falsos maestros, él trabajó con sus propias manos, con lo cual demostró que no predicaba el evangelio por la recompensa monetaria vulgar. Dios conocía su corazón y sus motivos, y ante Él Pablo era responsable.

DEDICACIÓN DE PABLO A LA GLORIA DE DIOS

ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo. (2:6)

Además, a diferencia de los impostores espirituales comunes, Pablo no buscaba **gloria**, estima, honra o alabanza, **de los hombres**. El tiempo presente del participio griego *zētountes* indica que no acostumbraba buscar elogios, recompensas, reconocimientos y prestigio **ni de** los tesalonicenses **ni de otros**. La única **gloria** que Pablo buscó siempre era eterna. A los efesios les escribió: "Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén" (Ef. 3:20-21). Pablo no estaba en el ministerio por ambiciones personales. Dios lo había dotado, preparado y ubicado ahí y por eso no merecía los elogios humanos (cp. 1 Co. 9:16-18; 10:31; 2 Co. 4:5).

Aunque Pablo y sus compañeros pudieron ser **carga como apóstoles de Cristo** y ganar con ellos un poco de prestigio, estaban preocupados con darle toda la gloria a Dios. **Apóstoles** se refiere a los mensajeros con llamado especial. En el sentido más estricto, el plural **apóstoles** probablemente pretendiera enlazar a Pablo con los doce (como uno de los que había visto al Cristo resucitado y había sido comisionado personalmente por Él), para identificar así su autoridad única. En un sentido menos específico, podría designar a Silas y a Timoteo como apóstoles de las iglesias, no escogidos directamente por Cristo sino por las iglesias (cp. Ro. 16:7; Fil. 2:25).

Pablo nunca abusó de la **carga** que pudiera ser como apóstol; la equilibró siempre con la responsabilidad y la humildad. Y sabía que la omnisciencia de Dios discernía todo pensamiento e intención de los corazones, de modo que tenía cuidado de no desear la alabanza de los hombres y, más bien, buscar siempre darle la gloria a Dios. La doxología divina del apóstol lo expresa así:. "Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén" (Ro. 11:36).

Este pasaje establece cinco cualidades clave del liderazgo espiritual a toda prueba: tenacidad, porque el líder confía totalmente en el poder de Dios; integridad, porque el líder está completamente comprometido con la verdad de Dios; autoridad, porque el líder está comisionado por la voluntad de Dios; responsabilidad, porque el líder sabe que el Dios omnisciente examina su corazón; y humildad, porque el líder está consumido por la gloria de Dios. Si tiene estas cualidades, estará en el camino correcto de un liderazgo espiritual a toda prueba.

3. Descripciones paternales del liderazgo espiritual

Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos. Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos. Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios. Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irreprensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes; así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros, y os encargábamos que anduvieseis como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria. (2:7-12)

Las Escrituras ofrecen guía abundante, por el ejemplo y la instrucción directa, sobre el liderazgo espiritual. Desde el comienzo de la creación, Dios estableció el liderazgo en las relaciones humanas. En el matrimonio entre Adán y Eva, Dios designó a Adán para que fuera líder (Gn. 2:18). Desde entonces, le ha ordenado al esposo y al padre ser el líder de la familia (1 Co. 11:3, 8-9; Ef. 5:22; Col. 3:18; 1 Ti. 2:12-14).

A nivel nacional, a lo largo del Antiguo Testamento, Dios usó patriarcas, sacerdotes, jueces, reyes, profetas y líderes militares para dirigir a su pueblo. El Espíritu Santo revela directamente desde Génesis hasta Malaquías las bendiciones y maldiciones del liderazgo bueno y del malo.

En los Evangelios aparece el líder más grande de todos: Jesucristo (cp. He. 2:10). Al comienzo de su ministerio escogió doce apóstoles (cp. Lc. 6:12-13): una selección establecida de antemano de hombres comunes y corrientes que recibirían la capacitación única en liderazgo del Hijo de Dios. Tal preparación, junto con la recepción del Espíritu Santo (Hch. 1:6-11; 2:1-4), les permitió reproducir líderes espirituales adicionales, quienes a su vez pasaron lo que sabían a otros hombres en un proceso de discipulado que ha continuado por toda la historia de la iglesia (cp. 2 Ti. 2:2). La iglesia siempre ha tenido la responsabilidad de identificar y nombrar hombres cualificados bíblicamente para liderar y al mismo tiempo ser capaces de seleccionar y capacitar la siguiente generación de líderes espirituales (cp. 1 Ti. 3:1ss; Tit. 1:4ss).

El liderazgo espiritual eficaz es una combinación de carácter y actividad. En 1 Tesalonicenses 2:1-6 leemos sobre las virtudes de liderazgo ejemplares en la vida de Pablo (de Silas y de Timoteo): tenacidad, integridad, autoridad, responsabilidad y humildad. Sin embargo, en este pasaje siguiente, el apóstol presenta las funciones externas del líder espiritual aprobado por Dios. Para presentar estas funciones, Pablo podría haber hablado sobre la predicación, la disciplina, la protección y la supervisión. Pero el apóstol usó una metáfora, como solían hacerlo los escritores del Nuevo Testamento para hacer el mensaje más vívido y rico: un mayordomo o el gerente de una casa (1 Co. 4:1-2); un siervo o un esclavo (Col. 4:12); un heraldo o pregonero del mensaje (1 Ti. 2:7); un maestro, soldado, atleta y labrador (2 Ti. 2:2-6); o la imagen común de un pastor (1 P. 5:1-4; cp. Sal. 23). Todas estas metáforas están llenas de significado y describen imágenes útiles. Sin embargo, Pablo escogió usar la metáfora más convincente e íntima de un padre y una madre para ilustrar las clases principales de cuidado espiritual que debe dar un líder a su pueblo.

Tales metáforas no están limitadas a esta epístola. En Gálatas 4:19 escribió como si fuera una madre llamando a los creyentes: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”. Se describió como una madre que tuvo su primer parto y luego alargó el parto para hacer madurar espiritualmente a sus hijos. En 1 Corintios 4:15 se describió como un padre espiritual: “Porque aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio”. Él era la fuente humana de la vida espiritual de ellos, además de su maestro y protector. El uso de estas metáforas de familia enfatiza el cuidado y el afecto de la vida compartida de Pablo con aquellos a quienes llevaba el evangelio.

EL LÍDER ESPIRITUAL COMO UNA MADRE

Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos. Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos. Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios. (2:7-9)

Así como las madres son absoluta e indiscutiblemente esenciales para el bienestar de los hijos, los líderes espirituales

que ministran con la ternura, el afecto íntimo, el amor sacrificial y el trabajo desinteresado de una madre, son esenciales para la salud de la iglesia.

TERNURA

Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos. (2:7)

Pablo comienza con el adversativo importante **Antes**, el cual vuelve a contrastar la conducta de sus compañeros y él con el comportamiento pecaminoso de los falsos maestros (vv. 2, 4). Pablo recordó a los tesalonicenses que, en lugar de operar con los abusos engañosos de los agentes satánicos, fueron **tiernos entre** los tesalonicenses.

El término **tiernos** está en el corazón de este versículo. Quiere decir ser amable con alguien y abarca toda una gama de virtudes adicionales: aceptación, respeto, compasión, tolerancia a las imperfecciones, paciencia, buen corazón y lealtad. A diferencia de muchos maestros itinerantes, Pablo y sus amigos predicadores no fueron a Tesalónica a explotar a las personas para prosperidad propia, sino a vivir y servir **entre** ellos con bondad. Pablo explicó su grado de ternura a los tesalonicenses comparándolos con una **nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos**, la imagen que usó Moisés para su relación con Israel (Nm. 11:12). Como lo indica la frase **sus propios hijos**, Pablo no era una madre sustituta pagada o una trabajadora social contratada por días, al estilo moderno. El apóstol exhibía los mismos sentimientos que una **nodriza** cuando cuidaba de las necesidades espirituales de los tesalonicenses. Esta descripción suele ser ajena a todos los líderes que no están en la verdadera iglesia de Jesucristo. De hecho, para la mayoría, parecería ser sentimental, débil e improductivo. La norma del liderazgo mundano es alcanzar los deseos del líder *por medio* de las personas. En la iglesia, los pastores tienen el privilegio de ver las cosas que Dios desea para su pueblo. Esto cambia la dinámica. Tal como los padres buenos se preocupan por el corazón de sus hijos, así también hacen los buenos pastores. La metáfora anterior lo deja claro.

El verbo que traducido es **cuida con ternura** quiere decir literalmente calentar con el calor corporal. La madre amorosa tomaría al pequeño en sus brazos y le daría calor con su propio cuerpo. Tal metáfora tan descriptiva ilustra perfectamente la clase de cuidado especial que recibieron los tesalonicenses. A diferencia de los enemigos de la verdad, Pablo no era duro ni indiferente; él los cuidaba con ternura.

AFECTO ÍNTIMO

Tan grande es nuestro afecto por vosotros, (2:8*a*)

Al extender la metáfora de la nodriza, era lógico que Pablo mencionara el motivo de tal ternura cuidadosa: el amor. Poseía un gran **afecto** por los tesalonicenses. Una madre que carga en su pecho a su hijo tiene un gran **afecto** que no se iguala en otros contextos humanos. La palabra griega traducida **grande… afecto** (*homeiromai*; usada solamente aquí en el Nuevo Testamento) quiere decir anhelar a alguien con pasión y seriedad y, al estar ligado con el amor de madre, pretende aquí expresar un afecto profundo y absorbente que no puede sobrepasarse. Las inscripciones antiguas en las tumbas de los bebés muertos contenían a veces este término cuando los padres querían describir la añoranza triste por un hijo que se fue demasiado pronto.

Pablo reconoció que Dios diseñó naturalmente este **afecto** tan íntimo en los corazones de las madres. Y los corazones de todos los líderes espirituales justos han recibido el mismo tipo de **afecto** por su pueblo, semejante al de Pablo y sus compañeros por quienes eran de Cristo.

AMOR SACRIFICIAL

que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos. (2:8*b*)

Tal afecto sobrenatural e íntimo no era por obligación; no eran simples ejecutores de una tarea como mensajeros de Dios. Más bien, el mayor gozo de sus corazones era amar de esta manera. Pablo dijo que ellos habían **querido** ministrar así. Ese deseo definía una ansiedad y un celo generados por sus corazones llenos de amor (cp. 3:12).

Antes que nada, ellos fueron para entregar **el evangelio de Dios**. El verbo que se traduce **entregaros** quiere decir compartir, dar a alguien algo de lo cual se retiene una parte. Eso es exactamente lo que ocurre cuando los cristianos entregan a otros la verdad divina. Dan a alguien más las buenas noticias de la salvación sin perder la posesión de ella.

Pablo y sus compañeros misioneros enseñaron las verdades transformadoras del **evangelio de Dios** (véase los comentarios sobre 2:2) y aun así retuvieron esas verdades, incluso fortaleciéndolas al darlas (como saben todos los

buenos maestros) de modo que formaron una comunión amorosa y enriquecedora con quienes aceptaron el mensaje. En la expresión **evangelio de Dios** está implícita la plenitud de la doctrina que comprende la justificación, la glorificación y la santificación (cp. Tit. 1:1-2). (Y como Dios es la fuente de todas las buenas nuevas, se incluye también la elección). Los misioneros obedecieron y entendieron el mandato de la Gran Comisión, donde se decía a los cristianos que fueran a hacer "discípulos a todas las naciones… enseñándoles que guarden todas las cosas que [el Señor les ha] mandado" (Mt. 28:19-20). Exhortaron a los tesalonicenses a arrepentirse y aceptar la muerte y resurrección de Cristo (justificación). También los instruyeron sobre cómo vivir vidas santas en obediencia a las Escrituras, en el poder del Espíritu Santo (santificación) y a esperar la gloria eterna de la gloriosa venida del Señor por su amada iglesia (glorificación). (En realidad, toda la enseñanza en el Nuevo Testamento está relacionada con el evangelio completo de alguna manera).

Además de compartir el evangelio completo, Pablo, Silas y Timoteo compartieron **también** sus **propias vidas**. Literalmente, entregaron sus almas —su ser interno— por los tesalonicenses. No había nada superficial o parcial sobre su servicio sacrificial. La mujer que cumple el modelo bíblico para la maternidad hace lo mismo cuando, a gran costo personal, desinteresada y generosamente, pone su vida a un lado por el beneficio de su hijo amado. Esto es especialmente cierto de la nodriza al amamantar al bebé y cuidar de cada necesidad del recién nacido.

Pablo ministró a su pueblo con la misma actitud de compromiso total **porque**, como los bebés a una madre, ellos habían **llegado a** ser **muy queridos** para él. **Muy queridos** es otra imagen y descripción de Pablo para demostrar sin lugar a dudas el corazón de un pastor fiel.

TRABAJO DESINTERESADO

Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios. (2:9)

Para probar su afecto por ellos, Pablo volvió a instar a los tesalonicenses a acordarse de la clase de ministerio que él había tenido con ellos. **Trabajo y fatiga** resumen apropiadamente el ministerio en Tesalónica. **Trabajo** enfatiza la dificultad de una obra en particular y **fatiga** subraya el esfuerzo agotador y la lucha para realizarla. Estas dos palabras no solo se combinan para reflejar la actitud amorosa de la preocupación maternal, sino también la aplicación sincera de esa preocupación. Toda madre sabe que no hay precio que sus hijos puedan pagar por lo que ella hace por ellos. Ella no espera compensación de parte de ellos por haberlos criado, por mostrarles afecto profundo o por atender todas sus necesidades con sacrificio y amor de corazón. De igual manera, Pablo dijo a la iglesia que él y sus compañeros ministraron con ahínco, sin deseos de compensación que tuvieran derecho a esperar (cp. 1 Co. 9:7-11; 1 Ti. 5:17-18).

Pablo da mayor explicación de este sacrificio en 2 Tesalonicenses 3:7-9:

> *Porque vosotros mismos sabéis de qué manera debéis imitarnos; pues nosotros no anduvimos desordenadamente entre vosotros, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que trabajamos con afán y fatiga día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros; no porque no tuviésemos derecho, sino por daros nosotros mismos un ejemplo para que nos imitaseis.*

Él y sus compañeros vivieron de lo que recibieron de los filipenses (Fil. 4:16) y de lo que Pablo obtenía de su trabajo de fabricar tiendas. Tuvo tiempo de montar el negocio de tiendas porque, claramente, se quedó más allá de los tres días de reposo en que enseñó en la sinagoga; estuvo **trabajando de noche y de día** en esa actividad con sus propias manos para sostenerse a sí mismo y su equipo misionero.

Pablo no quería ser gravoso **a ninguno** de los tesalonicenses porque sabía que carecían de recursos materiales (cp. 2 Co. 8:1-2). Aunque proveyeron con sacrificio y generosidad para los creyentes empobrecidos de Jerusalén (cp. vv. 3-4), lo hicieron de la "profunda pobreza" típica de los creyentes (cp. 1 Co. 1:26-28), especialmente en la a menudo saqueada provincia romana de Macedonia.

De modo que Pablo se describió a sí mismo y a sus acompañantes como madres espirituales que hicieron un esfuerzo máximo para proveerles ternura, afecto íntimo, amor sacrificial y provisión con trabajo duro, cuando les predicaron **el evangelio de Dios**. Sin embargo, esa metáfora maternal describe solo parcialmente al líder espiritual eficaz. La descripción del líder espiritual como padre completa la imagen paulina del liderazgo.

EL LÍDER ESPIRITUAL COMO PADRE

Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irreprensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes; así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros, y os encargábamos que anduvieseis como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria.

(2:10-12)

En 1 Corintios 16:13 leemos la definición neotestamentaria distintiva de masculinidad, la cual es corolario útil para entender los aspectos paternales del liderazgo espiritual. Después de instruir a los creyentes corintios sobre cómo mantenerse firmes y estar alerta frente al carácter faccioso del pecado y a la debilidad comprometedora, Pablo los exhortó a portarse varonilmente y esforzarse. El verbo griego que traduce "portaos varonilmente" quiere decir "comportarse de manera valiente". Esa exhortación aclara aún más el precepto de esforzarse; resume el asunto de la masculinidad y es equivalente con el término *temple* (el diccionario de la Real Academia define *temple* como "fortaleza enérgica y valentía serena para afrontar las dificultades y los riesgos").

Los líderes espirituales eficaces, pues, serán hombres con la fortaleza de convicción y la valentía para permanecer en ella. Dios los ha llamado a niveles espirituales nobles (cp. Ef. 4:11-12; 1 Ti. 3:1-13; 2 Ti. 2:2; 1 P. 5:1-4) y les ha concedido por la verdad y el Espíritu Santo el temple para mantenerse en esos niveles y estar firmes, inamovibles y sin ceder frente a la oposición.

Este texto de Corintios es el único lugar del Nuevo Testamento donde aparece la frase "portaos varonilmente, y esforzaos". Pero los traductores de la Septuaginta (LXX) la usaron varias veces y algunos de esos pasajes clave aportan luz adicional a las implicaciones de la frase en el liderazgo.

> *Llamó entonces Moisés a Josué, y en presencia de todo Israel le dijo: "Sé fuerte y valiente, porque tú entrarás con este pueblo al territorio que el SEÑOR juró darles a sus antepasados. Tú harás que ellos tomen posesión de su herencia. El SEÑOR mismo marchará al frente de ti y estará contigo; nunca te dejará ni te abandonará. No temas ni te desanimes"… Y el SEÑOR le dio a Josué hijo de Nun esta orden: "Esfuérzate y sé valiente, porque tú conducirás a los israelitas al territorio que juré darles, y yo mismo estaré contigo" (Dt. 31:7-8, 23, NVI).*
>
> *Durante todos los días de tu vida, nadie será capaz de enfrentarse a ti. Así como estuve con Moisés, también estaré contigo; no te dejaré ni te abandonaré. Sé fuerte y valiente, porque tú harás que este pueblo herede la tierra que les prometí a sus antepasados. Sólo te pido que tengas mucho valor y firmeza para obedecer toda la ley que mi siervo Moisés te mandó. No te apartes de ella para nada; sólo así tendrás éxito dondequiera que vayas. Recita siempre el libro de la ley y medita en él de día y de noche; cumple con cuidado todo lo que en él está escrito. Así prosperarás y tendrás éxito. Ya te lo he ordenado: ¡Sé fuerte y valiente! ¡No tengas miedo ni te desanimes! Porque el SEÑOR tu Dios te acompañará dondequiera que vayas (Jos. 1:5-9, NVI).*
>
> *"¡Ánimo! ¡Luchemos con valor por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios! Y que el SEÑOR haga lo que bien le parezca". En seguida Joab y sus tropas avanzaron para atacar a los sirios, y éstos huyeron de él (2 S. 10:12-13, NVI).*

Como se revela en el pasaje de Josué, la primera fuente de valentía para Josué en su tarea de líder espiritual era la presencia continua de Dios ("yo mismo estaré contigo"), la segunda era la promesa de Dios ("al territorio que juré darles") y la tercera era el poder de Dios ("El SEÑOR mismo marchará al frente de ti y estará contigo; nunca te dejará ni te abandonará. No temas ni te desanimes"). Con base en esos recursos divinos, Dios llamó a Josué a obedecer su ley, sabiendo que tal obediencia lo haría un líder exitoso. Tales verdades, dadas tan simplemente, se aplican a todos los que lideran en el reino de Dios.

Tal vez el apóstol Pablo las sacó de los pasajes anteriormente citados cuando elucidaba la metáfora paterna del liderazgo espiritual y recordaba a los tesalonicenses cómo él y sus compañeros habían sido ejemplo de ella.

EL PADRE COMO MODELO

Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irreprensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes; (2:10)

Como con todos los líderes, el deber de un padre es liderar con el ejemplo, estableciendo la norma de integridad virtuosa en su familia (Dt. 4:9; Pr. 13:24; Ef. 6:4; Col. 3:21; He. 12:9); y esa también es la responsabilidad del líder espiritual con su pueblo. Con esto en mente, Pablo volvió a decir a los tesalonicenses que recordaran lo que él había dicho y cómo había ministrado en medio de ellos (2:1-2, 5, 9). La frase **Vosotros sois testigos** repite el recordatorio del versículo 1 —"Porque vosotros mismos sabéis"— y la frase **Dios también** hace referencia a los versículos 4-5, en los cuales Pablo describe el

examen omnisciente de Dios a sus motivos y su testimonio de integridad personal.

Así, Pablo señaló el conocimiento de primera mano de los tesalonicenses y el entendimiento de Dios sobre **cuán santa, justa e irreprensiblemente** se comportaron él y sus amigos con ellos. **Santa[mente]** enfatiza la vida ante Dios de Pablo, Silas y Timoteo. El adverbio **justa[mente]** se refiere al trato justo, bajo la ley divina, de los hombres para con Dios y otras personas. Y, por último, la palabra **irreprensiblemente** tiene que ver con su reputación ante las personas. Eran padres espirituales ejemplares en todo aspecto, determinando así la norma para todos los que los seguían.

EL PADRE COMO MAESTRO Y MOTIVADOR

así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros, y os encargábamos (2:11-12*a*)

Como el padre a sus hijos expresa la función normal de un **padre** preocupado por el bienestar de **sus hijos**. Los padres, además de ejemplos, son instructores. De modo que el padre espiritual no es solo un modelo, también debe ser un maestro y un motivador personal. Esta instrucción paternal se expresa en tres verbos que describen la función de los padres y lo que hacía Pablo continuamente.

Exhortábamos viene de *parakaleō*, literalmente "llamar cerca" y está relacionado con el sustantivo *paraklētos*, "el que viene a tu lado", que es uno de los títulos del Espíritu Santo (Jn. 14:16-17, 26; 15:26; cp. Gn. 1:2; Is. 11:2; Jn. 3:6; Ro. 8:9, 15-16; Ef. 1:13; 1 P. 4:14). El apóstol se refería al que acude al lado de los **hijos** con el propósito de ayudar, dirigir e instruir sabiamente, como fuente de conducta del carácter.

Consolábamos (*paramutheomai*) significa alentar en el sentido de dar consolación, y es clave para ayudar en el crecimiento espiritual a causa de la abundancia de los obstáculos y fracasos que los cristianos pueden experimentar. Usada en Juan 11:19, 31 para la consolación dada a la familia doliente de Lázaro, la palabra se reservaba para levantar y restaurar el ánimo de forma cariñosa y compasiva, tan necesario para el hijo en problemas y con el corazón roto. Esta expresión bella de la bondad paternal natural también se ajusta al padre espiritual.

Por último, Pablo recordó a los creyentes que le había hecho un encargo **a cada uno** (señalándoles personalmente). **Encargábamos** viene del participio griego *marturomenoi*, que se suele traducir "testificar" o "dar testimonio", está relacionada con la palabra *mártir* porque muchos testigos fieles murieron por su audacia. Pablo advirtió a los tesalonicenses que cualquier desviación del curso de conducta prescrito divinamente tenía consecuencias serias. La advertencia era una amonestación según la cual si no seguían el curso trazado para ellos, podían esperar recibir disciplina espiritual del apóstol, como los hijos desobedientes la recibirían del padre.

EL PADRE COMO PRODUCTOR

que anduvieseis como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria. (2:12*b*)

Como un padre cuya meta es la sabiduría madura de sus hijos, el apóstol Pablo concluyó su exhortación afirmando que un padre espiritual continuará esforzándose hasta que produzca hijos e hijas que anden **como es digno**, con vidas maduras. **Anduvieseis** se refiere a la conducta diaria, como suele ser el caso en las epístolas del Nuevo Testamento (p. ej., Ro. 6:4; 2 Co. 5:7; Gá. 5:16, 25; Ef. 2:10; 4:1; 5:8; Col. 1:10; 2:6; 1 Jn. 2:6). Cuando Pablo dice "**Dios, que os llamó**", de nuevo refería a los tesalonicenses a la verdad de su elección, declarada en 1:4 (véase la explicación en el capítulo 1) y mencionada otra vez en 5:24.

Aquí el llamado divino, como siempre ocurre en las epístolas, se refiere al llamamiento eficaz a la salvación. Por este y mediante la fe, Dios regenera, justifica y santifica a los pecadores, en su misericordia y soberanía. Y Pablo declaró el final singular de este llamado: la entrada **a su reino y gloria**. Aunque ellos, como todos los creyentes, no habían visto aún el reino milenario o el reino eterno, ya eran ciudadanos del **reino** de los redimidos, sobre el cual Dios gobierna ahora (Lc. 17:21; Col. 1:13; cp. Ro. 14:17). En consecuencia, tienen ahora participación en la **gloria** de Dios y tienen la promesa de la gloria futura en el **reino** venidero. Todos los creyentes anhelan compartir la **gloria** completa del reino celestial, cuando Dios los levante para ser semejantes a Cristo y estar con Él por la eternidad (Sal. 73:24; Pr. 3:35; Ro. 9:23; 1 Co. 15:43; Fil. 3:20-21; Col. 3:4; 2 Ts. 2:14; 1 P. 5:10; cp. Mt. 5:12; Jn. 14:2; Ro. 8:18; 2 Co. 4:17; He. 4:9; 11:16; 1 P. 1:3-4; Ap. 7:16-17).

Las descripciones paternales del liderazgo espiritual en 1 Tesalonicenses 2:7-12 demuestran claramente que el liderazgo en la iglesia debe estar equilibrado. No es suficiente que los líderes sean compasivos, tiernos y bondadosos como madres espirituales. También deben ser firmes, puros y ejemplares como padres espirituales: vidas que, en sus motivos y acciones, determinen la norma a seguir para todos (cp. 1 Co. 11:1). Más aún, necesitan enseñar fielmente la

verdad, edificar a los santos en sabiduría espiritual (cp. Ef. 4:11-16) y mostrar valentía y convicción para acudir a su lado, para exhortar y llamar a la obediencia a sus hijos espirituales, por medio de la disciplina fuerte y la consolación tierna. Estos esfuerzos llevan a que sus congregaciones vivan de modo que honren a Dios, quien los ha llamado a su reino y gloria eternos.

4. Un pueblo para alegrarse y un pueblo para entristecerse

Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes. Porque vosotros, hermanos, vinisteis a ser imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea; pues habéis padecido de los de vuestra propia nación las mismas cosas que ellas padecieron de los judíos, los cuales mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas, y a nosotros nos expulsaron; y no agradan a Dios, y se oponen a todos los hombres, impidiéndonos hablar a los gentiles para que éstos se salven; así colman ellos siempre la medida de sus pecados, pues vino sobre ellos la ira hasta el extremo. (2:13-16)

El plan de redención, desde que Dios lo reveló a la humanidad, ha sido una realidad agridulce (cp. Ap. 10:8-10). Encontramos la dulzura al contemplar la dicha y la gloria de la vida eterna que espera a quienes aceptan el evangelio. Por el contrario, se encuentra amargura en la vergüenza sin fin y en el castigo de condenación eterna que espera a quienes rechazan el evangelio. Tal contraste nunca es más marcado que cuando se comparan a personas que han sacado el máximo provecho de oportunidades espirituales limitadas con aquellas que han desaprovechado grandes oportunidades y privilegios espirituales. A lo largo de la historia de la redención, los judíos fueron ejemplo de la segunda realidad, lo cual ilustra la tragedia final de la apostasía (cp. Ro. 2:4-11; 3:1-4; 9:30-33). Por otra parte, los tesalonicenses personificaron la primera realidad y creyeron la verdad de Dios después de tan solo una exposición inicial breve de esta (Hch. 17:1-4).

Este contraste sorprendente es el asunto en el que se enfoca Pablo en 1 Tesalonicenses 2:13-16. Distingue con agudeza entre un pueblo para alegrarse —los tesalonicenses creyentes— y un pueblo para entristecerse —los judíos incrédulos—. En solo unas semanas, los tesalonicenses escogieron con disposición la bendición de la obediencia al evangelio de Dios; mientras que después de siglos de revelación divina, los judíos pertinaces eligieron la maldición que resulta de desobedecer el evangelio. Estas respuestas contrarias a la verdad de Dios y a la gracia llevaron a que Pablo ordenara las razones para alegrarse por los tesalonicenses y lamentarse por los judíos.

UN PUEBLO PARA ALEGRARSE

Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes. Porque vosotros, hermanos, vinisteis a ser imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea; pues habéis padecido de los de vuestra propia nación las mismas cosas que ellas padecieron de los judíos, (2:13-14)

Pablo, Silas y Timoteo habían ministrado solo un tiempo breve en Tesalónica cuando vieron los resultados milagrosos de su predicación (Hch. 17:2-3). A Pablo le preocupaba que la fe de los tesalonicenses pudiera flaquear por la inmoralidad en la ciudad y su fuerte ambiente religioso pagano, y por el hecho de que la verdad de la salvación era muy nueva para la gente porque el apóstol había estado con ellos tan solo unos pocos meses. En consecuencia, después de dejar Tesalónica, Pablo envió a Timoteo de regreso a la ciudad para verificar el progreso de la iglesia: “Por lo cual también yo, no pudiendo soportar más, envié para informarme de vuestra fe, no sea que os hubiese tentado el tentador, y que nuestro trabajo resultase en vano” (1 Ts. 3:5). Sin embargo, los temores del apóstol no tenían fundamento: “Pero cuando Timoteo volvió de vosotros a nosotros, y nos dio buenas noticias de vuestra fe y amor, y que siempre nos recordáis con cariño, deseando vernos, como también nosotros a vosotros” (v. 6). Tal informe positivo produjo esta expresión de gratitud por los tesalonicenses.

Pablo siempre estuvo agradecido por el privilegio de ministrar y reconocía sin cesar que Dios era el único en dar poder a la verdad por medio de él. Ya se lo había expresado a los tesalonicenses al inicio de la carta: “Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros” (1:2; cp. Ro.1:8). Aquí repite la razón por la que **sin cesar** da **gracias a Dios** por los tesalonicenses. La expresión **por lo cual**, aunque es singular, abarca una causa triple para la gratitud de Pablo: el recibimiento de la palabra de Dios por los tesalonicenses, su honra a los santos y su perseverancia en el sufrimiento.

de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes. (2:13)

Primero de todo, Pablo estaba agradecido por la disposición de las personas para recibir **la palabra de Dios**. Eran abiertas y receptivas para oír la predicación de Pablo, Silas y Timoteo (Hch. 17:4; cp. 28:24). *Paralabontes* (**recibisteis**) se refiere al recibimiento objetivo de un mensaje particular, en este caso el evangelio.

La frase **la palabra de Dios que oísteis de nosotros** literalmente se lee: "Palabra oída de nosotros y enviada por Dios". Los misioneros pronunciaban las palabras, pero ellas venían de Dios. Por eso Pablo se refiere varias veces en sus cartas a su mensaje como "el evangelio de Dios" (2:2, 8, 9; cp. Hch. 8:14; 13:44). Como **palabra de Dios**, era infinitamente superior a las palabras de la opinión humana que los tesalonicenses estaban acostumbrados a oír. Debido a la ubicación estratégica de Tesalónica (véase la Introducción a 1 Tesalonicenses en el capítulo 1), la ciudad atraía a muchos falsos filósofos y maestros religiosos. Por lo tanto, sus residentes habían oído gran cantidad de sabiduría y retórica humana. Pero, en contraste con los demás, cuando oyeron la predicación de Pablo y sus compañeros, lo recibieron como el mensaje verdadero de la salvación de Dios.

El recibimiento de la palabra de Dios en los tesalonicenses fue subjetivo y objetivo. *Edexasthe* (**recibisteis,** RVR-1960; *aceptasteis*, LBLA) connota una recepción interna del mensaje, una transferencia de la mente al corazón. Tal aceptación entusiasta de lo que habían oído los tesalonicenses indicaba que Dios les había concedido la fe y la regeneración. El registro de Lucas dice: "Y algunos de ellos creyeron, y se juntaron con Pablo y con Silas; y de los griegos piadosos gran número, y mujeres nobles no pocas" (Hch. 17:4; cp. Ro. 10:10, 17).

Pablo subrayó lo que afirmaban los tesalonicenses: que el mensaje que habían aceptado no era **palabra de hombres**. Quienes recibieron las cartas de Pablo sabían que su enseñanza era de Dios. A los corintios escribió:

> *Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis… Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras (1 Co. 15:1, 3-4).*

A los gálatas aseguró: "Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo" (Gá. 1:11-12). De igual forma, lo que los tesalonicenses oyeron era **en verdad, la palabra de Dios** (cp. 1 Ts. 4:15).

A diferencia de la **palabra de hombres**, la palabra de Dios no es vacía, inerte o impotente. El verbo traducido como **actúa** quiere decir obrar con eficacia, eficiencia y productividad en el nivel (divino) sobrenatural (cp. 1 Co. 12:6; Fil. 2:13). La Palabra de Dios siempre **actúa** llevando a cabo su propósito **en** las vidas de **los creyentes** (cp. Is. 55:11). Las Escrituras obran en favor de los creyentes de varias formas: los salva (Stg. 1:18; 1 P. 1:23), los santifica (Jn. 17:17), los madura (1 P. 2:2), los libera (Jn. 8:31-32), los perfecciona (2 Ti. 3: 16-17), los aconseja (Sal. 119:24), los edifica (Hch. 20:32), les asegura el éxito espiritual (Jos. 1:8-9; Sal. 1:2-3) y les da esperanza (Sal. 119:147; Hch. 20:32).

A pesar de afirmar lo contrario, la sabiduría humana no puede producir ninguno de esos resultados. Ese es el mensaje claro de 1 Corintios 1:18-25, donde Pablo registra el testimonio inspirado por el Espíritu de la vacuidad y locura en la sabiduría humana:

> *Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.*

Los tesalonicenses progresaron espiritualmente porque creyeron para salvación en el mensaje de la cruz y tal creencia afectó poderosamente a sus vidas diarias. Pablo estaba agradecido por esa realidad, tal como después lo estuvo por el recibimiento de la Palabra con los colosenses: "[La palabra] que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y

lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad” (Col. 1:6).

HONRA DE LOS TESALONICENSES A LOS SANTOS

Porque vosotros, hermanos, vinisteis a ser imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea; (2:14*a*)

La prueba de la aceptación completa del evangelio y del Señor de ese evangelio en la iglesia de Tesalónica es que sus miembros se convirtieron en **imitadores** del apóstol y sus compañeros, Silas y Timoteo (véase la explicación de 1:6 en el capítulo 1). Aquí Pablo amplía sus elogios y dice que los tesalonicenses también imitaron a los creyentes **en Judea**, dándole aun más razones para estar agradecido con Dios por su obra de salvación en los tesalonicenses.

Aunque es probable que los tesalonicenses nunca hubieran estado en **las iglesias** de **Judea** para ver un modelo que pudieran seguir, la obra santificadora del Espíritu estaba haciendo de la iglesia en Tesalónica un duplicado de su obra en Judea, en cuanto al sufrimiento que las dos iglesias experimentaban (v. 14*b*).

En el primer siglo, **Judea** era una provincia romana de Palestina, y se encontraba allí la primera asamblea cristiana local, la iglesia de Jerusalén, cuyo inicio está en el día de Pentecostés (Hch. 2). En los primeros años después del nacimiento de la iglesia, los creyentes fundaron otras iglesias locales (cp. Hch. 8:4) que, al momento de la conversión de los tesalonicenses, eran asambleas maduras, habiéndose beneficiado por el refinamiento de la persecución.

Pablo se refiere a las congregaciones de Judea como **las iglesias de Dios**, con lo cual enfatiza su fuente divina (cp. Hch. 20:28; Gá. 1:22). El plural **iglesias** indica que para ese momento había varias **iglesias** locales esparcidas por **Judea**, asambleas individuales de personas que estaban **en Cristo Jesús**, algo cierto para todas las iglesias auténticas (cp. 1 Co. 1:2; Ef. 1:1; Fil. 1:1; Col. 1:2; 1 Ts. 1:1). Las iglesias son **de Dios** y **en Cristo** porque todos los creyentes individuales están en Cristo (Ro. 6:11; 8:1; 12:5; 2 Co. 5:17; Gá. 3:28; Ef. 2:10; Fil. 4:21; Col. 1:28; 2 Ti. 2:10; 1 P. 5:14).

PERSEVERANCIA DE LOS TESALONICENSES EN EL SUFRIMIENTO

pues habéis padecido de los de vuestra propia nación las mismas cosas que ellas padecieron de los judíos, (2:14*b*)

Después de la lapidación de Esteban, los cristianos de Judea sufrieron un período de persecución liderado sobre todo por Saulo de Tarso (Hch. 7:54—8:4). Cuando el Cristo resucitado salvó a Saulo en el camino a Damasco (Hch. 9:1-19), la persecución disminuyó de algun modo. Pero pasó poco tiempo hasta que la persecución arreciara de nuevo bajo Herodes —situación que incluyó la primera muerte de un apóstol, Santiago, por la espada—. En esa época los líderes judíos también encarcelaron a Pedro (Hch. 12:1-4). De modo que las iglesias de Judea tenían una historia marcada por el maltrato despiadado y habían perseverado en el sufrimiento; una experiencia que la iglesia de Tesalónica estaba imitando.

Igual que los creyentes de Judea sufrieron la persecución **de** su propio pueblo, los tesalonicenses también la sufrieron inmediatamente después de recibir el evangelio (Hch. 17:1-4): habiendo **padecido** la persecución **de los de** su **propia nación**. Hechos 17:5-8 identifica a los perseguidores como judíos incrédulos y sus cómplices gentiles:

> *Entonces los judíos que no creían, teniendo celos, tomaron consigo a algunos ociosos, hombres malos, y juntando una turba, alborotaron la ciudad; y asaltando la casa de Jasón, procuraban sacarlos al pueblo. Pero no hallándolos, trajeron a Jasón y a algunos hermanos ante las autoridades de la ciudad, gritando: Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá; a los cuales Jasón ha recibido; y todos éstos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús. Y alborotaron al pueblo y a las autoridades de la ciudad, oyendo estas cosas.*

Aquella vez, la turba buscó a Pablo y sus amigos en la casa de Jasón, bajo la presunción de que estaban protegidos allí (Jasón era el nombre adoptado por muchos judíos dispersados, por lo que podría tratarse de un israelita). El episodio ilustra la clase de persecución que la iglesia de Tesalónica estaba sufriendo.

Pablo y sus compañeros dejaron Tesalónica poco después del levantamiento de la turba (Hch. 17:10), pero es probable que la persecución se retomara e intensificara durante las semanas posteriores, antes de que Pablo enviara esta epístola desde Corinto. No obstante, los tesalonicenses triunfaron en sus sufrimientos y estuvieron gozosos en la aflicción (1 Ts. 1:6), lo cual era para Pablo evidencia de su conversión verdadera, y por eso termina agradeciendo a Dios por ellos.

UN PUEBLO PARA ENTRISTECERSE

los cuales mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas, y a nosotros nos expulsaron; y no agradan a Dios, y se oponen a todos los hombres, impidiéndonos hablar a los gentiles para que éstos se salven; así colman ellos siempre la medida de sus pecados, pues vino sobre ellos la ira hasta el extremo. (2:15-16)

El apóstol Pablo hizo una transición abrupta cuando comenzó su crítica a los judíos. Parece como si la mención de la palabra **judíos** al final del versículo 14 lo catapultara a las duras palabras de los versículos 15 y 16. Los judíos incrédulos eran la antítesis trágica de los creyentes en Tesalónica.

Un arrebato tan condenatorio y duro como este contra los judíos no era inusual en Pablo, a la luz del resentimiento antiguo y persistente de ellos hacia el apóstol, cuyo inicio se dio poco después de su conversión. El libro de Hechos relata varios ejemplos de la hostilidad de los judíos. "En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que [Jesús] era el Hijo de Dios… Pero Saulo mucho más se esforzaba, y confundía a los judíos que moraban en Damasco, demostrando que Jesús era el Cristo" (Hch. 9:20, 22; cp. 14:1-7, 19-20; 18:12-17; 19:8-10; 2 Co. 11:24). En Hechos 13, cuando los judíos observaron la proclamación eficaz del evangelio por boca de Pablo y sus compañeros, los primeros reaccionaron con odio discriminatorio. Se llenaron de envidia y rabia por los esfuerzos de Pablo, un judío, por alcanzar a los gentiles impuros. Hechos 13:40-50 describe esa clase de prejuicio:

> *Mirad, pues, que no venga sobre vosotros lo que está dicho en los profetas: Mirad, oh menospreciadores, y asombraos, y desapareced; porque yo hago una obra en vuestros días, obra que no creeréis, si alguien os la contare. Cuando salieron ellos de la sinagoga de los judíos, los gentiles les rogaron que el siguiente día de reposo les hablasen de estas cosas. Y despedida la congregación, muchos de los judíos y de los prosélitos piadosos siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes hablándoles, les persuadían a que perseverasen en la gracia de Dios. El siguiente día de reposo se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios. Pero viendo los judíos la muchedumbre, se llenaron de celos, y rebatían lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando. Entonces Pablo y Bernabé, hablando con denuedo, dijeron: A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles. Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra. Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna. Y la palabra del Señor se difundía por toda aquella provincia. Pero los judíos instigaron a mujeres piadosas y distinguidas, y a los principales de la ciudad, y levantaron persecución contra Pablo y Bernabé, y los expulsaron de sus límites.*

El pueblo judío ya le había dado la espalda al privilegio espiritual que Pablo aludía en su carta a los romanos:

> *Que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén (9:4-5; cp. Gn. 17:2; Éx. 4:22; Dt. 4:13; 29:14-15; 1 S. 4:21; Sal. 26:8; 147:19; He. 9:1, 6).*

Entonces el apóstol pasa a resumir la posición apóstata de los judíos: "Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios" (Ro. 10:2-3; cp. Mt. 23:13-30).

Sabiendo Pablo que la actitud de odio de los judíos no había cambiado, sino que se había intensificado desde su hostilidad original en los primeros días en Tesalónica, hizo una declaración fuerte sobre la condición espiritual de ellos. Su declaración consta de tres razones por las cuales ellos son un pueblo para entristecerse: rechazaron la Palabra de Dios, impidieron el trabajo de los santos y enfrentaron el castigo y el sufrimiento. Estas tres están en contraste directo con las razones por las que Pablo se alegraba por los tesalonicenses.

EL RECHAZO DE LOS JUDÍOS A LA PALABRA DE DIOS

los cuales mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas, y a nosotros nos expulsaron; (2:15*a*)

En contraste claro y sorprendente con el amor inmediato por la verdad en los creyentes tesalonicenses, los judíos, durante toda su historia, habían rechazado el mensaje y los mensajeros de Dios. En el caso más notable, el **Señor Jesús**, su Mesías, declaró la verdad de Dios y ellos lo **mataron** (Hch. 2:22-23, 36). Los **profetas** del Antiguo Testamento entregaron las palabras de Dios a su pueblo y a ellos también los **mataron** (Jer. 26:23; He. 11:32-37; cp. 1 R. 19:10; 2 Cr. 24:20-21). Mateo 23:31-35 resume la actitud de los judíos hacia los mensajeros de Dios:

Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar.

La parábola de Jesús en Mateo 21:33-46 revela vívidamente los hechos asesinos de los judíos hacia los profetas y el Señor:

Oíd otra parábola: Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para que recibiesen sus frutos. Mas los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otro mataron, y a otro apedrearon. Envió de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos de la misma manera. Finalmente les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad. Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron. Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? Le dijeron: A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo. Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos? Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará. Y oyendo sus parábolas los principales sacerdotes y los fariseos, entendieron que hablaba de ellos. Pero al buscar cómo echarle mano, temían al pueblo, porque éste le tenía por profeta.

Los Evangelios respaldan la declaración paulina de que los judíos **mataron al Señor Jesús** (Mt. 27:20-25; Mr. 14:61-65; 15:11-14; Lc. 23:20-25). Los romanos lo ejecutaron pero solo por instigación de los judíos (Jn. 19:12-16). Obviamente, no todos los judíos de todas las épocas son responsables por matar a Cristo. Sin embargo, la turba judía apóstata que le insistió a Poncio Pilato en crucificar a Jesús fue la culpable de su muerte. Dichos judíos representaban el ápice histórico de la incredulidad y oposición de su pueblo a la voluntad de Dios (Hch. 2:22-23, 36; 4:10; 5:30; 10:39). De este modo, sin duda, las palabras fuertes de Pablo en el versículo 15 están en armonía con la desaprobación divina duradera de los judíos que apostataron (cp. 2 R. 17:13; 2 Cr. 15:1-2; 36:16; Jer. 25:4-5; Lm. 2:9; Ez. 3:19; Mt. 23:35-38).

La culpabilidad del pueblo judío por matar a Jesús también se correlaciona con su hostilidad mortal hacia los **profetas**. Aparte del asesinato de Zacarías (2 Cr. 24:20-22), no se detallan en las Escrituras los asesinatos de los profetas del Antiguo Testamento. Sin embargo, el escritor de la carta a los Hebreos da una indicación general de lo ocurrido: “Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados” (He. 11:37).

El rechazo arraigado de los judíos hacia cualquiera que les llevara la Palabra de Dios (2 Cr. 24:19) se extendió a Pablo y los otros apóstoles del Nuevo Testamento. Por eso escribió Pablo que los judíos los **expulsaron** de Tesalónica (Hch. 17:10). El verbo traducido **expulsaron** se refiere a ir de cacería tras un animal con la intención de matarlo. Tal rechazo pertinaz y manifiesto de los judíos hacia la Palabra de Dios entristecía profundamente el corazón del apóstol (cp. Ro. 9:1-5; 10:1).

EL IMPEDIMENTO DE LOS JUDÍOS DEL TRABAJO DE LOS SANTOS

y no agradan a Dios, y se oponen a todos los hombres, impidiéndonos hablar a los gentiles para que éstos se salven; (2:15*b*-16*a*)

Mientras los tesalonicenses honraban a los mensajeros de Dios, los judíos impedían la labor de los predicadores del evangelio intentando evitar que expusieran su mensaje. Al igual que el inconverso Saulo de Tarso, lo judíos creían que le hacían un servicio a Dios impidiendo el esparcimiento del evangelio **a los gentiles**. Sin embargo, Pablo dijo que **no** agradaban **a Dios** y usó el tiempo presente para denotar que la actitud antagonista de los judíos era habitual.

Los judíos no solo desagradaban a Dios, también **se** oponían **a todos los hombres**. Tal hostilidad se debía más a un prejuicio religioso que racial. Despreciaban, incluso odiaban, cualquier religión excepto la suya; y en especial el evangelio de Jesucristo, a quien rechazaron como un mesías satánico y falso (cp. Mt. 12:24). Dicha animosidad se expresó cuando impidieron a los apóstoles **hablar** el evangelio **a los gentiles**. Los judíos se negaron a creer en el evangelio y les molestaba que se predicara a otros para que pudieran salvarse. Tal prejuicio religioso pecaminoso había aparecido antes, en los primeros días de la iglesia de Jerusalén, cuando el sanedrín intentó silenciar a los apóstoles:

Pero viniendo uno, les dio esta noticia: He aquí, los varones que pusisteis en la cárcel están en el templo, y enseñan al pueblo. Entonces fue el jefe de la guardia con los alguaciles, y los trajo sin violencia, porque temían ser apedreados por el pueblo. Cuando los trajeron, los presentaron en el concilio, y el sumo sacerdote les preguntó, diciendo: ¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre? Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre. Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen. Ellos, oyendo esto, se enfurecían y querían matarlos (Hch. 5:25-33; cp. 4:1-22; 5:17-18, 40-41).

Eso demuestra cuán fuertemente rechazaban los judíos el evangelio de Jesucristo, y cuán determinados estaban algunos de ellos a parar su proclamación: ¡hasta matando a quienes lo proclamaban!

EL CASTIGO DE LOS JUDÍOS EN EL SUFRIMIENTO

así colman ellos siempre la medida de sus pecados, pues vino sobre ellos la ira hasta el extremo (2:16*b*)

Los tesalonicenses habían demostrado perseverancia en el sufrimiento y salieron victoriosos en la esperanza de la gloria eterna. Sin embargo, los judíos enfrentaban una situación completamente diferente. Ellos no podrían soportar su castigo final, mortal y aterrador.

El resultado de la hostilidad de los judíos a la Palabra de Dios y a sus santos es que **colman ellos siempre la medida de sus pecados**. Esa frase dice literalmente: “Siempre apilan sus pecados hasta el límite”. Hay un punto bien definido donde las personas alcanzan el límite de sus pecados (cp. Gn. 6:3, 5-6; Mt. 23:32). El lenguaje de Pablo se deriva del tipo de expresión que se ve primero en las Escrituras en Génesis 15:16: “Aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo”. Quiere decir que Dios trae juicio solamente cuando el pecado alcanza cierto límite (Dn. 8:23; Hch. 17:30-31; Ro. 2:5-6; cp. Mt. 23:32; He. 10:28-30).

La ira del juicio de Dios **vino sobre** los judíos **hasta el extremo**. El verbo traducido **vino** está en tiempo aoristo, y afirma que Pablo tenía tanta certeza sobre la llegada de **la ira** divina que expresó la noción como si ya hubiera ocurrido. E históricamente ya había ocurrido: en el cautiverio babilónico (Ez. 8—11). La expresión de Pablo probablemente incluya la destrucción de Jerusalén en el 70 d.C., aunque en aquel momento estaban a veinte años del acontecimiento; y denota **la ira** venidera cuando Jesús regrese a la tierra en juicio (Ap. 19). Pero la expresión señala sobre todo la condenación de las personas que rechazan a Dios (cp. Jn. 3:36). La certeza de esto es tal que Pablo también escribió como si ya hubiera ocurrido. Aquellos judíos habían cumplido todos los prerrequisitos de la condenación futura. Habían completado **la medida de sus pecados** al rechazar la única verdad de salvación y haber matado a su Mesías y sus mensajeros; por lo tanto **la ira** de Dios vendrá **sobre ellos hasta el extremo**. La expresión **hasta el extremo** quiere decir que Dios extenderá su ira a los judíos incrédulos hasta su límite extremo o su expresión total (cp. 2 R. 22:17; 2 Cr. 24:18; 36:16; Neh. 13:18; Sal. 78:59; Jer. 4:4; Mt. 3:7; Ro. 9:22). Su castigo futuro en el infierno era irreversible en ese momento. (Sin embargo, ello no quiere decir que Dios haya terminado con Israel. Como Pablo escribe en Romanos 11:26-27, Dios salvará a todo Israel algún día, de acuerdo con sus promesas a esta nación: “Y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados” [cp. Jer. 33:19-26; Zac. 12:10]).

Hoy, como en los días de Pablo, la elección entre la bendición y la maldición de Dios sigue existiendo (cp. Dt. 28: 1, 15). Quienes creen y obedecen la Palabra, y honran a otros creyentes imitando sus vidas perseverarán hasta la gloria eterna, que es una buena razón para alegrarse por ellos. Pero quienes rechazan la Palabra y obstaculizan a quienes la predican sufrirán la condenación eterna, que es una buena razón para entristecerse por ellos.

5. Fuera del alcance visual, no mental

Pero nosotros, hermanos, separados de vosotros por un poco de tiempo, de vista pero no de corazón, tanto más procuramos con mucho deseo ver vuestro rostro; por lo cual quisimos ir a vosotros, yo Pablo ciertamente una y otra vez; pero Satanás nos estorbó. Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo. (2:17-20)

Los conflictos entre las personas persisten a pesar de todos los esfuerzos humanos por mitigarlos. Algunos estudios estiman que el noventa por ciento de las personas que fracasan en su vocación de vida, lo hacen porque no pueden relacionarse bien con otras personas. Al final, el fracaso laboral suele tener poca relación con la capacidad o incluso el desempeño. En su lugar, el fracaso suele derivarse de la incapacidad para dejar a un lado el egoísmo y entender y cuidar lo que preocupa a los demás. Las personas pueden estar bien preparadas y tener gran habilidad en un campo técnico o profesional, pero son un lastre en el trabajo si son egocéntricas. De igual manera, el pastor mejor preparado académicamente puede ser un lastre en la iglesia si no busca amar con sacrificio y servir a su pueblo.

El apóstol Pablo estableció la norma para los pastores en todo su ministerio, y aquí confirmó la autenticidad de su amor y preocupación por los tesalonicenses, al tiempo que respondía a la acusación de quienes le criticaban. Además de las críticas anteriores acusándole de falta de integridad, avaricia, adulación engañosa y hambre de poder, los enemigos de Pablo, al parecer, dijeron a los tesalonicenses que en realidad él no les tenía afecto y que los había abandonado voluntaria y cruelmente. Por eso él concluye 1 Tesalonicenses 2 diciéndole a la iglesia por qué no había regresado y cuánto se interesaba él por ellos.

Pablo dejó Tesalónica porque le obligaron a hacerlo (Hch. 17:1-10). La turba incrédula llegó a casa de un residente creyente de Tesalónica, Jasón, con la idea errada de que Pablo estaba allí. La multitud airada cedió solo cuando Jasón y otras personas pagaron una fianza. Jasón y sus amigos entregaron parte de sus posesiones en garantía de que Pablo no causaría más problemas en la ciudad. Por lo tanto, el apóstol no salió voluntariamente de Tesalónica. Sus palabras en 3:1-3, 5 (véase el capítulo 6) reafirman la verdadera actitud de Pablo para con ellos:

> *Por lo cual, no pudiendo soportarlo más, acordamos quedarnos solos en Atenas, y enviamos a Timoteo nuestro hermano, servidor de Dios y colaborador nuestro en el evangelio de Cristo, para confirmaros y exhortaros respecto a vuestra fe, a fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones; porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos… Por lo cual también yo, no pudiendo soportar más, envié para informarme de vuestra fe, no sea que os hubiese tentado el tentador, y que nuestro trabajo resultase en vano.*

Aun cuando Pablo había conocido solo por unos cuantos meses a los tesalonicenses y hacía poco tiempo que se había ido, luchaba para soportar la separación de ellos. En este párrafo, el apóstol se enfoca en cuánto se interesaba por los tesalonicenses al explicar tres elementos de su relación con ellos: su deseo de estar con ellos, su comprensión de su enemigo espiritual y su anticipación de la recompensa eterna.

EL AMOR DE PABLO POR LOS TESALONICENSES

Pero nosotros, hermanos, separados de vosotros por un poco de tiempo, de vista pero no de corazón, tanto más procuramos con mucho deseo ver vuestro rostro; por lo cual quisimos ir a vosotros, yo Pablo ciertamente una y otra vez; (2:17-18*a*)

El apóstol Pablo escribió a menudo sobre su gran amor por los demás creyentes (Ro. 1:7-12; Ef. 6:21-24; Fil. 1:3-8; 4:1; Col. 1:3-12; 2 Ts. 1:3-5; 2:13-14; 2 Ti. 1:3-5; Tit. 1:4; Flm. 1-7). Incluso cuando Pablo tuvo que escribir algunas palabras de reprensión especialmente fuertes a la iglesia de Corinto, él seguía amando a esa iglesia: “Porque por la mucha tribulación y angustia del corazón os escribí con muchas lágrimas, no para que fueseis contristados, sino para que supieseis cuán grande es el amor que os tengo” (2 Co. 2:4). Incluso a los gálatas, a quienes reprendió severamente, les escribió:

> *¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, por deciros la verdad? Tienen celo por vosotros, pero no para bien, sino*

> *que quieren apartaros de nosotros para que vosotros tengáis celo por ellos. Bueno es mostrar celo en lo bueno siempre, y no solamente cuando estoy presente con vosotros. Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros, quisiera estar con vosotros ahora mismo y cambiar de tono, pues estoy perplejo en cuanto a vosotros (Gá. 4:16-20).*

Pablo también tenía un amor inagotable por los filipenses: "Como me es justo sentir esto de todos vosotros, por cuanto os tengo en el corazón; y en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia. Porque Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo" (Fil. 1:7-8). En la conclusión de la carta a los romanos, Pablo mencionó nombre por nombre a los cristianos que amaba y con quienes había trabajado conjuntamente por la causa del evangelio (16:1-15). Él amaba de veras_a los ancianos de Éfeso y ellos a su vez lo amaban entrañablemente. El relato de la partida de Pablo de Éfeso ilustra claramente ese afecto mutuo: "Cuando hubo dicho estas cosas, se puso de rodillas, y oró con todos ellos. Entonces hubo gran llanto de todos; y echándose al cuello de Pablo, le besaban, doliéndose en gran manera por la palabra que dijo, de que no verían más su rostro. Y le acompañaron al barco" (Hch. 20:36-38).

De igual forma, Pablo amó a los tesalonicenses. Las palabras **pero nosotros** vuelven a contrastar el amor que tenía Silas, Timoteo y él, con la hostilidad fuerte de los judíos hacia los tesalonicenses. A diferencia de los judíos, quienes no querían que ellos conocieran a Cristo y no les importaba su salud espiritual, Pablo y sus colegas se interesaban sinceramente por ellos. El apóstol llamó **hermanos** a los tesalonicenses, un término familiar de cariño que expresaba su afecto filial y sentido por ellos. Era un repudio claro de las críticas que decían que él se negaba a volver a Tesalónica.

Aunque el incidente que obligó la salida de Pablo de Tesalónica dejaba claro que él no quería dejar esa ciudad, él hizo hincapié en que lo habían separado de ellos. El participio traducido como **separados** puede significar "desgarramiento de" en el sentido fuerte en que un padre se ve distanciado de su hijo muerto o en que un hijo queda huérfano de sus dos padres. Esto ilustra cómo sentía Pablo su separación prematura de los tesalonicenses.

Las estadías más largas de Pablo en las otras iglesias ilustran que probablemente él se hubiera quedado más tiempo en Tesalónica si sus oponentes se lo hubieran permitido. En Éfeso vivió y ministró por tres años y es dudoso que la iglesia de allí igualara la calidad de la de Tesalónica (cp. 1 Ti. 1:3-7; Ap. 2:1-7). En Corinto se quedó entre dieciocho y veinte meses y, en un sentido humano, no habría amado igual a la iglesia de Corinto, llena de problemas, que a la iglesia espiritualmente creciente de Tesalónica. Como se vio forzado a dejar Tesalónica después de un período relativamente corto, se sentía como un padre a quien le habían arrebatado sus hijos (vea la perspectiva paterna en 2:7, 11 en el capítulo 3), así lo evidencia en sus escritos a ellos: "Pero cuando Timoteo volvió de vosotros a nosotros, y nos dio buenas noticias de vuestra fe y amor, y que siempre nos recordáis con cariño, deseando vernos, como también nosotros a vosotros, por ello, hermanos, en medio de toda nuestra necesidad y aflicción fuimos consolados de vosotros por medio de vuestra fe" (3:6-7; cp. vv. 10-13).

Pese a que la separación del apóstol **de** ellos había sido solo **por un poco de tiempo**, él tenía un gran anhelo en el corazón de estar con los tesalonicenses; un anhelo que no se derivaba simplemente del sentimiento de amistad y socialización, sino de su sentimiento de responsabilidad por su bienestar espiritual. Pablo exhibió el mismo trato que le ordenó a Epafras: "Porque de él doy testimonio de que tiene gran solicitud por vosotros, y por los que están en Laodicea, y los que están en Hierápolis" (Col. 4:13).

Los enemigos de Pablo lo habían separado de los tesalonicenses en persona, pero no pudieron alejarlo en su **corazón**; aún estaban en los pensamientos y oraciones de Pablo (1 Ts. 1:2-4; 2:13; 3:9-13; 5:23-24; 2 Ts. 1:3, 11-12; 2:13-16; 3:16). Sus necesidades espirituales las cargaba Pablo en su corazón y esa clase de carga le llevó a decir a los corintios: "Lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?" (2 Co. 11:28-29).

Esa preocupación continua por varias iglesias que él conocía y por los creyentes individuales que amaba fue la razón por la cual Pablo aseguró a los tesalonicenses que él procuró **con mucho deseo ver** el **rostro** de ellos. Esta frase está cargada de intensidad y emoción; era como si el apóstol se quedara sin aliento por la ansiedad y anhelo cuando explicaba su **deseo** de ver a los tesalonicenses. Más aún, esa aspiración no era un deseo común y corriente. **Mucho deseo** es traducción de *pollē epithumia*, una expresión general para cualquier pasión dominante o **deseo** absorbente y controlador, cuyo uso en el griego secular era usual para denotar pasión sexual. Haberla usado aquí indica cuán dominante y absorbente era el **deseo** de Pablo por **ver** el **rostro** colectivo de los tesalonicenses una vez más y pronto. En el contexto bíblico más exacto "ver el rostro" de alguien quiere decir tener comunicación íntima con esa persona (cp. Gn. 33:10; 48:11; Éx. 10:29; 1 Ts. 3:10; 2 Jn. 12). Por esa razón Dios no permitió que Moisés viera su rostro (Éx. 33:17-23). Ver el rostro de Dios habría sido idéntico a ver toda la expresión de su gloria y santidad, cosa que significaría la muerte para Moisés o cualquier otro mortal. En el entender de Pablo, ver la cara de alguien no era insignificante en absoluto.

De este modo, contrario a las acusaciones de los críticos según las cuales Pablo y sus compañeros estaban felices por irse de Tesalónica y no tenían deseos de regresar nunca, ellos sí quisieron **ir** a ellos, ver las caras de sus nuevos

hermanos amados y renovar su comunión con ellos a la primera oportunidad.

Como si quisiera subrayar sus sentimientos fuertes, Pablo cambia abruptamente del plural **nosotros** al singular enfático **yo Pablo**. Leon Morris comenta: "En estas dos epístolas [a los tesalonicenses]… el plural se usa más que en la mayoría de las cartas paulinas. Esto hace más significativo el singular cuando aparece. Aquí irrumpe el sentimiento intenso y personal, y tenemos el singular enfático apoyado por el nombre personal" (*The First and Second Epistles to the Thessalonians* [Primera y segunda epístolas a los Tesalonicenses], The New International Commentary on the New Testament [Nuevo comentario internacional del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1989], pp. 94-95). El apóstol afirma que **una y otra vez** ("repetidamente") deseó volver a estar con los tesalonicenses. Pero había un obstáculo formidable que estorbaba su regreso y él identificó claramente esa barrera en la frase siguiente.

LA COMPRENSIÓN DE PABLO DE SU ENEMIGO

pero Satanás nos estorbó. (2:18*b*)

La segunda realidad que Pablo entendió bien en su ministerio y en su relación con los tesalonicenses era el enfrentamiento a la oposición satánica. Tenía él discernimiento y entendimiento espiritual para darse cuenta de que Dios ha permitido que **Satanás** se oponga al reino de Dios en varias formas. Las Escrituras mencionan muchas de ellas: el diablo tentó a Cristo (Mt. 4:3-10), se opone al evangelio (Mt. 13:19; 2 Co. 4:4), realiza milagros falsos (Éx. 7:11; Hch. 8:9-24; 13:8; cp. 2 Ts. 2:9; Ap. 16:14), busca engañar a los creyentes (2 Co. 11:3, 14; Ef. 6:11), perpetra mentiras y homicidios (1 R. 22:22; Jn. 8:44), ataca a las iglesias locales (Hch. 5:1-11; Ap. 2:9, 13, 24; 3:9) y ataca especialmente a los líderes espirituales (Job 1:6—2:8; Lc. 22:31-32; 2 Co. 12:7-9; 1 Ti. 3:7). El Nuevo Testamento nos dice que estaba presente en las iglesias de Jerusalén (Hch. 5:1-10), Corinto (2 Co. 2:1-11), Éfeso (1 Ti. 3:6-7), Esmirna (Ap. 2:9-10), Pérgamo (2:13), Tiatira (2:24) y Filadelfia (3:9).

Satanás quiere frustrar el progreso del reino de Dios tal como un ejército busca trastornar el avance de otro ejército contrario. La palabra que se traduce **estorbó** es un término militar que se refiere a cavar una trinchera u obstaculizar un camino. Una táctica defensiva de los ejércitos de la antigüedad era cavar una trinchera enorme para evitar que las tropas enemigas alcanzasen a sus hombres. Otra forma de malograr el progreso del enemigo era romper un camino de ladrillo o piedras para que este no pudiera usarlo. Así, Pablo describió al enemigo como una fuerte obstrucción sobrenatural al deseo fuerte del apóstol de volver a Tesalónica. Pablo no declara específicamente cómo frustró Satanás ese deseo, pero el estorbo podría referirse al problema en casa de Jasón y a la promesa que este hizo (Hch. 17:9).

Otros escritores del Nuevo Testamento retratan a **Satanás** como un león rugiente en busca de víctimas para devorar (1 P. 5:8) y como alguien a quien los cristianos deben resistir para que huya de ellos (Stg. 4:7; 1 P. 5:9). Sin embargo, el diablo no es omnipresente y no puede hacer nada contra los creyentes que sea contrario a la providencia divina (cp. Job 1:12; 2:6). Sobre este aspecto escribe el comentarista R. C. H. Lenski:

> De ninguna manera excluye esto la divina providencia, cuyo gobierno se extiende a nuestros enemigos. Satanás entró en el corazón de Judas para que él hiciera los planes de traicionar a Jesús y Dios permitió la traición por sus fines divinos y benditos. De modo que Satanás frustró dos planes de Pablo por regresar a Tesalónica, pero solo porque esto estaba acorde con los planes de Dios para la obra de Pablo. Satanás llevó muchos mártires a la muerte y Dios lo permitió. La muerte de estos mártires fue más bendita para ellos y para la causa del evangelio de lo que hubiera sido su vida. Siempre es así con los éxitos de Satanás. ¡No gracias a Satanás! Su culpa es la más grande. Fue culpa de Satanás que los tesalonicenses sufrieran tal como las iglesias originales de Judea tuvieron que sufrir (v. 14), aunque Dios permitió este sufrimiento (*The Interpretation of St. Paul's Epistles to the Colossians, to the Thessalonians, to Timothy, to Titus and to Philemon* [Interpretación de las epístolas de Pablo a los colosenses, tesalonicenses, Timoteo, Tito y Filemón] [Minneapolis: Augsburg, 1961], pp. 275-276).

EL ANHELO DE PABLO DEL REGRESO DE CRISTO

Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo. (2:19-20)

El apóstol Pablo siempre vivió y enseñó a otros a vivir a la luz del regreso de Jesucristo (Ro. 13:12; Fil. 3:20; 2 Ti. 2:12; 4:8, 18; cp. 1 Co. 1:7-8; Fil. 4:5; Tit. 2:13) y dijo claramente a los tesalonicenses que la gloria por venir para los creyentes, cuando Cristo regrese, es una motivación poderosa para ministrar. Tal anhelo de la perfección futura de los creyentes es la tercera realidad en la relación de Pablo con los tesalonicenses. Para enfatizar este punto, hizo una pregunta triple y la respondió. Primero, preguntó **cuál** era el objeto de su **esperanza** en la recompensa futura prometida y en la bendición eterna (cp. Ro. 5:2; Col. 1:5, 27; 1 Ts. 1:3; Tit. 1:2; 2:13; 3:7; He. 3:6; 6:11; 1 P. 1:13). Entonces

preguntó cuál era la fuente de su **gozo** o de su felicidad y satisfacción eternas (cp. Mt. 25:21, 23; Fil. 4:1; Jud. 24). Finalmente, inquirió sobre la identidad de la **corona que** lo gloriara. La **corona** (cp. Pr. 1:9; 1 Co. 9:25; 2 Ti. 4:8; Stg. 1:12; 1 P. 5:4; Ap. 2:10; 3:11; 6:2) es festiva o de victoria otorgada por los triunfos atléticos; y la gloria denota la expresión exuberante de los sentimientos de alegría, a veces traducida "jactancia" en sentido más correcto. A partir del griego, esta frase podría quedar literalmente así: "la corona que es regocijo". Del mismo modo, "la corona de vida" (Stg. 1:12) es "la corona que es vida" y "la corona de justicia" (2 Ti. 4:8) es "la corona que es justicia". La corona "incorruptible" (1 Co. 9:25) es el triunfo de la salvación sobre la corrupción de los creyentes. La **corona** denota la victoria abrumadora que Dios da a los suyos sobre el pecado, el sufrimiento, la muerte y el juicio (cp. 1 P. 5:4).

Luego Pablo respondió la pregunta de qué le traía **gozo** con una pregunta retórica que causa sorpresa. Se podría pensar que la respuesta debiera ser el Señor Jesucristo. Pero el apóstol dijo: "**¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida?**". El anhelo futuro de Pablo era la seguridad de estar **delante de** su Salvador (cp. 1:10; 1 Co. 1:7; Ro. 8:19-20; Fil. 3:20; Tit. 2:13), pero un elemento crucial en la alegría de esa experiencia es que, en la **venida** de **Jesucristo**, Pablo vería a todos los creyentes a quienes había ministrado, incluidos los tesalonicenses (cp. 2 Co. 1:14; Fil. 2:16).

Pablo entendía que cuando los creyentes llegan al cielo, no reciben coronas literales para ponerlas en sus cabezas glorificadas. En su lugar, el Señor coronará a todos los creyentes con vida, justicia, gloria, perfección y gozo. Gran parte de la dicha celestial para los redimidos será la presencia de aquellos a quienes alcanzaron. La esperanza del creyente de tal recompensa es parte de lo aludido por Jesús en la parábola del mayordomo injusto: "Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas" (Lc. 16:9). Incluso como el mayordomo o gerente incrédulo usó los recursos de su amo para comprar amigos terrenales, Cristo dijo que los creyentes deben usar los recursos de su Maestro para llevar personas a la salvación. Ya sea que los creyentes sean amigos de estas personas o no, los conocerán en la gloria como amigos eternos y como fuentes de **gozo** eterno.

El tiempo para recibir por completo las alegrías prometidas sigue siendo futuro, en el regreso de Cristo. Él prometió: "He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra" (Ap. 22:12). El Señor entregará oficialmente esa recompensa a cada creyente en el día del juicio (*bēma*) de Cristo (Ro. 14:10; 1 Co. 3:12-15; 2 Co. 5:10; cp. Mt. 12:36; 2 Co. 9:6; Gá. 6:7, 9; Ef. 6:8; Col. 3:24-25). Y Dios la sellará en la cena de bodas del Cordero (Ap. 19:6-9; cp. Mt. 25:1-13; Ro. 8:16-17; Gá. 3:29; Col. 1:12; 1 P. 1:4).

Venida es la importante palabra neotestamentaria *parousia*, "presencia", que en la mayoría de las ocasiones tiene significado escatológico (1 Co. 15:23; 1 Ts. 3:13; 4:15; 5:23; 2 Ts. 2:1, 8-9; Stg. 5:7-8; 2 P. 3:4, 12; 1 Jn. 2:28). A veces se refiere al tiempo posterior a la tribulación, cuando Cristo regrese para establecer su reino milenario (Mt. 24:3, 27, 37, 39). Sin embargo, en 1 Tesalonicenses *parousia* se refiere más específicamente al arrebatamiento porque Pablo escribía a creyentes que el ya sabía que estaban esperando el regreso de Jesús desde el cielo (1 Ts. 1:10). Además del versículo presente, la epístola usa *parousia* otras tres veces para hablar del arrebatamiento (3:13; 4:15; 5:23).

De modo que Pablo alentó a los tesalonicenses con su amor por ellos, evidenciado por su deseo de verlos, la oposición sobrenatural que le alejó de ellos y su perspectiva celestial que sería el eje de su **gozo** eterno. Ellos eran también su **gloria**, el verdadero honor que le conferiría Dios, quien lo usó para alcanzarlos. El pronombre **vosotros** está en posición enfática, para eliminar cualquier duda de que Pablo no identificara a sus hermanos tesalonicenses como la fuente de su honor y felicidad en la eternidad.

6. El corazón del pastor

Por lo cual, no pudiendo soportarlo más, acordamos quedarnos solos en Atenas, y enviamos a Timoteo nuestro hermano, servidor de Dios y colaborador nuestro en el evangelio de Cristo, para confirmaros y exhortaros respecto a vuestra fe, a fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones; porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos. Porque también estando con vosotros, os predecíamos que íbamos a pasar tribulaciones, como ha acontecido y sabéis. Por lo cual también yo, no pudiendo soportar más, envié para informarme de vuestra fe, no sea que os hubiese tentado el tentador, y que nuestro trabajo resultase en vano. Pero cuando Timoteo volvió de vosotros a nosotros, y nos dio buenas noticias de vuestra fe y amor, y que siempre nos recordáis con cariño, deseando vernos, como también nosotros a vosotros, por ello, hermanos, en medio de toda nuestra necesidad y aflicción fuimos consolados de vosotros por medio de vuestra fe; porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor. Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios, orando de noche y de día con gran insistencia, para que veamos vuestro rostro, y completemos lo que falte a vuestra fe? (3:1-10)

Quien sea pastor o anciano en una iglesia se da cuenta de que los requisitos bíblicos para su servicio son altos. También sabe que debe entender los asuntos importantes de lo que hace, dice y siente el pastor (1:2-3, 5; 2:2-4, 5-7, 9-11, 13). Como se indicó antes, a través de su pluma inspirada Pablo nos habla de algunas de sus actitudes pastorales para con la iglesia: estaba agradecido por ellos (1:2; 2:13), apreciaba su testimonio (1:3), le alentaban las noticias sobre ellos (1:9), los amaba (2:8) y anhelaba estar con ellos (2:17-20). Aquí, al hablar de asuntos entre Timoteo y él, relacionados con la iglesia, abrió incluso más su corazón para expresar sus preocupaciones por ellos de manera mucho más específica. Su separación forzosa de los tesalonicenses parecía intensificar su preocupación pastoral por ellos. La narración de Pablo sugiere siete elementos en su corazón ejemplar de pastor: afecto por los suyos, sacrificio por ellos, compasión por ellos, protección para ellos, deleite al verlos, gratitud por ellos e intercesión por ellos.

EL AFECTO DEL PASTOR POR LOS SUYOS

Por lo cual, no pudiendo soportarlo más, (3:1*a*)

A causa de una división de capítulo algo arbitraria, este pasaje abre con **Por lo cual**, que específicamente lo enlaza con la sección de cierre del capítulo anterior. Dada la actitud de Pablo con los creyentes de Tesalónica —“Vosotros sois nuestra gloria y gozo” (2:20)—, **no** pudo **soportarlo más**. **No** podía soportar la distancia de sus hijos espirituales y el resultante desconocimiento de la condición de ellos. El afecto fuerte de Pablo por ellos le provocó dolor emocional intenso durante esta separación forzosa.

Aunque enfrentó sus propios problemas (3:7), Pablo estaba más preocupado por el bienestar espiritual de los suyos en medio de las dificultades de ellos. De hecho, su afecto por ellos era tan fuerte que en 3:5 también declaró: “Yo, no pudiendo soportar más…”.

Ese amor era mucho más que un simple deseo sentimental por comunión social con la iglesia. El deseo de Pablo era ayudar a los tesalonicenses a cumplir el llamado de Dios de ser fieles a la verdad y experimentar la madurez espiritual en sus vidas. Como se explicó en el capítulo anterior de este comentario, los enemigos del evangelio obligaron a Pablo y sus compañeros a salir de Tesalónica, creando una situación potencialmente peligrosa (cp. Hch. 20:29-32) que incrementó la preocupación de Pablo por los tesalonicenses.

Un hombre con un corazón de pastor fiel y verdadero no se preocupa por su propio éxito o su reputación; tampoco está preocupado por sus problemas propios. Más bien, se preocupa profundamente por la condición espiritual de su pueblo, por el cual sufre y se alegra con afecto inagotable. Pablo exhibió esa clase de cuidado espiritual, sin importar la respuesta. A los corintios les escribió: “Yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos” (2 Co. 12:15; cp. 2:12-13; 11:28-29).

EL SACRIFICIO DEL PASTOR POR LOS SUYOS

acordamos quedarnos solos en Atenas, y enviamos a Timoteo nuestro hermano, servidor de Dios y colaborador

nuestro en el evangelio de Cristo, (3:1*b*-2*a*)

El afecto grande siempre lleva al sacrificio. El amor se entrega a su objeto. El compromiso desinteresado por satisfacer las necesidades de los demás es la medida del cariño verdadero por los demás. Pablo fue ejemplo de esa realidad cuando dijo que consideró mejor quedarse solo **en Atenas, y** enviar **a Timoteo** de vuelta a Tesalónica. El apóstol usó el plural, pero el contexto deja claro que se refería a sí mismo. En ocasiones, parece tener en sus cartas una aversión al pronombre *yo*, como si usarlo fuera una infracción a su humildad.

Inicialmente, Pablo fue a Atenas sin **Timoteo** y Silas (Hch. 17:14), pero después ellos se unieron a él allí (v. 15). Tras un período indeterminado, Pablo envió **a Timoteo** de nuevo a Tesalónica (Hch. 18:5) para determinar la situación allí (1 Ts. 3:5) y, al parecer, envió a Silas a otra parte de Macedonia, tal vez a Filipos (18:5; cp. 2 Co. 11:9; Fil. 4:15). Así las cosas, por segunda vez, Pablo se quedó solo **en Atenas**. El verbo traducido **quedarnos solos** significa "abandonado" u "olvidado" y se usaba en contextos seculares para la separación de un ser querido por la muerte. Expresa cuán seria era la separación de Pablo con sus amigos. Aun cuando pudo haberse beneficiado grandemente de la ayuda y comunión de ellos en Atenas, Pablo consideró mejor enviar a sus colegas a Tesalónica y Macedonia por el bienestar de los creyentes en aquellos lugares.

La clase de sacrificio de Pablo indica otra vez la fuerza de su preocupación pastoral por los tesalonicenses. Por causa de ellos envió con alegría a su amigo más querido y compañero de misión, **Timoteo**. Pablo envió a su hijo en la fe como su representante a varias iglesias (cp. 1 Co. 4:17; 16:10; Fil. 2:19-24; 1 Ti. 1:3).

Las apelaciones cálidas y positivas de Pablo a Timoteo demuestran la relación cercana y confiada que tenía el apóstol con su colega más joven. Primero, Pablo lo llamó **hermano**, algo cierto para Timoteo como creyente por la gracia de Dios (1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; 2:1; cp. Fil. 1:1). Pero, a causa de los rigores que habían pasado al ministrar juntos (cp. Hch. 16:1-3; 17:1-15; 18:5-7; 19:22; 20:4-5), eran más que hermanos espirituales.

Segundo, Pablo se refirió a **Timoteo** no solo en relación con él sino como **servidor de Dios y colaborador nuestro** (*sunergon tou theou*). La NVI traduce: "hermano nuestro y colaborador de Dios". Timoteo colaboraba con Dios porque él, como Pablo, proclamaba fielmente **el evangelio de Cristo** (cp. 1 Ti. 1:18; 6:12; 2 Ti. 1:6-7; 4:2, 5). El mensaje de la salvación se llama "el evangelio de Dios" tres veces en 1 Tesalonicenses 2 (vv. 2, 8-9) y **el evangelio de Cristo** porque Dios lo entregó por medio de Cristo.

Pablo dio la descripción de su noble y amado Timoteo para enfatizar cuán precioso le era. Tal descripción también reveló a los tesalonicenses el amor de Pablo, pues enviar a Timoteo era para él un sacrificio.

LA COMPASIÓN DEL PASTOR POR SU PUEBLO

para confirmaros y exhortaros respecto a vuestra fe, a fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones; porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos. Porque también estando con vosotros, os predecíamos que íbamos a pasar tribulaciones, como ha acontecido y sabéis. (3:2*b*-4)

La compasión nacida del amor motivó a Pablo a enviar a Timoteo de regreso a Tesalónica para confirmarlos y exhortarlos **respecto a** su **fe**, que Pablo menciona cinco veces en esta sección (vv. 2, 5-7, 10). Esta no es *la* fe (cp. Jud. 3) que es el cuerpo de las verdades del evangelio, sino la *creencia* en este de los tesalonicenses. Como lo indica la explicación de 1:1-10 en el primer capítulo de este comentario, los creyentes tesalonicenses constituían una iglesia modelo con muchas virtudes nobles. Pero aún eran jóvenes en una fe que se estaba poniendo a prueba por la aflicción, y necesitaban ser guiados hacia la madurez espiritual (cp. 1 Ts. 3:13; 4:1, 10).

La labor de Timoteo era, antes que nada, confirmar la fe de los tesalonicenses. **Confirmaros** significa apoyar o apuntalar algo con la intención de instituirlo. La fe fuerte es el resultado de conocer todo lo que Dios ha revelado y tener un fundamento firme en la sana doctrina. La fe no puede ser fuerte sin el conocimiento y el entendimiento de la verdad. Segundo, fue a exhortarlos, lo cual denota acudir a su lado y motivarlos a vivir esa sana doctrina. La tarea de Timoteo era hacer sólido e inquebrantable el fundamento de la **fe** de los tesalonicenses, de modo que pudieran tener confianza para aplicar la verdad.

Timoteo hizo la clase de seguimiento, fortalecimiento y motivación que Pablo ya había practicado. Por ejemplo, Pablo, Bernabé y sus colaboradores regresaban a menudo a las ciudades donde habían enseñado previamente.: "Y después de anunciar el evangelio a aquella ciudad y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios" (Hch. 14:21-22; cp. 15:32, 41; 18:23; Ro. 1:11). Pablo deseaba la madurez espiritual de las iglesias: "[Oro para que Dios alumbre] los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza" (Ef.

1:18-19; cp. 2 Ts. 2:16-17; 3:3). Más específicamente, dijo a los gálatas que la meta de su trabajo por los creyentes era que Cristo se formara en ellos (Gá. 4:19).

Pablo sabía que enfrentaban y podían inquietarse **por** ciertas **tribulaciones** (presión, sufrimiento como prueba de la fe). El verbo traducido **inquiete** (*sainesthai*) designaba originalmente el meneo de la cola de un perro, pero con los años pasó a significar "encantar, fascinar, adular o engatusar". Cuando un perro menea la cola, usualmente lo hace para recibir atención y obtener lo que quiere. Por lo tanto *sainō*, el verbo raíz de *sainesthai*, pasó a referirse a una persona que intentaba adular o engatusar a otras personas. Pablo no quería que nadie alejara a los tesalonicenses de la verdad de esa manera, porque se habían hecho vulnerables por la persecución y el sufrimiento.

El apóstol les recordó que todos los creyentes deben esperar tribulaciones y persecuciones, todos están **puestos** para tales dificultades temporales. En realidad, no queda claro si **estamos** en el versículo 3 se refiere a Pablo o a los tesalonicenses. Algunos aseveran que denota a Pablo y las **tribulaciones** y sufrimientos por los que pasó (cp. Hch. 9:16). En tal interpretación Pablo les recuerda a los tesalonicenses las dificultades que Dios le envió para que no creyeran ellos que se trataba de la desaprobación de Dios a Pablo, de la anulación de los planes divinos para Pablo o incluso de evidencia de que él no era apóstol. Otros ven la declaración de Pablo como un recordatorio a los tesalonicenses y todos los cristianos de que deben esperar **tribulaciones**. Pablo exhortó después a Timoteo así: "También todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución" (2 Ti. 3:12; cp. Jn. 16:33; Stg. 1:2-4; 1 P. 5:10). Jesús les dijo a los discípulos: "Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros" (Mt. 5:11-12; cp. 10:24-25). La interpretación más amplia que incluye a Pablo y a los creyentes en la declaración podría ser la mejor, puesto que en realidad se aplica a ambos.

Para asegurarse de que los tesalonicenses entendieran el mensaje, Pablo les recordó que **también estando** él **con** ellos, les predijo **que** iban **a pasar tribulaciones** terrenales. William Hendriksen observó: "Las aflicciones que se han *predicho* y que ocurren de acuerdo a lo predicho sirven para fortalecer la fe" (William Hendriksen, *New Testament Commentary: Exposition of Thessalonians, Timothy and Titus* [Comentario del Nuevo Testamento: Exposición de Tesalonicenses, Timoteo y Tito] [Grand Rapids: Baker, 1981], p. 85; cursivas en el original).

LA PROTECCIÓN DEL PASTOR HACIA LOS SUYOS

Por lo cual también yo, no pudiendo soportar más, envié para informarme de vuestra fe, no sea que os hubiese tentado el tentador, y que nuestro trabajo resultase en vano. (3:5)

Repitiendo esencialmente lo que había escrito hacía tan solo unas líneas (3:1-2), el apóstol Pablo revela otra actitud de su corazón pastoral: su protección hacia los suyos. **Por lo cual**, cuando Pablo **no** lo pudo **soportar más**, envió a Timoteo **parar** informarse **de** la **fe** de ellos.

Cuando envió a Timoteo, el apóstol no sabía cómo la fe de los tesalonicenses había soportado la tormenta de las pruebas, las tribulaciones y las persecuciones. La preocupación constante de Pablo por las iglesias bajo su cuidado (cp. 2 Co. 11:28) se expresa en su advertencia a los ancianos de Éfeso: "Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos" (Hch. 20:29-30; cp. 1 Ti. 4:1).

El temor del apóstol era que **el tentador**, Satanás, los pudiera haber **tentado** con éxito para que rechazaran el evangelio de la verdad. El diablo usa tres estrategias básicas para ello. Su primer asalto es evitar que las personas crean: "El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios" (2 Co. 4:4). Si eso no funciona, su segundo asalto es destruir el interés inicial de alguien en el evangelio: "Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza" (Mt. 13:20-21). Por último, si no puede detener la aceptación del evangelio, Satanás se esfuerza por debilitar la fe de quienes creen: "Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo" (2 Co. 11:3; cp. 1 Co. 7:5; 2 Co. 2:11; 3:14-15; Stg. 1:12-18; 1 P. 5:8).

Si Satanás había tenido éxito en su asalto a los tesalonicenses, Pablo sabía que su **trabajo** en medio de ellos había sino **en vano** (*eis kenon*), "vacío, nulo, inútil, para nada". Esta no fue la única vez que Pablo expresó tales sentimientos. Escribió así a los gálatas: "Después, pasados catorce años, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando también conmigo a Tito. Pero subí según una revelación, y para no correr o haber corrido en vano, expuse en privado a los que tenían cierta reputación el evangelio que predico entre los gentiles" (Gá. 2:1-2; cp. 4:11). Urgió a los filipenses de este modo: "Para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo; asidos de la palabra de vida, para que en el día

de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado” (2:15-16). De igual manera, Pablo estaba preocupado por la fe de los tesalonicenses. Quería saber si era real y no superficial.

EL DELEITE DEL PASTOR EN LOS SUYOS

Pero cuando Timoteo volvió de vosotros a nosotros, y nos dio buenas noticias de vuestra fe y amor, y que siempre nos recordáis con cariño, deseando vernos, como también nosotros a vosotros, por ello, hermanos, en medio de toda nuestra necesidad y aflicción fuimos consolados de vosotros por medio de vuestra fe; porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor. (3:6-8)

Cuando Timoteo volvió de Tesalónica e informó a Pablo, el apóstol estaba en Corinto. El informe de Timoteo fue tan alentador para Pablo que para describirlo lo llamó “**buenas noticias**”, usando la palabra *euangelisamenou* (de las cuales se derivan las palabras *evangelio* y *evangelismo*), de una raíz griega (*euangelion*) que en el resto del Nuevo Testamento se refiere al mensaje de la salvación por la gracia por medio de la fe.

Timoteo llevó a Pablo un informe de cuatro partes sobre el estado espiritual de los tesalonicenses. Primero, entregó las **buenas noticias** de que la **fe** de ellos en Dios y Jesucristo era auténtica. Sus corazones habían sido como la buena tierra que recibe la semilla del evangelio y produce mucho fruto (Mt. 13:23). Segundo, dio a Pablo las **buenas noticias** sobre el **amor** auténtico de ellos por el Señor, la evidencia más clara de que eran cristianos (cp. Sal. 5:11; Mt. 22:37-40; Jn. 8:42; 13:34-35; Ro. 13:8-10; Gá. 5:6, 22; 1 P. 1:8; 1 Jn. 2:5, 10; 3:14; 4:20; 5:1-3). Tercero, Timoteo, anunció que los tesalonicenses **siempre** recordaban a Pablo **con cariño**. Para el apóstol, estas eran **buenas noticias**: que atesoraran los recuerdos de él y que aún fueran leales a él como apóstol verdadero de Cristo. En vista de sus múltiples enemigos (Hch. 21:27; 2 Ti. 1:15) y la preocupación de que Satanás o los falsos maestros alejaran a los tesalonicenses de la verdad, como habían intentado hacer en otras partes (cp. 2 Co. 12:19-21; Gá. 3:1), Pablo estaba emocionado por saber que la iglesia confiaba en él. Finalmente, Timoteo declaró que el afecto de los tesalonicenses era tan fuerte que deseaban ver a Pablo. Con dolor por la separación de sus hijos espirituales (1 Ts. 2:7-12), Pablo se alegró por las **buenas noticias** de que ellos estuvieran deseosos de renovar su comunión con él (cp. Hch. 2:42; Ro. 15:32; He. 10:25; 1 Jn. 1:3).

El informe de Timoteo fue la fuente del giro del apóstol desde la ansiedad hasta el deleite. En medio de toda la **necesidad y aflicción** —todas las persecuciones, presiones y pruebas que estaba experimentando (cp. 2 Co. 4:7-12; 11:23-28; 32-33; 2 Ti. 3:11; cp. Hch. 9:23-25; 14:1-20; 16:16-34; 17:1-10; 19:13-41; 21:27-36; 27:14-26)—, Pablo se consoló **por medio de** la **fe** de sus hijos. Debe notarse que cuando las iglesias eran infieles y sucumbían al pecado y los falsos maestros, el apóstol quedaba devastado. Así ocurrió en la iglesia de Corinto, por la cual Pablo necesitó consuelo (2 Co. 7:6) y perdió interés en predicar el evangelio en una ciudad donde Dios había abierto una puerta para el mensaje (cp. 2 Co. 2:12-13). Cuando recibió el informe positivo sobre los tesalonicenses, fue como si volviera a vivir. Saber que estaban **firmes en el Señor** estimuló más a Pablo para renovar su celo en el ministerio. Se deleitaba cuando veía que los creyentes estaban **firmes** (*stēkete*, un término militar cuyo significado es no retroceder frente al ataque), fuertes en su **fe**, pero los exhortaba a proseguir con firmeza. Por ejemplo, en la segunda carta a los tesalonicenses, declaró:

> *Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos, estad firmes, y retened la doctrina que habéis aprendido, sea por palabra, o por carta nuestra (2:13-15; cp. 1 Co. 16:13; Gá. 5:1; Fil. 1:27; 4:1).*

LA GRATITUD DEL PASTOR POR LOS SUYOS

Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios? (3:9)

El pastor devoto reconoce que toda la gratitud por el progreso espiritual es para Dios. Que el apóstol Pablo reconocía que su gratitud por los tesalonicenses debía ir sobre todo a Dios, pero no encontró las palabras adecuadas para expresar la plenitud de su corazón, queda claro porque se preguntó retóricamente: “**¿Qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros?**”.

Pablo estaba en deuda con Dios **por todo el gozo** que le había producido el informe de Timoteo y se dio cuenta de que no tenía modo de expresar su agradecimiento adecuadamente. **Dar… por** es traducción de una palabra (*antapodounai*) y expresa la imposibilidad de volver a pagar al Señor por la obra divina que le hizo gozarse **delante de Dios**. La obra completa de la gracia de Dios en sus vidas había hecho a Pablo agradecido más allá de lo expresable.

orando de noche y de día con gran insistencia, para que veamos vuestro rostro, y completemos lo que falte a vuestra fe. (3:10)

Aunque el pastor verdadero tendrá gozo y gratitud por su pueblo, aún sigue dándose cuenta de la necesidad de la oración intercesora por ellos. Entenderá que sus vidas no son perfectas todavía y que su ministerio en medio de ellos es incompleto. Por estas razones él, como el apóstol, se dedicará a la intercesión sincera ante Dios para que tenga la oportunidad de ministrar en medio de ellos (cp. Ro. 1:8-12; 15:5-7, 13; 2 Co. 1:3-5; Ef. 1:15-21; 3:14-21; Fil. 1:3-11; Col. 1:9-12; 2 Ts. 1:11-12; Flm. 4-7).

La oración de Pablo era constante y ferviente. Intercedía por ellos **de noche y de día**, y lo hacía **con gran insistencia**. La meta final de su oración era completar **lo que** faltara en las vidas de ellos delante de Dios. La meta inmediata era **que** pudiera verles el **rostro**, para suplir la instrucción que necesitaban al instante. Los capítulos 4 y 5 de esta carta proporcionan algunas de las verdades de las que ellos carecían.

Si Pablo es el modelo humano ideal del corazón de un pastor, es solo porque en su ministerio pastoral siguió de cerca el patrón de Jesucristo, quien modeló el corazón perfecto del pastor durante su ministerio terrenal. El Señor fue el ejemplo supremo de afecto por sus ovejas (Jn. 10:11-16, 27-28), sin egoísmo con sus discípulos (Jn. 13:3-17), compasivo con su pueblo (Jn. 11:33-44; cp. Mt. 23:37-39), protector de sus corderos (Jn. 10:2-5), con deleite por su iglesia (Mt. 16:18-19), agradecido por sus seguidores (Mt. 11:25-30) e intercesor por sus hijos amados (Jn. 17:6-26). Ese modelo del corazón de un pastor es la norma divina para todos los pastores hoy.

7. Una oración pastoral

Mas el mismo Dios y Padre nuestro, y nuestro Señor Jesucristo, dirija nuestro camino a vosotros. Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irreprensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos. (3:11-13)

El Nuevo Testamento contiene muchos ejemplos instructivos y valiosos de oraciones que agradan a Dios (p. ej., Mt. 26:36-42; Jn. 11:41-42; 17:9-24; Hch. 4:24-30; 7:60; He. 13:20-21; Jud. 24-25). Arthur W. Pink (1886-1952), escritor cristiano inglés, teólogo y maestro de la Biblia, señaló al final de la década de 1940 cuán valiosas son esas oraciones para los creyentes actuales:

> ¡Qué bendición es oír a un santo experimentado, que ha caminado mucho tiempo con Dios y ha disfrutado de su íntima comunión, derramar su corazón ante Él en adoración y súplica! ¡Pero cuánto más bendito sería escuchar las oraciones de quienes acompañaron a Cristo en persona durante los días en que Él estuvo en la tierra! Y si alguno de los apóstoles aún estuviera aquí sobre la tierra, ¡qué privilegio deberíamos considerar oírlo entregarse a la oración! Tan grande sería el privilegio que la mayoría de nosotros estaría dispuesto a pasar inconvenientes considerables y a viajar distancias largas para tener ese favor. Y si nuestro deseo se cumpliera, ¡con cuánta atención oiríamos sus palabras y con cuánta diligencia buscaríamos atesorarlas en nuestras memorias! Bueno, no se requieren tales inconveniencias ni tal viaje. Al Espíritu Santo le ha placido dejarnos constancia de varias oraciones apostólicas para nuestra instrucción y satisfacción (*Gleanings from Paul: Studies in the Prayers of the Apostle* [Frutos de Pablo: Estudios en las oraciones del apóstol] [Reimpresión; Chicago: Moody, 1967; edición en tapa blanda, 1981], p. 9).

La mayoría de las oraciones registradas en el Nuevo Testamento son del apóstol Pablo. Hay más páginas dedicadas a sus palabras y ministerio que a cualquier otro individuo, excepto Jesús. Pablo es el personaje principal en Hechos 14—28 (aunque Hechos no registra oraciones específicas de los apóstoles en particular, los describe como hombres de oración en 1:24-25; 4:24-30; 6:4; 9:40; 10:9; 20:36; 21:5; 28:8) y el autor de trece cartas que registran muchas de sus oraciones (p. ej., Ro. 15:5-7, 13; 1 Co. 1:4-7; 2 Co. 1:3-5; Ef. 1:15-23; 3:14-21; Fil. 1:8-11; Col. 1:9-12; 2 Ts. 1:11-12; Flm. 4-6). La descripción de Lucas sobre el Pablo recién convertido es acorde con esta imagen del apóstol: "Él ora" (Hch. 9:11).

A la verdad, el apóstol Pablo modeló la oración para los tesalonicenses. También fue ejemplo de la vida de oración pastoral descrita por Charles Spurgeon: "Considero que como ministro *siempre está orando*… No está siempre en el acto de la oración, pero vive en el espíritu de ella… Si usted es un ministro genuino de Dios, permanecerá como sacerdote delante del Señor, vistiendo el efod espiritual y el pectoral sobre el cual llevará los nombres de [sus] hijos… y orará por ellos dentro del velo" (*Discursos a mis estudiantes* [Reimpresión; El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 2003], pp. 42, 47 del original en inglés. Cursivas en el original). Obviamente, Pablo estaba en el espíritu de oración desde 1:1 hasta 3:10, aun cuando no orara formalmente sino hasta 3:11. Irrumpir en oración en una coyuntura crucial de sus cartas era típico en Pablo (p. ej., Ro. 1:8-12; Ef. 1:15-23; Col. 1:9-12; 2 Ts. 1:11-12). Y ciertamente no podía él concluir la expresión de su corazón de pastor aquí sin orar pidiendo que se cumpliera la voluntad de Dios en la vida de su pueblo.

LA FORMA DE LA ORACIÓN DE PABLO

Mas el mismo Dios y Padre nuestro, y nuestro Señor Jesucristo, (3:11*a*)

La oración de Pablo tenía una forma distintiva. En lugar de dirigirse a **Dios** usando la segunda persona usual, al incluir a los tesalonicenses en su petición, Pablo se dirige a Él en primera persona: "**Dios y Padre nuestro**". La petición de Pablo usó el modo optativo griego, indicado en español por el uso del subjuntivo, *dirija*, con el cual expresa deseo. Esa forma de oración no era la normal en Pablo, pero la usó en otras ocasiones (5:23; 2 Ts. 3:5, 16). El uso del optativo le permitió reiterar a los tesalonicenses los deseos sinceros de su corazón para con ellos. Pablo también dirigió esta oración a **Dios Padre y** al **Señor Jesucristo**, expresando el deseo de que tanto el Padre como el Hijo actuaran para responder a su petición. Poner juntos al Padre y al Hijo es frecuente en las epístolas y enfatiza la igualdad en la naturaleza divina entre Dios Padre y Jesús el Hijo (cp. Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3; Ef. 1:2; Fil. 1:2; Col. 1:3; 1 Ts. 1:1, 3; 2 Ts. 1:1-2;

1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; Tit. 1:4; Flm. 3; Stg. 1:1; 1 P. 1:3; 2 P. 1:1; 1 Jn. 1:3; 2 Jn. 3; Jud. 1).

Al llamar a Dios "**Padre nuestro**", una forma de hablar que recalca la relación personal, y a Jesús "**nuestro Señor**", Pablo cambió las ideas populares y usuales sobre el Dios que es gobernador y el Cristo que es con quien los creyentes tienen relación. El uso de nuestro para referirse a **Dios** y a **Jesucristo** subraya la relación que tenían Pablo y los tesalonicenses con las dos personas de la Trinidad. Dios descendió para tener intimidad con ellos, como su Padre misericordioso, amoroso y perdonador, y Jesús ascendió al trono del cielo para ser su Señor soberano.

Se aporta una idea adicional sobre la naturaleza de la Divinidad con el uso singular de **el mismo** (*autos*) y su posición enfática en el griego. El versículo 11 dice literalmente: "Mas Él mismo, nuestro Dios y Padre, y nuestro Señor Jesucristo, dirija nuestro camino a vosotros". El uso del pronombre singular (**el mismo**) y del verbo singular (dirija) con el sujeto plural (**Dios y Padre nuestro, y nuestro Señor Jesucristo**) vuelve a hacer hincapié en la unidad inconfundible del Padre y el Hijo en la Divinidad.

Esa consideración gramatical ayuda a explicar por qué la oración de Pablo podía dar por sentado la deidad de Jesús y dirigirse a Él en igualdad con el Padre divino. El Padre y el Hijo son igualmente soberanos y están en acuerdo perfecto en todos los asuntos. Con la certeza de esta verdad, los cristianos, como Pablo, pueden dirigir sus oraciones a cualquiera de los dos o a los dos (cp. Job 8:5; Sal. 5:2; 143:1; Jn. 16:23-24; Hch. 7:59; 1 Jn. 5:14). Romanos 8:27 indica que el Espíritu Santo también está en acuerdo perfecto: "Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos".

EL PROPÓSITO DE LA ORACIÓN DE PABLO

dirija nuestro camino a vosotros. Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irreprensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos. (3:11*b*-13)

La oración de Pablo aquí es un modelo definitivo de intercesión pastoral concienzuda. Tenía un propósito triple al hacerla: que Dios concediera a los tesalonicenses una fe perfecta, un amor que prosperara y una esperanza que purificara. Esta es la conocida triada de virtudes cristianas (1 Co. 13:13). Pablo estaba genuinamente preocupado por el crecimiento de su pueblo en cada una de estas realidades espirituales, como es evidente al comienzo de esta carta: "Acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo" (1:3), y al final: "Habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo" (5:8).

UNA FE PERFECTA

dirija nuestro camino a vosotros. (3:11*b*)

El motivo principal de la oración de Pablo por los tesalonicenses era que la fe de ellos creciera. El apóstol no lo dice explícitamente en su oración pero lo identificó como su meta de oración: "Orando de noche y de día con gran insistencia, para que veamos vuestro rostro, y completemos lo que falte a vuestra fe" (v. 10). *Completemos* también podría traducirse "perfeccionemos"; Pablo quería regresar para ayudarles a perfeccionar cualquier debilidad o defecto en su fe (véanse los comentarios a 3:10 en la página 84), en el sentido de Efesios 4:11-12: "Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo".

Le pidió a Dios y a Jesús que dirigiera su **camino a** los tesalonicenses para esa obra espiritual de edificación. **Dirija** conlleva la idea de preparar un sendero recto y suave con los obstáculos eliminados. Hasta ese momento, las circunstancias instigadas por Satanás habían evitado que Pablo fuera a los tesalonicenses (véase la explicación de 2:18 en el capítulo 5 de este comentario). El apóstol sabía que solo el poder de nuestro Señor vencería a Satanás (cp. Gn. 3:15; Mt. 10:1; Lc. 11:21-22; Ro. 16:20; Col. 2:15; 1 Jn. 3:8; 4:4; Jud. 6; Ap. 12:10; 20:10) y le permitiría regresar. Su deseo era regresar, pero solo por la voluntad de su Señor y Dios (cp. Sal. 37:1-5; Pr. 3:5-6).

La intención de Pablo no era volver para llevar a los tesalonicenses a alguna forma de experiencia emocional que tan solo intentara hacer creer más fervientemente a los tesalonicenses las cosas que ya sabían. Más bien, quería ampliar su conocimiento de Dios a través de la verdad que Él había revelado, lo cual, a su vez, ampliaría su confianza en Él y les permitiría caminar con mayor obediencia a su voluntad (Hch. 9:15-18; 13:1-4; 1 Co. 9:16; Ef. 3:1-8), lo cual significaba alimentarlos con las Escrituras para que pudieran madurar por ella. Tal es el principio hallado en 1 Pedro 2:2: "Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación" (cp. Hch. 20:32).

Los preceptos, principios y promesas de las Escrituras son las ventanas a través de las cuales los creyentes ven a Dios y entienden su gloria y voluntad para sus vidas (cp. Sal. 19:7-8, 11; 119:9, 93, 99, 105, 130; Pr. 6:23; Lc. 11:28; Jn. 17:17; 20:31; Ro. 15:4; 2 Ti. 3:15-17; Stg. 1:21-22, 25). Su respuesta a las verdades de la Palabra de Dios también les permite saber si su fe está creciendo, y esto queda evidente cuando (1) aumenta su conocimiento de la Palabra de Dios (cp. Col. 3:16); (2) su confianza en Dios es mayor que antes (cp. Ef. 3:12); (3) su confianza en la soberanía de Dios es más fuerte que antes (cp. Job 42:2); (4) su obediencia a Él es continua (cp. Dt. 17:19-20), y (5) se alegran en las pruebas (cp. Stg. 1:2-3).

Así, la oración pastoral de Pablo comenzó con una petición al Padre y al Hijo para que lo usaran para madurar y fortalecer la fe de los tesalonicenses, que era el fundamento que necesitaban para vivir en la obediencia y el poder cristianos (cp. Hch. 14:22; 2 Co. 1:24; 5:7; Col. 1:23; 1 Ti. 1:4; He. 11:6; Jud. 20). Aun cuando Pablo no regresó a Tesalónica, sí vio cumplido su deseo, como se evidenció en su segunda carta, escrita unos meses después: "Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás" (2 Ts. 1:3).

UN AMOR QUE CRECE

Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, (3:12)

El apóstol Pablo sabía que los creyentes genuinos siempre exhibirían amor (cp. Jn. 13:34-35), por lo tanto oró pidiendo que el crecimiento en la fe de los tesalonicenses estuviera acompañado de un amor próspero. El hecho de que Pablo pidiera al **Señor** que hiciera **crecer** a los tesalonicenses en **amor** indica que él dependía de Dios para el desarrollo de las virtudes espirituales. Ya fuera en el comienzo de la vida cristiana (la justificación; Ro. 3:30; 8:30, 33; cp. Is. 50:8; Jon. 2:9; Jn. 1:12-13) o el proceso de crecimiento espiritual (la santificación; Jn. 17:17; 1 Ts. 5:23; Jud. 1; cp. Ez. 37:28; Ef. 5:26), Dios reveló que la madurez de los creyentes es gracias a Él (1 Co. 3:6-7; cp. 2 Co. 3:5; 9:8; Gá. 2:20).

Las declaraciones de Pablo en 1:3 —"Acordándonos sin cesar… de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor"— y en 3:6 —"buenas noticias de vuestra fe y amor"— son evidencias claras del amor en los tesalonicenses. Aquí él oró pidiendo que ellos crecieran y abundaran **en amor** (*agapē*), **en** ese **amor** que es el más puro y noble (Ro. 13:8-10; 1 Co. 13:4, 13; 16:14; Gá. 5:13-14, 22; Ef. 1:15; 4:2; 5:2; 25, 28, 33; Fil. 1:9; Col. 3:19; 1 Jn. 3:16-17). Pablo pidió primero que su amor creciera y abundara **unos para con otros**; esto es, dentro de la iglesia (cp. Ef. 1:15; 4:16; Fil. 2:2; Col. 2:2; 3:14; 1 Ts. 4:9; 2 Ts. 1:3; 1 P. 1:22; 4:8). Hay más de treinta "unos para con otros" positivos y negativos en el Nuevo Testamento, y amor aparece mucho más seguido (1 Ts. 4:9; Ro. 12:10; 13:8; 2 Ts. 1:3; 1 P. 1:22; 1 Jn. 3:11, 23; 4:7, 11; 2 Jn. 5). Segundo, el apóstol oró pidiendo que su amor **para con todos** se incrementara. Quería que amaran más a los perdidos y a quienes los perseguían, como Jesús lo ordenó a sus discípulos: "Amad a vuestros enemigos… y orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mt. 5:44; cp. Dt. 10:19; Ro. 12:14, 20; 1 Ti. 2:1-4). Otros mandatos del Nuevo testamento **para con todos** incluyen buscar la paz (Ro. 12:18), hacer el bien (Gá. 6:10), ser paciente (Ef. 4:2), orar (1 Ti. 2:1), mostrar consideración (Tit. 3:2) y honrarlos (1 P. 2:17).

Dándoles un ejemplo práctico para entender ese **amor**, Pablo dijo a los tesalonicenses que debían amar **como también** él los amaba. Los amó cuando eran extraños, en la más grande necesidad espiritual, llevándoles el evangelio con sacrificio (1 Ts. 1:9; 2:1-2). Entonces, después de haber recibido la justificación, los amó mediante la completa dedicación de su vida para la santificación de ellos (2:10-12).

UNA ESPERANZA PURIFICADORA

para que sean afirmados vuestros corazones, irreprensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos. (3:13)

El objetivo final de la oración de Pablo por los tesalonicenses era **que** pudieran ver su glorificación, que produce esperanza purificadora. Todas las cualidades buenas de la fe perfecta y el amor vibrante están incompletas a menos que señalen hacia la esperanza genuina. Pablo recordó esto a los romanos: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios" (Ro. 5:1-2; cp. 15:13; Tit. 2:13; He. 6:11). La naturaleza de esta esperanza se declara mejor en 1 Juan 3:2: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (cp. Fil. 3:20-21).

La única forma en que los tesalonicenses vivirían de verdad dicha esperanza era si Dios afirmaba sus **corazones, irreprensibles en santidad delante de** (lit. "en presencia de") **Dios**. Pablo expresa un sentimiento similar en 5:23: "Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible

para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. Sabía que quien más se interesaba en la esperanza purificadora de los tesalonicenses era Dios y sólo Él sabía verdaderamente que había en el corazón de las personas (2 Cr. 6:30; Sal. 44:21; Pr. 24:12; cp. 1 S. 16:7; Pr. 21:2). Pablo los quería puros de corazón, para que desearan **la venida** (*parousia*, “presencia”) del **Señor Jesucristo**, quien es el Juez (cp. 2 Ti. 4:1). El apóstol sabía que la promesa del retorno de Cristo en el arrebatamiento y la recompensa a la iglesia era la esencia de la esperanza purificadora de los cristianos. En 4:13-18 explica el acontecimiento como la esperanza que produce consuelo (cp. Jud. 24; la explicación en el capítulo 11). Los creyentes saben que cuando Cristo vuelva recompensará a su pueblo y sus obras serán evaluadas ante el trono (2 Co. 5:10), por eso viven en santidad (véase también la explicación de 2:19-20 en el capítulo 5).

Pablo examina el corazón porque es el lugar de las emociones, pensamientos y voluntad humanas (cp. Pr. 4:23; 1 Cr. 28:9; Mt. 12:35; 15:16-20). Si sus **corazones** eran puros, limpios y justos, y podían permanecer firmes contra la tentación (cp. Mt. 4:4-11; 26:41; 1 Co. 10:13; Ef. 6:16; Stg. 1:12; 1 P. 5:8-9), se librarían de la vergüenza y la pena delante del Señor y desearían con ansias su regreso. Cuando el creyente esté delante de Dios, se completará verdaderamente su santificación (Ro. 8:17, 30).

En contraste con los creyentes obedientes que aguardan la aparición de Cristo, los creyentes pecadores no anhelan la interrupción de su pecado y que sea expuesto en la presencia del Señor. Tales cristianos desobedientes son como los hijos desobedientes que no quieren ser atrapados por sus padres; o como los infractores de la ley, que lo que menos desean es la llegada de la policía. Lo que hace que los creyentes obedientes anhelen el regreso del Señor es la santidad que busca la comunión pura con el Santo. Y tal pureza que inspira inicialmente la esperanza también produce aún más esperanza, como lo escribió Juan: “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro”.

Mientras que Pablo oraba pidiendo que Dios purificara la esperanza de los tesalonicenses, Pedro imploraba a sus lectores directamente que vivieran puros en la esperanza:

> *Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo. Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación (1 P. 1:13-19).*

De nuevo, la realidad sobrenatural de la santificación es por completo obra de Dios y, al mismo tiempo, dependiente de la obediencia del creyente.

En realidad, la oración del apóstol Pablo pidiendo que los tesalonicenses tuvieran una esperanza purificadora se extiende más allá de esa congregación. Su petición era que Dios afirmara sus **corazones, irreprensibles en santidad con todos los santos**. Pablo quería que todos los demás elegidos fueran puros y apartados del mundo. Más específicamente, algunos comentaristas identifican **todos sus santos** con los ángeles y creyentes que acompañarán a Cristo en su regreso para establecer el reino milenario (cp. Mt. 16:27). Como esa expresión *no* se usa en el Nuevo Testamento para denotar a los ángeles, *sino* usualmente para los creyentes, es mejor hacer la equivalencia de esta **venida** del **Señor Jesucristo** con el arrebatamiento de la iglesia (véase 4:13-18) y la llegada de esta al lugar que se le ha preparado (cp. Jn 14:1-6). Luego vendrá la recompensa (Ap. 22:12) en el tribunal de Cristo, donde se pagará a los creyentes por su fidelidad y obediencia. En 1 Corintios 3:11-14 se describe este acontecimiento de recompensar como el juicio de las obras. Aun así, en 1 Corintios 4:5 queda claro que las recompensas vendrán con base en lo que motivaba tales obras. La gloria de esta recompensa es el asunto de Romanos 8:17-18; Colosenses 3:4; Filipenses 3:20-21; 2 Timoteo 4:8; Santiago 1:12 y 1 Pedro 1:4; 5:4 (cp. 1 Co. 9:25).

Este énfasis en la esperanza concluye la oración pastoral breve de Pablo por sus tesalonicenses amados. Sus peticiones para que Dios los perfeccionara en su fe, los prosperara en su amor y purificara su esperanza es el modelo de cómo deben orar los pastores y los ancianos por su pueblo. Sus súplicas también establecen la devoción general a la oración que debe acompañar a cualquier ministro sincero de la Palabra (cp. Hch. 6:4).

8. Progresen aún más

Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús, que de la manera que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conduciros y agradar a Dios, así abundéis más y más. Porque ya sabéis qué instrucciones os dimos por el Señor Jesús. (4:1-2)

Los historiadores en general consideran que Jonathan Edwards (1703-1758) está entre los grandes intelectuales y escritores de la historia estadounidense, ya sea en los anales seculares o los eclesiásticos. Edwards también fue un teólogo evangélico líder de su época y el pastor más prominente del primer gran avivamiento (1735-1737; 1740-1744) en Nueva Inglaterra. Fue el pastor fiel de la misma iglesia en Northampton, Massachusetts, durante veintitrés años y fue tan incomparable la influencia de su predicación, escritos y evangelismo que continúa aun hoy. El motivo y la dirección subyacentes en el impacto duradero y poderoso de Edwards no se desprendían de la sola devoción personal por su profesión, sino de su sed insaciable de Dios y las cosas que a Él le preocupaban —pureza, santidad, virtud y verdad—, lo que él llamaba "afectos religiosos". Dios le salvó a los diecisiete años y el cambio fue total. Después de su conversión, reflexionó sobre la transformación divina y profunda de sus pensamientos y acciones:

> Mi mente estaba muy centrada en las cosas divinas; casi continuamente en su contemplación. Año tras año pasaba casi todo mi tiempo pensando en las cosas divinas; solía caminar solo por los bosques y lugares solitarios para meditar, tener soliloquios, orar y conversar con Dios; y en aquellos tiempos, esa era siempre mi manera de cantar mis contemplaciones. Allí donde estuviera, estaba casi siempre en oración fervorosa. La oración me parecía natural, como el aliento por el cual se ventilaban las entrañas enardecidas de mi corazón. Los deleites que siento ahora en esas cosas de la religión eran de una clase completamente diferente de las ya mencionadas, de las que tenía cuando era joven; y no tengo más noción de ellas que las que tiene uno nacido ciego de los colores hermosos y agradables. Los deleites eran ahora de una naturaleza interna, pura y alentadora del alma. Los de antes nunca alcanzaron el corazón, no surgían de haber visto la excelencia divina en las cosas de Dios o de haber probado en ellos el bien que satisface el alma y da vida (*Memoirs of Jonathan Edwards* [Memorias de Jonathan Edwards] en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], editado por Edward Hickman [London: Henry G. Bohn, 1865], 10ª ed., vol. 1, lv).

Los sentimientos de Edwards resaltan un elemento importante en la exhortación del apóstol Pablo en estos dos versículos. Podía instar a todos los creyentes a progresar más y más en la vida cristiana, pero solo cuando los creyentes alimentaran esa nueva naturaleza con su anhelo por Dios, obtendrían la clase de progreso espiritual que Pablo tenía en mente.

Siempre existe el peligro de que los cristianos crean que no necesitan progresar más en la santificación; pero a este lado de la eternidad ningún creyente se ha acercado a lo que Dios desea para él espiritualmente (cp. Fil. 3:12-16). Debido a su amplio conocimiento de la verdad, incluso una iglesia tan fuerte como la de Tesalónica podía sentirse tentada a acomodarse en su condición. Pero gracias a la instrucción sólida de Pablo cuando estuvo con ellos, los cristianos llevaban vidas ejemplares y él los había elogiado por eso (1 Ts. 1:2-4, 7; 2:13-14). Como resultado, podrían haber pensado que su condición era ideal y no necesitaban mejorar. Pero Pablo sabía que podían mejorar y los alentó a hacerlo. Él ni siquiera estaba satisfecho con su propio progreso:

> *No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Fil. 3:12-14).*

Como maestro y supervisor fiel, Pablo no solo era diligente en impartir la verdad a su rebaño, sino en aplicársela a sí mismo y en motivar a los suyos a aplicarla de manera creciente (1 Co. 15:58; 2 Co. 8:7; Fil. 1:9; 1 Ts. 4:10; cp. 1 Ts. 3:10). Desde 4:1 hasta el final de la carta (5:22), el propósito principal de Pablo era exhortar a la iglesia a que se esforzara en el progreso espiritual. En 4:1-2 introdujo tres elementos fundamentales para la búsqueda de esa excelencia espiritual: la prioridad de progresar, el poder y los principios del progreso, y el progreso y la presión por la excelencia.

LA PRIORIDAD DE PROGRESAR

Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos… así abundéis más y más. (4:1*a, c*)

Las palabras iniciales **Por lo demás** dejan claro que en 4:1-2 Pablo comienza una reflexión sobre la meta del progreso espiritual para los tesalonicenses. La sección principal de enseñanza en la epístola concluye en 3:13 y, con base en ese contenido, llega la exhortación del apóstol a sobresalir en el progreso.

Rogamos denota una sugerencia humilde y amable entre iguales. No contiene el tono militar de un comandante ordenando a un soldado, el tono de un amo mandando a su siervo o el tono de un monarca soberano ordenando a sus súbditos. A diferencia de esos líderes, Pablo no estaba intimidando a los tesalonicenses, sino rogándoles con amor, ternura y bondad, que como **hermanos** de Pablo perseveraran en la santificación. Igualmente, **exhortamos** (*parakaloumen*) quiere decir “ponerse al lado y animar”. La palabra podría usarse en sentido autoritativo (2 Ts. 3:12; 2 Ti. 4:2; Tit. 2:15), pero aquí Pablo la usó para expresar su deseo de ayudar en el crecimiento espiritual.

Pablo mostró mucha humildad y cordialidad pastoral hacia estos creyentes fieles. No había razón para ser autoritario porque ya estaban viviendo de un modo que agradaba a Dios. Por lo tanto, su actitud fue amorosa y considerada, con la única urgencia de que ellos aceptaran su exhortación a no contentarse con su crecimiento espiritual y buscar **más y más** la excelencia.

La palabra traducida abundéis (*perisseuēte*) quiere decir “tener suministros amplios; desbordar; existir en cantidad total; estar sobre, por encima y por alrededor, estar avanzado”. Una forma de la palabra cercanamente relacionada puede significar “extraordinario” o “incomparable”. Aquí Pablo usó *perisseuēte* de modo comparativo (cp. 1 Co. 8:8) para decir a los tesalonicenses que estaba resuelto a que el crecimiento espiritual de ellos fuera extraordinario, que sobresalieran a un nivel más alto (cp. 1 Co. 14:12; Fil. 1:9; 1 Ts. 3:12; 4:10).

La prioridad de Pablo para los creyentes era el progreso espiritual motivado por el deseo de conocer a Dios; la clase de deseo fuerte descrita por el salmista: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía” (Sal. 42:1; cp. 34:8; 63:1-2). Para todos los creyentes, la búsqueda del conocimiento de Dios es el componente básico del crecimiento espiritual (Jer. 9:23-24; 2 Co. 8:7; Ef. 4:13; Fil. 3:7-10; Col. 1:9-10; 2:2; 3:10; 2 P. 1:2-9; cp. Sal. 25:10; 71:15-16; 138:2; Jer. 31:34; 2 Co. 7:1; He. 6:12, 15; 10:36). El objetivo de conocer a Dios debe incluso superar el deseo de conocer su Palabra; ese deseo es sencillamente el medio de conocer al Dios de la Palabra. Si obtener más información sobre la Biblia y participar de las actividades espirituales adicionales —orar, testificar y servir — no se ligan al deseo de conocer mejor a Dios, tales actividades no llevarán crecimiento espiritual a quienes profesan fe en Cristo (cp. Os. 6:6; Mt. 6:1-18; Jn. 15:4-5; 1 Co. 13:1-3; Fil. 2:13; Col. 3:17).

Este es el sentido de 1 Juan 2:12-14:

> *Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre. Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre. Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno.*

En este texto Juan identifica tres escalones en el crecimiento espiritual del creyente: (1) “hijitos” que saben que sus pecados se han perdonado, (2) “jóvenes” que conocen la doctrina y están fuertes contra las mentiras de Satanás (a diferencia de los hijos pequeños, cp. Ef. 4:14) y (3) “padres” que no solo conocen la doctrina sino al Dios eterno. Esta es la meta de cada creyente.

EL PODER Y LOS PRINCIPIOS DEL PROGRESO

En el Señor Jesús, que de la manera que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conduciros y agradar a Dios. (4:1*b*)

En el Señor Jesús podía referirse a quienes obtuvieron la regeneración y comparten la vida de Dios estando en Cristo. Ciertamente, solo los regenerados poseen el poder y la perspectiva espiritual para lograr los objetivos del crecimiento espiritual (cp. 1 Co. 2:14). Esta realidad cargaba el corazón del apóstol, como se demuestra en su oración por los tesalonicenses: “El Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros” (1 Ts. 3:12). La única forma en que la virtud de un cristiano puede incrementarse es cuando el Señor lo hace. El poder para destacarse viene del poder de Cristo habitando en el creyente (Jn. 17:23; Gá. 2:20; Ef. 3:17; 4:15-16; Col. 2:7; 1 Jn. 5:20). Pablo llamó a los tesalonicenses a la excelencia espiritual y ellos podían alcanzarla porque estaban **en el Señor Jesús**.

Esa frase también podía referirse a los verbos *rogamos* y *exhortamos*, por lo tanto podría significar de parte del **Señor Jesús**, esto es, con su autoridad (v. 2). Pablo solía agregar fuerza a sus apelaciones recordando a los líderes de la iglesia la autoridad que tenía como apóstol de Cristo (cp. vv. 2, 15; 5:27; 2 Ts. 3:6, 12).

Sin embargo, el poder para destacarse no opera en el vacío. Opera de acuerdo con principios bíblicos delineados, probados por el tiempo y aprobados por Dios. Pablo se refiere a los principios divinos, las verdades espirituales y la doctrina del evangelio que los tesalonicenses aprendieron **de** él y de sus compañeros cuando ellos llegaron por primera vez a Tesalónica (Hch. 17:2-4; 1 Ts. 1:5-6; 2:7-8, 14). Los tesalonicenses aprendieron de Pablo y sus compañeros misioneros **cómo** les **conviene** conducirse y agradar a Dios en la vida diaria (cp. Ro. 12:9-21; Gá. 5:16-26; 6:6-10; Ef. 4:25—5:21; 6:10-18; Col. 3:12—4:6).

Así que los santos ya conocían los fundamentos de la vida cristiana. Sabían qué necesitaban para **agradar a Dios** (literalmente "para esforzarse en agradar a Dios") y glorificarlo en todo: necesitaban confesar sus pecados habitualmente (cp. Sal. 32:5; Is. 1:18-19; Mt. 6:12; 1 Jn. 1:9), orar continuamente y confiar en Él (cp. Sal. 27:8; Fil. 4:6; 1 Ts. 5:17; 1 Ti. 2:8; He. 4:16; 10:22; Stg. 1:6), buscar la humildad (cp. Mt. 20:26-28; Ef. 4:1-2; Fil. 2:3-4; Col. 3:12; Stg. 4:6), tener contentamiento en la voluntad de Dios (cp. Sal. 37:16; 1 Ti. 6:6, 8; He. 13:5) como se revela en su Palabra (cp. Sal. 119:105; Pr. 6:23; 2 Ti. 3:16-17; 2 P. 1:19), estar dispuestos a sufrir por su nombre (cp. Mt. 5:10-12; Jn. 15:20; Hch. 5:41; 2 Ti. 3:12), evangelizar a los perdidos (cp. Mt. 4:19; 28:19-20; Mr. 16:15; 2 Co. 5:20; 2 Ti. 4:5), celebrar la Santa Cena (cp. Lc. 22:19; 1 Co. 11:23-28), cuidarse mutuamente (cp. Hch. 2:44-46; Gá. 6:2; Fil. 2:3-4; 1 Ts. 5:11, 14; He. 13:1-3; Stg. 1:27; 2:15-17), honrar a Dios en sus matrimonios y familias (cp. Ef. 5:22—6:4; Col. 3:18-21; 1 Ti. 5:3-16; Tit. 2:1-8; He. 13:4) y ser diligente y fructífero en todas las formas de servicio (cp. Mt. 3:8; Ef. 2:10; Col. 1:10; 2 Ti. 3:16-17; Tit. 3:8, 14; He. 10:24; 13:21). Pablo, Silas y Timoteo habían enseñado a los tesalonicenses a vivir como cristianos, y ellos obedecían lo que ya habían escuchado.

EL PROGRESO Y LA PRESIÓN POR LA EXCELENCIA

Porque ya sabéis qué instrucciones os dimos por el Señor Jesús. (4:2)

El crecimiento espiritual no es un proceso instantáneo; no culmina en una noche. En su lugar, la búsqueda del progreso espiritual es un compromiso de toda la vida. Cuando los creyentes caminan en obediencia diaria, gradualmente pero con firmeza se hacen cada vez más semejantes a Cristo. La exhortación de Pablo a los tesalonicenses era la confirmación de ese hecho y les recordaba que siguieran progresando como lo habían hecho hasta ahora. Iban por el camino de la santificación progresiva y Pablo quería que siguieran en él y que tuvieran la mentalidad paciente y determinada de un corredor de distancias largas o de un boxeador, como más adelante diría a los corintios:

> *¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado (1 Co. 9:24-27; cp. Fil. 3:12-14; He. 12:1-2).*

La presión de los tesalonicenses por estar en el camino de la justicia y sobresalir más y más en su caminar con Cristo se derivaba de saber **qué instrucciones** les había dado Pablo **por el Señor Jesús**. Cristo había autorizado la exhortación de Pablo a la iglesia de Tesalónica. **Instrucciones** (*parangelias*) alude a directrices fuertes y autoritativas dadas por un oficial a sus subordinados. Quería decir que la iglesia no podía tomar a la ligera la admonición del apóstol. No solamente les recordó las diversas **instrucciones** que les había dado, como lo hizo implícitamente al respecto de su instrucción pasada a ellos, también les recordó la autoridad divina por la cual él ministraba (cp. 1 Co. 2:1-5; 2 Co. 10:1-5; 2 Ts. 2:13). Las directrices de Pablo no se originaban en alguna sanción humana arbitraria o en alguna autoridad eclesiástica remota (cp. Gá. 1:1, 15-16; 2 P. 1:20-21). En su lugar, venían de la autoridad del **Señor Jesús** y la obediencia a ellas era obligatoria (cp. Mt. 7:21; Jn. 15:14-17; 1 Jn. 2:3-5).

Los cristianos que buscan conocer mejor a Dios, amarlo más y obedecerle más completamente, deben vivir de acuerdo con los mandamientos de las Escrituras. Estos creyentes experimentarán entonces el crecimiento hacia la excelencia espiritual, por medio del poder de Cristo que habita en ellos y por la obediencia a la verdad de la Palabra. Pablo habló de este progreso como mirar "a cara descubierta… la gloria del Señor" y ser "transformados de gloria en gloria en la misma imagen… por el Espíritu del Señor" (2 Co. 3:18). La "gloria del Señor" está en las Escrituras que, cuando la mente santificada las entiende, cambia y eleva progresivamente a los creyentes a mayor semejanza de Cristo. Eso sucede cuando, "a cara descubierta" —sin distracciones, sin dificultades—, el hijo de Dios se ve en el espejo magnífico de las Escrituras, que reflejan la gloria del Señor.

9. Abstenerse del pecado sexual

Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios; que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano; porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os hemos dicho y testificado. Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación. Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo. (4:3-8)

Desde la década de 1960, cuando empezó a acelerarse de verdad la revolución sexual moderna, la sociedad occidental ha tenido cada vez menos reglas para gobernar las actitudes y comportamientos sexuales. En muchos sentidos, la libertad de la expresión sexual se ha vuelto el dios cultural que rige sobre todos los otros dioses idólatras de la cultura posmoderna. Las personas quieren el derecho, para ellas y para las demás, de expresar a cualquier costo sus deseos sexuales, incluso si esto significa abortar los hijos no deseados que resulten de una unión sexual o de arriesgarse a una enfermedad venérea.

Varios principios obvios constituyen el punto de vista no bíblico e inmoral del mundo sobre el sexo. Primero, las personas son básicamente buenas y todas las actividades, excepto las más atroces, deben tolerarse. Por lo tanto, prácticamente toda clase de actividad sexual consensual es buena (excepto el abuso de menores), especialmente si se considera el sexo como una mera forma de gratificación personal. Segundo, dado que la actividad sexual no es sino una función biológica (cp. 1 Co. 6:13), es normal y necesario abordarla sin restricciones morales de ningún tipo. Tercero, puesto que el sexo "casual" es simplemente otra forma de placer y diversión, está permitido el disfrute de la actividad sexual recreativa, en cualquier momento y con cualquier pareja que lo consienta. Cuarto, satisfacer el deseo sexual personal es una meta importante en la vida, más importante que desarrollar relaciones personales con significado. Quinto, la gratificación instantánea es más importante que demorar la satisfacción. Por lo tanto, la relación sexual prematrimonial es legítima y preferible a esperar hasta el matrimonio. Sexto, el intercambio sexual placentero es el factor más importante para determinar una buena relación marital. Así, pues, las primeras etapas de cualquier relación romántica deben incluir el sexo. La pareja debe vivir junta para determinar la compatibilidad sexual y la satisfacción antes del matrimonio.

Los cristianos entienden que estos son los dogmas de la perspectiva permisiva de la sociedad en cuanto al sexo. El apóstol Pablo pudo haber reconocido las mismas tendencias en su época porque si algo es cierto es que la cultura pagana greco-romana en la que él ministró era más perversa y depravada sexualmente que la cultura occidental contemporánea, que ha tenido durante siglos la influencia benéfica del cristianismo y sus instituciones. Tesalónica era parte de esa cultura greco-romana degradada. En la ciudad cundían prácticas pecaminosas como la fornicación, el adulterio, la homosexualidad (la pedofilia, inclusive), el travestismo (hombres que se vestían como mujeres) y una amplia variedad de perversiones eróticas y pornográficas, todas realizadas con la conciencia cauterizada y la aceptación de la sociedad, por lo que había poco o nada de vergüenza o culpa. A diferencia de las naciones occidentales de hoy, los tesalonicenses habían crecido sin una tradición cristiana que respaldara las leyes y las normas que prohíben las manifestaciones groseras de inmoralidad. Al parecer, la sociedad pagana griega no tenía las leyes civiles para prohibir el comportamiento inmoral.

Al ambiente permisivo sexual de Tesalónica contribuían también las religiones de misterio que abogaban por la prostitución ritual. Enseñaban que si el adorador se involucraba con una prostituta del templo, entraría en una comunión trascendental con la deidad representada por dicha prostituta. Por ejemplo, el templo de Afrodita en la acrópolis de Corinto empleaba mil sacerdotisas que eran esencialmente prostitutas. Así, las personas no consideraban que la fornicación o el adulterio fueran inmorales; en realidad, las religiones idólatras las aprobaban.

Entonces, para los tesalonicenses, el pecado sexual era más usual y tolerable que hoy día. Esa realidad aporta una perspectiva más clara del ministerio de Pablo en Tesalónica. Cuando Silas, Timoteo y él plantaron la iglesia en aquel lugar, rescataron a las personas de tal sociedad pornográfica. Muchos de los nuevos conversos, que habían vivido en la inmoralidad, tenían sin duda amantes y muchas de las mujeres probablemente participarían en la prostitución. Su entrada más bien repentina al reino de Dios exigía que los tesalonicenses rompieran con su trasfondo pagano. Ese requisito les representaba retos serios: antiguos hábitos y presiones de una cultura impía que buscarían alejarlos de la nueva vida y devolverlos a la antigua. Pablo, como su pastor, estaba lo suficientemente preocupado para comenzar la parte de la exhortación en esta epístola con sus mandamientos sobre la conducta inmoral.

Aunque la cultura alrededor de ellos disminuía continuamente sus normas morales, los tesalonicenses no podían hacerlo con las suyas. La exigencia paulina a los creyentes tesalonicenses de abstenerse del pecado sexual no llevaba a la relatividad moral; comprendía una norma absoluta. Sin embargo, tal instrucción sin ambigüedades no era para grupos o individuos específicos de la iglesia que estaban cometiendo ciertos pecados (como sí ocurrió con los corintios; cp. 1 Co. 5:1-13). Pero la falta de especificidad no mitigaba de forma alguna la preocupación de Pablo por la pureza de los tesalonicenses. Haber iniciado su lista de instrucciones prácticas de los dos capítulos finales de 1 Tesalonicenses con esta exhortación general y preventiva resalta la preocupación principal de Pablo por la fidelidad sexual en Tesalónica. Con este trasfondo en mente, se puede examinar este pasaje haciéndose tres preguntas: ¿Qué tipo de conducta sexual exige Dios? ¿Cómo puede un creyente ser sexualmente moral? ¿Por qué debe el creyente ser sexualmente moral?

¿QUÉ TIPO DE CONDUCTA SEXUAL EXIGE DIOS?

Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; (4:3)

La voluntad de Dios para los cristianos en lo relativo al comportamiento sexual apropiado es muy clara; a saber, **que** se aparten **de** la **fornicación**. La conjunción **pues** enlaza este mandato con la exhortación previa de Pablo a los tesalonicenses de progresar más (4:1-2). Pablo ya sabía que sus lectores deseaban hacer la voluntad de Dios (cp. 1:3-10), pero también se daba cuenta de que necesitaban saber más específicamente qué comprendía esta.

Antes de mencionar los detalles particulares, Pablo definió **la voluntad de Dios** bajo el principio general de gobierno de la **santificación** (*hagiosmos*): el proceso de separarse del pecado y apartarse para la santidad de Dios (Sal. 4:3; Jer. 1:5; Jn. 17:17, 19; Hch. 20:32; 26:18; Ro. 6:22; 15:16; 1 Co. 6:11; Ef. 5:26-27; 2 Ti. 2:21; He. 2:11; 10:10; 13:12; cp. 2 Co. 6:17; Ef. 5:7-9; Fil. 2:12-13). Dios quiere que los creyentes se separen de todo lo maligno, carnal e impuro. El proceso de la **santificación** es el resultado directo de la salvación, como Pablo instruyó a los corintios: "[Inmorales sexualmente] erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios" (1 Co. 6:11; cp. 1:2, 30; Hch. 20:32; 26:18; 2 Ts. 2:13; He. 2:11; 10:14; 1 P. 1:2). La referencia del apóstol a la santificación señala a una de las peticiones por las que acababa de orar por los tesalonicenses: "Para que sean afirmados vuestros corazones, irreprensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre" (1 Ts. 3:13).

En vista de la cultura permisiva de Tesalónica, Pablo consideraba que abstenerse **de fornicación** era la primera prioridad de los tesalonicenses en su devoción por la santificación. Como ya se explicó, en Tesalónica y sus alrededores proliferaban todos los vicios imaginables; por lo tanto, a Pablo le preocupaba sobre todo que los tesalonicenses pudieran volver a sus antiguos hábitos. Por eso, les dio el mandamiento directo de apartarse **de fornicación**. **Apartéis** significa abstinencia completa, en este caso, mantenerse completamente alejado de cualquier pensamiento o comportamiento que viole los principios de la Palabra de Dios y conduce a cualquier acto de pecado sexual. **Fornicación** (*porneias*) es un término usado para describir toda forma de comportamiento sexual ilícito (Jn. 8:41; Hch. 15:20, 29; 21:25; 1 Co. 5:1; 6:13, 18; 2 Co. 12:21; Gá. 5:19; Ef. 5:3; Col. 3:5; Ap. 2:21; 9:21). Cualquier actividad sexual que se desvíe de la relación monógama entre marido y mujer es inmoral según las normas de Dios. El Señor bendice la relación sexual en el matrimonio: "Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla" (He. 13:4*a*). Pero no le agrada la actividad sexual de cualquier otro tipo: "a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios" (He. 13:4*b*; cp. Ro. 1:24-32; 2:2).

La enseñanza de Pablo sobre la moralidad sexual es tan estricta y exigente que va más allá de los actos físicos de inmoralidad, como lo ilustran sus enseñanzas posteriores a los efesios y a los colosenses:

> *Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos (Ef. 5:3).*
>
> *Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios… Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría (Col. 3:3, 5).*

En los dos pasajes los términos *inmundicia* e *impureza* vienen de la misma palabra griega, cuyo significado va más allá de los actos sexuales e incluyen pensamientos e intenciones impuras. Tal uso de *impureza*, junto con el tenor general de las advertencias de Pablo frente a la inmoralidad sexual, lo ubica en completo acuerdo con la enseñanza de Jesús sobre el pecado sexual: "Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón" (Mt. 5:27-28; cp. 15:19; Mr. 7:21-22). La abstinencia total del pecado sexual es un deber de la más alta importancia para todos los creyentes (Éx. 20:14; Hch. 15:20; Ro. 13:13; 1 Co. 6:15-18; Gá. 5:19-21; Ef. 5:5-6; Col. 3:5; cp. Gn. 39:7-10; 1 Co. 5:11; 1 P. 4:3).

Las Escrituras dejan claro que las personas que habitualmente se involucran en inmoralidad sexual demuestran con ello que no son cristianas: "¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los

idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios” (1 Co. 6:9-10; cp. Gá. 5:19-21; Ap. 21:8; 22:15). Pero el mismo capítulo de 1 Corintios también indica que los creyentes cometen en ocasiones pecados sexuales:

> *¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo. ¿O no sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne. Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él. Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornica, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios (6:15-20).*

Tal vez Pablo tuviera en mente estos pecados cuando escribió después a los corintios: “No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios” (1 Co. 10:21). La copa y la mesa demoníacas son para referirse a la adoración en los templos paganos de Corinto, y parte de estos rituales idólatras implicaban que los adoradores tuvieran relaciones sexuales con prostitutas del templo. El apóstol estaba preocupado porque los nuevos creyentes corintios no habían abandonado del todo dichas actividades. Seguramente, la situación en Corinto, donde estaba Pablo cuando escribió las epístolas a los tesalonicenses, resaltó el peligro del pecado sexual y motivó las advertencias de Pablo a los tesalonicenses. Entonces, el mandato insta a la abstinencia total de cualquier actividad sexual fuera del matrimonio.

¿CÓMO PUEDE UN CREYENTE SER SEXUALMENTE MORAL?

que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios; que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano; (4:4-6)

Debido a que los cristianos de hoy día están expuestos incesantemente a toda clase de vistas, sonidos y filosofías que tientan su carne caída a pensamientos y acciones inmorales, deben saber cómo resistir tales tentaciones. Como la necesidad para los tesalonicenses era la misma, Pablo les dio tres principios intemporales para mantener la moralidad sexual: el cuerpo no debe controlar al creyente, el creyente no debe actuar como el incrédulo y el creyente no debe aprovecharse del prójimo.

El cuerpo no debe controlar al creyente

que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; (4:4)

Los creyentes deben mantener el control sobre sus deseos carnales. Por eso, Pablo exhortó a los tesalonicenses a **que cada uno de** ellos **supiera** controlar sus apetitos corporales. **Cada** creyente tenía la misma responsabilidad personal para controlar su cuerpo. **Sepa** viene de *oida*, que conlleva la idea de tener el conocimiento o la habilidad necesaria para alcanzar una meta deseada. Todo cristiano necesita conocerse bien para entender sus debilidades y propensiones al mal para que, con ello, **sepa tener** (“obtener maestría sobre”) **su** *propio vaso* (LBLA, “**propia esposa**” [RVR-1960], “propio cuerpo” [NVI]).

Durante años, muchos comentaristas han aseverado que *vaso* (*skeuos*) significa “esposa”, pero esa definición no se ajusta al contexto o al significado usual de la palabra. Leon Morris explica:

> Algunos comentaristas tempranos, como Teodoro de Mopsuestia y Agustín afirmaban que la palabra significa “esposa”, y varios comentaristas modernos les han seguido. El argumento más fuerte para esta perspectiva parece ser que hay algunos pasajes (Grimm-Thayer citan dos en la LXX y uno en Jenofonte) donde la combinación de este sustantivo y el verbo significa “casarse”. Dice apoyarse esto en la referencia a la esposa como “a vaso más frágil” en 1 P. 3:7. Sin embargo, no debe tenerse en cuenta esta consideración porque en absoluto se habla de la esposa como el “vaso” del esposo. Los dos son “vasos” del Espíritu Santo y la esposa es la más débil. Así el pasaje tiene poco que ver con nuestro problema. Entre los rabíes el equivalente hebreo de la palabra griega que se usa aquí significa “esposa” y eso debe haber influenciado a Pablo.
>
> No es fácil decidirlo, pero me parece que sería poco natural para un escritor griego hablar de la esposa como un “vaso”. En este caso sería aun menos probable, pues Pablo está inculcando una perspectiva alta del matrimonio, y esta es una perspectiva muy baja donde se piensa que la esposa es poco más que un vaso para satisfacer los deseos sexuales del esposo. Esto… me inclina a la perspectiva de que el significado es “cuerpo”. Entonces, Pablo exhorta

a sus amigos tesalonicenses a mantener puros sus cuerpos (*The First and Second Epistles to the Thessalonians* [Primera y segunda epístolas a los Tesalonicenses], The New International Commentary on the New Testament [Nuevo comentario internacional del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1989], pp. 123-124).

El Nuevo Testamento usa *skeuos* metafóricamente para utensilios, instrumentos o herramientas (Ro. 9:21; 2 Co. 4:7; 2 Ti. 2:21); también lo usa en referencia a las personas (Hch. 9:15; Ro. 9:22-23). Pero el versículo en mención lo usa para "cuerpo", que se ajusta a algunos usos rabínicos de la palabra. Pablo estaba amonestando a los tesalonicenses a controlar sus cuerpos, la carne humana irredenta que es el punto de apoyo para el pecado y la inmoralidad (cp. Ro. 7:18; 8:5-8, 23). Por esa razón, Pablo urgía a los creyentes a morir a la carne (cp. Ro. 13:14; 2 Co. 7:1), vivir en el Espíritu (Ro. 8:13) y dedicar sus cuerpos a Dios y permitir que su Espíritu renueve sus mentes para que el cuerpo no los controle (Ro. 12:1-2).

Como ocurre en la cultura de hoy, la cultura de la época de Pablo operaba en gran parte de acuerdo con los apetitos físicos y las emociones impulsivas y superficiales. (Las palabras del eslogan "Si te hace sentir bien, hazlo" tienen origen contemporáneo, pero la filosofía que expresan no es nueva). Por eso Pablo dio tan fuerte instrucción a los corintios:

Las viandas para el vientre, y el vientre para las viandas; pero tanto al uno como a las otras destruirá Dios. Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo… ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo (1 Co. 6:13, 15).

La declaración sobre "las viandas" y "el vientre" probablemente fuera un dicho que consideraba toda gratificación física como natural y normal, y veía el sexo, como a la comida, algo puramente biológico. Al parecer, algunos de los corintios usaron esta analogía para justificar su inmoralidad sexual. Pero el pecado sexual no es un siervo; es un amo poderoso. Por lo tanto, el apóstol advirtió a los corintios, como lo había hecho con los tesalonicenses, que los creyentes no deben permitir que el pecado los controle. En su lugar, los cristianos deben conocer la importancia de disciplinar sus cuerpos para honrar a Dios (cp. 1 Co. 9:27).

En varias de sus otras cartas, el apóstol dejó bien claro que para controlar sus cuerpos, los creyentes deben apoyarse en el Espíritu Santo. "Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne" (Gá. 5:16). La clave para caminar en el Espíritu es estar lleno del Espíritu (Ef. 5:17-18) y la clave para que los creyentes estén llenos del Espíritu es permitir que la Palabra de Dios habite en ellos (Col. 3:16; cp. Sal. 19:7-11; 119:11, 105). Deben leer, estudiar y aplicar las Escrituras sinceramente para que ellas saturen sus vidas y les permitan ceder el control completo al Espíritu Santo (Dt. 6:7; Sal. 1:2; 119:97; Jn. 5:39; Hch. 17:11; 20:32; Ro. 15:4; 1 P. 2:2; 2 P. 1:19; cp. Is. 30:20-21; Ez. 36:27; Jn. 14:26; 1 Co. 2:12-13; 2 Ti. 3:15).

En esa línea, Pablo instó a los tesalonicenses a controlar sus cuerpos con propósito de **santidad y honor**. Como se indicó en la explicación de 4:3, la **santificación** quiere decir apartarse del pecado para Dios, para el propósito de vivir una vida pura y santa. **Honor** es el resultado de la separación del pecado. Deben mostrar respeto por sus cuerpos como templos del Espíritu e instrumentos del servicio a Cristo (cp. 1 Co. 3:17; 6:19; 2 Co. 6:16). La meta es positiva: ir tras la separación y la virtud con todo el corazón. Ningún cristiano debe preguntarse cuán lejos de la norma divina puede ir su comportamiento moral y aun así evitar el pecado. Más bien, los creyentes deben esforzarse por separarse completamente de la inmoralidad, de modo que puedan honrar sus cuerpos, que pertenecen a Dios, y usarlos para glorificar a Jesucristo, la Cabeza de la iglesia (Ef. 1:21-23; 2:20-21; 4:15-16; 5:23; Col. 1:18, 24; cp. Jn. 10:1-16, 27-28; He. 13:20; 1 P. 2:25; 5:4).

EL CREYENTE NO DEBE ACTUAR COMO EL INCRÉDULO

no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios; (4:5)

El segundo principio que Pablo dio a los tesalonicenses sobre cómo mantener la pureza sexual y abstenerse de la inmoralidad era que no se comportaran como sus vecinos o familiares paganos, **que no conocen a Dios**; esto es, no estaban transformados por la obra divina de la salvación. Las Escrituras suelen designar a quienes están fuera de la salvación de esta manera (cp. Jue. 2:10; Sal. 79:6; Is. 45:4-5; Jer. 9:3; 10:25; Hch. 17:23; Ro. 1:28; 1 Co. 1:21; 15:34; Gá. 4:8; 2 Ts. 1:8). El deseo incontrolado de la gratificación sexual, típico de personas no regeneradas (Ro. 1:24-27; 1 Co. 5:9-11; Gá. 5:19-21; Ef. 5:3-5; Col. 3:5-7; 1 P. 4:1-4; cp. 2 Ti. 3:1-7; 2 P. 2:12-14; Jud. 17-19), no debía ser cierto para los tesalonicenses u otros creyentes verdaderos (cp. 1 Ts. 3:13).

Pasión (*pathos*) quiere decir "deseos incontrolables, sentimientos absorbentes, impulsos intensos" (cp. Ro. 1:26; Col. 3:5). **Concupiscencia** (*epithumias*) se refiere a unas ansias fuera de control, usualmente por algo ilegítimo o injusto (cp. Ro. 6:12; 2 Ti. 2:22; Tit. 3:3; 1 P. 4:3), aunque puede referirse a los deseos y anhelos legítimos (cp. Fil. 1:23; 1 Ts. 2:17).

Las palabras usadas en conjunto caracterizan fuertemente la inmoralidad de quienes **no conocen a Dios**.

Sin embargo, los cristianos no pueden seguir viviendo en los mismos patrones malsanos de pecado que los impíos (**los gentiles** en este contexto). El apóstol instruyó a los gálatas así: "Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos" (Gá. 5:24; cp. Col. 3:5-10). Las personas no regeneradas practican en su manera de vivir toda clase de inmoralidad sexual (cp. Ro. 1:24-28); pero Dios ha librado a los regenerados de tales pecados habituales (cp. 1 Jn. 3:9-10). No obstante, los creyentes pueden cultivar pensamientos inmorales y cometer actos inmorales, por lo que necesitan esta instrucción.

Los cristianos no deben rebajarse al nivel del comportamiento sexual pagano, determinado tan solo por pasiones irreflexivas e impulsos carnales descontrolados. Los creyentes no deben someterse al amplio espectro de tentaciones inmorales sexuales en la sociedad impía porque tienen una relación íntima con el Dios santo (cp. 2 Ti. 2:22; 1 Jn. 2:15-16). Exponerse demasiado a tales tentaciones disminuye la resistencia propia y la indignación personal, debilitando así la virtud y la resolución espiritual. Las Escrituras advierten a los hijos de Dios que se alejen e incluso huyan de toda inmoralidad (1 Co. 6:18). Los pensamientos y sentimientos lascivos pueden llevar a los creyentes a acciones completamente incongruentes con su posición en el cuerpo de Cristo (cp. 1 Co. 6:15-20).

EL CREYENTE NO DEBE APROVECHARSE DEL PRÓJIMO

que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano; (4:6*a*)

El tercer principio práctico y sin ambigüedades emerge de la admonición del apóstol a los tesalonicenses sobre la moralidad sexual: Nunca deben aprovecharse sexualmente de otros creyentes. La palabra traducida como **agravie** quiere decir "pecar contra", que incluye el concepto de pasar la raya y exceder los límites legales. En algunas traducciones modernas como la NVI, los traductores dan nuevas luces traduciendo **agravie** como "se aproveche".

Pablo advierte que un creyente no debe aprovecharse de esa forma para no engañar **en nada a su hermano**. **Engañe** quiere decir tomar algo con egoísmo y ambición para ganancia personal, a costa de otro. Como ocurre con **agravie**, la definición de **engañe** incluye la noción de sacar ventaja de alguien, y en este contexto se refiere al pecado sexual. Cuando un creyente busca satisfacer sus deseos físicos y obtener placer sexual a costa de otro creyente, ha violado este mandamiento.

Dios considera tan seriamente este asunto de aprovecharse de otros creyentes que Jesús advirtió:

> *Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo! (Mt. 18:6-7).*

Los cristianos que provocan tropiezos (pecados) a otros cristianos ("pequeños") harían mejor ahogándose. Se espera que el mundo ofenda a los creyentes y que a veces los haga pecar, pero los creyentes nunca deben ser piedra de tropiezo para otros creyentes (cp. Mt. 5:23-24; Ro. 14:13; 1 Co. 10:32-33; Col. 2:18). La seriedad de la admonición de Cristo a los creyentes en Mateo 18:6 no tiene parangón en toda su enseñanza. ¡Dijo que un creyente que engañe a otro merece la muerte! Por eso, los cristianos deben atender su propia santidad, evitar todas las influencias impías y nunca aprovecharse de otras personas, especialmente de otros creyentes, para alcanzar la gratificación pecaminosa.

¿POR QUÉ DEBE UN CREYENTE SER SEXUALMENTE MORAL?

porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os hemos dicho y testificado. Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación. Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo. (4:6*b*- 8)

El apóstol Pablo, por medio de la inspiración del Espíritu Santo, se anticipó a la pregunta de sus lectores sobre por qué guardar este mandamiento concerniente a la moralidad sexual. Dio tres razones por las cuales los tesalonicenses y todos los creyentes deben abstenerse de la inmoralidad sexual: por la venganza de Dios, porque es el propósito de Dios y por el Espíritu Santo de Dios.

POR LA VENGANZA DE DIOS

porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os hemos dicho y testificado. (4:6*b*)

El primer motivo convincente de Pablo a los tesalonicenses para obedecer este mandato de abstenerse de la inmoralidad sexual es **porque el Señor es vengador de todo esto.** Solo Dios tiene el derecho a la venganza exacta por los pecados que su pueblo cometa: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Ro. 12:19; cp. Dt. 32:35). Él es quien impone el juicio, y el pecado sexual es una de las razones por las que lo hace: “Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios” (He. 13:4).

Si un creyente participa de inmoralidad sexual, Dios, el **vengador**, puede juzgar **todo esto** permitiendo una o varias consecuencias que afecten a la vida del creyente. Por ejemplo, el resultado podría ser un matrimonio muy perjudicado, acompañado por la pérdida del respeto y amor familiar; el pecado puede llevar al divorcio (Mt. 5:32; 19:9); Dios puede castigar a la persona permitiendo que sufra una enfermedad venérea u otra aflicción física; o el pecado puede resultar en ausencia de bendición, o en la presencia de pruebas y tribulaciones por encima del promedio e incluso en una muerte prematura (cp. 1 Co. 10:8). Con seguridad, el pecado sexual en un creyente dará como resultado algún grado de pérdida de las recompensas eternas (cp. Pr. 11:18; 1 Co. 3:12-15; 2 Co. 5:10; 2 Jn. 8).

El concepto del juicio de Dios contra la inmoralidad sexual no era nuevo para los tesalonicenses. Pablo les recordó que **ya** les había **dicho y testificado**. Haberles **testificado** de estas cosas muestra que el apóstol les enseñó “todo el consejo de Dios” (Hch. 20:27). Había hecho un trabajo completo evangelizando a los tesalonicenses, no solo les impartió la comprensión completa del evangelio, sino también qué significaba observar todos los mandamientos de Cristo (cp. Mt. 28:18-20).

PORQUE ES EL PROPÓSITO DE DIOS

Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación. (4:7)

Los cristianos deben esforzarse por ser morales sexualmente y eso está en completo acuerdo con el plan general de Dios para sus vidas. Por eso, la segunda razón de Pablo para abstenerse de la inmoralidad sexual fue porque ese mandato se ajusta al propósito de Dios para los tesalonicenses. Por tercera vez en este pasaje, Pablo usó una forma de la palabra **santificación**, con la cual les enfatiza que cuando **Dios** los llamó efectivamente para salvación, también los llamó a santidad. La vida de **inmundicia** no era consecuente con el llamado más alto de los creyentes (Ef. 4:1).

La frase **a santificación** indica que la posición de santidad del creyente es resultado directo del llamado efectivo de Dios. El propósito de Dios en la salvación es producir un pueblo santo, digno del caminar en el llamado divino hacia su reino y gloria (cp. Ef. 4:1; 1 Ts. 2:12). El llamado a la salvación es inseparable del llamado a una vida santa y pura. Efesios 2:8-10 dice:

> *Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.*

La intención de Pablo era presentar la iglesia de Tesalónica y la iglesia de todas partes como una novia sin “mancha ni arruga ni cosa semejante” (Ef. 5:27), apartada y pura ante Dios. Por lo tanto, el pecado sexual no es consecuente en absoluto con el propósito presente y futuro de Dios para los creyentes.

POR EL ESPÍRITU SANTO DE DIOS

Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo. (4:8)

La última razón para que los tesalonicenses obedezcan la admonición de Pablo es que su desobediencia significaría desechar al **Espíritu Santo** de Dios. Un creyente que deseche (“anule, vacíe, cancele, desconsidere, desprecie”) el mandamiento de abstenerse de la inmoralidad sexual **no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo**. Entonces, si los tesalonicenses desobedecían las palabras de Pablo, no solo desechan a él, a los ancianos de la iglesia o a alguna facción de la iglesia, también desechan al **Espíritu** de **Dios**. La norma para la moralidad sexual es de Dios, y Él da a los creyentes el **Espíritu Santo** para permitirles vivir de acuerdo con esa norma (cp. Ez. 36:27; Jn. 14:16-17; Ro. 8:9; Gá. 5:16; 1 Jn. 3:24; 4:13).

El verbo griego **dio** denota intemporalidad. Pablo dijo a los tesalonicenses que **Dios dio** a los creyentes el don intemporal de **su Espíritu Santo** (cp. Is. 59:21; 2 Co. 1:22; Ef. 1:13-14; 2 Ti. 1:14) de modo que pudieran vivir vidas puras y santas (cp. 1 Co. 6:19-20; Ro. 8:16; 2 Co. 5:5; 1 Jn. 2:27). Si los tesalonicenses entendían esta identificación precisa del **Espíritu** de Dios, sería impensable que entraran en el pecado sexual y rechazaran con ello al Señor que les dio el Espíritu.

La práctica del pecado sexual viola la obra del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Es un rechazo a la voluntad del Señor, no toma en cuenta sus propósitos, desacata sus mandatos, rechaza su amor y desobedece y abusa abiertamente de su gracia. Tal vez lo más aterrador y aleccionador de todo: quienes se enredan en inmoralidad sexual no tienen en cuenta la realidad del juicio de Dios justo contra el pecado. Así, la exhortación del apóstol a los tesalonicenses debe llevar a todos los creyentes a hacer caso fiel de estas palabras y usar con diligencia los medios que Dios les ha dado para abstenerse de todas las formas de pecado sexual (Ro. 13:13-14; 1 P. 2:11).

10. La fe viva y práctica

Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros; y también lo hacéis así con todos los hermanos que están por toda Macedonia. Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más; y que procuréis tener tranquilidad, y ocuparos en vuestros negocios, y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado, a fin de que os conduzcáis honradamente para con los de afuera, y no tengáis necesidad de nada. (4:9-12)

El cristianismo es una fe viva y práctica que sale a la calle en la vida normal y cotidiana, afectando a todo en la vida de los creyentes; desde sus actitudes más simples y acciones más mundanas hasta sus pensamientos más profundos y obras más nobles. Aunque cualquier religión debe influir en la forma en que viven sus adherentes, ninguna religión falsa —no importa cuán altas sean sus normas éticas— puede transformar genuinamente las vidas de sus seguidores de manera que controle su naturaleza caída. Solo al creer en el evangelio de Jesucristo, el poder de Dios transforma las vidas de modo que los creyentes son capaces de vivir lo que profesan. La insistencia continua del apóstol Pablo para que los tesalonicenses vivieran de esa manera fue el motivo para las expresiones prácticas en este pasaje.

Una situación inquietante en el seno de la iglesia de Tesalónica intensificó su preocupación por el crecimiento espiritual de los creyentes. La iglesia fue auténtica desde el comienzo y Pablo así lo reconoció: “Acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo. Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección” (1 Ts. 1:3-4; cp. 2:13). Pronto se volvieron una iglesia modelo en su región. “[Se hicieron] ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que [habían] creído. Porque partiendo de [ellos] ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar [su] fe en Dios se [extendió], de modo que [Pablo y sus colegas] no [tenían] necesidad de hablar nada” (1:7-8; cp. 2 Co. 8:1-5; 2 Ts. 1:3-4). Sin embargo, en la conclusión de los elogios de Pablo hay una indicación de un problema.

El apóstol había enseñado a los tesalonicenses sobre el regreso de Cristo y ellos esperaban con anhelo la venida gloriosa (1:10). No obstante, al parecer estaban demasiado deseosos por el regreso de Jesús y querían estar seguros de no perdérselo. Su preocupación ferviente por la venida de Jesús los llevó a la idea errónea de que, a la luz de su regreso, las responsabilidades temporales no importaban. Así, Pablo tuvo que darles instrucción sustancial para corregir ese malentendido y las respuestas poco saludables a la promesa del regreso inminente del Salvador (4:13—5:11; 2 Ts. 2:1-12).

Anhelar ferviente pero equilibradamente el regreso de Cristo es bueno. El apóstol Juan tenía esa expectativa seria por la Parousia cuando concluyó el Apocalipsis: “El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Ap. 22:20). El apóstol Santiago dijo a sus lectores: “Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca” (Stg. 5:7-8). El apóstol Pedro escribió: “Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz” (2 P. 3:13-14). Pablo deseaba que los corintios esperaran “la manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co. 1:7).

Pero los tesalonicenses estaban permitiendo que su emoción y entusiasmo por la segunda venida de Cristo opacara las responsabilidades de la vida. Parecían perder el equilibrio y la compostura (2 Ts. 2:2; 3:10) y estar tan fervientes y agitados sobre los eventos escatológicos que obviaban sus deberes cotidianos. Sin embargo, esa perspectiva desequilibrada del regreso de Jesús contradecía las enseñanzas del Señor, por ejemplo, en la parábola de las diez minas, donde buscó corregir la idea errónea de los discípulos según la cual “el reino de Dios se manifestaría inmediatamente” (Lc. 19:11; cp. 24:21; Hch. 1:6). Cuando Cristo presentó la parábola, indicó cómo debían vivir los creyentes con la perspectiva de su reino terrenal futuro: “Dijo, pues: Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver. Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: Negociad entre tanto que vengo” (Lc. 19:12-13). Los cristianos deben seguir con sus responsabilidades y vidas diarias hasta que Cristo regrese.

Debido a la perspectiva sesgada e inquietante de los tesalonicenses sobre la venida de Cristo, Pablo necesitaba aterrizarlos y darles cuatro exhortaciones prácticas para la vida hasta que Jesús regresara: amarse más unos a otros,

llevar vidas tranquilas, preocuparse por sus quehaceres y trabajar con sus manos. La obediencia a estas normas sería un testimonio más adecuado para los incrédulos que la preocupación extrema de los tesalonicenses con el regreso del Señor, la cual venía a costa de descuidar las responsabilidades de la vida.

AMARSE MÁS UNOS A OTROS

Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros; y también lo hacéis así con todos los hermanos que están por toda Macedonia. Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más; (4:9-10)

La exhortación del apóstol Pablo a amar, contrasta con su admonición con respecto a la inmoralidad y la lujuria (4:3-8; cp. Ef. 5:1-3). La frase **pero acerca del** marca un cambio de tema (cp. 5:1), de la explicación sobre la lujuria y el pecado sexual a la consideración del **amor fraternal**. No solo deben abstenerse los creyentes de formas ilícitas de afecto, también deben intercambiar toda clase de amor fraternal caracterizado por los motivos y conductas más puros. Esta sería la expresión más verdadera del cambio que la regeneración habría operado en los tesalonicenses.

Amor fraternal (*philadelphia*) se refería originalmente al afecto por los familiares pero siempre se usa en el Nuevo Testamento en referencia al afecto cristiano (Ro. 12:10; He. 13:1; 1 P. 1:22; 2 P. 1:7). El verdadero amor bíblico, un tema recurrente en el Nuevo Testamento, siempre se expresa en actos de servicio, satisfaciendo las necesidades y haciendo cosas en sacrificio para beneficio de otros (Mt. 25:35-40; Jn. 13:34-35; Ro. 12:15; 1 Co.1 2:26; 16:14; 2 Co. 8:7; Gá. 5:13; 6:2; Ef. 5:2; Fil. 1:9; Col. 3:14; He. 6:10; 10:24; Stg. 1:27; cp. Mt. 22:37-39; 1 Co. 13:13; Gá. 5:22; 1 Jn. 3:18).

Aun cuando Pablo lo mencionó en su carta, solo era para afirmar que **no** había **necesidad de** escribir a los tesalonicenses (cp. 5:1) sobre el **amor fraternal**, porque habían **aprendido de Dios** a amarse **unos a otros**. El uso paulino de la expresión enfática **vosotros mismos** indica que los creyentes aprendieron **de Dios** (*theodidaktos*, lit. “Dios enseñó” y se usa solo aquí en el Nuevo Testamento) a amarse **unos a otros**, sin necesidad de él u otros maestros. Ese tipo de amor era característico de la naturaleza divina que ahora poseían.

Romanos 5:5 respalda esa idea: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”. Cuando se convierten, los cristianos reciben el Espíritu Santo (Hch. 2:38-39; 15:8; 1 Co. 12:13) que habita en ellos (Jn 14:16-17; Ro. 8:11; Ef. 1:13-14; 5:18; 2 Ti. 1:14; 1 Jn. 2:27; cp. Ez. 36:27) y les enseña a amar (Jn. 14:26; 16:13; Ro. 5:3-5; 1 Co. 2:10). Así, es imposible que los creyentes no amen (Jn. 13:34-35; 1 Jn. 3:17; 4:20-21; 5:1). En la primera carta de Juan, el apóstol enfatizó varias veces, positiva y negativamente, esta verdad. “El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo” (1 Jn. 2:9-10). “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte” (3:14; cp. 4:7-8, 12).

Amor viene del verbo conocido *agapaō*, relacionado con el sustantivo *agapē*. Expresa la forma de amor más pura y noble, guiada por la voluntad, no motivada por las apariencias superficiales, la atracción emocional o la relación sentimental. Pablo estaba convencido de que ellos amaban **así** a **todos los hermanos**. Los tesalonicenses no solo demostraban amor *agapē* en su congregación, también lo hacían con otros **hermanos** (cristianos) **que** estaban **por toda Macedonia**. Pablo inició iglesias en otras ciudades de Macedonia como Filipos y Berea (Hch. 16:12-40; 17:10-14; cp. 16:6-10), y sus compañeros en Tesalónica también ministraron en esos lugares (Hch. 16:19, 25, 29; 17:14). Tal y como ellos habían proclamado su fe a toda la región (1 Ts. 1:8), demostrando así la realidad de su conversión, los tesalonicenses también habían demostrado su santificación al mostrar amor espiritual hacia todos. Los creyentes de toda la región (**Macedonia**) habían recibido su hospitalidad generosa, sus actos buenos de misericordia y sus obras de servicio sacrificial.

No obstante, a pesar de ser tan ejemplar, el **amor** de los tesalonicenses no era perfecto. Tal como Pablo quería ver la fe de ellos fortalecida (1 Ts. 3:10), también buscaba que fortalecieran su amor. Por eso, les volvió a instar a que abundaran **más y más** (sobreabundaran) en esta virtud (cp. 4:1). La oportunidad específica de abundar en amor con sus pastores (5:12-13) y con los demás creyentes (5:14-15, 26) estaba vigente para los tesalonicenses. Con esta misma idea, Pedro animó a sus lectores: “Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1 P. 1:22; cp. 2:17; 4:8; 2 P. 1:7). “Amaos unos a otros entrañablemente” podría traducirse literalmente: “Extiendan los límites del amor unos a otros”.

Por eso, en vista del regreso de Jesús, Pablo exhortó a los tesalonicenses a amar más a los demás, no menos. Como lo habían hecho en el pasado, debían vivir en la esperanza del regreso del Señor y aun así no perder de vista la prioridad del amor (cp. Stg. 1:27; 2:15-16; 1 Jn. 3:17-18).

LLEVAR UNA VIDA TRANQUILA

y que procuréis tener tranquilidad, (4:11*a*)

Aunque hay gran urgencia por la venida inminente del Señor, que impulsa el afán de proclamar el evangelio mientras aún haya tiempo, el apóstol Pablo no ordenó a los tesalonicenses que llevaran vidas de agitación evangelística ruidosa y frenética. En su lugar, como resultado de abundar más y más en amor fraternal, debían procurar **tener tranquilidad**.

En esa frase Pablo usó las dos formas del verbo de manera casi contradictoria. **Procuréis** (de *philotimeomai*) quiere decir tener celo y esforzarse con entusiasmo, incluso considerar un honor (como en Ro. 15:20; 2 Co. 5:9); mientras que tener tranquilidad (de *hēsuchazō*) significa estar en silencio (como en Lc. 14:4; Hch. 21:14), no hablar algo inapropiado (véase 1 Ti. 2:11-12), quedarse tranquilo y descansando (como en Lc. 23:56). En espera del regreso del Señor, los creyentes deben llevar vidas tranquilas, libres de conflictos y hostilidades con los demás, cosa que es un testimonio poderoso del poder transformador del evangelio.

La meta de la directriz de Pablo, como ocurrió cuando instruyó a Timoteo y a la iglesia de Éfeso a orar por quienes estaban en autoridad, era que los creyentes vivieran "quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad" (1 Ti. 2:2; cp. Is. 30:15; 32:17; 2 Ts. 3:12).

OCUPARSE DE SUS PROPIOS ASUNTOS

y ocuparos en vuestros negocios, (4:11*b*)

La admonición de ocuparse **en** sus **negocios** era usual en los escritos griegos seculares, pero solo se usa aquí en el Nuevo Testamento. Sin embargo, no está claro si Pablo hablaba a un grupo particular dentro de la iglesia de Tesalónica o estaba tratando un asunto específico. El apóstol puede haber usado la expresión como exhortación general para que los tesalonicenses se concentraran en sus vidas, cuidaran sus trabajos y no se inmiscuyeran en los asuntos de los demás.

Pablo les exhorta de nuevo en 2 Tesalonicenses 3:11-12: "Porque oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno. A los tales mandamos y exhortamos por nuestro Señor Jesucristo, que trabajando sosegadamente, coman su propio pan". Quienes no se ocupaban **en** sus **negocios** eran unos entrometidos (*periergazomai*, "desperdiciando su trabajo"), corriendo a inmiscuirse en los problemas de los demás.

El antídoto de tal comportamiento poco sabio e indisciplinado era que los tesalonicenses se dedicaran diligente y fielmente a sus ocupaciones propias (cp. Pr. 27:23-27; Gá. 6:5; Ef. 4:28; 6:5-7; Col. 3:22-24; 1 Ti. 6:1-2), se alejaran de los negocios de los demás, y llevaran vidas calmadas y discretas que sirvieran a los demás creyentes y glorificaran al Señor ante los incrédulos.

TRABAJAR CON SUS MANOS

y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado, a fin de que os conduzcáis honradamente para con los de afuera, y no tengáis necesidad de nada. (4:11*c*-12)

Los griegos creían que los hombres libres nunca debían rebajarse a trabajar. **Trabajar con** las **manos** era degradante para ellos; por lo tanto, hacían que sus esclavos trabajaran todo lo necesario. No obstante, dado que la mayoría de cristianos provenían de las clases trabajadoras, la iglesia dignificó el trabajo manual como una empresa honorable. Por eso, Pablo mandó a los tesalonicenses a perseverar en sus trabajos.

Al parecer, muchas personas de la clase trabajadora y muchos esclavos entre los conversos tesalonicenses habían adoptado la actitud de no someterse a sus amos y a las obligaciones de sus trabajos, porque ahora estaban libres en Cristo. La preocupación de los nuevos creyentes por el regreso de Jesús puede haber intensificado esa actitud. En lugar de mantenerse por medio del trabajo honrado, probablemente algunos tesalonicenses estaban dependiendo de los recursos de otros para su mantenimiento durante lo que, creían, sería solo un breve interludio. Así, Pablo los exhortó aquí a **trabajar con** sus propias **manos** y les advirtió en 2 Tesalonicenses 3:10 que "si alguno no quiere trabajar, tampoco coma".

El propósito subyacente a la exhortación de Pablo sobre el trabajo, y que motivaba todos sus otros mandatos —amar, tener tranquilidad y preocuparse por sus negocios—, era evangelístico, de modo que los tesalonicenses se condujeran **honradamente para con los de afuera**. Para él, la clave del evangelismo era la integridad que los cristianos manifestaran frente a un mundo pecaminoso, confuso y agitado (cp. Job 2:3; Sal. 26:1; Mt. 5:16; Fil. 2:15-16; 1 P. 2:12). Cuando los creyentes muestran actitudes y hábitos de trabajo diligentes y viven de modo tranquilo y amoroso, que respeta la privacidad de los demás y no se entromete ni entra en chismes, se convierten en un testimonio poderoso para

los incrédulos y hacen creíble el evangelio.

Más aún, el comportamiento apropiado de los tesalonicenses (la conducta diaria aceptable), les aseguraría **no** tener **necesidad de nada**. Si obedecían las exhortaciones de Pablo, no tendrían que depender siempre de cristianos más diligentes para solventar sus vidas.

Esa forma de vida práctica y sencilla, como se manifestaba en las exhortaciones del apóstol Pablo a los tesalonicenses, es el fundamento de todo el evangelismo. Los creyentes que aman con sacrificio, que exhiben vidas tranquilas, que se centran conscientemente en mantener sus propias vidas en orden y llevan a cabo fielmente sus responsabilidades diarias en su lugar de trabajo (evitando así cualquier dependencia asistencial) —proclamando al tiempo el evangelio, a la luz del regreso de Cristo— son los testigos más eficaces para su vecinos y seres queridos no salvos.

11. ¿Qué pasa con los cristianos que mueren?

Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras. (4:13-18)

El estudio de los últimos tiempos es la pasión que consume a muchas personas en la iglesia de hoy. Los autores de libros sensacionales y exitosos en ventas argumentan que los eventos actuales cumplen sus interpretaciones —a menudo dudosas— de la profecía bíblica. Algunos argumentan haber descubierto el secreto que ni siquiera sabía Jesús en su encarnación: el tiempo de la Segunda Venida (cp. Mt. 24:36). Por desgracia, algunas personas quedan tan atrapadas en el estudio de la escatología que pasan por alto los principios básicos del crecimiento espiritual y evangelismo que la Segunda Venida debería motivar.

De todos los eventos del fin de los tiempos, el arrebatamiento de la iglesia es el que parece generar más interés y debate. La iglesia joven de Tesalónica también tenía preguntas sobre este suceso, de modo que Pablo se centra en esas preocupaciones en este pasaje. Pero a diferencia de la mayoría de los tratados sobre el tema en los días actuales, la preocupación de Pablo no era solo doctrinal sino pastoral. Su intención no era dar una descripción detallada del arrebatamiento, sino consolar a los tesalonicenses. La intención de los otros dos pasajes neotestamentarios que explican el arrebatamiento (Jn. 14:1-3; 1 Co. 15:51-58) también es aportar consuelo y aliento para los creyentes, no alimentar sus especulaciones proféticas.

Cuando Pablo escribió esta epístola, los tesalonicenses habían estado en Cristo solo unos pocos meses. El apóstol les había enseñado sobre los sucesos de los últimos tiempos, tales como el regreso de Cristo para reunir a los creyentes con Él (p. ej., 1:9-10; 2:19; 3:13). También conocían el día del Señor (5:1-3), un tiempo de juicio venidero sobre los impíos. Pero algunos de los detalles sobre su reunión con Cristo les causaban problemas. Primero, parecían estar asustados de haberse perdido el arrebatamiento, pues la persecución que estaban sufriendo (3:3-4) les hacía temer que estuvieran en el día del Señor, algo que obviamente no esperaban experimentar (2 Ts. 2:1-2). Había algunos falsos maestros que alimentaban esa mala interpretación, de los cuales advirtió Pablo en 2 Tesalonicenses 2:2: “No os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca”. Pero la persecución que estaban experimentando no estaba tan asociada con la tribulación o con el día del Señor. Tan solo era la persecución que todos los creyentes podrían esperar (2 Ti. 3:12) y sobre la cual Pablo había advertido a los tesalonicenses (3:3-4).

El temor de los tesalonicenses de que estaban en el día del Señor y que se habían perdido el arrebatamiento implica que el arrebatamiento precede a la tribulación. Si los tesalonicenses supieran que el arrebatamiento vendría al final de la tribulación, la persecución no les habría causado el temor de habérselo perdido. En su lugar, esa persecución habría sido causa de gozo, no de preocupación. Si el día del Señor había llegado y el arrebatamiento era después de la tribulación, aquel acontecimiento bendito se estaría acercando.

Pero la preocupación mayor de los tesalonicenses tenía que ver con aquellos de entre ellos que habían muerto. ¿Recibirían sus cuerpos resucitados en el arrebatamiento o debían esperar hasta después de la tribulación? ¿Se perderían el arrebatamiento? ¿Serían entonces ciudadanos de segunda clase en el cielo? ¿Sería la muerte un castigo por sus pecados (cp. 1 Co. 11:30)? Se amaban tanto unos a otros (cp. 4:9-10) que esos pensamientos los perturbaban. Su preocupación por quienes habían muerto muestra que los tesalonicenses creían que el regreso de Cristo era inminente y podía ocurrir durante su tiempo de vida. De otra manera, no habría razón para su preocupación. El temor de los tesalonicenses de que los creyentes muertos pudieran perderse el arrebatamiento también implica que creían que éste sucedería antes de tribulación. Si el arrebatamiento precede a la tribulación, podrían haberse preguntado cuándo recibirían sus cuerpos resucitados los creyentes que habían muerto. Pero esa confusión no existiría si el arrebatamiento era posterior a la tribulación: entonces todos los creyentes recibirían sus cuerpos resucitados al mismo tiempo. Además, si les hubieran enseñado que pasarían por la tribulación, no se habrían lamentado por quienes murieron; más bien, se

habrían alegrado al saberlos libres de vivir ese momento horrible.

Pablo escribió esta sección de su epístola para aliviar la pena y la confusión de los tesalonicenses. Le preocupaba la ignorancia de ellos **acerca de los que duermen** y que así se entristecieran **como los otros que no tienen esperanza**. Como su pena estaba basada en la ignorancia, él los consoló dándoles conocimiento.

La frase **tampoco queremos, hermanos, que ignoréis** o su equivalente, suele presentar un tema nuevo en las epístolas de Pablo (cp. Ro. 1:13; 1 Co. 10:1; 11:3; 12:1; 2 Co. 1:8; Fil. 1:12; Col. 2:1). La palabra **tampoco** y el término afectuoso **hermanos** (cp. vv. 1, 10; 1:4; 2:1, 9, 14, 17; 3:7; 5:1, 4, 12, 14, 25) enfatizan el cambio de asunto y llaman la atención a la importancia del nuevo tema. En este caso, Pablo no solo presentó un nuevo tema, sino también la nueva revelación que había recibido "en palabra del Señor" (v. 15).

Puesto que esta era su preocupación principal, Pablo trató primero la cuestión **de los que duermen.** Si bien *koimaō* (dormir) se puede usar para el dormir normal (Mt. 28:13; Lc. 22:46; Hch. 12:6), se refiere más a menudo a aquellos que han muerto (vv. 13-15; Mt. 27:52; Jn. 11:11; Hch. 7:60; 13:36; 1 Co. 11:30; 15:6, 18, 20, 51; 2 P. 3:4). En el versículo 14, **los que duermen** aparecen identificados como "a los que durmieron en él [Jesús]". El participio presente *koimōmenōn* (v. 13) se refiere a aquellos que duermen continuamente como un curso normal de la vida en la iglesia. Ellos estaban cada vez más preocupados por sus hermanos creyentes que continuaban muriendo.

Es importante recordar que en el Nuevo Testamento "dormir" se aplica solamente al cuerpo, nunca al alma. "El sueño de las almas", la enseñanza falsa de que las almas de los muertos están en un estado de existencia inconsciente en la otra vida, es ajeno a las Escrituras. En 2 Corintios 5:8 Pablo escribió que quisiera estar ausente en el cuerpo y presente al Señor, mientras que Filipenses 1:23 expresó su "deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor". Tales declaraciones enseñan que los creyentes, cuando mueren, van de manera consciente a la presencia del Señor, pues ¿cómo puede ser la inconsciencia "muchísimo mejor" que la comunión consciente con Jesucristo en esta vida? Jesús prometió al ladrón arrepentido: "De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso [el cielo; cp. 2 Co. 12:4; Ap. 2:7]" (Lc. 23:43). Las almas de Moisés y Elías no estaban dormidas, pues aparecieron con Jesús en la transfiguración (Mt. 17:3), ni las de los mártires de la tribulación en Apocalipsis 6:9-11, quienes estarán despiertos y podrán hablar con Dios. Después de la muerte, los redimidos van conscientemente a la presencia del Señor, pero los no salvos van al castigo consciente (Lc. 16:19-31).

Pablo ofreció esta información a los tesalonicenses a fin de **que no** se entristecieran. Hay una pena normal que acompaña la muerte de un ser amado, causada por el dolor de la separación y la soledad. Jesús lamentó la muerte de Lázaro (Jn. 11:33, 35) y Pablo exhortó a los romanos a llorar "con los que lloran" (Ro. 12:15). Sin embargo, el apóstol no tenía en mente aquí esa clase de dolor, sino el de **los otros que no tienen esperanza**. En Efesios 2:12 Pablo describió a los incrédulos como quienes van "sin esperanza y sin Dios en el mundo". Hay un final horrible, aterrador y desesperanzador para los incrédulos cuando muere un ser amado, un dolor sin atenuaciones por cualquier esperanza de reunión. William Barclay escribió lo siguiente, comentando sobre el desespero de los incrédulos en el mundo antiguo:

> Ante la muerte, el mundo pagano se encontraba sumido en la desesperación. Se enfrentaban con ella con una sombría resignación y una árida desesperanza. Esquilo escribió: "Una vez que un hombre muere, no hay esperanza de que resucite". Y Teócrito: "Mientras hay vida hay esperanza, pero no la hay para los muertos". Y Catulo: "Una vez que se pone nuestra breve lumbrera, no nos queda más que una perpetua noche en la que no podemos hacer más que dormir". En sus lápidas aparecían lúgubres epitafios: "No era, llegué a ser, ya no soy; no me importa nada" (*Comentario al Nuevo Testamento*, ed. rev. [Terrassa: Editorial Clie, 2005], p. 789).

Incluso los paganos que creían en la vida después de la muerte no tenían esa esperanza confirmada por el Espíritu Santo; solo se aferraban a ella sin afirmación de Dios. Pero los cristianos no experimentan el dolor desesperanzado de los incrédulos, para quienes la muerte marca el corte permanente de las relaciones. A diferencia de los incrédulos, los cristianos nunca tienen una despedida final entre ellos; habrá una "reunión [de todos los creyentes] con él" (2 Ts. 2:1). Las separaciones en esta vida son solamente temporales.

La ignorancia de los tesalonicenses sobre el arrebatamiento les causaba dolor. Pablo explicó ese suceso memorable para darles esperanza y consuelo, y les dio una descripción en cuatro partes: sus pilares, sus participantes, su plan y su ganancia.

LOS PILARES DEL ARREBATAMIENTO

Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: (4:14-15*a*)

La esperanza bendita del arrebatamiento no tiene su base en las arenas movedizas de la especulación filosófica. Tampoco es mitología religiosa o una fábula inventada por personas bienintencionadas para consolar a quienes sufren. La maravillosa verdad según la cual el Señor Jesucristo regresará a reunir a los creyentes con Él se basa en tres pilares inamovibles: la muerte de Cristo, la resurrección de Cristo y la revelación de Cristo.

LA MUERTE DE CRISTO

Porque si creemos que Jesús murió (4:14*a*)

La conjunción **si** no sugiere incertidumbre o duda, sino secuencia lógica. Pablo dice: "Puesto que" o "Con base en el hecho de que" **creemos que Jesús murió**, ciertas cosas se siguen lógicamente. La declaración simple del apóstol resume toda la riqueza de la obra expiatoria de Cristo, que provee el fundamento necesario para la reunión de la iglesia. Su muerte satisfizo las exigencias de justicia y santidad de Dios, pagando por completo la pena por los pecados de los creyentes. En virtud de la muerte sustitutiva de Cristo, cuando "al que no conoció pecado, [Dios] por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:21), los cristianos han sido hechos aceptables para Dios y aptos para reunirse en su presencia.

Es importante que Pablo no usara la metáfora del sueño para referirse a Jesús, sino dice que **murió**. Jesús experimentó toda la furia de la muerte en todas sus dimensiones cuando "llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia" (1 P. 2:24). Su muerte transformó la muerte de los creyentes en sueño. T. E. Wilson explica: "La muerte se convirtió en sueño por la obra de Cristo. Es una metáfora adecuada en la cual se transforma todo el concepto de la muerte. 'Cristo hizo que el dormir fuera el nombre de la muerte en el dialecto de la iglesia (Hch. 7:60) (Findlay)'" (*What the Bible Teaches: 1 and 2 Thessalonians* [Qué enseña la Biblia: 1 y 2 Tesalonicenses] [Kilmarnock: Jonh Ritchie Ltd., 1983], p. 45). Cuando los creyentes mueren, su espíritu va inmediatamente a la comunión consciente con el Señor, mientras sus cuerpos duermen temporalmente en la tumba, a la espera del arrebatamiento.

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. (4:14*b*)

La resurrección de Cristo indica que el Padre aceptó su sacrificio, le permitió ser "el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Ro. 3:26). Pablo enseñó esto a los romanos cuando escribió que Cristo "fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación" (Ro. 4:25). La resurrección de Cristo prueba que conquistó el pecado y la muerte y se hizo la fuente de la vida de resurrección para todos los cristianos. I. Howard Marshall escribe: "La muerte de los creyentes no ocurre sin Jesús y, por tanto, Pablo puede concluir que Dios los resucitará y los llevará a la presencia de Jesús en la *parousia*. Dios tratará a quienes murieron confiando en Jesús de la misma forma en que trató a Jesús; a saber, los resucitará" (*1 and 2 Thessalonians* [1 y 2 Tesalonicenses], The New Century Bible Commentary [Comentario bíblico del nuevo siglo] [Grand Rapids: Eerdmans, 1983], p. 124).

La frase **así también** enlaza la resurrección de los creyentes de modo inextricable con la resurrección de Cristo. En Juan 14:19 Jesús dijo: "Porque yo vivo, vosotros también viviréis". En el pasaje más detallado de las Escrituras sobre la resurrección, Pablo escribió: "Cristo [es] las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida" (1 Co. 15:23). En esa misma epístola ya había dicho antes claramente: "Dios, que levantó al Señor, también a nosotros nos levantará con su poder" (1 Co. 6:14). En la segunda carta de Pablo inspirada a los corintios, escribió: "El que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús" (2 Co. 4:14).

Para aliviar aún más sus temores, Pablo aseguró a los creyentes que **traerá Dios con Jesús a los que durmieron en Él**. Los otros creyentes que habían muerto no se perderían el arrebatamiento, sino que regresarían con Cristo en gloria. Algunos interpretan la frase **traerá Dios** de forma tal que los espíritus de los creyentes muertos vendrán del cielo con Cristo para recibir sus cuerpos resucitados. Otros ven en esta la verdad según la cual Dios llevará a todos los creyentes en el arrebatamiento, vivos y muertos, de vuelta al cielo con Cristo. Aunque la primera perspectiva sí es cierta, la segunda parece ser el énfasis de este pasaje.

Lo que el pasaje no enseña es que los espíritus de los creyentes muertos regresarán inmediatamente a la tierra con Cristo para establecer el reino milenario. Esa enseñanza ubica al arrebatamiento al final de la tribulación y, en esencia, lo hace igual a la segunda venida. Eso trivializa el arrebatamiento a un acontecimiento paralelo carente de propósito. Thomas R. Edgar se pregunta, comentando sobre la futilidad de un arrebatamiento posterior a la tribulación:

> ¿Cuál puede ser el propósito de mantener vivo un remanente durante la tribulación de manera que sobrevivan algunas personas de la iglesia para luego sacarlos de su situación y hacerlos iguales a quienes no sobrevivieron?

¿Por qué presevarlos para esto? Decir que son una escolta para Jesús es indefensible. Los santos vivos arrebatados serán iguales a los santos muertos resucitados. ¿Por qué no pueden cumplir este propósito los creyentes muertos? ¿Por qué tener un remanente vivo [durante la tribulación] para luego arrebatarlos y no lograr nada más que habiéndolos dejado morir? No hay propósito ni logro en [tal] arrebatamiento…

Con todos los santos de todas las eras pasadas, los ejércitos [de ángeles] de los cielos disponibles como escoltas y el hecho de que los santos [arrebatados] no aportan un escolta diferente si hubieran muerto, ¿por qué permitir que la iglesia sufra inmensamente la muerte de la mayoría de los creyentes y guardar unos cuantos para un arrebatamiento sin propósito aparente, inmediatamente antes de que termine el período [de la tribulación]?… ¿Es esa la promesa? Sufrirán, los matarán, pero mantendré vivos a algunos y los sacaré justo antes de que lleguen los buenos tiempos. Por supuesto, tal forma de razonamiento exige una explicación, dada la aparente falta de propósito en cualquier clase de arrebatamiento postribulacional.

Podemos observar lo siguiente:

(1) Un acontecimiento singular, portentoso y que tiene lugar una sola vez como el arrebatamiento debe tener un propósito específico. Dios tiene propósitos para sus acciones. Este propósito debe ser alguno que se logre solo por medio de un acontecimiento tan inusual como el arrebatamiento de los santos vivos.

(2) Este propósito debe ser acorde con los principios generales de operación divina.

(3) Hay poca o ninguna razón para arrebatar a los creyentes cuando el Señor regrese, justo antes de establecer el reino tan esperado con todas sus gozosas perspectivas.

(4) Hay buenas razones para librar a todos aquellos que ya sean creyentes de la tribulación, donde serían los blancos especiales de la persecución.

(5) La liberación de un período de juicio universal y destrucción física como la tribulación requiere trasladar a los creyentes de la tierra mediante muerte o arrebatamiento. La muerte no es apropiada como promesa en Apocalipsis 3:10.

(6) La liberación de la tribulación antes de su inicio concuerda con el trato previo de Dios con Noé y con Lot y se afirma directamente como principio en la acción de Dios con los creyentes en 2 P. 2:9 (“Robert H. Gundry and Revelation 3:10” [Robert H. Gundry y Apocalipsis 3:10], *Grace Theological Journal* 3 [Primavera de 1982], pp. 43-44).

La perspectiva de que los santos arrebatados regresarán a la tierra con Cristo también contradice a Juan 14:1-3:

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.

Las frases “la casa de mi Padre” y “donde yo estoy” se refieren claramente al cielo (cp. Jn. 7:34). Jesús prometió llevar a los creyentes de vuelta al cielo con Él cuando regrese para reunir a su pueblo. Entonces, debe haber un intervalo entre el regreso de Cristo para reunir a su pueblo (el arrebatamiento) y su regreso a la tierra para establecer el reino milenario (la Segunda Venida). Durante el intervalo entre el arrebatamiento y la Segunda Venida, tendrá lugar el juicio de los creyentes (1 Co. 3:11-15; 2 Co. 5:10), el arrebatamiento postribulacional no dejaría espacio para tal evento.

La frase **en Él** se entiende mejor si describe las circunstancias en las cuales **durmieron** los santos que partieron. Murieron estando relacionados con Jesucristo. Pablo usó esencialmente la misma frase en 1 Corintios 15:18 cuando escribió sobre “los que durmieron en Cristo”.

Demostrando la aceptación de Dios por el sacrificio expiatorio de Cristo, su resurrección apuntala el primer pilar sobre el cual se basa el arrebatamiento: la muerte de Cristo.

LA REVELACIÓN DE CRISTO

Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: (4:15*a*)

La enseñanza de Pablo sobre el arrebatamiento no era su propia especulación, sino revelación directa de Dios. La frase **os decimos esto en palabra del Señor** tiene el tono autoritativo de un escritor inspirado que revela lo que Dios le ha mostrado. Algunos argumentan que la **palabra del Señor** fue algo que Jesús dijo mientras estaba aquí en la tierra. Pero no hay paralelos cercanos en ninguno de los Evangelios a los cuales Pablo pudiera estar aludiendo en este pasaje. Aunque el Señor habló en los Evangelios sobre una trompeta y la reunión de los elegidos, las diferencias entre esos

pasajes y este sobrepasan las similitudes, como lo señala Robert L. Thomas:

> Las similitudes entre este pasaje de 1 Tesalonicenses y los relatos de los Evangelios incluyen la trompeta (Mt. 24:31), la resurrección (Jn. 11:25-26) y la reunión de los elegidos (Mt. 24:31)… Aun así, las diferencias entre este y las palabras canónicas de Cristo sobrepasan con mucho las semejanzas… Algunas de las diferencias entre Mateo 24:30-31 y 1 Tesalonicenses 4:15-17 son las siguientes: (1) En Mateo el Hijo del Hombre viene de las nubes…, en 1 Tesalonicenses los creyentes que ascienden están en ellas. (2) En el primero los ángeles se reúnen, en el segundo el Hijo lo hace personalmente. (3) En el primero no se dice nada con respecto a la resurrección, mientras que en el segundo este es el tema principal. (4) Mateo no registra nada sobre el orden de ascensión, que es la lección principal en Tesalonicenses ("1, 2 Thessalonians" [1, 2 Tesalonicenses] en Frank E. Gaebelein, ed., *The Expositor's Bible Commentary* [Comentario del expositor bíblico], vol. 11 [Grand Rapids: Zondervan, 1979], pp. 276-277).

Tampoco es probable que Pablo se refiriera a palabras de Jesús no registradas en los Evangelios (cp. Hch. 20:35); él no dice ni sugiere que esté citando directamente las palabras de Cristo. Más aún, en 1 Corintios 15:51 Pablo se refirió al arrebatamiento como un misterio; esto es, una verdad antes oculta pero ahora revelada. Eso indica que Jesús no desveló los detalles del arrebatamiento durante su ministerio terrenal. (Se refirió a ello en Jn. 14:1-3 en un sentido general, no específico). La enseñanza de Pablo sobre el arrebatamiento era revelación nueva, dada por Dios quizás a través de un profeta (como Agabo; Hch. 21:11), pero más probablemente dada a Pablo directamente. Al parecer, los tesalonicenses estaban informados sobre el día del juicio del Señor (5:1-2), pero no sobre el evento anterior —el arrebatamiento de la iglesia—, hasta que el Espíritu Santo se lo reveló por medio de Pablo. Esta revelación era nueva, un misterio desvelado.

Entonces, el arrebatamiento no se apoya en el fundamento endeble de la especulación teológica caprichosa, sino en el fundamento sólido de la muerte, resurrección y revelación del Señor Jesucristo.

LOS PARTICIPANTES DEL ARREBATAMIENTO

que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. (4:15*b*)

Dos grupos de personas participarán en el arrebatamiento: los **que** vivan **hasta la venida del Señor** y **los que durmieron**. El uso del pronombre plural **nosotros** por parte de Pablo indica que él creía que este suceso podía ocurrir durante su vida. Él esperaba el regreso del Señor, aunque a diferencia de muchos en la historia de la iglesia, el apóstol no predijo un tiempo específico para ello. Aceptó las palabras de Cristo en Mateo 24:36: "Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre" y Hechos 1:7: "No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad". En ese momento Pablo entendió la parábola de las vírgenes sabias y necias, que ilustra la necedad de no estar siempre preparado para el regreso del Señor (Mt. 25:1-13). El Señor expresó la idea de esa parábola cuando declaró: "Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir" (Mt. 25:13; cp. 24:45-51). Entonces Pablo evitó los dos errores usuales sobre el regreso de Cristo: ni especuló sobre fechas, ni alejó el regreso de Cristo a un futuro distante y nebuloso.

Varios pasajes adicionales expresan la esperanza y expectativa ferviente de Pablo por estar entre los que están vivos y habrán **quedado hasta la venida del Señor**. En Romanos 13:11 escribió: "Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos". La salvación sobre la cual escribió era la redención del cuerpo (Ro. 8:23) que ocurrirá cuando Cristo regrese. En el versículo 12, Pablo añadió: "La noche [del pecado del hombre y el reino de Satanás] está avanzada, y se acerca el día [del regreso de Cristo]. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz". A los corintios escribió: "Estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos" (1 Co. 10:11). Pablo sabía que estaba en la era mesiánica, el período entre la primera y la segunda venida de Cristo, los últimos días de la historia humana. Probablemente no se imaginaba que durarían tanto como hasta ahora. En esa epístola Pablo se incluyó después, como lo hizo aquí en 1 Tesalonicenses, entre quienes podrían estar vivos al momento del arrebatamiento: "He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados" (1 Co. 15:51-52). Cuando Pablo concluía esa carta, escribió: "El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene" (1 Co. 16:22). *El Señor viene* es el significado de *maranatha*, que viene de dos palabras arameas, y expresa la esperanza fuerte de Pablo por el pronto regreso del Señor. En esta epístola elogió a los tesalonicenses por "esperar de los cielos a su Hijo" (1:10). Expresó su deseo de que Dios afirmara sus "corazones, irreprensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos" (3:13). Al pronunciar una bendición final cuando concluía su carta, Pablo escribió: "El mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado

irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo" (5:23). El apóstol escribió a Tito que él estaba "aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tit. 2:13).

Por otra parte, Pablo era bien consciente de que podría morir antes del arrebatamiento. En 1 Corintios 6:14 reconoció que podría estar entre los resucitados del arrebatamiento: "Y Dios, que levantó al Señor, también a nosotros nos levantará con su poder". Afirmó a los filipenses su deseo que "como siempre… fuera magnificado Cristo en [su] cuerpo, o por vida o por muerte" (Fil. 1:20). Al final de su vida, sintiendo la inminencia de la muerte, escribió a Timoteo: "Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe" (2 Ti. 4:6-7). Aunque reconocía las dos posibilidades, Pablo usó **nosotros** porque cuando lo escribió, aún era posible que el Señor regresara en el tiempo de su vida. Así, trasmitió a los tesalonicenses su propio anhelo por el retorno inminente de Cristo.

Pablo vivía en constante expectativa por el regreso de Cristo. No obstante, el apóstol tranquilizó a los tesalonicenses diciéndoles que quienes habían muerto entre ellos no se perderían el arrebatamiento, que también incluiría **a los que durmieron**. Más aún, los vivos **no** precederían a los muertos. No habrá precedencia de los vivos sobre los muertos ni obtendrán ventaja sobre ellos. Quienes mueran antes del arrebatamiento no serán inferiores en ningún sentido a quienes estén vivos. Todos los cristianos participarán del arrebatamiento.

EL PLAN DEL ARREBATAMIENTO

Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. (4:16-17)

Habiendo tranquilizado a los creyentes con que la partida de sus seres amados no significaba que ellos se perderían el arrebatamiento, Pablo dio una descripción paso a paso de dicho acontecimiento.

Primero, **el Señor mismo** regresará por su iglesia. No enviará ángeles a hacerlo, en contraste con la reunión de los elegidos que ocurrirá en la Segunda Venida (Mr. 13:26-27).

Segundo, Jesús **descenderá del cielo**, donde ha estado desde su ascensión (Hch. 1:9-11). Al comienzo de esta epístola, Pablo había elogiado a los tesalonicenses porque estaban esperando "de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús" (1:10). Esteban exclamó en su juicio ante el sanedrín: "He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios" (Hch. 7:56). El escritor de Hebreos dijo de Cristo: "Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas" (He. 1:3).

Tercero, cuando Jesús descienda del cielo, lo hará **con voz de mando**. *Keleusma* (**mando**) tiene un timbre militar, como cuando el Comandante llama a sus tropas a formar filas. Los santos muertos en sus cuerpos resucitados se reunirán con los creyentes arrebatados vivos en las filas. La voz de mando del Señor será semejante a la resurrección de Lázaro, cuando "clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera!" (Jn. 11:43). Esta es la hora "cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán" (Jn. 5:25). Los muertos justos de la era eclesial serán los primeros en levantarse; una verdad que debe haber consolado grandemente a los inquietos tesalonicenses.

Cuarto, la **voz de arcángel** sonará. No hay artículo definido en el texto griego (como lo traduce la BJ y la DHH); literalmente dice: "un arcángel". En Judas 9, el único otro pasaje de las Escrituras que menciona un arcángel, el arcángel es Miguel. Las Escrituras no dicen si él es el único arcángel (había siete según la tradición judía). Así, es imposible decir quién es el **arcángel** cuya **voz** se oirá en el arrebatamiento. Quienquiera que sea, él añade su **voz** a la voz de mando del Señor.

Quinto, a la orden del Señor y a la voz del arcángel se añadirá el sonido de la **trompeta de Dios** (1 Co. 15:52). Las trompetas se usaban en las Escrituras por muchas razones. Sonaban en las fiestas de Israel (Nm. 10:10), en las celebraciones (2 S. 6:15) y en las convocatorias (Lv. 23:24); para sonar la alarma en tiempos de guerra (Nm. 10:9) o por cualquier otra razón necesaria para congregar a la multitud (Nm. 10:2; Jue. 6:34); o para hacer un anuncio (1 S. 13:3; 2 S. 15:10; 20:1; 1 R. 1:34, 39, 41). La **trompeta** del arrebatamiento no tiene relación con las trompetas del juicio en Apocalipsis 8—11. Parece tener un propósito doble: congregar al pueblo de Dios (cp. Éx. 19:16-19) y dar la señal de su liberación (cp. Zac. 1:16; 9:14-16).

Sexto, **los muertos en Cristo resucitarán primero**. Como ya se indicó, los santos **muertos** no serán inferiores de modo alguno a quienes estén vivos durante el arrebatamiento. De hecho, **resucitarán primero**, sus cuerpos glorificados se unirán a sus espíritus glorificados para hacerlos a imagen de Cristo, como escribió el apóstol Juan: "Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Jn. 3:2) Quienes estuvieron **en Cristo** en la vida, también lo estarán en la muerte; la muerte no puede separar a los creyentes de Dios (Ro. 8:38): "Sea

que vivamos, o que muramos, del Señor somos” (Ro. 14:8).

Por último, los creyentes que estén vivos, **los que** hayan **quedado,** serán **arrebatados juntamente** con los santos muertos **en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor**. *Harpazō* (arrebatados) se refiere a un acto violento, irresistible y fuerte. En Mateo 11:12 se describe la toma por la fuerza del reino de Dios. En Juan 10:12, se describe un lobo robando las ovejas. En Juan 10:28-29 se nos habla de la imposibilidad de arrebatar a alguno de los creyentes de la mano de Jesucristo y de Dios Padre; Hechos 8:39 dice que Felipe fue arrebatado de donde estaba con el etíope eunuco y en 2 Corintios 12:2, 4 se describe el arrebatamiento de Pablo al tercer cielo. Cuando los creyentes vivos sean **arrebatados**, serán transformados y recibirán sus cuerpos glorificados (Fil. 3:21). “En un momento, en un abrir y cerrar de ojos… [los creyentes serán] transformados” (1 Co. 15:52), rescatados del alcance de Satanás, de la carne caída, del sistema mundano maligno y de la ira venidera de Dios.

El tiempo del arrebatamiento no puede discernirse solo de este pasaje. Pero cuando se lee con otros textos sobre el tema (Jn. 14:3; Ap. 3:10; cp. 1 Co. 15:51-52; Fil. 3:2-21) y se comparan con los textos sobre el juicio (Mt. 13:34-50; 24:29-44; Ap. 19:11-21), queda claro que no hay mención alguna de juicio en los pasajes del arrebatamiento, mientras que en los segundos sí. Por lo tanto, es necesario concluir que el arrebatamiento ocurre en un tiempo diferente al del juicio.

Lo mejor, pues, es separar los dos acontecimientos. Esto inicia el caso de que el arrebatamiento se producirá de forma inminente, antes de los elementos del juicio descritos en las Escrituras que llevan a la Segunda Venida en juicio.

De nuevo, ningún texto de las Escrituras presenta por sí solo una defensa completa a favor del pretribulacionismo. Sin embargo, cuando se considera toda la evidencia del Nuevo Testamento, emerge una posición convincente a favor del pretribulacionismo, con la capacidad de responder más preguntas y resolver más problemas que cualquier otra posición sobre el arrebatamiento. Los siguientes argumentos presentan una defensa convincente a favor del arrebatamiento pretribulacional.

Primero, el reino terrenal de Cristo, prometido en Apocalipsis 6—18 no menciona que la iglesia esté en la tierra. Como Apocalipsis 1—3 usa la palabra griega para *iglesia* diecinueve veces, podría suponerse —razonablemente— que si la iglesia estuviera en la tierra y no en el cielo, en los capítulos 6—18, se usaría allí la palabra *iglesia* con la misma frecuencia, pero no es este el caso. Por lo tanto, puede suponerse que la iglesia no está presente en la tierra durante el período de la tribulación descrito en Apocalipsis 6—18 y, por tanto, el Señor la ha trasladado de la tierra y reubicado en el cielo por medio del arrebatamiento.

Segundo, Apocalipsis 19 no menciona el arrebatamiento, aunque el capítulo está donde ocurriría lógicamente el arrebatamiento postribulacional (si fuera cierto). Por lo tanto, puede concluirse que el arrebatamiento ya había ocurrido.

Tercero, el arrebatamiento postribulacional hace insignificante el concepto mismo del arrebatamiento. Si Dios preserva a la iglesia durante la tribulación, como lo afirman los postribulacionistas, ¿para qué el arrebatamiento? No tiene sentido arrebatar a los creyentes de la tierra al cielo sin una razón aparente distinta a que ellos regresen inmediatamente con Cristo a la tierra. Más aún, el arrebatamiento postribulacional hace redundante la separación única de las ovejas (creyentes) y los cabritos (incrédulos) en el regreso de Cristo en juicio, porque un arrebatamiento postribulacional habría servido para eso.

Cuarto, si Dios arrebata y glorifica a todos los creyentes justo antes de inaugurar el reino milenario (como lo requiere el arrebatamiento postribulacional), no quedaría nadie para poblar y propagar el reino terrenal de Cristo prometido a Israel. En el plan y propósito de Dios no está usar individuos glorificados para propagarse en la tierra durante el milenio. De modo que el arrebatamiento debe ocurrir antes, para que después de que Dios haya arrebatado a todos los creyentes, Él pueda salvar más almas, inclusive el remanente de Israel, durante la tribulación de siete años. Esas personas podrán entrar después al reino milenario con sus cuerpos terrenales. La posibilidad más razonable para ese escenario es el arrebatamiento pretribulacional.

Quinto, el Nuevo Testamento no advierte a los creyentes de la era eclesial de una tribulación inminente, tal como la experimentada durante la semana setenta de Daniel. Sí advierte de los errores y los falsos profetas (Hch. 20:29-30; 2 P. 2:1; 1 Jn. 4:1-3), contra la vida impía (Ef. 4:25—5:7; 1 Ts. 4:3-8; He. 12:1) y de la tribulación presente (1 Ts. 2:14-16; 2 Ts. 1:4; todo 2 P.). Por eso, es incongruente que el Nuevo Testamento guarde silencio sobre tan traumático cambio como la semana setenta de Daniel, si el postribulacionismo fuera cierto.

Sexto, las instrucciones de Pablo aquí a los tesalonicenses exigían un arrebatamiento pretribulacional porque, si Pablo les estuviera enseñando un arrebatamiento postribulacional, se esperaría que ellos estuvieran alegres porque sus seres queridos estaban en casa con el Señor y se habían librado de los horrores de la tribulación. Pero, en realidad, ellos estaban afligidos. Además, dada la enseñanza postribulacionista, se esperaría que les doliera su propio juicio inminente y que preguntaran por su condena futura; no obstante, ese pavor o cuestionamientos no los experimentaron. Más aún,

podría esperarse que Pablo los instruyera y exhortara al respecto de una prueba tan severa como la tribulación, pero solo escribió sobre la esperanza del arrebatamiento.

Séptimo, la secuencia de sucesos en la venida de Cristo posterior a la tribulación requiere un arrebatamiento pretribulacional. Al comparar y contrastar los pasajes del arrebatamiento con los de la Segunda Venida, surgen indicadores fuertes de que aquel no puede ser postribulacional. Por ejemplo, (a) Cristo reúne a los suyos en el arrebatamiento (vv. 16-17 del pasaje presente), pero en la Segunda Venida los ángeles reúnen a los elegidos (Mt. 24:31); (b) la resurrección es prominente en el arrebatamiento (vv. 15-16 del pasaje presente), pero las Escrituras no mencionan la resurrección cuando se trata de la Segunda Venida; (c) Cristo viene a recompensar a los creyentes en el arrebatamiento (v. 17 del pasaje actual), pero en la Segunda Venida, Cristo viene a juzgar la tierra (Mt. 25:31-46); (d) en el arrebatamiento el Señor arrebata a los verdaderos creyentes de la tierra (vv. 15-17 del pasaje actual), pero en la Segunda Venida se lleva a los incrédulos (Mt. 24:37-41); (e) en el arrebatamiento los incrédulos siguen en la tierra, mientras que en la Segunda Venida los creyentes se quedan en la tierra; (f) cuando las Escrituras hablan del arrebatamiento no mencionan el establecimiento del reino de Cristo, pero en la Segunda Venida, Cristo establecerá su reino; y (g) en el arrebatamiento los creyentes recibirán cuerpos glorificados, mientras que eso no ocurrirá con nadie en la Segunda Venida.

Octavo, ciertas enseñanzas de Jesús exigen un arrebatamiento pretribulacional. Por ejemplo, la parábola del trigo y la cizaña (Mt. 13:24-30) habla de quitar la cizaña (los incrédulos) de entre el trigo (los creyentes) por parte de los segadores (los ángeles) para juzgar a la cizaña, lo cual demuestra que en la Segunda Venida el Señor quitará a los incrédulos de entre los creyentes. No obstante, en el arrebatamiento toma a los creyentes de entre los incrédulos. Esto también es cierto en la parábola de la red (Mt. 13:47-50), en la explicación de los días de Noé y la descripción del juicio de las naciones en el discurso en el monte de los Olivos (Mt. 24—25).

Noveno, Apocalipsis 3:10 enseña que el Señor se llevará a la iglesia antes de la tribulación. En el griego, la frase *yo también te guardaré de* no puede significar nada distinto a “evitaré que pases por”. Jesucristo honrará a la iglesia evitando que entre en la hora de la prueba; a saber, la semana setenta de Daniel, que estará a punto de venir sobre todo el mundo. Solo el arrebatamiento pretribulacional puede explicar cómo ocurre esto.

Por lo tanto, el arrebatamiento debe ser pretribulacional, anterior a la ira de Dios descrita en la tribulación (Ap. 6—19). En el arrebatamiento, se arrebatará a los creyentes vivos **juntamente con** los creyentes resucitados, en tanto la iglesia triunfante se reúne con la iglesia militante para formar la iglesia glorificada. **Las nubes** suelen asociarse en las Escrituras con las apariciones divinas. Cuando Dios se apareció en el Monte Sinaí, “la gloria del SEÑOR se posó sobre el Sinaí. Seis días la nube cubrió el monte” (Éx. 24:16, NVI). Las nubes denotaban la presencia de Dios en el tabernáculo (Éx. 40:34), el templo (1 R. 8:10) y en la transfiguración de Cristo (Mt. 17:5). En la ascensión de Cristo, Él “fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos” (Hch. 1:9).

Algunos argumentan que la palabra **recibir** sugiere la recepción de un dignatario, rey o una persona famosa, para escoltarlo de regreso a su ciudad. Entonces, argumentan ellos, después de la recepción descrita en este pasaje, los creyentes regresarán a la tierra con Cristo. Pero tal analogía es arbitraria y supone un significado técnico de **recibir** que no exige ni la palabra ni el contexto. Como ya se observó al comienzo de este capítulo, esa explicación también hace innecesario el arrebatamiento; ¿por qué habrían de **recibir** los creyentes a Cristo **en el aire** para regresar inmediatamente a la tierra?; sencillamente, ¿por qué no lo reciben cuando llegue aquí? Gleason L. Archer comenta: “Lo máximo que puede decirse de tal ‘arrebatamiento’ es que es un evento más bien secundario cuya importancia es mínima” (Gleason L. Archer, Jr., Paul D. Feinberg, Douglas J. Moo y Richard Reiter, *The Rapture: Pre-, Mid-, or Post-Tribulational?* [El rapto: ¿Pre, semi o postribulacionista?] [Grand Rapids: Zondervan, 1984], p. 215). Como ya se indicó antes en este capítulo, el arrebatamiento postribulacional contradice la enseñanza de Cristo en Juan 14:1-3 sobre su regreso para llevar a los creyentes al cielo, no inmediatamente de vuelta a la tierra.

El paso final en el plan del arrebatamiento es la verdad bendita y consoladora de que después del regreso de Cristo para reunirnos (a los creyentes) con Él, **estaremos siempre con el Señor**.

LA GANANCIA DEL ARREBATAMIENTO

Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras. (4:18)

El beneficio de entender el arrebatamiento no es llenar las lagunas en el conocimiento escatológico de cada uno. Como dijimos al comienzo de este capítulo, la meta de Pablo cuando enseñaba el arrebatamiento a los tesalonicenses era alentarlos. El “Dios de toda consolación” (2 Co. 1:3) concede a todos los creyentes el consuelo alentador de saber que Cristo regresará por ellos un día. En ese acontecimiento monumental, resucitarán los muertos en Cristo, se unirán con los santos vivos para experimentar la transformación completa en cuerpo y alma, y estarán por siempre con Dios. Por lo tanto, no había necesidad de que los tesalonicenses se lamentaran o se afligieran por los otros creyentes que habían

muerto. No sorprende que Pablo llame al regreso de Cristo “la esperanza bienaventurada” (Tit. 2:13).

12. El día del Señor

Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. (5:1-3)

Después de un siglo que experimentó el terror de dos guerras mundiales, el horror del Holocausto, la brutalidad del conflicto coreano, la inutilidad desesperanzada de la guerra de Vietnam, además de incontables revoluciones, revueltas, asesinatos y actos de terrorismo, la pregunta crucial es: ¿Hacia dónde va la historia? (si es que va hacia alguna parte). ¿Tiene un propósito, meta o significado? ¿Es solo una sucesión de eventos que no llevan a ningún lado? ¿Cómo debemos vivir, trabajar, jugar y amar en medio del caos, la confusión y la carencia de significado en la vida? Hendrikus Berkhof escribe en su libro *Christ the Meaning of History* [Cristo el significado de la historia]:

> A nuestra generación la estrangula el miedo: miedo al hombre, a su futuro y a la dirección en que vamos contra nuestra voluntad o deseo. Y de todo esto surge un clamor de iluminación relativo al significado de la existencia de la humanidad, y relativo a la meta a la cual nos dirigimos. Es un clamor por una respuesta a la antigua pregunta sobre el significado de la historia ([Grand Rapids: Baker, 1979, p. 13]).

Hay tres perspectivas contemporáneas populares sobre la historia. La primera es cíclica, según la cual la historia es un círculo interminable que va en espiral por las mismas cosas una y otra vez. En las palabras cínicas del Predicador: "¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol" (Ec. 1:9). La perspectiva cíclica fue popular entre los griegos antiguos. Hoy caracteriza gran parte del pensamiento oriental; especialmente el hinduismo, con su ciclo continuo de muerte y renacimiento (*samsara*). Gracias a la influencia del movimiento de la nueva era, este pensamiento también se ha hecho cada vez más popular en Occidente.

Pero la perspectiva cíclica despoja a la historia de cualquier significado o propósito, como señala John Marsh:

> Si tal perspectiva es cierta, se ha despojado a la existencia histórica de su significado. Lo que ahora hago, ya lo he hecho en un ciclo previo del mundo y lo volveré a hacer en los ciclos futuros del mundo. La responsabilidad y la decisión desaparecen, y con ellos cualquier importancia real de la vida histórica, que en efecto se vuelve, más bien, un ciclo natural grandioso. Tal como el maíz se siembra, crece y madura cada año, así también los eventos de la historia son recurrentes una vez tras otra. Más aún, si todo lo que puede ocurrir es la repetición constante de un ciclo de sucesos, no hay posibilidad de significado en el ciclo como tal. No logra nada en sí mismo ni puede contribuir a nada externo a este. Los eventos de la historia están desprovistos de significado (*The Fulness of Time* [La plenitud del tiempo] [Londres: Nisbet, 1952], p. 167).

La segunda perspectiva de la historia corresponde al naturalismo ateo. A diferencia de la perspectiva cíclica, aquí la historia es lineal y no repetitiva. Pero a semejanza de la perspectiva cíclica, la perspectiva naturalista no asigna significado a la historia. Puede que la historia proceda en línea recta y no en círculos, pero no lleva a ninguna parte; no tiene meta o propósito final. Anthony Hoekema observa que según esta perspectiva, "no se pueden encontrar patrones significativos en la historia, ningún movimiento dirigido hacia una meta; solo una sucesión de acontecimientos sin significado" (*The Bible and the future* [La Biblia y el futuro] [Grand Rapids: Eerdmans, 1989], p. 25). Bertrand Russell, célebre filósofo británico y crítico férreo del cristianismo, admitió: "No hay ley de progreso cósmico… Desde la evolución, hasta donde lo muestra nuestro conocimiento presente, al final no puede inferirse con validez una filosofía optimista" (citado en Henry M. Morris, *That Their Words May Be Used Against Them* [Que sus palabras sean contra ellos] [Green Forest: Master Books, 1997], p. 418). Richard Dawkins, defensor ardiente del darwinismo, reconoce: "La evolución no tiene metas de largo plazo. No hay un objetivo en la distancia, no hay perfección final que sirva de criterio para la selección, aunque la vanidad humana valora la noción absurda de que nuestra especie es la meta final de la evolución" (citado en Morris, p. 412). Así las cosas, la historia humana solo es una fase del flujo sin significado de la historia evolutiva. George Gaylord Simpson, influyente paleontólogo evolutivo, lo declaró sin rodeos: "El hombre es el resultado de un proceso natural carente de propósito que no lo tenía en mente" (citado en Phillip E. Johnson, *Proceso a Darwin* [Grand Rapids: Portavoz, 1995], p. 116 del original en inglés). Tal perspectiva vacía, desesperanzada y carente

de propósito reduce al hombre hasta la insignificancia, hasta nada más que una “configuración atómica al azar en la vía de una historia de casualidad y carente de significado” (Francis A. Schaeffer, *Death in the City* [Muerte en la ciudad] [Downers Grove: Intervarsity, 1972], p. 18).

La perspectiva cristiana de la historia está en un marcado contraste con el desespero de las primeras dos. La Biblia revela que la historia es producto de un plan con propósito por parte del Dios soberano y creador. Job confesó: “Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti” (Job 42:2). Dios declaró a través del profeta Isaías: “Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Is. 46:10) y “lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?” (Is. 43:13). Jesucristo es la figura central de la historia; el Antiguo Testamento señala su venida y el Nuevo Testamento describe y expone su vida, muerte, resurrección y Segunda Venida.

A medida que la historia va desvelando los propósitos divinos, planeados desde la eternidad, hay un evento que ocupa un lugar preponderante en el horizonte: el día del Señor. Dicho suceso marcará el final de los días del hombre, cuando Dios actúe en juicio para retomar, de los usurpadores que hoy lo gobiernan (humanos y demoníacos), el control directo de la tierra. Será un tiempo sin precedentes de juicio catastrófico sobre todos los pecadores no arrepentidos.

La mayoría de los predicadores se esfuerzan por ser positivos, afirmadores y consoladores; por eso, ellos rara vez predican sobre la ira, venganza o juicio de Dios. Pero ignorar esa verdad es rehuir anunciar “todo el consejo de Dios” (Hch. 20:27). Es abandonar la responsabilidad del predicador de “[predicar] la palabra… [instar] a tiempo y fuera de tiempo; [redargüir, reprender, exhortar] con toda paciencia y doctrina” (2 Ti. 4:2). Las Escrituras advierten a menudo sobre el juicio de Dios y el castigo eterno de los incrédulos. El juicio era un énfasis importante en los profetas del Antiguo Testamento y los apóstoles del Nuevo. Pero quien más habló sobre el juicio fue el Señor Jesucristo. Todos los predicadores verdaderos deben seguir su ejemplo, como Pablo (cp. 1:10; 2:16; 4:6; 5:9; 2 Ts. 1:5-9).

Pablo había predicado a los tesalonicenses sobre la realidad del día del Señor durante su breve estadía en la ciudad (2 Ts. 2:5). Cuando se fue, surgieron en ellos preguntas al respecto del arrebatamiento y el día del Señor. Probablemente, Timoteo llevó esas inquietudes a Pablo cuando regresó de su viaje a Tesalónica (3:2, 6). Después de responder a sus preguntas sobre el arrebatamiento (4:13-18), Pablo lidia ahora con las inquietudes de los tesalonicenses sobre el día del Señor. Pasó del evento bendito del arrebatamiento de la iglesia, al acontecimiento horrible que le seguía: la destrucción de los impíos que rechazaron al Señor Jesucristo. Como sucedió con el arrebatamiento, el propósito de Pablo al escribir esta sección sobre el día del Señor no era ante todo teológico ni escatológico, sino pastoral y práctico.

Pablo comenzó su explicación del día del Señor con la frase tradicional *peri de* (**Pero acerca de**). El apóstol usaba esa frase con frecuencia en sus escritos para señalar un cambio de tema (p. ej., 4:9; 1 Co. 7:1, 25; 8:1; 12:1; 16:1, 12). El uso paulino del término cariñoso **hermanos** para llamar la atención también sugiere un asunto nuevo (cp. 2:1, 17; 4:1, 13). En su explicación de los acontecimientos finales, pasó del arrebatamiento (4:13-18) a un nuevo tema: el día del Señor.

La frase **de los tiempos** (*chronos*) **y de las ocasiones** (*kairos*) se refiere en sentido general a los últimos tiempos (cp. Dn. 2:21; Hch. 1:7). Aunque las dos palabras podían usarse aquí en sentido sobrepuesto, hay una diferencia sutil de significado entre ellas. *Chronos* se refiere al tiempo cronológico, al tiempo del reloj o del calendario. *Kairos*, por otra parte, ve el tiempo en términos de era, temporadas o acontecimientos, tal como el tiempo de los gentiles (Lc. 21:24). Tomados en conjunto, los dos términos sugieren que los tesalonicenses tenían curiosidad por el tiempo en que ocurrirían estos sucesos finales. El hecho de que los dos sustantivos sean plurales indica que los últimos tiempos están compuestos por varios períodos (cp. Dn. 7:25; 9:24-27; 12:7; 11-12; Ap. 11:2-3; 13:5) y acontecimientos diferentes (p. ej., el arrebatamiento, la aparición del anticristo, la salvación de Israel, los juicios de los sellos, las trompetas y las copas, el encarcelamiento de Satanás, el reino milenario, la liberación de Satanás y la consecuente rebelión mundial al final del milenio, el juicio del gran trono blanco y los cielos nuevos y la tierra nueva).

Específicamente, la congregación quería saber cuándo ocurrirían el arrebatamiento y el día del Señor. Como dijimos en el capítulo anterior, estaban preocupados porque pudieran haberse perdido el arrebatamiento y estuvieran en el día del Señor (cp. 2 Ts. 2:1-2). En el versículo 4 de este capítulo, Pablo los tranquilizó diciéndoles que no experimentarían el día del Señor (véase la explicación de 5:4-11 en el capítulo 13).

Pero a su pregunta referente a cuándo llegaría el día del Señor, Pablo respondió: “**No tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba**”. El Señor Jesucristo dio una respuesta similar a sus discípulos; cuando le preguntaron: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” (Hch. 1:6), Él respondió: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad” (Hch. 1:7; cp. Mt. 24:36, 44, 50; 25:13). Los tesalonicenses no necesitaban saber cuándo llegaría el día del Señor; ya sabían todo lo que Dios quería que supieran. Saber cuándo llegaría el día del Señor provocaría indiferencia espiritual si se demoraba, o pánico si venía pronto. Estar preparado espiritualmente para el regreso de Cristo no requiere determinar una fecha, velar ante un reloj o buscar señales. Dios ha escogido no revelar el tiempo de los acontecimientos finales de modo que todos los creyentes vivan anhelándolos constantemente.

Cuando Pablo respondió las preguntas de los tesalonicenses sobre el día del Señor, explicó tres aspectos de aquel momento memorable: su llegada, su carácter y su completitud.

LA LLEGADA DEL DÍA DEL SEÑOR

Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, (5:2-3*a*)

Los tesalonicenses sabían **perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche**: repentino, inesperado, inoportuno y perjudicial. Será un golpe terrible para quienes no conocen al Señor Jesucristo. *Akribōs* (**perfectamente**) describe la investigación cuidadosa, precisa y concienzuda (cp. Mt. 2:8; Lc. 1:3; Hch. 18:25). Los tesalonicenses tenían la certeza de que el día del Señor llegaría inesperadamente. Pero es obvio que no se revelaría el tiempo de su llegada; ningún **ladrón** en su sano juicio anuncia con anticipación a qué hora de **la noche** planea robar a alguien.

En el discurso del Monte de los Olivos —el sermón de Jesús sobre su Segunda Venida—, usó la imagen de un **ladrón en la noche** para referirse a su regreso inesperado: "Pero sabed esto, que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa" (Mt. 24:43; cp. Ap. 16:15). Como el día del Señor, el tiempo exacto de la Segunda Venida no se revela, aunque habrá señales del regreso inminente de Cristo (Mt. 24:4-33). Jesús advirtió a cada generación que debían vivir expectantes por su regreso y los eventos del día del Señor que lleven a este.

La metáfora de un **ladrón** no se usa nunca para el arrebatamiento de la iglesia. Describe la llegada del Señor en juicio, al final de los siete años de tribulación, y el juicio al final del reinado milenario de Cristo en la tierra (2 P. 3:10). Un **ladrón** que llega no es un acontecimiento que se espere o genere alegría, es una calamidad inesperada.

El término bíblico importante **el día del Señor** describe el juicio divino catastrófico de Dios sobre los impíos. Se menciona explícitamente diecinueve veces en el Antiguo Testamento (Is. 2:12; 13:6, 9; Ez. 13:5; 30:3; Jl. 1:15; 2:1, 11, 31; 3:14; Am. 5:18 [2 veces], 20; Abd. 15; Sof. 1:7, 14 [2 veces]; Zac. 14:1; Mal. 4:5), cuatro veces en el Nuevo Testamento (cp. Hch. 2:20; 2 Ts. 2:2; 2 P. 3:10) y se alude en otros pasajes (cp. Ap. 6:17; 16:14). Será el tiempo en que Dios derrame su furia sobre los malvados; de hecho, las Escrituras llaman tres veces "día de venganza" al día del Señor (Is. 34:8; 61:2; 63:4).

El día del Señor debe diferenciarse del "día de Cristo" (Fil. 1:10; 2:16), el "día de Jesucristo" (Fil. 1:6), el "día del Señor Jesús" (1 Co. 5:5) y el "día de nuestro Señor Jesucristo" (1 Co. 1:8); todos esos términos se refieren al tiempo en que los creyentes recibirán sus recompensas del Señor Jesucristo (Ro. 14:10; 1 Co. 3:11-14; 4:1-5; 2 Co. 5:9-10). El día del Señor también debe diferenciarse del "día de Dios" (2 P. 3:12), cuya referencia es al estado eterno.

Los pasajes del Antiguo Testamento relativos al día del Señor suelen llevar un sentido de inminencia, cercanía y expectativa: "¡Giman, que el día del SEÑOR está cerca!" (Is. 13:6, NVI); "El día del SEÑOR se acerca, sí, ya se acerca el día" (Ez. 30:3, NVI); "¡Ay de aquel día, el día del SEÑOR, que ya se aproxima!" (Jl. 1:15, NVI); "Tiemblen todos los habitantes del país, pues ya viene el día del Señor; en realidad ya está cerca" (Jl. 2:1, NVI). "¡Cercano está el día del SEÑOR en el valle de la Decisión!"(Jl. 3:14, NVI); "Porque cercano está el día del SEÑOR contra todas las naciones" (Abd. 15, NVI); "¡Silencio ante el Señor omnipotente, porque cercano está el día del SEÑOR!" (Sof. 1:7, NVI); "Ya se acerca el gran día del SEÑOR; a toda prisa se acerca" (Sof. 1:14, NVI).

Los profetas del Antiguo Testamento vieron días del Señor históricos que anticiparían al día del Señor final y escatológico. Dios solía usar circunstancias controladas providencialmente, como la destrucción de una nación por otra, o los desastres naturales, como instrumentos de su juicio. Pero esos días del Señor históricos solo eran un preludio del día del Señor final y escatológico, cuyo alcance sería mucho mayor y más terrible en su destrucción.

Los pasajes del Antiguo Testamento sobre el día del Señor suelen tener un cumplimiento a corto plazo y uno a largo plazo, como ocurre con gran parte de la profecía veterotestamentaria. En el Salmo 69:9 David escribió: "El celo por tu casa me consume; sobre mí han recaído los insultos de tus detractores"; aun así, después de que Jesús purificó el templo, "se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume" (Jn. 2:17). El Salmo 22 tiene en perspectiva tanto el sufrimiento de David como la crucifixión de Cristo. Isaías 7:14 se refiere al nacimiento histórico del hijo de Isaías y al nacimiento virginal profético de Cristo. Igualmente, Isaías 13:6 señala un día histórico del Señor, mientras el versículo 9 del mismo capítulo tiene el día del Señor final y escatológico en mente. En Joel 1:15; 2:1, 11 se describe un día histórico del Señor; Joel 3:1-14 retrata el día escatológico del Señor. Abdías 1-14 describe el día histórico del Señor en que Edom recibiría su juicio; los versículos 15-21 describen el día escatológico del Señor. Sofonías 1:7-14 predice un día del Señor histórico inminente de juicio sobre Judá, cuyo cumplimiento se dio poco después en la cautividad babilónica; 3:8-20 predice el día final del Señor.

George Eldon Ladd escribió lo siguiente, resumiendo la interacción entre los días del Señor históricos y escatológicos

en el Antiguo Testamento:

> El día del Señor estaba cerca porque Dios estaba a punto de actuar; y el acontecimiento histórico era en sentido real un preludio del hecho escatológico final… La inminencia histórica del día del Señor no incluía todo el significado del día del Señor; la historia y la escatología se sostenían en tensión dinámica, porque *las dos eran el día del Señor* (*The Presence of the Future* [La presencia del futuro] [Grand Rapids: Eerdmans, 1976], p. 320. Cursivas en el original).

A diferencia del arrebatamiento, que no estará precedido por señal alguna, habrá varios precursores que servirán de heraldo a la llegada del día del Señor escatológico. Sin embargo, no revelarán el día específico en que llegará.

La primera señal de que el día del Señor se acerca será la aparición de un precursor semejante a Elías. En Malaquías 4:5 el Señor declaró: "Estoy por enviarles al profeta Elías antes que llegue el día del SEÑOR, día grande y terrible" (NVI). Al igual que otras profecías del día del Señor, esta tenía un cumplimiento histórico en Juan el Bautista (Lc. 1:7) y tendrá un cumplimiento futuro al final de los tiempos. Algunos han especulado que este precursor será uno de los dos testigos (Ap. 11:3). Quienquiera que sea, será heraldo del regreso inminente del Señor Jesucristo y de la llegada del día del Señor que le precede.

Segundo, al día del Señor lo precederá una rebelión mundial contra Dios y su Palabra. En 2 Tesalonicenses 2:3, Pablo recordó a los tesalonicenses que el día del Señor (v. 2) "no vendrá sin que antes venga la apostasía". La apostasía incluirá un sistema mundial de religión falsa (véase la explicación de 2 Tesalonicenses 2:3 en *2 Tesalonicenses,* Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Portavoz, 2012]).

Tercero, el día del Señor no llegara hasta que "se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios" (2 Ts. 2:3-4). La aparición del anticristo y la profanación del templo (Dn. 9:27; 11:31; 12:11; Mt. 24:15) precederá la llegada del día del Señor (véase la explicación de 2 Tesalonicenses 2:3-4 en *2 Tesalonicenses,* Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Portavoz, 2012]).

Cuarto, las naciones comenzarán a reunirse en el valle de la decisión para la batalla del Armagedón (Jl. 3:2-14).

Quinto, las señales dramáticas de los cielos precederán la llegada del día del Señor: Dios mostrará "prodigios: sangre, fuego y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre antes que llegue el día del SEÑOR, día grande y terrible" (Jl. 2:30-31, NVI; cp. Is. 13:10; Mt. 24:29; Lc. 21:25; Ap. 6:12-13; 8:12).

En el discurso del Monte de los Olivos, Jesús dio otra lista de señales del día del Señor; una lista paralela a la de los cinco primeros juicios de los sellos en Apocalipsis. El Señor describió estos juicios como "los dolores" (Mt. 24:8, NVI); una analogía apta a los dolores de parto que llegan repentinamente a una mujer embarazada y que se intensifican hasta que da a luz. Tal como los dolores de parto de una mujer le advierten que el tiempo del nacimiento es inminente, así también los dolores advertirán a las personas que el día del Señor se acerca.

El primer dolor es la proliferación de falsos maestros, falsos profetas y falsas religiones. Lograrán explicar las señales de forma tal que las personas no reconocerán que señalan al día del Señor. En Mateo 24:5 Jesús advirtió: "Vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán". Pero el más importante de todos ellos será el falso profeta, el gobernante final del mundo, el anticristo. En las Escrituras se le conoce por muchos nombres: el cuerno pequeño (Dn. 7:8), el rey que hará su voluntad (Dn. 11:36-45), el hombre de pecado (2 Ts. 2:3) y la bestia (Ap. 11:7; 13:2-8). Este individuo habitado por el demonio será un hombre de carisma, encanto, persuasión, brillantez, autoridad, implacabilidad e impiedad consumada. Al principio parecerá ser todo lo que el mundo desesperado anhela: un hombre que unificará el mundo bajo su liderazgo y promoverá una era corta de paz y prosperidad global. Incluso hará un pacto de siete años con Israel (Dn. 9:27), prometiendo proporcionar la seguridad y protección que la nación siempre ha anhelado. Pero por la mitad del intervalo de ese pacto, el anticristo revelará quién es en realidad. Detendrá la religión de Israel y profanará el templo, estableciéndose como Dios y exigiendo que el mundo le adore (2 Ts. 2:4).

El primer juicio de los sellos (Ap. 6:2) describe el ascenso al poder del anticristo: "Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer". El arco describe el poder del anticristo, pero la ausencia de flechas y la corona que se le dio indican que su victoria no vendrá por medio de una guerra. La victoria del anticristo será sin sangre, política, una conquista ideológica, cuando el mundo se torne a él para que los lleve a la crisis sin parangón de los tiempos de la tribulación.

La paz falsa del anticristo no durará, porque el segundo dolor es la guerra. En Mateo 24:6-7, Jesús advierte: "Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares". La guerra en escalas sin precedentes caracterizará la tribulación (Dn. 11:36-45) y culminará con la carnicería

inimaginable de la batalla del Armagedón (Ap. 19:17-21).

El segundo juicio de los sellos (Ap. 6:3-4) también describe las guerras devastadoras que precederán el día del Señor: “Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: Ven y mira. Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada”. La guerra personificada monta el caballo bermejo de la batalla y la matanza.

Para sumar a la miseria y sufrimiento causados por la guerra, habrá desastres naturales asociados con el tercer dolor de parto: “Habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares” (Mt. 24:7). Los juicios de los sellos tercero y cuarto también describen desastres naturales que precederán el día del Señor:

> *Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: Ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano. Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; pero no dañes el aceite ni el vino (Ap. 6:5-6).*

Las condiciones de hambre que prevalecerán se describen gráficamente porque con un denario (el salario de un día de trabajo) se comprarán solo dos libras de trigo (la provisión diaria de una persona) y suficiente cebada (un grano de baja calidad para alimentar usualmente al ganado) para alimentar una familia pequeña por un día.

El cuarto sello describe la muerte en una escalada sin precedentes en la historia humana:

> *Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: Ven y mira. Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra (Ap. 6:7-8).*

La devastación provocada por la guerra y el hambre dará como resultado una cuota de muertes asombrosa: un cuarto de la población mundial.

El cuarto dolor de parto describe el martirio de muchos creyentes de la tribulación. En medio de la devastación, las matanzas y el horror de la tribulación, muchos (Ap. 7:9) obtendrán la redención por medio de la predicación de los dos testigos (Ap. 11:2-6), los 144.000 judíos evangelistas (Ap. 7) y el “ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo” (Ap. 14:6). Jesús advirtió a esos creyentes: “Os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre” (Mt. 24:9). Cuando el Señor Jesucristo rompió el quinto sello…

> *[Juan vio] bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos (Ap. 6:9-11).*

El dolor final, a diferencia de los primeros cuatro, es una señal positiva. Jesús dijo en Mateo 24:14: “Será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”. Como ya se ha indicado, habrá grandes cantidades de personas convertidas durante la tribulación, como resultado de la predicación de los dos testigos, los 144.000 judíos evangelistas y el ángel que vuela en medio del cielo.

Pero increíble e incomprensiblemente, a pesar de estas señales inequívocas y obvias, la mayoría de las personas aún serán tomadas por sorpresa cuando llegue el día del Señor. El derramamiento terrible de la ira de Dios en juicio ocurrirá **cuando digan:** “**Paz y seguridad**”. La única explicación para una respuesta tan absurda y ridícula es que las personas serán engañadas por los falsos profetas. Jesús advirtió: “Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán… Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos… Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos” (Mt. 24:5, 11, 24). Tales engañadores mentirosos embaucarán al mundo haciéndoles creer que la paz y la prosperidad están a la vuelta de la esquina, a pesar de las señales siniestras de que el día del Señor se está acercando rápidamente.

Los profetas del Antiguo Testamento también se encontraron con falsos profetas que se mofaban de sus advertencias sobre la fatalidad inminente. Jeremías advirtió a sus conciudadanos: “Huid, hijos de Benjamín, de en medio de Jerusalén, y tocad bocina en Tecoa, y alzad por señal humo sobre Bet-haquerem; porque del norte se ha visto mal, y quebrantamiento grande” (Jer. 6:1). Pero a pesar de la advertencia de Jeremías, los falsos profetas decían “Paz, paz”, y no había paz (Jer. 6:14; cp. 8:11). En Jeremías 14:13 el profeta se quejó: “¡Ah, SEÑOR mi Dios! Los profetas les dicen que no se enfrentarán con la espada ni pasarán hambre, sino que tú les concederás una paz duradera en este lugar” (NVI). En el versículo 14 Dios le respondió: “Falsamente profetizan los profetas en mi nombre; no los envié, ni les mandé, ni les hablé; visión mentirosa, adivinación, vanidad y engaño de su corazón os profetizan”. Lamentaciones 2:14 escribe: “Tus profetas vieron para ti vanidad y locura; y no descubrieron tu pecado para impedir tu cautiverio, sino que te predicaron vanas profecías y extravíos” (cp. Mi. 3:5). Dios declaró esto de los falsos profetas que plagaban Israel:

> *Así es, en efecto. Estos profetas han engañado a mi pueblo diciendo: ¡Todo anda bien!, pero las cosas no andan bien; construyen paredes endebles de hermosa fachada. Pues diles a esos constructores que sus fachadas se vendrán abajo con una lluvia torrencial, abundante granizo y viento huracanado. Y cuando la pared se haya caído, les preguntarán: “¿Qué pasó con la hermosa fachada?”. Por tanto, así dice el SEÑOR omnipotente: En mi furia desataré un viento huracanado; en mi ira, una lluvia torrencial; en mi furia, granizo destructor. Echaré por los suelos la pared con su hermosa fachada; sus endebles cimientos quedarán al descubierto. Y cuando caiga, ustedes perecerán. Así sabrán que yo soy el SEÑOR. Descargaré mi furia sobre esa pared y sobre los que hicieron su hermosa fachada. A ustedes les diré que ya no queda la pared ni los que hicieron su hermosa fachada: esos profetas de Israel que profetizaban acerca de Jerusalén, y tenían visiones falsas, y anunciaban que todo andaba bien, cuando en realidad era todo lo contrario. Lo afirma el SEÑOR omnipotente (Ez. 13:10-16, NVI).*

Al final de los tiempos, los falsos profetas usarán “grandes señales y prodigios” (Mt. 24:24) para engañar al mundo. Como resultado de su engaño, la vida pasará con alguna semblanza de normalidad, tal como fue antes del diluvio:

> *Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre (Mt. 24:37-39).*

El falso profeta, el asociado del anticristo, usará señales y prodigios para persuadir a las personas a adorar al anticristo: “Hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres” (Ap. 13:13).

La susceptibilidad de los incrédulos al engaño de los falsos profetas es una señal del juicio de Dios sobre ellos. En 2 Tesalonicenses 2:10-12 Pablo escribió que quienes fueran engañados por el anticristo “se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia”. Como resultado, la llegada inesperada y repentina del día del Señor los barrerá en juicio.

EL CARÁCTER DEL DÍA DEL SEÑOR

entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, (5:3*b*)

Olethros (**destrucción**) no se refiere a la aniquilación, sino a la separación de Dios (cp. 2 Ts. 1:9). No significa destrucción del ser, sino del bienestar (cp. 1 Ti. 6:9); no el final de la existencia, sino la destrucción del propósito de la existencia. La voluntad de Dios logrará la **destrucción** de los incrédulos, arrojándolos al tormento eterno del infierno (2 Ts. 1:9).

Apocalipsis 6:12-17 describe gráficamente la destrucción del día del Señor:

> *Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar. Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?*

Hechos 2:19-20 describe el día del Señor como un tiempo de “prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra, sangre y fuego y vapor de humo; el sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, grande y manifiesto”.

Con el uso del término **ellos** (en referencia a los incrédulos), Pablo aseguró a los tesalonicenses que no enfrentarían **destrucción**. Como explica claramente en el versículo 4, los tesalonicenses no experimentarán el día del Señor; serán arrebatados antes de su inicio (véase la explicación del v. 4 en el capítulo 13). Como ya indicamos antes en este capítulo, el día del Señor será repentino e inesperado para los incrédulos. No prestarán atención a las múltiples señales que les advertían de la llegada inminente de ese día, tal como los **dolores** de una **mujer encinta** le advierten que el nacimiento de su hijo es inminente (véase la explicación anterior de los “dolores”).

LA COMPLETITUD DEL DÍA DEL SEÑOR

y no escaparán. (5:3*c*)

El resultado trágico de la falta de preparación de los incrédulos para el día del Señor es que **no escaparán** al juicio divino. El uso del doble negativo, *ou mē* recalca la amplitud del día del Señor, que, cuando llegue, llevará destrucción sobre cada incrédulo vivo.

Los creyentes deben consolarse con la realidad de saber que serán arrebatados antes de la llegada del día del Señor y que no experimentarán sus horrores. Sin embargo, el conocimiento de que ese evento se avecina en el horizonte profético debe motivar para evangelizar a los perdidos. La realidad trágica es que quienes rechazan al Señor Jesucristo experimentarán tanto la ira temporal como la ira eterna de Dios. En las palabras aleccionadoras y pensativas del autor de Hebreos: “¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (He. 2:3).

13. Personas de la noche y personas del día

Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo. Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien murió por nosotros para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él. Por lo cual, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros, así como lo hacéis. (5:4-11)

Nuestro mundo es una mezcla diversa de grupos étnicos, culturas, idiomas, religiones y sistemas políticos. Aun así, a pesar de todas esas diferencias, solo hay dos clases de personas en el mundo. Hay creyentes e incrédulos; redimidos e irredentos; salvos y perdidos; hijos de Dios e hijos del diablo; quienes están en el reino de Dios y quienes están en el reino de las tinieblas; quienes están en Adán y quienes están en Cristo; quienes aman a Dios y quienes le odian; quienes van a la vida eterna y quienes van al castigo eterno; quienes estarán para siempre con el Señor y quienes estarán separados para siempre del Señor; o, como alguien dijo con humor, los santos y los tantos.

En este pasaje, Pablo contrasta las personas de la noche (incrédulos) con las personas del día (creyentes). Las personas de la noche se asocian con la oscuridad, el sueño y la embriaguez; las personas del día con la luz, con estar alerta y la sobriedad.

La verdad según la cual los incrédulos están en la oscuridad y los creyentes en la luz tiene su raíz en el Antiguo Testamento. En el Salmo 107:10-12 el salmista describe a los incrédulos como quienes “habitaban en las más densas tinieblas por haberse rebelado contra las palabras de Dios, por menospreciar los designios del Altísimo. Los sometió a trabajos forzados; tropezaban, y no había quien los ayudara”. Luego, en los versículos 13-16, el salmista describe la transformación de personas de la noche en personas del día:

> *En su angustia clamaron al SEÑOR, y él los salvó de su aflicción. Los sacó de las sombras tenebrosas y rompió en pedazos sus cadenas. ¡Que den gracias al SEÑOR por su gran amor, por sus maravillas en favor de los hombres! ¡Él hace añicos las puertas de bronce y rompe en mil pedazos las barras de hierro! (NVI)*

Isaías 9:2 también describe la transformación de la oscuridad espiritual a la luz: “El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos”. Los versículos 6-7 revelan que la luz es el Mesías:

> *Porque nos ha nacido un niño, se nos ha concedido un hijo; la soberanía reposará sobre sus hombros, y se le darán estos nombres: Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Se extenderán su soberanía y su paz, y no tendrán fin. Gobernará sobre el trono de David y sobre su reino, para establecerlo y sostenerlo con justicia y rectitud desde ahora y para siempre. Esto lo llevará a cabo el celo del SEÑOR Todopoderoso (NVI).*

Zacarías, el padre de Juan el Bautista, precursor del Mesías, profetizó sobre su hijo:

> *Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; porque irás delante de la presencia del Señor, para preparar sus caminos; para dar conocimiento de salvación a su pueblo, para perdón de sus pecados, por la entrañable misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó desde lo alto la aurora, para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte; para encaminar nuestros pies por camino de paz (Lc. 1:76-79).*

Mateo registró el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento según la cual el Mesías sería una luz para su pueblo, pero también para los gentiles:

Cuando Jesús oyó que Juan estaba preso, volvió a Galilea; y dejando a Nazaret, vino y habitó en Capernaum, ciudad marítima, en la región de Zabulón y de Neftalí, para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció (Mt. 4:12-16).

En Juan 8:12 Jesús declaró: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (cp. 3:19; 12:35, 46).

¿Cómo pasa la gente de las tinieblas a la luz? Al contar la experiencia dramática de su conversión, Pablo dijo al rey Agripa que Jesús lo había enviado a los gentiles "para [abrir] sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en [Él], perdón de pecados y herencia entre los santificados" (Hch. 26:18). La última frase es la clave: dejar la oscuridad del pecado y la incredulidad, y pasar a ser una persona redimida del día, se debe estar "entre los santificados" "por la fe que en [Él]". Quien pone su fe en Él, se "ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo" (Col. 1:13); quienes "en otro tiempo [eran] tinieblas… ahora [son] luz en el Señor" (Ef. 5:8); Dios los "llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 P. 2:9).

El propósito del apóstol al contrastar los salvos y los perdidos en este pasaje era consolar a los tesalonicenses (4:18; 5:11). A pesar de las enseñanzas de Pablo durante su estadía en la ciudad (2 Ts. 2:5), les preocupaba su futuro. Había falsos maestros que intentaban engañarlos y exacerbaban sus temores (2 Ts. 2:1-3). Como resultado, los atribulaban varias preguntas, preguntas comunicadas a Pablo por Timoteo, quien había regresado recientemente de Tesalónica (3:2, 6). Temían que los seres amados que habían muerto se perdieran el arrebatamiento, de modo que Pablo les aseguró en 4:13-18 que eso no pasaría. De hecho, "los muertos en Cristo resucitarán primero" (4:16). Con respecto a la curiosidad de los tesalonicenses sobre cuándo sucedería el día del Señor, el apóstol les recordó: "Acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba" (5:1). "El día del Señor vendrá así como ladrón en la noche" (5:2); por lo tanto, el tiempo de su venida no se revelará.

Los temores y las preocupaciones de los tesalonicenses tienen un paralelo en el libro de Malaquías, quien predicó un mensaje de juicio aleccionador y aterrador (cp. 3:5; 4:5) que causó preocupación y ansiedad entre los redimidos. Pero el Señor tranquilizó a su pueblo diciéndole que no experimentaría su juicio:

Los que temían al SEÑOR hablaron entre sí, y él los escuchó y les prestó atención. Entonces se escribió en su presencia un libro de memorias de aquellos que temen al SEÑOR y honran su nombre. "El día que yo actúe ellos serán mi propiedad exclusiva —dice el SEÑOR Todopoderoso—. Tendré compasión de ellos, como se compadece un hombre del hijo que le sirve. Y ustedes volverán a distinguir entre los buenos y los malos, entre los que sirven a Dios y los que no le sirven" (Mal. 3:16-18, NVI).

De igual forma, Pablo tranquilizó a los nuevos creyentes de Tesalónica diciéndoles que no enfrentarían la ira de Dios. Su uso del pronombre "ellos" (5:3) diferencia a los tesalonicenses de los incrédulos que sí experimentarán la ira de Dios. Lo hizo por medio de una serie de contrastes entre las personas de la noche y las del día. Pablo les dio una descripción multifacética de la diferencia entre los creyentes y los incrédulos, y las implicaciones para cada uno, relativas al día del Señor. Al hacerlo, el apóstol dejó claro que los temores de los tesalonicenses sobre estar ya en el día del Señor eran infundados. Los creyentes son las personas de la luz y no experimentarán la oscuridad del día del Señor.

Hay tres características distintivas que diferencian a las personas de la luz (creyentes) de las personas de la noche (incrédulos): su naturaleza, su comportamiento y su destino.

EL CARÁCTER DISTINTIVO DE LA NATURALEZA DEL CREYENTE

Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. (5:4-5)

La expresión **mas vosotros** presenta un contraste con el versículo 3, donde Pablo usó el pronombre "ellos" en referencia a los incrédulos que no escaparán al día del Señor. El término familiar **hermanos** recalca aún más la idea de Pablo. Los tesalonicenses, como hijos de Dios, no experimentarían el día del Señor porque, a diferencia de los incrédulos, los creyentes **no** están **en tinieblas**; poseen una naturaleza completamente diferente. No pertenecen a la noche; no son parte del reino maligno de Satanás.

La noche espiritual que envuelve a los incrédulos incluye la oscuridad moral e intelectual. Es la oscuridad intelectual de la ignorancia, por una parte, y la oscuridad moral del pecado, por otra; de no saber qué es verdad y de no hacer lo que es correcto. Dios, en la persona de Jesucristo, irrumpió en el mundo oscurecido por el pecado (Jn. 1:4, 9). Sin embargo,

trágicamente, la mayoría de las personas escogió permanecer en la oscuridad; aunque la "luz resplandece en las tinieblas… las tinieblas no han podido [comprenderla]" (Jn. 1:5; NVI). Como explicó Jesús a Nicodemo: "La luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas" (Jn. 3:19-20). Pablo escribió a los efesios: "Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón" (Ef. 4:17-18). Los incrédulos no solo están en la oscuridad porque no conocen la verdad, sino también porque aman la iniquidad.

Todos los creyentes "en otro tiempo [eran] tinieblas, mas ahora [son] luz en el Señor" (Ef. 5:8). Pablo ya había descrito gráficamente en esta epístola las vidas antiguas de los creyentes en la oscuridad:

> *Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás (Ef. 2:1-3).*

En Lucas 22:53 Jesús llamó a Satanás "la potestad de las tinieblas", y está descrito en Efesios 2:2 como el "príncipe de la potestad del aire"; mientras que en Efesios 6:12 Pablo llamó a las huestes demoníacas de Satanás "los gobernadores de las tinieblas de este siglo". Todos habitan en "la potestad de las tinieblas" como corresponde. Y el destino final de Satanás, sus huestes demoníacas y de todos los incrédulos es la oscuridad eterna del infierno (Mt. 8:12; 2 P. 2:4, 17; Jud. 6, 13).

Pero los creyentes no están perdidos en esa oscuridad de ignorancia, pecado y rebelión. Jesús dijo: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn. 8:12). En el Sermón del Monte llamó a los creyentes "la luz del mundo" (Mt. 5:14). Juan, en su primera epístola, describió a los creyentes como aquellos que andan "en luz, como él está en luz" (1 Jn. 1:7). Los creyentes no están en la oscuridad intelectual porque conocen la verdad (Jn. 8:32; 1 Ti. 4:3; 2 P. 1:12; 1 Jn. 2:21; 2 Jn 1); ni están en la oscuridad moral porque practican la verdad (Jn. 3:21; 3 Jn. 11).

Puesto que su naturaleza es distinta de la de los incrédulos, los creyentes no necesitan temer que el día los **sorprenda como ladrón**. El día del Señor es un "día de tinieblas" (Jl. 2:2; Sof. 1:15); "el día del SEÑOR… va a ser de oscuridad y no de luz… ¿No será el día del SEÑOR de oscuridad y no de luz?" (Am. 5:18, 20, NVI). Es, pues, para las personas de la noche; las personas del día no necesitan temer por el día del Señor; no formarán parte de él.

Los creyentes, lejos de estar en la oscuridad, **todos** son **hijos de luz e hijos del día** (cp. Lc. 16:8; Jn. 12:36; Ef. 5:8). La frase **hijos de** suele ser parte de una expresión idiomática hebrea que describe la influencia dominante en una persona. El Antiguo Testamento usa la frase "hijos de Belial" (Jue. 19:22; 1 S. 2:12; 2 S. 23:6; 1 R. 2:10; RVR antigua) para describir a los hombres despreciables que son hijos del diablo por naturaleza (cp. 2 Co. 6:15). Jesús dio el sobrenombre de "hijos del trueno" a Jacobo y Juan (Mr. 3:17) por sus personalidades volátiles y agresivas. El nombre *Bernabé* significa literalmente "hijo de consolación" (Hch. 4:36), denotando su naturaleza consoladora. Así, describir a los creyentes como **hijos de luz** es decir que la **luz** es la influencia dominante en sus vidas. Añadir la frase paralela **hijos del día** refuerza la idea paulina; la luz pertenece al día tal como la oscuridad pertenece a la noche.

Para llegar a donde quería, Pablo declaró: "**No somos de la noche ni de las tinieblas**". Los creyentes viven en una esfera completamente diferente a quienes experimentarán la ira de Dios en el día del Señor. Como **hijos de luz e hijos del día**, los creyentes andan "en vida nueva" (Ro. 6:4), son nuevas criaturas en Cristo (2 Co. 5:17), son nueva creación (Gá. 6:15), están sentados "en los lugares celestiales con Cristo Jesús" (Ef. 2:6) y su vida "está escondida con Cristo en Dios" (Col. 3:3). Por lo tanto, los tesalonicenses no necesitaban temer perderse el arrebatamiento, estar atrapados en el día del Señor o experimentar la ira y la condenación de Dios. Los creyentes viven en una esfera de vida separada, donde el juicio no llega.

EL CARÁCTER DISTINTIVO DEL COMPORTAMIENTO DE LOS CREYENTES

Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo. (5:6-8)

La frase **Por tanto** hace hincapié en la relación inseparable entre la naturaleza de los cristianos y su comportamiento, entre su carácter y su conducta; una verdad enseñada en todo el Nuevo Testamento (cp. 2:12; 4:1; Ef. 4:1, 17; Fil. 1:27;

Col. 1:10). Lo que las personas son determina cómo actúan; los creyentes son personas del día y deben actuar consecuentemente.

Sobre esa base, Pablo exhortó a los tesalonicenses: "**No durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios**". El apóstol no necesitaba exhortarlos para ser personas del día, porque su naturaleza estaba fijada para siempre por el poder divino, transformador y regenerador, en la salvación. Pero es posible que las personas hagan obras de la oscuridad porque la naturaleza nueva está encarcelada en la carne humana caída y pecaminosa (cp. Ro. 7:14-25). Por eso, Pablo exhortó a los tesalonicenses a vivir en conformidad con su nueva naturaleza. El tiempo presente de los verbos indica que ellos debían estar conscientes, alertas y sobrios continuamente. En lugar de amenazarlos con castigos, el apóstol apeló a su sentido de dignidad espiritual. Como hijos del día y de la luz, era impensable para ellos participar en las obras de la oscuridad (cp. Ef. 4:1; 5:11).

El término **durmamos** (*katheudō*; una palabra diferente a la usada para referirse metafóricamente a la "muerte" en 4:13-15) agrega otra dimensión más al retrato paulino de las personas de la noche (**los demás** a quienes se refiere). Por ser hijos de la noche y la oscuridad, no es extraño encontrarlos dormidos en la indiferencia espiritual, viviendo como si no hubiera juicio. Como el padre de familia en la parábola del Señor (Mt. 24:43) —el cual no era consciente de que estaba a punto de ser robado—, son necios e inconscientes del desastre que los amenaza. El hecho de que ellos duerman agrava su dilema: no solo están en la más densa oscuridad de la noche, también están en coma. En el versículo 7, el apóstol completará la descripción de su triste situación diciendo que están dormidos en la oscuridad en un estupor de embriaguez. Tristemente, aunque las personas de la noche están dormidas a la realidad espiritual, están muy despiertas para la lujuria de la carne.

Los tesalonicenses, como personas del día, se habían librado de la noche oscura de pecado, ignorancia, rebelión e incredulidad. Por eso, era descabellado que caminaran en la oscuridad. No hay lugar para la vida de la noche entre las personas del día; una verdad que Pablo recalca en otra exhortación:

> *La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne (Ro. 13:12-14).*

El apóstol recordó a Tito que "la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente" (Tit. 2:11-12). La gracia redentora también es gracia santificadora.

Vivir de forma consecuente con la naturaleza de personas del día aporta consuelo a los creyentes, porque una vida recta y pía trae la tranquilidad de salvación (cp. 2 P. 1:5-10). Sin embargo, cuando las personas del día caminan en la oscuridad, pierden la seguridad y se vuelven temerosos del juicio de Dios. Se vuelven ciegos, "habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados" (2 P. 1:9). Aunque no es posible que las personas del día estén atrapadas en el día del Señor, es posible que los pecadores entre ellas pierdan la seguridad y teman que puedan estar.

Dormir es la condición natural de las personas de la noche, pero las personas del día velan. *Grēgoreō* (**velemos**), la fuente del nombre *Gregorio*, quiere decir estar despierto o vigilante. A diferencia de las personas de la noche, adormecidas y atontadas, las personas del día están despiertas y son capaces de determinar rápidamente qué está ocurriendo en la dimensión espiritual. Obedecen el mandato petrino de disponerse a "actuar con inteligencia" (1 P. 1:13, NVI) y, sabiendo que el día del Señor viene (2 P. 3:10), procuran "con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz" (2 P. 3:14).

En contraste con el estupor de la embriaguez que envuelve a las personas de la noche, quienes son del día también son **sobrios**. Ser **sobrios** quiere decir estar libre de la influencia de bebidas alcohólicas. Una persona **sobria** exhibe dominio propio, lleva una vida seria, equilibrada, calmada y mantiene las prioridades apropiadas. Estar **sobrios** es estar velando; los dos términos son esencialmente sinónimos. Tal como el sueño y la embriaguez definen la insensibilidad de las personas de la noche a la realidad espiritual, así también estar sobrio y velando describe la sensibilidad al día de quienes son del día. William Hendriksen escribe:

> La persona *sobria* vive profundamente. Sus placeres no son ante todo los de los sentidos, como, por ejemplo, los placeres del bebedor, sino los del alma. No es un estoico en modo alguno. Al contrario, con una buena medida de gozosa expectativa anhela el regreso del Señor (1 P. 1:13). ¡Pero no huye de sus tareas! Note cómo aquí y también en 1 Pedro 5:8 los dos verbos *velemos* y *seamos sobrios* se usan de manera sinónima.
>
> Entonces, la exhortación del apóstol equivale a esta: "No seamos negligentes y faltos de preparación, sino estemos listos, velando en lo espiritual, firmes en la fe, valientes, fuertes, calmados, pero con expectativa gozosa

> del día futuro. Más aún, hagamos todo esto porque pertenecemos al día y no a la noche" (*New Testament Commentary: Exposition of Thessalonians, Timothy, and Titus* [Comentario del Nuevo Testamento: Exposición de Tesalonicenses, Timoteo y Tito] [Grand Rapids: Baker, 1981], pp. 125-126; cursivas en el original).

La observación evidente según la cual **los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan**, fortalece aún más la idea de Pablo. También puede estar aludiendo a una parábola de Jesús:

> *Mas si aquel siervo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y beber y embriagarse, vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y le castigará duramente, y le pondrá con los infieles (Mt. 12:45-46).*

Dormir y embriagarse son cosas que generalmente se hacen en la **noche**. Dormir se refiere metafóricamente a la indiferencia pasiva; embriagarse al pecado activo.

Repitiendo lo que se dijo en el versículo 6 por énfasis, Pablo escribió: "**Pero** —en marcado contraste con el sueño y la embriaguez de las personas de la noche— **nosotros, que somos del día, seamos sobrios**". La repetición del apóstol sugiere que el temor de los tesalonicenses por ser parte del día del Señor era una preocupación importante. De hecho, estaban tan preocupados que Pablo tuvo que volver a tratar el asunto en su segunda carta inspirada a ellos (2 Ts. 2:1ss). Una vez más, recalcó que como personas del día, los tesalonicenses no tendrían parte en el día del Señor. Su naturaleza y comportamiento los separa de las personas de la noche, sobre quienes descenderá el día del Señor.

Los conceptos de velar y estar sobrio sugerían a Pablo la imagen de un soldado en el deber. Por eso, veía a las personas del día como si estuvieran vistiendo "las armas de la luz" (Ro. 13:12; cp. Is. 59:17; Ef. 6:13-17). La **coraza** de un soldado protegía sus órganos vitales, la zona donde era más vulnerable. Era el equivalente antiguo de un chaleco a prueba de balas. La función obvia del **yelmo** (como el casco moderno de motociclismo o fútbol americano) era proteger la cabeza de los embates que de otra forma podrían aplastarla. **La coraza de fe y de amor** y **el yelmo** de **la esperanza de salvación** equipan al soldado cristiano para "estar firmes contra las asechanzas del diablo… contra [las] huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Ef. 6:11-12).

Fe, **amor** y **esperanza** forman la triada suprema de virtudes cristianas (cp. 1:3; 1 Co. 13:13). También aportan una defensa excelente contra la tentación. La **fe** es confianza en el poder, promesas y plan de Dios. Es la creencia firme en que Dios es completamente confiable en todo lo que dice y hace.

Primero, los creyentes pueden confiar en Dios. Él nunca se desvía de su naturaleza como está revelada en las Escrituras, sino que siempre es consecuente con sus atributos. El escritor de Hebreos declaró de Dios Hijo: "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos" (He. 13:8).

Segundo, los creyentes pueden confiar en el poder de Dios. Él preguntó retóricamente a Abraham: "¿Hay para Dios alguna cosa difícil?" (Gn. 18:14; cp. Jer. 32:17, 27).

Tercero, los creyentes pueden confiar en las promesas de Dios. "Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?" (Nm. 23:19).

Cuarto, los creyentes pueden confiar en el plan soberano de Dios, que no se puede parar ni dificultar. Dios declaró por medio de Isaías: "Lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?" (Is. 43:13).

La **fe** proporciona la defensa contra la tentación, porque todo pecado es el resultado de la falta de confianza en Dios. Por ejemplo, la preocupación es no creer que Dios actuará en amor a favor de su pueblo; mentir sustituye los propósitos soberanos de Dios con los planes egoístas del hombre; el adulterio niega la sabiduría de Dios al instituir el lazo monógamo del matrimonio. Así, la **fe** es una **coraza** impenetrable, que da protección segura contra la tentación. Pero para vestirla, los creyentes deben estudiar y meditar en las riquezas profundas de la naturaleza de Dios revelada en las Escrituras, y luego traducir ese conocimiento a acciones en sus vidas.

Si la **fe** forma la superficie externa, protectora y dura de la **coraza** cristiana, entonces el **amor** es el forro interno suave. El **amor** a Dios requiere deleite y devoción a Dios como el objeto supremo del afecto. También es una disuasión poderosa para el pecado, pues en todo pecado hay una falta de amor por Dios. El mandamiento más grande, la orden que resumía toda la ley de Dios, es: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente" (Mt. 22:37). "El cumplimiento de la ley es el amor" (Ro. 13:10) porque quienes aman a Dios de verdad, no harán lo que le duele u ofende. De modo que el **amor** y la **fe** forman una barrera impenetrable contra la tentación; es solo cuando uno o ambos faltan que los cristianos caen víctimas del pecado. La confianza perfecta en Dios y el amor por Él, llevan a la obediencia perfecta.

La pieza final de la armadura es el **yelmo** de **la esperanza de salvación**. La **salvación** aquí considerada no es el aspecto pasado de la salvación (justificación) o su aspecto presente (santificación), sino su aspecto futuro (glorificación).

Pablo describió ese aspecto futuro de la salvación en Romanos 13:11 cuando escribió: “Ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos”. Entonces los creyentes recibirán la tan esperada redención de sus cuerpos (Ro. 8:23), cuando el Señor Jesucristo “transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Fil. 3:21). Cuando los creyentes se enfocan en la gloria eterna que les espera (2 Ti. 2:10; 1 P. 5:10), se protegen de la tentación. Juan escribió: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn. 3:2-3).

Cuando la **fe** es débil, el **amor** se enfría. Cuando el amor se enfría, la esperanza se pierde. Cuando la **esperanza** en la promesa divina de la gloria futura es débil, los creyentes son vulnerables a la tentación y al pecado. Solo quienes visten con firmeza **la coraza de fe y de amor** y el **yelmo** de **la esperanza de salvación** pueden resistir con eficacia el ataque de las fuerzas de la oscuridad.

EL CARÁCTER DISTINTIVO DEL DESTINO DE LOS CREYENTES

Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien murió por nosotros para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él. Por lo cual, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros, así como lo hacéis. (5:9-11)

La verdad más aleccionadora de las Escrituras es que Dios juzgará a los impíos y los sentenciará al infierno eterno (Mt. 3:12; 13:40-42, 50; 18:8: 25:41, 46; Jn. 3:36; 5:29; Hch. 24:25; Ro. 2:5, 8; 9:22; 2 Ts. 1:9; He. 6:2; 10:26-27; 2 P. 2:9; 3:7; Ap. 14:9-11; 20:11-15; 21:8). Por otra parte, la verdad bendita para los creyentes es que **no** los **ha puesto Dios para ira** (cp. 1:10; Jn. 3:18, 36; 5:24; Ro. 5:1, 9; 8:1, 33-34). Como su naturaleza, establecida en el pasado en la salvación, y su patrón presente de obediencia, el destino futuro de las personas del día les separa de las personas de la noche. Los creyentes no experimentarán la **ira** que Dios derramará sobre los incrédulos en el día del Señor y por la eternidad en el infierno.

La palabra **puesto** expresa la puesta en práctica del plan soberano y divino, inexorable, para la salvación de los creyentes. En Mateo 25:34 Jesús prometió que los creyentes heredarán “el reino preparado para [ellos] desde la fundación del mundo”. Pablo escribió a los efesios: “Nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Ef. 1:4), mientras que en 2 Timoteo 1:9 añadió: “[Dios] nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos”.

Orgē (**ira**) no se refiere al arrebato momentáneo de rabia, sino al “hábito de la mente asentado y determinado” (Richard C. Trench, *Synonyms of the New Testament* [Sinónimos del Nuevo Testamento] [Reimpresión; Grand Rapids: Eerdmans, 1983], p. 131). Es una referencia general al juicio final, cuando la ira de Dios se derramará sobre los impíos (Mt. 3:7; Jn. 3:36; Ro. 1:18; 2:5, 8; 3:5; 4:15; 5:9; 9:22; 12:19; Ef. 5:6; Col. 3:6; Ap. 14:9-11). Pero la **ira** de Dios aquí debe incluir también el día del Señor, pues esa era la principal preocupación de los tesalonicenses. Pablo les aseguró que no experimentarían ni la **ira** temporal del día del Señor (cp. Ap. 6:17) ni la **ira** del infierno.

Sino —en contraste con las personas condenadas de la noche— Dios ha destinado a los creyentes **para alcanzar** (lit. “ganar” o “adquirir”) la **salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo**. Una vez más, Pablo se refirió a la dimensión futura de la **salvación** de los creyentes, su glorificación (véase arriba la explicación del versículo 8). Pero los tres aspectos de la salvación —justificación (Is. 53:11; Ro. 3:24, 26; 5:8-9; 1 Co. 6:11; Gá. 2:16), santificación (1 Co. 1:30; 6:11; He. 7:25) y glorificación (cp. Fil. 3:21)— solo vienen **por medio de nuestro Señor Jesucristo**. La frase simple, pero profunda, **quien murió por** (*huper*; “a favor nuestro”, “con referencia a nosotros”, “en nuestro lugar”, “como nuestro sustituto”) **nosotros** (cp. Ro. 5:8) expresa la única base para la salvación de los creyentes. “Al que no conoció pecado, [Dios] por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21); “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia” (1 P. 2:24; cp. Jn. 10:11; Ro. 8:3; Gá. 1:4; 3:13; Ef. 5:2; 1 P. 3:18; 1 Jn. 2:2). El mensaje glorioso del evangelio es que la muerte sustitutiva de Cristo pagó en su totalidad la pena por los pecados de los creyentes y, por tanto, no pasarán por el juicio de Dios. En Juan 5:24 Jesús declaró: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”. Tampoco enfrentarán la condenación de Dios, porque “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1).

La muerte de Cristo por las personas del día —tanto los que velan (vivos) como los que duermen (muertos; cp. 4:13-15)— las separa de las personas de la noche. La realidad maravillosa es que todos los creyentes vivirán **juntamente con él**, como Jesús lo prometió:

> *No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay;*

si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis (Jn. 14:1-3; cp. 1 Ts. 4:17).

Como lo hizo con la explicación del arrebatamiento (cp. 4:18, donde usó la misma palabra traducida allí como "alentaos"), Pablo concluyó su explicación del día del Señor exhortando a los tesalonicenses a animarse **unos a otros, y** edificarse **unos a otros**. Con base en la verdad que él les dio, debían tranquilizar su ansiedad y temor porque no experimentarían el día del Señor. En su frase de conclusión confirma que ellos ya estaban comprometidos con animarse: "**Así como lo hacéis**". Pablo, siempre el pastor apasionado, fiel, preocupado por su pueblo, quería que ellos progresaran "más y más" (4:1).

A todo miembro de la raza humana le espera uno de dos posibles destinos. Quienes tercamente permanecen en la oscuridad espiritual, al final "serán echados a las tinieblas de afuera" en el infierno eterno (Mt. 8:12; cp. 22:13; 25:30). Pero quienes llegan a la luz de la salvación por medio de la fe en Jesucristo (Hch. 13:47; cp. Jn. 8:12; 9:5; 11:9; 12:46) participarán "de la herencia de los santos en luz" (Col. 1:12). Vivirán para siempre en la presencia gloriosa de Dios, donde "no habrá… más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos" (Ap. 22:5).

14. El crecimiento de un rebaño sano — Primera parte: La relación entre pastores y ovejas

Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros. (5:12-13)

La iglesia es la institución más bendecida de la tierra, la única edificada por el Señor Jesucristo (Mt. 16:18; cp. Hch. 4:11-12; 20:28; 1 Co. 3:9; He. 3:6; 1 P. 2:5-7), la única institución a la que Él ha prometido bendición eterna (cp. Ef. 5:25-27) y la única de la cual declaró: “Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mt. 16:18). El apóstol Pablo estaba tan convencido de la importancia terminante de la iglesia que la describió a Timoteo como “columna y baluarte de la verdad” (1 Ti. 3:15). Pero esas descripciones poderosas no quieren decir que la iglesia esté desprovista de dificultades. La iglesia enfrenta grandes retos y trata constantemente con los problemas del pecado porque los pecadores redimidos siguen batallando con la carne caída, y algunos miembros de las iglesias locales son inmaduros espiritualmente o incluso no son regenerados. Solo cuando la iglesia reconoce y confronta la debilidad, las imperfecciones y las dificultades provocadas por el pecado, comienza a crecer espiritualmente y continúa haciéndolo (Mt. 18:15-18; 1 Co. 5:1-7; 1 Jn. 1:9; cp. Stg. 5:16).

La iglesia verdadera también enfrenta la oposición fuerte de Satanás, sus demonios y sus agentes humanos (Mt. 13:19; 2 Co. 2:11; 4:4; Ef. 6:12; 1 Ts. 2:18; 3:5; cp. Hch. 8:1-3). No obstante, tiene recursos sobrenaturales porque es el cuerpo de Cristo en el mundo (Ro. 12:5; Gá. 3:28; Ef. 1:22-23; 3:21; Col. 1:24; He. 3:6), el Espíritu Santo da vigor a su vida (Jn. 14:26; Hch. 1:8; 9:31; 13:2-4; 20:28; 1 Co. 2:12-13; 3:16-17; 12:13; 1 Jn. 2:27; 3:24; 4:13), la Palabra de Dios la instruye (Jn. 17:17; Ro. 15:4; Col. 3:16; 2 Ti. 3:16-17; He. 4:12; 1 P. 2:2) y sus miembros poseen dones espirituales concedidos por Dios para edificarse mutuamente y alcanzar a los perdidos (Ro. 12:4-13; 1 Co. 12:4-11, 28; 14:12; Ef. 4:11-12). Los creyentes verdaderos en la iglesia aman y obedecen al Señor y se esfuerzan sinceramente por tener mayor santidad (1 Co. 6:11; Col. 1:21-23; He. 2:11; Cp. Hch. 14:22). La iglesia de Tesalónica era una iglesia que luchaba con éxito por esa santidad, como lo revela el resumen excelente de Pablo sobre su vida: “Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús, que de la manera que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conduciros y agradar a Dios, así abundéis más y más” (1 Ts. 4:1). El apóstol ya la había elogiado en varias partes de esta carta a los tesalonicenses (1:2-3, 6, 8-10; 2:13, 17, 19-20; 3:6, 8-9) lo cual indica que la iglesia iba en la dirección espiritual correcta. Fueran cuales fueran las deficiencias espirituales de Tesalónica, no amenazaban la vida espiritual básica de las personas. Pablo no señaló ningún pecado escandaloso ni falsas doctrinas. Pero sí animó a los creyentes porque había aún un proceso de santificación a seguir y mucho que crecer: necesitaban progresar “más y más”.

En 1 Tesalonicenses 5:12-13, Pablo comienza una serie de exhortaciones directas a los tesalonicenses para perseverar y crecer en su caminar con Cristo. Aun cuando esperaran con ansias el regreso de Cristo por su iglesia y la liberación del día final del Señor, su responsabilidad presente era llevar vidas santas en el presente y continuar creciendo en gracia.

Los versículos 12-13 presentan directrices relativas a la relación entre los pastores y las personas. Es crucial que la relación entre el pastor y su rebaño sea saludable para garantizar el progreso espiritual de la iglesia (cp. 1 Co. 14:10; He. 13:17; 1 P. 5:1-5). Si los pastores y las ovejas no cumplen con sus responsabilidades espirituales propias para con el otro, la iglesia no puede ser lo que Dios quiere que sea. Este énfasis impregna las otras epístolas neotestamentarias (p. ej., Ro. 1:9-12; 1 Co. 16:10-11; 2 Co. 7:13-16; Ef. 4:15-16; 2 Ts. 3:4; 1 Ti. 3:14-15; 5:17-22; Tit. 2:1-10; He. 10:24-25). (Para una explicación más completa de qué constituye una iglesia saludable, véase John McArthur, *El plan del Señor para la iglesia* [Grand Rapids: Portavoz, 2005] y *Body Dynamic* [La dinámica del cuerpo] [Colorado Springs: ChariotVictor/Victor Books, 1996]).

LA RESPONSABILIDAD DEL PASTOR CON LAS OVEJAS

Os rogamos, hermanos… a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; (5:12)

Los apóstoles hicieron del liderazgo una alta prioridad para las iglesias desde el principio. Pablo delineó en sus cartas a Timoteo y Tito los requisitos y deberes de tales líderes (1 Ti. 3:1-7; Tit. 1:5-9). En el Nuevo Testamento hay cuatro términos básicos para identificar y describir a los líderes eclesiales. Primero, está el término conocido *anciano*

(*presbuteros*), con el cual se caracteriza a los líderes sabios y maduros espiritualmente (Hch. 15:2ss; 20:17; 1 Ti. 5:17, 19; Tit. 1:5; Stg. 5:14; 1 P. 5:1, 5; 2 Jn. 1; 3 Jn. 1). Segundo, está la palabra *obispo* (*episkopos*; Hch. 20:28; Fil. 1:1; 1 Ti. 3:1-2; Tit. 1:7), describe la supervisión y autoridad del líder espiritual. Tercero, el término conocido *pastor* (*poimēn*) enfatiza la responsabilidad del líder para alimentar y proteger a su rebaño (Ef. 4:11; cp. Mt. 9:36; Mr. 6:34). Finalmente, el término *líder* (*hegemōn*) indica que el líder eclesial debe ser capaz de proveer discernimiento y guía espirituales para su rebaño (cp. He. 13:7, 17, 24).

Poner a tales hombres en posiciones de liderazgo dentro de la naciente iglesia era esencial (cp. Hch. 14:23), pero la tarea no era fácil. En Tesalónica, como en otras ciudades greco-romanas donde Pablo había sembrado iglesias, era difícil encontrar líderes cualificados. Primero de todo, la iglesia tenía menos de un año y estaba compuesta principalmente de nuevos conversos. Por tanto, había pocos miembros (si es que había alguno) con la madurez y sabiduría suficiente para articular la verdad y dirigir a la congregación con discernimiento. No obstante, el apóstol Pablo ejerció su autoridad (cp. Hch. 13:1-3; 15:22-29; 16:1-5; 2 Co. 10:8, 14) y discernimiento recibidos del Espíritu, e identificó a ciertos hombres capaces y los comenzó a capacitar para ser ancianos. Aunque 1 Tesalonicenses no menciona ancianos, obispos, pastores o líderes, están implícitos como los que presidían **en el Señor** a los tesalonicenses.

Segundo, encontrar ancianos cualificados entre los tesalonicenses era difícil porque, en general, los creyentes nuevos eran personas comunes y corrientes. Muchos de ellos eran esclavos, no acostumbrados a las responsabilidades del liderazgo. Así, tendrían que aprender a crecer espiritualmente y desarrollarse como líderes al mismo tiempo.

La dificultad en identificar ancianos cualificados en Tesalónica llevó a un conflicto dentro de la iglesia (5:14-15). Al parecer, algunos del rebaño no se sometían a los nuevos líderes, preguntándose por qué otros creyentes igual de nuevos en Cristo tenían autoridad sobre ellos. Aunque ese conflicto no era una amenaza a la vida de la iglesia (como sí lo eran las divisiones y los excesos carismáticos en la iglesia de Corinto), era suficientemente serio para que Pablo quisiera resolverlo tan pronto como fuese posible. En buena parte, la resolución de ese conflicto radicaba en el cumplimiento apropiado de las funciones de los pastores y de la congregación. Por eso, Pablo amonestó a los tesalonicenses con respecto a la relación entre pastores y ovejas, comenzando con la responsabilidad del pastor por las ovejas.

Como el asunto era nuevo para los tesalonicenses, y considerando que estaban creciendo espiritualmente y volviéndose modelos para otras iglesias (1:7-9), Pablo planteó el tema amablemente. **Os rogamos, hermanos**, era un acercamiento amable y amigable del apóstol. No es la expresión forzosa de la autoridad apostólica que Pablo podía usar (p. ej., Hch. 13:9-11; 27:21-26; 1 Co. 1:10; 5:1-8; 11:17-22; 2 Co. 2:8-11; Gá. 1:6-9; 3:1-9); era más la solicitud de un buen amigo; también es la misma expresión que utilizó en 4:1 (véase la explicación de ese versículo en el capítulo 8). Los tesalonicenses lo estaban haciendo bien; esta era tan solo una solicitud para animarlos a hacerlo aún mejor. Por eso, Pablo habló a la iglesia sobre tres responsabilidades de los pastores con las ovejas: trabajar entre ellas, ejercer autoridad sobre ellas y amonestarlas.

LA RESPONSABILIDAD DE TRABAJAR

a los que trabajan entre vosotros (5:12*b*)

Trabajan proviene de *kopiaō*, que significa exhibir gran esfuerzo y ahínco, hasta el punto de sudar o quedar exhausto. El pastor fiel trabaja duro entre su pueblo y lo ministra como lo haría un pastor con sus ovejas o como un padre guía a su familia. Los pastores espirituales deben proclamar el evangelio (2 Ti. 4:5), explicar la verdad y aplicarla (1 Ti. 3:2; 2 Ti. 4:2; Tit. 1:9), advertir y amonestar a las ovejas (cp. Ro. 15:14; Col. 1:28; 3:16; 1 Ts. 5:14) y aconsejarlas a partir de las Escrituras (2 Ti. 3:16—4:4; cp. Pr. 17:17; 27:6, 9, 17).

El apóstol Pablo era el ejemplo consumado de tal pastor concienzudo y trabajador diligente, y ya había declarado: “Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios” (1 Ts. 2:9; véase la explicación de este versículo y los dos versículos precedentes en el capítulo 3). Entonces, en su segunda carta a los tesalonicenses, Pablo les ordenó: “[Apartaos] de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros. Porque vosotros mismos sabéis de qué manera debéis imitarnos; pues nosotros no anduvimos desordenadamente entre vosotros” (3:6-7). Pablo trabajaba haciendo tiendas para sostenerse (Hch. 18:3), no porque no tuviera el derecho a recibir compensación por su trabajo ministerial, sino para servir de ejemplo a los creyentes de alguien que trabajaba duro y no quería ser carga indebida para nadie (cp. 1 Co. 9:1-15). Se espera de los pastores que ministren con diligencia a su pueblo y trabajen duro en sus labores (cp. 1 Co. 3:13). Pablo sabía que si iba a enseñar a los tesalonicenses a hacer las dos cosas, debía ser un buen ejemplo de alguien que las hiciera.

En la exhortación de despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso, les recordó varias veces con cuánta diligencia había trabajado entre ellos:

> *Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos; y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas (Hch. 20:18-20; cp. Col. 1:28; 1 Ti. 4:10).*
>
> *Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno (v. 31; cp. 1 Co. 15:10).*
>
> *Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir (vv. 33-35).*

Pablo era el modelo de ministerio servicial y diligente que debería caracterizar a todo pastor. El liderazgo exitoso de la iglesia llega para quienes están dispuestos a trabajar hasta el cansancio por la causa de los mandatos divinos y de los objetivos espirituales, aceptando la proclamación del evangelio, el establecimiento de las iglesias y la edificación de los creyentes.

LA RESPONSABILIDAD DE EJERCER AUTORIDAD

y os presiden en el Señor, (5:12*c*)

Presidir **(***proistēmi***)** significa literalmente “pararse ante” y conlleva la noción de presidir, liderar o dirigir con autoridad. Después, Pablo usó la palabra cuatro veces, para instruir a Timoteo sobre el carácter y deberes de los ancianos de la iglesia (1 Ti. 3:4-5, 12; 5:17). Los pastores están en el lugar del Pastor principal como sus pastores delegados ejerciendo supervisión y autoridad en su nombre (cp. 1 P. 5:1-4).

La responsabilidad de los pastores tesalonicenses de dar guía y dirección al rebaño exigía el cumplimiento de muchos deberes, tales como establecer un tono espiritual positivo, proporcionar unidad funcional, relacionarse bien con los miembros de la iglesia a nivel individual, ayudar a resolver las dificultades de la vida y encontrar soluciones bíblicas a sus problemas, y trabajar por los cambios necesarios dentro de la iglesia; todo mediante el esfuerzo diligente y con la ayuda del Espíritu Santo.

La frase **en el Señor** enfatiza que los verdaderos pastores no se nombran a sí mismos, su autoridad no proviene de seres humanos falibles. Al ser nombrados y formados por Dios (1 Co. 4:1; 2 Co. 3:5-6; He. 5:4), su deber es conducir y cuidar de las ovejas por amor a Él; nunca porque quieren poder, prestigio, riqueza o promover sus carreras (1 P. 5:2-3; cp. 1 Ti. 6:9-10).

LA RESPONSABILIDAD DE AMONESTAR

y os amonestan; (5:12*d*)

La tercera responsabilidad de los pastores con sus ovejas es amonestarlos. Esta expresión viene del verbo *noutheteō*, que se traduce *amonestar* en el Nuevo Testamento (cp. Hch. 20:31; Ro. 15:14; 1 Co. 4:14; Col. 1:28; 3:16; 1 Ts. 5:14; 2 Ts. 3:15). No se refiere tan solo al conocimiento académico impartido de forma impersonal, sino a amonestar con el propósito de corregir y cambiar a las personas. Es enseñar con un componente de advertencia, diseñado para dirigir al rebaño a una vida santa (cp. 1 Co. 4:14).

Por lo tanto, los pastores deben ser maestros aptos de la Palabra de Dios. (De hecho, la autoridad de ningún pastor va más allá de la voluntad expresa de Dios revelada en las Escrituras por su Espíritu). Además de las cualidades de carácter estipuladas para los ancianos (1 Ti. 3:2-7; Tit. 1:7-9), la habilidad de enseñar es la única específica que, según Pablo, ellos deben tener (cp. 1 Ti. 4:6, 16). Más aun, el apóstol sabía que enseñar la Palabra tiene aspectos positivos y negativos, requiere retener “la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen” (Tit. 1:9). El pastor debe ser capaz de enseñar de forma tal que exhorte a los creyentes a practicar la verdad (cp. Hch. 20:32; Ef. 4:11-12; Tit. 2:15) y, cuando sea necesario, urja a quienes niegan la verdad a dejar su error y aceptar la verdad (2 Ti. 2:24-26; cp. 3 Jn. 9-10). Richard Baxter, puritano, escribió sobre la importancia de que un pastor tenga la capacidad de enseñar la verdad con eficacia:

> En mi opinión, predicar un sermón no es la parte más difícil; y sin embargo, cuánta habilidad es necesaria para hacer clara la verdad; para convencer a los oyentes, para dejar una luz irresistible en sus consciencias y

> mantenerla allí para que la lleven a casa; para fijar la verdad en sus mentes y hacer que Cristo obre en sus afectos; para responder a cada objeción y resolverla claramente; para llevar a los pecadores a adoptar una posición y hacerles ver que no hay esperanza, sino que inevitablemente deben convertirse o condenarse. Y hacer todo esto como corresponde al lenguaje y las maneras, como es apropiado para nuestro trabajo y, sin embargo, como se ajuste mejor a las capacidades de nuestros oyentes. Con seguridad, esto y mucho más de lo que debe hacerse en cada sermón requiere una gran cantidad de habilidad santa. Un Dios tan grande, cuyo mensaje entregamos, debe sentirse honrado cuando en efecto lo entregamos. Es lamentable que en un mensaje del Dios del cielo, de duración eterna en las vidas de los hombres, nos comportemos con tanta debilidad, con tan poca galantería, con tanta imprudencia o ligereza, que todo el asunto se malogre en nuestras manos; que Dios sea deshonrado, su obra pierda gracia y los pecadores se endurezcan en vez de convertirse. ¡Todo esto por nuestra debilidad o negligencia! ¡Cuán a menudo los oyentes carnales han vuelto a sus casas vociferando ante los errores palpables y deshonrosos del predicador! ¡Cuántas personas bajo nuestro cargo duermen porque nuestros corazones y lenguas están dormidos, y no tenemos en nosotros la habilidad y el celo para despertarlos! (*The Reformed Pastor* [El pastor reformado] [Reimpresión; Edimburgo: Banner of Truth, 1974], p. 70).

LA RESPONSABILIDAD DE LAS OVEJAS CON LOS PASTORES

que reconozcáis… y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros. (5:12*a*, 13)

Quienes son pastores de ovejas en el campo saben que los animales pueden ser muy difíciles de manejar. Las ovejas son sucias, débiles, desorganizadas y dadas a extraviarse. Con todo, pueden exigir demasiado y no considerar a quienes se atraviesan en el camino de sus pezuñas afiladas. Así, las ovejas pueden hacer muy infeliz la vida del pastor, si no le obedecen. De igual manera, cuando los creyentes no obedecen los mandamientos del Señor ni se someten al liderazgo de los líderes que Él ha designado, pueden hacer miserable e improductiva la vida de la iglesia local (cp. He. 13:17). Por esa razón, es imperativo que los cristianos se den cuenta de su responsabilidad con los pastores y la cumplan. Pablo dio a los tesalonicenses una expresión triple de ese deber para con los pastores: apreciarlos, estimarlos y someterse a ellos.

LA RESPONSABILIDAD DE APRECIARLOS

que reconozcáis (5:12*a*)

Reconozcáis es una traducción de *oida*, una palabra común del Nuevo Testamento, cuyo significado es conocer por experiencia (p. ej., Mt. 7:11; 9:6; Mr. 2:10; Lc. 20:21; Jn. 4:22; 10:4; Hch. 3:16; Ro. 6:16; 8:28; 1 Co. 2:12; 2 Co. 9:2; Ef. 1:18; Fil. 4:12; Col. 4:6; 2 Ts. 3:7; 1 Ti. 3:15; 2 Ti. 1:12; He. 10:30; Stg. 1:19; 1 Jn. 2:20; 3:2; 3 Jn. 12; Ap. 2:2; 3:8). Aquí la connotación es que los creyentes deben conocer a sus pastores profunda y respetuosamente, y valorar su servicio. Esta forma de conocimiento es mucho más que solamente recordar sus nombres o tener consciencia de algunos hechos sobre su vida personal. En cambio, implica un conocimiento personal que resulte en aprecio y cuidado por el siervo del Señor.

Es común que las personas sean poco amables, criticonas e indiferentes con sus pastores cuando no los conocen bien. Pero es improbable que tengan una actitud tan negativa hacia los pastores que realmente conocen. Más bien, son más dados a tratarlos con respeto y gratitud sinceros.

El reconocimiento también implica dar respaldo económico a los pastores. La instrucción posterior de Pablo sobre los ancianos da a entender tal apoyo con mayor claridad: “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar” (1 Ti. 5:17). *Timē* (“honor”) quiere decir “respeto” o “alta consideración”, pero el contexto de 1 Timoteo 5 (vv. 3-16, la explicación del apoyo a las viudas) sugiere que la palabra también puede referirse a dinero (cp. Mt. 27:6, 9; Hch. 5:2-3; 7:16; 19:19). Pablo dijo a Timoteo que los ancianos fieles y diligentes eran dignos de doble respeto y pago generoso, en particular los que son más diligentes y dedicados en la predicación y la enseñanza. La iglesia debe apoyar generosamente a los pastores que trabajan en la exposición de la Palabra. En 1 Corintios 9:14 resume bien este principio: “Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio” (cp. 9:9; 2 Co. 8:1-5; 1 Ti. 5:18).

De modo que la petición de Pablo de que los tesalonicenses reconocieran a sus pastores incluía el conocimiento que lleva al respeto amoroso, la admiración sincera y la remuneración económica generosa que muestra gratitud por el ministerio del pastor, y confianza en su mayordomía de los recursos de la iglesia.

LA RESPONSABILIDAD DE ESTIMARLOS

y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. (5:13*a*)

La congregación de creyentes tiene el deber de tener **en mucha** ("más allá de toda medida") **estima** ("consideración", "pensar en") a sus pastores. Si bien este verbo es obviamente similar a mostrar aprecio, indica algo más que el simple conocimiento respetuoso. Esta frase es un llamado a respetar ilimitadamente a los líderes de la iglesia.

Pablo aumentó esta responsabilidad aún más, diciendo a los tesalonicenses que debían tener en mucha estima **y amor** a sus pastores, no por la personalidad de estos últimos o por los favores que otorgan, sino **por causa de su obra**. De modo que, más allá de apreciar al pastor porque lo conocen, los santos deben tenerlo en mayor consideración por su designación divina y su llamamiento fortalecido por el Espíritu. **Amor** es la conocida palabra *agapē*, y se refiere al servicio desinteresado y sacrificial por los demás. La **obra** de los pastores es su ministerio de la Palabra que alimenta las almas del rebaño. En su carta a las iglesias de Galacia, el apóstol había elogiado a los creyentes gálatas por la forma en que le mostraron su estima:

> *Y no me despreciasteis ni desechasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo, antes bien me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús. ¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais? Porque os doy testimonio de que si hubieseis podido, os hubierais sacado vuestros propios ojos para dármelos (Gá. 4:14-15).*

A pesar de alguna clase de enfermedad física repulsiva que Pablo padecía, los gálatas le dieron la bienvenida como su pastor. La enfermedad de Pablo podría haber sido algún tipo de afección ocular, lo cual podría explicar la disposición de los gálatas a sacarse los ojos. (La referencia también puede ser en sentido figurado, para ilustrar la disposición de ellos de ir a cualquier extremo por él, cp. Mt. 5:29; 18:8-9). En cualquier caso, aunque desde el punto de vista humano no hubiera nada de atractivo en Pablo, los gálatas mostraron la misma clase de respeto que él mandaba a los tesalonicenses para con sus pastores.

Dios ha llamado a los pastores y los ha apartado para la obra importante de liderar la iglesia de Él (1 Ti. 3:1-7; Tit. 1:5-9; cp. Mr. 3:13-19; Hch. 6:3-6; 13:1-3). Por eso, las personas bajo la autoridad de los pastores deben reconocer amorosamente su trabajo ministerial, respetarlos, pasar por alto su fragilidad humana no pecaminosa (cp. Pr. 10:12; 1 P. 4:8), hablar bien de ellos, animarlos y darles lo mejor que tienen.

LA RESPONSABILIDAD DE SOMETERSE

Tened paz entre vosotros. (5:13*b*)

El concepto de los creyentes viviendo en **paz entre** ellos es una exhortación familiar en el Nuevo Testamento (Ro. 14:19; 2 Co.13:11; Ef. 4:3; Col. 3:15; Stg. 3:18). Pero la admonición de Pablo aquí se refiere específicamente a la relación entre los tesalonicenses y sus pastores. Para que esa relación fuera pacífica, los creyentes debían someterse a sus líderes. Tal sumisión, si se hace de una forma que honre a Dios, eliminaría conflictos, contiendas y discordias, y promovería la paz, la armonía y el ministerio eficaz en la iglesia (cp. Ro. 12:18; 1 Co. 14:33; He. 12:14; 1 P. 3:10-11).

Casi veinte años después de que Pablo escribió a los tesalonicenses, el autor de Hebreos desarrolló aún más la necesidad de que las ovejas se sometieran a sus pastores. Primero, mandó a sus lectores: "Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe" (13:7). "Acordaos" se refiere a recordar a los pastores con amor y afecto, y considerar cuánto bendice el Señor las vidas de los pastores y los usa para proclamar su Palabra. Recordar esto debe llevar a las ovejas a emular la conducta de los pastores. Imitar a quienes exhiben un comportamiento apropiado es la parte central de la sumisión.

Hebreos 13:17 contiene dos exhortaciones adicionales sobre la sumisión a los ancianos. La primera mitad del versículo dice: "Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta". A menos que los pastores pidan a las ovejas hacer algo pecaminoso o ajeno a las Escrituras, las ovejas deben obedecerles y someterse a su liderazgo. Las ovejas no deben despreciar la enseñanza y supervisión fiel de sus pastores porque tal falta de respeto pecaminosa solo hace que la responsabilidad de los líderes ante Dios sea mucho más difícil. El versículo concluye amonestándolos: "Para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso". Las ovejas tercas, caprichosas y desobedientes roban la alegría de sus pastores y solo les causan —a ellos y a los demás líderes— dolor y relaciones no provechosas (cp. Jer. 9:1-6; Mt. 23:37-39). (Para un comentario más completo sobre Hebreos 13: 7, 17, véase John McArthur, *Hebrews* [Hebreos], The MacArthur New Testamento Commentary [Comentario MacArthur del Nuevo Testamento] [Chicago: Moody, 1983], caps. 38—39).

Para que la iglesia local funcione como Dios quiere y reciba su bendición, sus pastores deben ser responsables de trabajar entre su pueblo, ejercer autoridad sobre ellos y amonestarlos. Al mismo tiempo, los creyentes tienen la obligación de reconocer a sus pastores, estimarlos y someterse a ellos. Cuando los dos cumplen con sus respectivas responsabilidades, la iglesia se convierte en el rebaño saludable, unificado, gozoso y pacífico que Dios quiere. Cuando ministran conjuntamente, los pastores fieles y la congegación fiel honran a Cristo —la cabeza de la iglesia—,


promueven el reino de Dios y le glorifican.

15. El crecimiento de un rebaño sano—Segunda parte: La atención a los espiritualmente necesitados

También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos. Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos. (5:14-15).

La iglesia que más cerca ha estado de ser la que el Señor desea fue la iglesia apostólica del libro de Hechos. Sobre la condición de la iglesia en los días y semanas que siguieron a los impresionantes acontecimientos de Pentecostés, Lucas escribió:

> *Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones. Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos (Hch. 2:42-47).*

La iglesia apostólica tenía una respuesta que honraba a Dios en cada situación, la persecución inclusive. Después de que los líderes judíos prendieron a Pedro y a Juan, los interrogaron, les advirtieron que no volvieran a predicar el evangelio y los liberaron, la iglesia oró de inmediato por la situación (4:24-30). Como resultado…

> *El lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios. Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos. Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad (4:31-35).*

Sin embargo, había otra lección clave que el Señor tenía para la primera iglesia si es que había de crecer espiritualmente y ser eficaz para alcanzar a los perdidos. La lección era la urgencia de disciplinar a los miembros pecadores (cp. Hch. 5:1-6). A partir de la enseñanza de Jesús (Mt. 18:15-18) y los acontecimientos de Hechos 5, el apóstol Pablo entendió bien el principio y se dio cuenta de que las iglesias más fuertes, como la de Tesalónica, debían ser diligentes en confrontar el pecado entre sus miembros (cp. 2 Co. 12:20—13:2). Estaba agradecido por la salud espiritual de los tesalonicenses (1 Ts. 1:2-3, 9-10; 2:19-20; 3:9-10), pero deseaba que ellos continuaran creciendo en gracia (3:8, 12; 4:1, 10) y eso significaba ministrar directamente a las personas con problemas, como lo indica este texto.

La idea de Pablo sobre el crecimiento de la iglesia estaba en contraste agudo con las preocupaciones de los expertos de hoy sobre "crecimiento eclesial", relativas a demografía y homogeneidad cultural, confabulaciones sutiles para hacer la iglesia más "amigable para el buscador", metodologías sofisticadas de entretenimiento para hacer los servicios de adoración "más relevantes" y las técnicas de mercadeo locuaz para atraer a nuevos miembros. En lugar de confiar en tales conceptos o estrategias desarrolladas por el hombre, el apóstol se enfocaba en los obstáculos pecaminosos al crecimiento espiritual de la iglesia tesalonicense. De este modo, identificó cinco tipos de ovejas con problemas con las cuales necesitan lidiar las ovejas sanas: la rebelde, cuya necesidad es volver a alinearse; la preocupada, cuya necesidad es tener más ánimo, fe, audacia y confianza; la débil, cuya necesidad es ser más disciplinada en la santidad; la fastidiosa, cuya necesidad es mantener el paso en obediencia; y la mala, cuya necesidad es comportarse con rectitud. La falta de progreso espiritual en la iglesia se debe generalmente al comportamiento pecaminoso de los miembros en tales categorías de problemas. Pablo deseaba de veras que los tesalonicenses supieran cómo lidiar adecuadamente con quienes estaban en cada una de estas categorías.

CÓMO LIDIAR CON LA OVEJA REBELDE

También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, (5:14*a*)

La exhortación de Pablo a los tesalonicenses reflejaba su sentido de la urgencia. **Rogamos** viene de *parakaleō*, cuyo significado literal es “ir junto a alguien” y conlleva la idea de proveer ayuda a alguien. El apóstol animaba con celo y entusiasmo a los **hermanos**, a los creyentes sanos espiritualmente, a participar en la ayuda a los necesitados. Aunque reconocía que los pastores también tenían responsabilidad sobre las ovejas problemáticas dentro de la iglesia, esta exhortación, como la de 5:12, estaba dirigida principalmente a los **hermanos** o a la congregación.

Pablo identificó a los rebeldes con el término **ociosos** (*ataktos*), que en el griego común aparecía a menudo en contextos militares y se refería a un soldado fuera de la fila, cuyo comportamiento era desordenado e insubordinado. La palabra llegó a referirse a cualquiera que no cumpliera su deber ni sus responsabilidades. Algunos comentaristas dicen que *ataktos* se refiere sobre todo a los apáticos, indolentes o perezosos (2 Ts. 3:6-7, 11; cp. 1 Ti. 5:13) en la iglesia tesalonicense; aquellos que eran pasivos y holgazanes con sus deberes. Pero el contexto sugiere que el término también puede referirse a quienes tenían una actitud rebelde activa.

Los ociosos eran los que se salían de la dirección en la cual iban todos. Así son los creyentes que no sirven en la iglesia con sus dones espirituales (cp. 1 Co. 12:7; 14:12-13), no ofrendan parte de sus riquezas (cp. 1 Co. 16:2; 2 Co. 8:7; 9:6-12) ni apoyan a los líderes (cp. 1 Ts. 5:12-13; 1 Ti. 5:17; He. 13:7, 17). Tal vez no los estaban apoyando porque no les importaba, porque estaban enojados o porque eran rebeldes y contenciosos. Si no se arregla la situación con estas personas, tienden a volverse amargadas. Se pueden volver “calienta sillas” criticones y a la larga rebeldes que minen el liderazgo de la iglesia para justificar su insubordinación. Obviamente, las dos son causa de división.

Para Pablo, ayudar al rebelde no requería alguna metodología compleja o un programa sofisticado de consejería psicológica. En su lugar, los otros creyentes debían acompañarlo en su caminar y amonestarlo (*noutheteō*). Amonestar también puede tener el sentido de advertir (cp. Hch. 20:31; 1 Co. 4:14; Col. 1:28), un significado que conlleva la idea de ayudar a alguien a entender o alertarlo sobre las consecuencias serias de sus acciones. *Noutheteō* no significa juzgar o criticar de manera superior. Más bien, es la clase de advertencia cariñosa contra el peligro que dio Pablo a los ancianos de Éfeso (Hch. 20:31) y que quería transmitir a los tesalonicenses.

CÓMO LIDIAR CON LA OVEJA PREOCUPADA

que alentéis a los de poco ánimo, (5:14*b*)

El segundo grupo de ovejas espiritualmente necesitadas que Pablo identificó eran las **de poco ánimo**, literalmente “de alma pequeña” (*oligopsuchos*). Mientras los ociosos iban al extremo del comportamiento cristiano aceptable; estas ovejas estaban preocupadas, acurrucadas en el medio y con miedo de llegar al extremo. En la iglesia encontramos creyentes audaces y valientes, no temerosos de las persecuciones o dificultades y dispuestos a dar sus vidas en el campo de batalla por una causa noble o por los principios de la verdad. En contraste, **los de poco ánimo** carecen de audacia para aceptar un ministerio nuevo y retador; le temen al cambio y a lo desconocido y quieren ministerios sin riesgo, tradicionales y con seguridad absoluta.

Algunos de los tesalonicenses eran **de poco ánimo** porque no soportaban bien la persecución; al parecer, no habían entendido el llamado de Pablo a la evangelización audaz o no estaban dispuestos a obedecerlo, temiendo que los llevara al sufrimiento (1 Ts. 3:2-4; cp. Mt. 5:10-12; Jn. 15:18-21; Fil. 1:29-30; 2 Ti. 3:12; 1 P. 4:19; 5:10).

La instrucción del apóstol Pablo sobre cómo debían ayudar las ovejas confiadas a las preocupadas era simple: las confiadas debían alentar a las preocupadas. **Alentéis** (*paramutheomai*) significa literalmente “hablar al lado de” alguien y consolar al hacerlo. Los confiados necesitan volverse instructores personales y ejemplos para los preocupados, enseñarles la certeza bíblica de que el Señor responde sus oraciones (1 Jn. 5:14-15), les asegura su salvación (Jn. 10:27-29), les incluye en la resurrección final (Jn. 11:24-27), les ama eternamente (Ro. 8:38-39) y cumple su voluntad en las vidas de ellos (Pr. 19:21; Ro. 8:28-29). Cuando el creyente confiado y gozoso recuerda estas cosas al tímido y triste, lo alegra.

CÓMO LIDIAR CON LA OVEJA DÉBIL

que sostengáis a los débiles, (5:14*c*)

Los **débiles** podrían ser los que son frágiles en la fe, y están acosados por las dudas (Ro. 14:1—15:13; 1 Co. 8:1-13; 9:19-23; 10:23-33). Tal vez su fe no es lo suficientemente fuerte para disfrutar su libertad en Jesucristo (cp. Gá. 5:1; Col. 2:16-23). Ellos son ciertamente más susceptibles al error (Ef. 4:14), a la tentación y al pecado, que los creyentes más fuertes (cp. 1 Co. 8:9-13). Algunos creyentes débiles tienen conciencias tan susceptibles con sus pecados pasados que

perciben pecado en algunas cosas que definitivamente no lo son (cp. 1 Co. 8:7).

El término **débiles** (*asthenēs*) se centra en la susceptibilidad al pecado y se aplica a creyentes que luchan por abandonarlo y obedecer la voluntad de Dios. Aunque las versiones modernas traducen *asthenēs* en Santiago 5:14 como "enfermo", denota a quienes están débiles: "¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él". Los débiles morales y espirituales deben llamar a los ancianos fuertes espiritualmente para que intercedan por ellos y les exhorten a arrepentirse por el pecado que les esté causando debilidad. (Para una explicación completa de este versículo y los siguientes véase *Santiago*, Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Portavoz, 2004], pp. 276-290 del original en inglés). **Los débiles** siempre son impedimentos y piedras de tropiezo para el crecimiento y el poder de la iglesia.

Pablo urgió a los tesalonicenses fuertes a sostener **a los débiles** (cp. Gá. 6:1-2). La Nueva Versión Internacional usa el término "ayuden", pero se trata de una traducción algo imprecisa de la palabra griega *antechō*, cuyo significado es "asir con firmeza", "aferrarse", "apoyar", "sostener" (cp. Tit. 1:9). Pablo mandó que las ovejas más fuertes fueran junto a las ovejas más débiles, establecieran relaciones personales con ellas y les proporcionaran instrucción doctrinal y aliento para ir hacia la justicia y alejarse del pecado.

CÓMO TRATAR A LA OVEJA FASTIDIOSA

que seáis pacientes para con todos. (5:14*d*)

Es fácil que las ovejas sanas se frustren, enojen o desanimen con algunas de las ovejas con problemas crónicos. Siempre hay desilusión en una relación de discipulado cuando un creyente maduro ha enseñado, formado, exhortado, fortalecido y animado a un creyente menos maduro, solo para ver que esa persona manifiesta poco compromiso con Cristo o poca evidencia de crecimiento espiritual. Algunos creyentes de Tesalónica habían oído la verdad de Pablo y otros maestros, habían tenido múltiples oportunidades para aplicarla, pero su progreso espiritual era insignificante. Como resultado, Pablo exhortó a la congregación a ser **pacientes para con todos**.

Cuando Pablo usó la palabra **pacientes** (*makrothumeō*) dio el mandato de ser tolerantes con quienes tenían sus luchas. Al decir **todos** Pablo se refería a aquellos con quienes los cristianos fuertes podrían volverse fácilmente impacientes. Las ovejas que crecían tan imperceptiblemente, nunca parecían ir al mismo paso de las demás, se distraían fácilmente y eran indisciplinadas en general con los medios de la gracia, podían probar con facilidad la paciencia de los más fuertes. Incluso Jesús se exasperó justamente por el crecimiento lento de los discípulos y su falta de entendimiento cuando los llamó en varias ocasiones "hombres de poca fe" (Mt. 8:26; 16:8; Lc. 12:28). Pero los tesalonicenses debían tener paciencia ilimitada con las ovejas fastidiosas, de la misma manera en que Dios tiene paciencia grande con todas sus ovejas (Éx. 34:6; Nm. 14:18; Sal. 86:15; Is. 63:7-9; Ro. 3:25; 1 Ti. 1:16; cp. 1 Co. 13:4-5; 2 Co. 6:4-10; Gá. 5:22; Ef. 4:2; Col. 3:12-13; 2 Ti. 2:24; 4:2; He. 5:1-3).

En el siguiente intercambio con Pedro, Jesús resumió mejor la magnitud con la cual los creyentes deben extender la paciencia perdonadora a otros: "Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete" (Mt. 18:21-22; cp. vv. 23-35; Lc. 17:3-4). Cristo enseñó que no debe haber un límite arbitrario, no importa cuán generoso pareciera, en la cantidad de veces para perdonar al prójimo. Por el contrario, los creyentes deben extender una paciencia y perdón inagotables a sus hermanos y hermanas en Cristo.

CÓMO LIDIAR CON LA OVEJA MALA

Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos. (5:15)

Para los cristianos, las decepciones más graves y dolorosas no vienen de la maldad del mundo incrédulo, sino de otras ovejas en el seno de la iglesia. Una oveja es capaz sin duda alguna de dañar a otras ovejas; de pecar contra ellas en múltiples formas, como atacarlas con malas palabras (cp. Pr. 13:2-3; 15:1, 4; 18:13, 21; 24:28; Mt. 5:22; Stg. 3:1-12) que incluyen chismes y difamación (cp. Éx. 20:16; Pr. 11:13; 20:19; 24:28), aislarlas de la comunión y las oportunidades ministeriales, herirlas más abiertamente al provocar la ruptura de su matrimonio (cp. Éx. 20:14; 1 Ts. 4:6) o influenciar a alguien para que peque (Mt. 18:6-10).

El apóstol Pablo instruyó a los tesalonicenses sobre cómo responder a esa maldad de parte de otros en la iglesia: "**Mirad que ninguno pague a otro mal por mal**". En algún punto, las ovejas desobedientes han hecho **mal** ("abyección, mezquindad, maldad") a las obedientes. La respuesta paulina —declarada en imperativo— a los afectados era **que ninguno** debía pagar **mal por mal**. No hay lugar en absoluto para la represalia o venganza personal entre los

cristianos (Ro. 12:19). El único con derecho a la represalia es Dios (Lv. 19:18; Dt. 32:25; Sal. 94:1; Pr. 20:22; Nah. 1:2; He. 10:30; Ap. 14:9-10, 14-20).

Por lo tanto, la respuesta apropiada de las ovejas cuando han sido agraviadas por otras ovejas no es la búsqueda de venganza, es seguir **lo bueno**; ir siempre en pos, con deseo y celo, de lo que es bello, noble y excelente (cp. 1 Co. 13:4-7; 2 Co. 8:21; Ef. 4:25; Fil. 4:8; Stg. 3:17). "Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal" (Ro. 12:20-21; cp. 2 R. 6:22; Pr. 25:21-22; Mt. 5:43-44; Lc. 6:27-38; 1 Co. 4:12; 6:6-8; 1 P. 2:19-23; 3:8-12).

Pablo quería que los tesalonicenses respondieran a la hostilidad con actos genuinos de amor. El bienestar de **unos para con otros** debía ser la primera preocupación de los tesalonicenses, incluso para con quienes les habían ofendido seriamente. Esa preocupación también debía extenderse más allá de la iglesia, era **para con todos** (cp. Gá. 6:10; 1 Ti. 2:1; 2 Ti. 2:24; Tit. 3:2, 8).

De modo que un rebaño sano se caracteriza por su crecimiento en fe, amor, pureza y progreso en asemejarse a Cristo. Pero las ovejas con problemas y necesidad espiritual pueden impedir el crecimiento del rebaño y de hecho así ocurre. Eso quiere decir que las ovejas sanas deben tratar a las ovejas difíciles con amor, paciencia y sinceridad a fin de eliminar los impedimentos pecaminosos y asegurarles crecimiento verdadero. La clave no es encontrar alguna estrategia astuta para eludir los obstáculos, sino que los pastores y ovejas traten esas situaciones directamente por igual, y amonesten al rebelde, alienten al preocupado, sostengan al débil, soporten al fastidioso y traten con bondad al malvado.

16. Las responsabilidades de las ovejas ante el Gran Pastor—Primera parte: Gozo, oración y agradecimiento

Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús. (5:16-18)

Si el rebaño de Dios ha de ser sano, debe haber una buena relación entre las ovejas y el Gran Pastor, Jesucristo el Hijo de Dios. Para que eso ocurra, los creyentes deben ser conscientes de sus responsabilidades de adoración y servicio al Señor, su Rey. Las palabras de las cuatro primeras estrofas de "Que mi vida esté", himno clásico de Frances Havergal, tal vez captan la esencia de esas responsabilidades mejor de lo que podría hacerlo cualquier prosa:

> Que mi vida entera esté consagrada a Ti, Señor;
>
> Que a mis manos pueda guiar el impulso de tu amor.
>
> Que mis pies tan sólo en pos de lo santo puedan ir;
>
> Y que a Ti, Señor, mi voz se complazca en bendecir
>
> Que mis labios al hablar hablen sólo de tu amor;
>
> Que mis bienes ocultar no los pueda a Ti, Señor.
>
> Que mi tiempo todo esté consagrado a tu loor;
>
> Y mi mente y su poder sean usados en tu honor.

Explícita e implícitamente, el himno contiene el espíritu de las tres primeras exhortaciones de Pablo a los tesalonicenses para fortalecer sus vidas espirituales y así poder cumplir sus responsabilidades antes Dios (1 Ts. 5:16-22). Las tres exhortaciones van directo al punto de partida de la actitud del creyente: la exhortación al gozo constante, a la oración constante y al agradecimiento constante.

LA EXHORTACIÓN AL GOZO CONSTANTE

Estad siempre gozosos. (5:16)

Entender con precisión y exactitud el gozo cristiano es esencial para todos los creyentes. La exhortación de Pablo a los tesalonicenses de estar **siempre gozosos** puede parecer absurda e imposible de obedecer dadas las dificultades inevitables de la vida, pero como mandamiento divinamente inspirado, los creyentes deben obedecerlo. Cualquier fracaso en el intento es hacer caso omiso de las instrucciones claras de las Escrituras y es, por tanto, desobediencia pecaminosa.

A lo largo de toda la Palabra de Dios hay otras declaraciones que mandan al creyente tener gozo en todas las situaciones (Dt. 12:18; Neh. 8:10; Sal. 2:11; 5:11; 32:11; 68:3; 100:2; 132:16; Is. 29:19; Jl. 2:23-24; Hab. 3:17-18; Mt. 5:10-12; Lc. 6:22-23; 10:20; Jn. 16:20-22; cp. Sal. 16:8-9; 21:6; 28:7; Is. 35:10; 55:12; 56:7; Zac. 9:9; Hch. 5:41; Ro. 15:13; 2 Co. 10:17; Ef. 5:9; Fil. 2:17-18; 4:4; Col. 1:24; Stg. 1:2; 5:13; 1 P. 1:6; 4:13). Aunque Pablo era consciente de los varios mandatos a regocijarse, también reconocía la existencia de emociones humanas negativas como el dolor y el sufrimiento (p. ej., Hch. 20:19, 37-38; Ro. 12:15; Fil. 3:18; cp. Is. 32:11-12; Mt. 9:23; Mr. 5:38-39). Sin embargo, el apóstol también sabía que los creyentes deben trascender sus penas con un enfoque continuo en el verdadero gozo; deben ser como él escribió: "Como entristecidos, mas siempre gozosos" (2 Co. 6:10). Tal enfoque es posible porque el gozo bíblico viene de Dios; no viene simplemente de una respuesta emocional y superficial a circunstancias positivas (cp. Fil. 3:3). El gozo cristiano fluye constantemente de lo que el creyente sabe con certeza sobre Dios y sobre su relación eterna y salvadora con Él; sin importar las circunstancias (Sal. 16:11; 68:3; Lc. 2:10-11; 24:52; Hch. 16:34; Ro.

5:2, 11; 1 P. 1:8). El gozo sobrenatural viene del Espíritu Santo; por eso, Pablo lo mencionó como parte del fruto espiritual (Gá. 5:22; cp. Ro. 14:17).

La frase que se traduce **siempre gozosos**, literalmente se lee: “alégrense en todo momento” y enfatiza que los cristianos gozosos de verdad siempre tendrán una confianza profundamente arraigada en el amor de Dios, en su poder a favor de los suyos y en su providencia que obra todas las cosas de acuerdo con su plan perfecto (Mt. 6:33-34; Ro. 8:28-30; 11:33; Fil. 1:12; cp. Gn. 50:20; Sal. 139:1-5). Por tanto, ningún suceso o circunstancia de la vida cristiana, aparte del pecado, puede o debe disminuir el gozo verdadero.

Una perspectiva apropiada sobre el gozo bíblico aporta numerosas razones para que los creyentes estén gozosos. Antes que nada, deben estar **siempre gozosos** en aprecio por el carácter justo de Dios, que incluso en los problemas se muestra tan fielmente a los creyentes. El salmista declaró: “El Señor es mi fuerza y mi escudo; mi corazón en él confía; de él recibo ayuda. Mi corazón salta de alegría, y con cánticos le daré gracias” (Sal. 28:7, NVI; cp. Neh. 8:10; Sal. 71:23; 89:16; Is. 61:10). Segunda, deben tener gozo constante en aprecio por la obra redentora de Cristo, derivada de un Dios compasivo, misericordioso y amoroso (Lc. 2:10; 10:20; Ro. 5:1-2, 11; 1 P. 1:8-9), y por su infalible instrucción (Jn. 15:11; 16:30; 1 Jn. 5:20). Tercera, deben regocijarse en aprecio por el ministerio del Espíritu Santo en su favor (Hch. 10:44; Ro. 14:17; cp. 8:14-27). Cuarta, los creyentes deben estar **siempre gozosos** por la variedad amplia de bendiciones espirituales que poseen (cp. Ef. 1:·3-4; Fil. 4:13, 19; Col. 2:9-14; 2 P. 1:3). Quinta, deben alegrarse por la providencia de Dios con la que ha orquestado todo para su beneficio (Ro. 8:28-30; Stg. 1:2-4). Sexta, deben alegrarse en gratitud por la promesa de la gloria futura (cp. Sal. 16:8-11; Mt. 5:12; Lc. 10:20; 1 Co. 1:7; Fil. 1:18-21; 3:20; Jud. 24). Séptima, la oración respondida siempre debe ser fuente de gozo (Sal. 66:20; 116:1, 17; 118:21; Jn. 16:24), como debe serlo la octava razón: aprecio por el regalo de la Palabra de Dios (Col. 3:16; cp. Sal. 19:7-11; 119:14, 111, 162; Jer. 15:16). Novena, el privilegio de la comunión genuina debe darle continua alegría al creyente (1 Ts. 3:9; 2 Ti. 1:4; Flm. 7; 2 Jn. 12). Y por último, los verdaderos creyentes no pueden sino expresar su gozo por la proclamación salvadora del evangelio, como lo hizo la iglesia primitiva: “[Pablo, Bernabé y otros creyentes], habiendo sido encaminados por la iglesia, pasaron por Fenicia y Samaria, contando la conversión de los gentiles; y causaban gran gozo a todos los hermanos” (Hch. 15:3; cp. Fil. 1:18).

Al cristiano gozoso le preocupa más glorificar a Dios que evitar las dificultades temporales (Ro. 8:18; cp. He. 11:13-16, 25). Piensa más en sus riquezas espirituales y en la gloria eterna que en cualquier dolor presente o pobreza material (1 P. 1:6-7; 4:13; Stg. 5:11; cp. 2 Co. 6:4-10; 1 P. 5:10). Los creyentes que viven de esa forma cumplirán el mandato de estar **siempre gozosos**.

LA EXHORTACIÓN A LA ORACIÓN CONSTANTE

Orad sin cesar. (5:17)

Los creyentes gozosos también son creyentes de oración. Quienes viven su cristianismo en dependencia gozosa de Dios seguirán reconociendo su insuficiencia; por eso, estarán siempre en actitud de oración. La exhortación de Pablo a los tesalonicenses de orar **sin cesar** es pues un mandamiento divino para todos los creyentes. **Orad** es de *proseuchomai*, la palabra más común en el Nuevo Testamento para la oración (p. ej., Mt. 6:5-6; Mr. 11:24; Lc. 5:16; 11:1-2; Hch. 10:9; Ro. 8:26; 1 Co. 14:13-15; Ef. 6:18; Col. 1:9; 2 Ts. 3:1; Stg. 5:13-14, 16). Comprende todos los aspectos de la oración: sumisión, confesión, petición, intercesión, alabanza y acción de gracias. **Sin cesar** quiere decir “constantemente” y no define la oración como una actividad perpetua de arrodillarse e interceder, sino como una forma de vida marcada por una actitud de oración continua.

No es posible entender el mandato de Pablo sobre la oración continua sin considerar cómo oró fielmente Jesús durante su ministerio terrenal. Como Hijo de Dios, estaba en comunicación constante con el Padre, y los Evangelios proveen muchos ejemplos de la vida de oración continua por parte del Señor (Mt. 14:23; Mr. 1:35; 6:46; Lc. 9:18, 28-29; cp. Jn. 6:15; 17:1-26). En las ocasiones en que fue al Monte de los Olivos a orar toda la noche (Lc. 21:37-38; Jn 8:1-2), sin duda, oró con una intensidad poco conocida —o completamente desconocida— a los creyentes. El ejemplo clásico de esa intensidad es cuando Jesús oró en el huerto de Getsemaní, la noche anterior a su crucifixión. “Y él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró… Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lc. 22:41, 44). Mateo 26:38-46 registra que la oración de Jesús en el huerto fue una experiencia prolongada en la cual rogó tres veces que el padre lo librara de esa “copa” (v. 39): la ira divina contra el pecado que debería cargar al día siguiente en su muerte sustitutiva en la cruz por los pecadores. (Para una exposición completa de este pasaje véase *Matthew 24–28* [Mateo 24–28] The MacArthur New Testament Commentary [Comentario MacArthur del Nuevo Testamento] [Chicago: Moody, 1989], pp. 167-178). Tal nivel de agonía intensa está más allá de lo que los cristianos tienen que enfrentar, pero ilustra la persistencia de la cual habló Jesús en las parábolas del amigo en necesidad (Lc. 11:5-10) y de la viuda insistente (Lc. 18:1-8). También sirve de ejemplo único a lo que quería decir el apóstol cuando instruyó a los tesalonicenses a orar **sin cesar**.

La naciente iglesia demostró desde su origen efervescencia y constancia en su vida de oración, como las había mostrado Cristo. Lucas escribió sobre la devoción a la oración de los seguidores de Cristo, incluso antes de Pentecostés: “Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hch 1:14). Después se entregaron habitualmente a la oración (Hch. 2:42). Los apóstoles, en su papel de líderes de la joven iglesia, determinaron persistir “en la oración y en el ministerio de la palabra” (Hch 6:4). La oración diligente de los creyentes también jugó un papel en la liberación de Pedro de la prisión (Hch. 12:11-16; cp. 4:23-31).

El hincapié que hace el Nuevo Testamento en la importancia de la oración no se puede sobrevalorar. En 1 Tesalonicenses ya había escrito Pablo: “Orando de noche y de día con gran insistencia, para que veamos vuestro rostro” (3:10). Muchas de las otras epístolas paulinas también indican la importancia de la oración (Ro. 12:12; 1 Co. 7:5; Ef. 6:18-19; Fil. 4:6; Col. 4:2; 2 Ts. 3:1; 1 Ti. 2:8).

El fuerte énfasis bíblico en la oración sugiere una lista de motivaciones sustanciales para que los cristianos oren **sin cesar**. Primera, la motivación más elevada para todos los creyentes es el deseo de glorificar al Señor. Jesús enseñó a los discípulos en su modelo de oración: “Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mt. 6:9-10; cp. Dn. 9:4-19). Segunda, el deseo de comunión con Dios motiva a los creyentes a orar: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?” (Sal. 42:1-2; cp. 27:1, 4; 63:1-2; 84:1-2). Jesús dijo que las oraciones de los creyentes se responderían “para que el Padre sea glorificado en el Hijo” (Jn. 14:13; cp. v. 14).

Tercera, los creyentes orarán para que Dios supla sus necesidades: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy” (Mt. 6:11; cp. Lc. 11:9-13; 1 Jn. 5:14-15). Cuarta, los cristianos orarán con insistencia por la sabiduría de Dios en tanto vivan en un mundo pecaminoso: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Stg. 1:5; cp. Mt. 6:13; 1 Co. 10:13). Quinta, el deseo de liberación de los problemas motiva la oración. Jonás es un ejemplo vívido de dicha motivación: “Entonces Jonás oró al Señor su Dios desde el vientre del pez. Dijo: ‘En mi angustia clamé al Señor, y él me respondió. Desde las entrañas del sepulcro pedí auxilio, y tú escuchaste mi clamor’” (Jon. 2:1-2, NVI; cp. Sal. 20:1).

Sexta, todos los cristianos desean aliviarse de preocupaciones y temores. Pablo animó a los filipenses así: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 4:6-7; cp. Sal. 4:1). La séptima motivación es gratitud por las bendiciones pasadas, como oró el salmista:

> *Oh Dios, con nuestros oídos hemos oído, nuestros padres nos han contado, la obra que hiciste en sus días, en los tiempos antiguos. Tú con tu mano echaste las naciones, y los plantaste a ellos; afligiste a los pueblos, y los arrojaste. Porque no se apoderaron de la tierra por su espada, ni su brazo los libró; sino tu diestra, y tu brazo, y la luz de tu rostro, porque te complaciste en ellos. Tú, oh Dios, eres mi rey (Sal. 44:1-4a; cp. Fil. 1:3-5).*

Octava, los creyentes oran para librarse de la culpa del pecado. David lo expresó así cuando escribió: “Pero te confesé mi pecado, y no te oculté mi maldad. Me dije: ‘Voy a confesar mis transgresiones al Señor’, y tú perdonaste mi maldad y mi pecado” (Sal. 32:5, NVI; cp. Pr. 28:13; 1 Jn. 1:9). Novena, la preocupación de los creyentes por la salvación de los perdidos les hace orar. Pablo captó esta motivación en sus palabras a Timoteo:

> *Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1 Ti. 2:1-4; cp. Mt. 9:37-38; Ro. 10:1).*

Por último, y con seguridad una motivación tan importante como las demás para que los cristianos oren **sin cesar**, es su deseo de crecimiento espiritual; el de ellos y de los demás creyentes. La petición de Pablo por los efesios es un modelo en este aspecto:

> *Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho*

más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén (Ef. 3:14-21; cp. 1:15-19; Col. 1:9-12).

LA EXHORTACIÓN AL AGRADECIMIENTO CONSTANTE

Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús. (5:18)

Ser desagradecido es la esencia misma del corazón no regenerado. El apóstol Pablo identificaba a los incrédulos como desagradecidos: "Pues habiendo conocido a Dios [por medio de la consciencia y le revelación general], no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido" (Ro. 1:21). Pero cuando Dios regenera a un individuo produce un nuevo corazón que anhela obedecer el mandato paulino y dar **gracias en todo**. Esa declaración simple y directa no permite excusas de ingratitud en los creyentes. **En todo** (*en panti*) se refiere a *todo* lo que ocurre en la vida. No importa qué luchas, pruebas, dificultades o vicisitudes ocurran en la vida de los cristianos (con la excepción obvia de los pecados personales), deben dar **gracias** (Hch. 5:41; cp. Stg. 1:2-3; 1 P. 1:6-9). Por eso, el agradecimiento debe ser parte de la estructura de la vida regenerada (Sal. 136:1-3; Dn. 6:10; Ef. 5:20; Col. 3:17; He. 13:15), un fruto de gracia de la obra del Espíritu Santo en el corazón del creyente (cp. Col. 2:7).

En lo espiritual, no es normal que los cristianos sean desagradecidos. La falta de agradecimiento desobedece muchos textos bíblicos que llaman al creyente a una vida de gratitud. Romanos 8:28 establece este principio abarcador: "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados". La providencia de Dios —su mezcla soberana de todas las contingencias de la vida para la bendición final de los creyentes— les hace ser agradecidos por todo lo relativo a la vida, sabiendo que se ajusta al propósito eterno de Dios para ellos (cp. Gn. 50:20; Sal. 37:28; 91:3-4; 145:9; Pr. 19:21).

Cuando la naciente iglesia se reunía, uno de sus principales propósito era dar gracias a Dios. Eso está implícito en la instrucción de Pablo a los corintios sobre el uso de las lenguas durante los servicios de adoración:

> *Así también vosotros; pues que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para edificación de la iglesia. Por lo cual, el que habla en lengua extraña, pida en oración poder interpretarla. Porque si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto. ¿Qué, pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento. Porque si bendices sólo con el espíritu, el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá el Amén a tu acción de gracias? pues no sabe lo que has dicho. Porque tú, a la verdad, bien das gracias; pero el otro no es edificado (1 Co. 14:12-17).*

Las otras cartas de Pablo recuerdan a los creyentes que expresen su gratitud y así se diferencien de la cultura incrédula e ingrata que los rodeaba. "Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias" (Ef. 5:3-4; cp. 2 Co. 4:15; 9:11).

Efesios 5:18-20 afirma claramente que los cristianos deben ser conocidos por su agradecimiento constante:

> *No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo (cp. Col. 2:6-7; 3:15-17; 4:2).*

Incluso en tiempos de gran angustia, temor, preocupación y estrés, la actitud de acción de gracias en oración debe caracterizar a los creyentes (Fil. 4:6-7).

La declaración final de Pablo abarca los tres mandatos de este pasaje: "**Porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús**". La **voluntad de Dios** es que todos los que están **en Cristo Jesús** expresen gozo constante, oración constante y agradecimiento constante. Dios no solamente manda esas expresiones de justicia, también hace posible que los creyentes las articulen (cp. Fil. 2:13); y se complace cuando lo hacen.

17. La responsabilidad de las ovejas ante el gran Pastor—Segunda parte: No apagar el Espíritu, sino responder a la Palabra de Dios y tener discernimiento

No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno. Absteneos de toda especie de mal. (5:19-22).

Hoy día, gran parte de la iglesia evangélica ha minimizado la importancia del Espíritu Santo y la Palabra de Dios en la vida espiritual de los creyentes. Es culpable, pues, del mismo tipo de error por el cual Pablo reprendió a los gálatas: "¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?" (Gá. 3:3). El ministerio del Espíritu Santo y el poder de la Palabra quedaron en segundo lugar ante las técnicas y metodologías pragmáticas y humanistas para tratar las necesidades emocionales y espirituales de las personas. Por ejemplo, la preocupación actual de la iglesia con la psicología sustituye la verdad bíblica con enfoques antropocéntricos en el trato de los problemas. La afirmación común es que el Espíritu Santo y la Palabra de Dios tratan los problemas con superficialidad y simpleza, mientras que la psicoterapia va a los aspectos ocultos y efectúa una sanidad genuina y profunda en la vida del individuo. Pero la perspectiva psicológica pone al revés la verdad. En realidad, *esta* es la solución superficial a las necesidades espirituales; pero el Espíritu, por medio de la Palabra y la oración, aporta soluciones espirituales duraderas, eficaces y profundas a las dificultades de los creyentes.

El movimiento carismático contemporáneo, con todas sus connotaciones místicas, también tergiversa la obra verdadera del Espíritu Santo y apaga sus propósitos santificadores. La religión carismática enfoca su atención en el Espíritu Santo, enfatiza su ministerio y dones y, en el caso del movimiento Palabra y Fe, espera constantemente que Dios realice obras sobrenaturales a instancias "soberanas" de las llamadas afirmaciones de fe. No obstante, irónicamente, tales énfasis en realidad tergiversan al Espíritu, ofreciendo una imagen falsa de su obra santificadora y pasando así por alto la advertencia de Pablo a los tesalonicenses sobre no apagarlo. (Para un análisis completo de los problemas que plantean la psicología y el movimiento carismático a la iglesia, véase John McArthur, *Our Sufficiency in Christ* [Nuestra suficiencia en Cristo] [Dallas: Word, 1991] y *Los carismáticos: Una perspectiva doctrina*l [El Paso, TX: Casa Bautista de Publicaciones, 1994]).

El énfasis restado a la obra del Espíritu Santo por medio de la Palabra ha llevado también a una pronunciada falta de discernimiento espiritual. Se podrían citar muchos síntomas de esta deficiencia, pero hay seis que vienen a la mente inmediatamente. Primero, ha habido un debilitamiento general de la claridad y convicción doctrinal en el seno de la iglesia. Muchos cristianos ya no piensan bíblica ni teológicamente y consideran que está mal y es poco amoroso ser dogmático, hasta en las doctrinas más básicas como la infabilidad de las Escrituras y la definición del evangelio. Segundo, gran parte de la iglesia ya no es antitética en su pensamiento. No hace distinciones agudas entre lo verdadero y lo falso o lo correcto y lo errado, sino que acepta la subjetividad, el relativismo y el pragmatismo. Tercero, la imagen y la influencia han remplazado la proclamación de la verdad como la esencia de la evangelización. La iglesia es renuente a arriesgarse en ofender a los incrédulos con un mensaje del evangelio claro y convincente. En su lugar, se apoya en la filosofía del mercadeo para presentar un mensaje que gane amigos, enfocado en las necesidades que las personas sienten. Cuarto, la iglesia ha dejado de dar valor a la hermenéutica sana. Muchos predicadores ya no trabajan diligentemente en la interpretación precisa y cuidadosa de la Palabra. Han sustituido la exposición objetiva de las Escrituras con anécdotas, psicología y subjetividad. Quinto, la iglesia ha cesado casi completamente de ejercer la disciplina eclesial contra los miembros que insisten en el pecado y el error. Como resultado, la filosofía y las prácticas del mundo entran en la iglesia y no permiten diferenciarla de la cultura pagana a su alrededor. Sexto, todas las características precedentes producen y son características de las iglesias espiritualmente inmaduras. La iglesia absorta en sí misma, preocupada con alcanzar la comodidad, el éxito y el logro personales, posee una fe superficial que no puede discernir entre el bien y el mal o la verdad y el error. (Para un estudio más completo del alejamiento eclesial del discernimiento espiritual en las décadas recientes y las claves para retenerlo, véase John MacArthur, *Reckless faith* [Fe temeraria] [Wheaton: Crossway, 1994]).

Los grandes errores de la psicología y la doctrina carismática, junto con la falta alarmante de discernimiento en las iglesias, amenazan sin cesar su salud y eficacia espirituales. Pero las admoniciones claras de Pablo en 1 Tesalonicenses 5:19-22 llevan a los creyentes a sus responsabilidades verdaderas de no apagar el Espíritu, sino responder a la Palabra de

Dios y tener discernimiento en todas las cosas.

LA RESPONSABILIDAD DE NO APAGAR EL ESPÍRITU

No apaguéis al Espíritu. (5:19)

Algunos comentaristas creen que este versículo está conectado con los versículos 20-22 y se refiere a la prohibición de la expresión de los dones carismáticos en la iglesia tesalonicense. Argumentan que Pablo advertía a los tesalonicenses no sofocar el ejercicio de esos dones dentro de la asamblea. Tales comentaristas pasan a aseverar que "las profecías" (v. 20) son sobrenaturales y deben examinarse con cuidado para asegurarse de que sean buenas y no malas (vv. 21-22). Esta perspectiva concluye que los versículos 19-22 constituyen el intento de Pablo por corregir la poca estima que los tesalonicenses tenían de los dones milagrosos, cosa equivalente a afirmar el uso de los dones en la iglesia.

Sin embargo, tales argumentos no son convincentes por varias razones. Primera, no hay una razón convincente en el texto para tomar esta exhortación de Pablo —"**No apaguéis el Espíritu**"— o las otras en los versículos 20-22, como algo más que declaraciones separadas de exhortación general. Los lectores han de verlas como principios de la vida cristiana y no leer nada más en el texto. Segunda, si la iglesia tesalonicense hubiera estado abusando de los dones carismáticos, Pablo los habría amonestado prontamente y en detalle, como hizo más tarde con los corintios.

Para apreciar la verdadera aplicación de este mandato corto y para verlo en la perspectiva apropiada, debe recordarse el papel del Espíritu Santo en las vidas de los creyentes. Dios, por su poder soberano (cp. Jn. 1:12-13; 6:37, 44; Hch. 13:48; 16:14), regenera a los creyentes por medio de su Espíritu (Jn. 3:6, 8; Ef. 2:1, 5; Tit. 3:5; cp. Ez. 37:11-14), efectuando con ello una transformación completa de sus afectos espirituales (Tit. 3:5; cp. Ez. 11:19; 36:27; Ro. 2:29; 2 Co. 5:17). Los libera de la esclavitud a los pecados habituales (Ro. 8:3-9), los pone en el cuerpo de Cristo (Ro. 8:15-17), mora de forma permanente en la vida de cada creyente nuevo (Jn. 14:17; Ro. 8:9, 11, 14; 1 Co. 3:16; 1 Jn. 2:27; 4:13; cp. 1 Co. 6:19), derrama amor en sus corazones (Ro. 5:5; 2 Ts. 3:5; cp. 1 Jn. 2:5), les da dones para el servicio espiritual (1 Co. 12:4-10, 28; cp. Ro. 12:4-13; 1 Co. 2:12-13; 1 Ti. 4:14; 2 Ti. 1:6), los sella para la eternidad (2 Co. 1:22; Ef. 1:13-14; 4:30) y los santifica (Ro. 15:16; 1 Co. 6:11; 2 Ts. 2:13; He. 10:14-15; 1 P. 1:2).

Fue este proceso de santificación progresiva por el Espíritu el que Pablo pidió **no** apagar. La metáfora con **apaguéis** significa "extinguir, sofocar o retardar" el poder o la energía de algo (cp. Mt. 25:8; Mr. 9:48). A veces las Escrituras representan la presencia del **Espíritu** como un fuego (Hch. 2:2-4; cp. Éx. 13:21; Mal. 3:2-3); así, el apóstol advertía a los tesalonicenses sobre no ahogar la obra del Espíritu Santo dentro de ellos, comparando tal sofocamiento con la extinción de un fuego (cp. Is. 63:10; Hch. 5:3-4; Ef. 4:30; 2 Ti. 1:6).

Otra razón crucial para **no** apagar el Espíritu es que Jesús prometió enviarlo a los creyentes como Consolador para ayudarlos en el ministerio y santificarlos progresivamente (Jn. 14:16; 15:26; 16:7; Hch. 1:4-5; cp. Pr. 1:23). Y ese proceso de santificación comprende el inicio de varias obras por parte del Espíritu.

Primera, el Espíritu Santo arroja luz sobre la Palabra de Dios. "Ahora bien, Dios nos ha revelado esto por medio de su Espíritu, pues el Espíritu lo examina todo, hasta las profundidades de Dios" (1 Co. 2:10, NVI; cp. vv. 12-13; 2 Ti. 3:16; 2 P. 1:20-21; 1 Jn. 2:27). Los creyentes crecen espiritualmente solo cuando se alimentan con la Palabra, cuando desean "como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella [crezcan] para salvación" (1 P. 2:2; cp. Sal. 19:7-14; Mt. 4:4). Los creyentes pueden apagar este aspecto de la obra del Espíritu al dejar de estudiar las Escrituras o malinterpretarlas (cp. 2 Ti. 2:15), al no recibirlas con humildad ni aplicarlas a sus vidas (cp. Stg. 1:21-25), al no guardarlas en sus corazones (cp. Sal. 119:11), al no buscarlas con diligencia (cp. Jn. 5:39; 8:31-32) y al no permitir que la Palabra more en ellos con abundancia (cp. Col. 3:16).

Segunda, el Espíritu Santo da a los creyentes intimidad con Dios. "Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios" (Ro. 8:15-16). El Espíritu quiere que los creyentes tengan una gozosa confianza en que Dios los ama como a sus hijos (*Abba* quiere decir "papito" o "papi", un término de intimidad y cariño) y que estén seguros en su salvación. Pablo dijo a los gálatas: "Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!" (Gá. 4:6). El Espíritu impulsa a los creyentes a orar por recursos divinos (cp. Sal. 116:2; Mt. 6:33; 1 Co. 14:15; Fil. 4:6; He. 4:16). Si los creyentes están creciendo en santificación, tendrán un conocimiento de Dios cada vez más íntimo y profundo (cp. Sal. 9:10; 25:4; 1 Co. 2:2; Ef. 3:19; Fil. 3:10; 1 Jn. 2:3). Sin embargo, los creyentes pueden apagar ese conocimiento íntimo promovido por el Espíritu al no aceptar el propósito de Dios en las dificultades de la vida (cp. Ro. 5:3; Stg. 1:2-3, 12), al no estar en oración y adoración (cp. Jn. 4:24; Col. 4:2; 1 Ts. 5:17), al no depositar en Dios toda ansiedad (cp. 1 P. 5:7), al funcionar en su propia carne en lugar de confiar en el poder de Dios (cp. Pr. 3:5-6), al no confiar en la provisión de Dios (2 Co. 9:8 Fil. 4:19) y al no confiar en el amor de Dios (cp. Ef. 2:4-5; 1 Jn. 3:1; 4:19).

Tercera, el Espíritu Santo glorifica a Cristo en los creyentes y los hace más semejantes a Él. “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Co. 3:18; cp. Jn. 16:14-15; Gá. 4:19). Bajo el nuevo pacto, se quita el velo, los creyentes pueden mirar en el espejo de la Palabra y ver la gloria de Cristo (cp. Is. 40:5; Jn. 5:39). Los cristianos genuinos afirman el señorío de Cristo y glorifican su nombre (1 Co. 12:3; cp. 1 Jn. 2:6). Pero los creyentes también pueden apagar los esfuerzos del Espíritu para hacerlos más semejantes a Cristo; por ejemplo, al rechazar la lectura y estudio de las Escrituras (cp. Sal. 119:130; Hch. 17:11; 2 Ti. 2:15) o al considerar que la Biblia es solo información, en lugar de permitirle revelarles a Cristo. O pueden negarse, por orgullo, a admitir que necesitan ver su gloria y ser más como Él (cp. Stg. 1:22-25).

Cuarta, el Espíritu Santo ayuda a los creyentes a conocer la voluntad de Dios (cp. Ef. 5:17; Stg. 1:5; 1 Jn. 5:14-15). Primero, se asegura de que conozcan y obedezcan la voluntad de Dios revelada en las Escrituras. “Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ez. 36:27; cp. Is. 28:29; Jer. 10:23; Jn. 10:4). Segundo, el Espíritu dirige a los creyentes más subjetivamente en la voluntad de Dios sobre los asuntos que no se revelan específicamente en las Escrituras. El Espíritu allana un sendero de guía para los creyentes (Sal. 143:10) en cuanto opera por medio de su providencia y les ayuda a tomar decisiones de acuerdo con la voluntad del Padre (cp. Sal. 37:5; Pr. 16:3; Stg. 4:15). Los creyentes pueden apagar este aspecto de la obra del Espíritu en santificación por medio de su obstinación, orgullo, indiferencia e insensibilidad a la voluntad de Dios (cp. Pr. 26:12; Dn. 5:20; Lc. 18:11-12; Ro. 12:3; Ap. 2:4; 3:16-17).

Por último, el Espíritu concede a los creyentes la fortaleza interna para ayudarlos a permanecer en el camino de la santificación progresiva. Pablo oró para que Dios les concediera a los efesios, “conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu” (Ef. 3:16; cp. Zac. 4:6; 2 Co. 12:9). Es imposible que los cristianos caminen con Cristo en obediencia, a menos que se apoyen en el poder del Espíritu Santo por la Palabra que habita en ellos (Gá. 5:16; cp. Ef. 5:8-10). Por el sello del Espíritu pueden conocer la seguridad de su salvación (Ef. 1:13-14). Sin la fortaleza del Espíritu, no pueden obtener la victoria sobre la carne y el pecado (Ro. 8:5, 13; Gá. 3:3; 6:8; cp. Mt. 26:41; Ro. 7:18). A menos que los creyentes tengan el poder del Espíritu, no pueden dar testimonio eficaz (Hch. 1:8; cp. Mt. 28:18-20; Hch. 8:26-29). La llenura y capacitación que reciben del Espíritu les permite adorar a Dios de corazón y relacionarse con los demás de un modo que honra a Dios. Sin embargo, la obra de capacitación del Espíritu también puede apagarse por el orgullo y el exceso de confianza en la capacidad humana, que niega la necesidad del creyente de apoyarse en el Espíritu.

Isaías 11:2 resume acertadamente cómo ayudaría el Espíritu a Cristo durante su ministerio terrenal y sugiere las clases de capacitación que todos los cristianos tienen a su disposición: “El Espíritu del Señor reposará sobre [Cristo]: espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor del SEÑOR” (NVI). Pero los creyentes pueden utilizar esos recursos solo cuando están llenos del Espíritu (Ef. 5:18) y caminan en el Espíritu (Gá. 5:25); dos expresiones de lo que significa estar controlados por el Espíritu. (Para un estudio completo sobre el Espíritu Santo y su obra, véase John MacArthur, *The Silent Shepherd* [El pastor silencioso] [Wheaton: Scripture Press/Victor Books, 1996]).

LA RESPONSABILIDAD DE RESPONDER A LA PALABRA DE DIOS

No menospreciéis las profecías. (5:20)

La Palabra de Dios es infinitamente superior a todas las palabras de los hombres. Jesús resumió su excelencia cuando citó Deuteronomio 8:3 en Mateo 4:4: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Respeto a la supremacía de la revelación de Dios en las Escrituras era lo que tenía en mente Pablo cuando previno a los tesalonicenses sobre **no** menospreciar **las profecías**. **Menospreciéis** (*exoutheneō*) tiene un significado fuerte: “considerar como absolutamente nada”, “tratar con desprecio” o “mirar por encima del hombro”. En el Nuevo Testamento, **las profecías** (*prophēteia*) pueden referirse a las palabras habladas o escritas. La forma del verbo (*prophēteuō*) quiere decir “hablar o proclamar públicamente”; por lo tanto, el don de profecía es la habilidad dada por el Espíritu de proclamar públicamente la Palabra de Dios (cp. Ro. 12:6). A veces los profetas del Nuevo Testamento comunicaban una nueva revelación directamente de Dios (Lc. 2:29-32; cp. v. 38; Hch. 15:23-29). En otras ocasiones tan solo reiteraban la proclamación divina que ya estaba registrada (cp. Lc. 3:5-6; Hch. 2:17-21, 25-28, 34-35; 4:25-26; 7:2-53).

Los apóstoles y sus asociados recibieron, hablaron y escribieron el texto del Nuevo Testamento, y otros portavoces transmitieron mensajes sobrenaturales sobre revelaciones prácticas para ciertos asuntos temporales (cp. Hch. 11:27-30). En tiempos del Nuevo Testamento, la profecía solía ser la proclamación de la palabra de Dios previamente revelada, como lo es hoy, teniendo en cuenta que las Escrituras están completas. Romanos 12:6 respalda esta opinión: “Si [se usa el don] de profecía, úsese conforme a la medida de la fe”. La frase *conforme a la medida de la fe* indica que una persona

con el don de profecía debía hablar de acuerdo con el conjunto de la doctrina cristiana revelada divinamente. El Nuevo Testamento siempre consideró que la fe era sinónimo de la colección de verdades previamente reveladas (Hch. 6:7; Jud. 3, 20). Por eso, Pablo instruyó a los romanos a conformar **las profecías** con "*la* fe", que es la Palabra de Dios. Igualmente, Apocalipsis 19:10 concluye: "Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía". La profecía genuina habla de la propia revelación de Dios sobre Cristo y no se desvía nunca de las Escrituras.

Las profecías de revelación (1 Co. 12:10) estaban limitadas a la era apostólica. Pero el don de la profecía (sin revelación) es permanente, como el llamado de los predicadores a "[predicar] la palabra" (2 Ti. 4:2); esto es, a proclamar el testimonio divino ya dado. Cuando Pablo predicó en Berea, los creyentes escudriñaban "cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así". Esa era una respuesta noble y excelente (Hch. 17:10-11). La profecía es esencial para la salud de la iglesia, por esa razón Pablo urgió a los tesalonicenses a **no** menospreciarla. Después, en su primera carta a los corintios, Pablo enfatizó la importancia del don de profecía, urgiendo a toda la iglesia a desear su uso porque claramente consolaba, exhortaba y edificaba (1 Co. 14:1-3; cp. v. 6). Y desarrolló aún más la importancia de la profecía para la iglesia en la segunda parte del capítulo 14, incluyendo su superioridad sobre los dones extáticos:

> *Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos? Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros. ¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación… Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor. Mas el que ignora, ignore. Así que, hermanos, procurad profetizar, y no impidáis el hablar lenguas; pero hágase todo decentemente y con orden (14:23-26, 37-40).*

La profecía, como término, se usa actualmente para referirse a la Palabra escrita de Dios. El apóstol Pedro escribió: "Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 P. 1:20-21; cp. Mt. 13:14; Ro. 16:25-26). El apóstol Juan añadió esta declaración: "Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca" (Ap. 1:3; cp. 22:10, 18-19).

La reverencia de Pablo a la Palabra de Dios tenía sus raíces en el Antiguo Testamento (cp. Jos. 1:8; Job 23:13; Sal. 1:1-2; 119:1-8; Jer. 15:16). Tan grande amor y respeto por la Palabra de Dios resultó sin duda del mandamiento de Moisés a los israelitas:

> *Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas (Dt. 6:6-9).*

Ese pasaje también sugiere dos listas detalladas de razones por las cuales los creyentes de hoy **no** deben menospreciar **las profecías**: (1) Por el carácter esencial de las Escrituras. Primero, es autoritativa (Is. 1:2); segundo, es completamente infalible (Sal. 19:7); tercero, es infalible en todas sus partes (Pr. 30:5-6; cp. Mt. 5:18); cuarto, es suficiente para todas la necesidades espirituales (Sal. 19:7-11; 2 Ti. 3:15-17); quinto, es absolutamente eficaz (Is. 55:11) y sexto, determina la condición espiritual del creyente (Jn. 5:24). (2) Por los beneficios generosos de las Escrituras. Primero, es la fuente suprema de la verdad (Jn. 17:17); segundo, es la fuente de toda la felicidad (Pr. 8:34; Lc. 11:28); tercero, es la fuente de la victoria sobre el pecado y las fuerzas del mal (Sal. 119:9, 11; Mt. 4:1-11; Ef. 6:17); cuarto, es la fuente última de crecimiento espiritual (2 Ti. 3:16-17; 1 P. 2:2); quinto, es la única fuente perfectamente confiable de guía (Sal. 19:8; 119:105) y sexto, es la fuente de la esperanza (Sal. 119:116; Ro. 15:4).

LA RESPONSABILIDAD DE TENER DISCERNIMIENTO

Examinadlo todo; retened lo bueno. Absteneos de toda especie de mal. (5:21-22)

D. Martyn Lloyd-Jones, reconocido expositor británico, se dio cuenta correctamente al comienzo de la década de 1970 que la Iglesia se estaba alejando del discernimiento espiritual y explicó cómo la cultura posmoderna ha contribuido a esa realidad:

> Hay una reacción muy obvia en estos tiempos en contra del intelectualismo… Se puede ver en los estudiantes de Estados Unidos, y es creciente en este país. Se desconfía de la razón y se la está dejando a un lado. Siguiendo a D. H. Lawrence, muchos dicen que nuestros problemas se deben al hecho de que hemos desarrollado en exceso nuestro cerebro. Debemos escuchar más a nuestra "sangre" y volver a la naturaleza. Y así, tornándose en contra del intelectualismo, propugnando deliberadamente el credo de la irracionalidad, ceden al deseo de "experimentar" y ubican la sensación por encima del entendimiento. Lo que importa es sentir y disfrutar; no pensar. El pensamiento puro no lleva a ninguna parte (Citado en Iain H. Murray, *D. Martyn Lloyd-Jones: The Fight of Faith, 1939-1981* [D. Martyn Lloyd-Jones: La batalla por la fe 1939-1981] [Edimburgo: Banner of Truth, 1990], p. 666).

Si algo es cierto es que tales tendencias culturales solo se han hecho más pronunciadas y el discernimiento real está cada vez más ausente en buena parte de la iglesia evangélica.

El discernimiento espiritual es la capacidad de distinguir entre la verdad divina y el error o las verdades a medias (cp. Hch. 17:11; 1 Ti. 4:1-6, 13, 16; 6:20-21; 2 Ti. 4:1-5; Tit. 1:9), y es esencial para la vida cristiana (1 Co. 12:10; Ef. 4:14-15; He. 5:14; 1 Jn. 4:1; cp. 1 R. 3:9; Pr. 2:3; 14:15, 33; 16:21). Esa es la razón por la cual el apóstol Pablo exhortó a los tesalonicenses a examinarlo **todo**. **Examinadlo** es traducción de *dokimazō,* una palabra común del Nuevo Testamento para referirse a probar la autenticidad de algo. Implica distinguir entre verdadero y falso o bueno y malo (cp. 2 S. 14:17). A veces la palabra denota el proceso de diferenciar qué agrada al Señor (Ef. 5:10; cp. Ro. 12:2). **Todo** no permite excepciones; incluye todo asunto e idea que pueda confrontar a los creyentes.

Una vez que los creyentes han examinado **todo**, deben retener **lo bueno**. **Retened** quiere decir "aceptar de todo corazón". **Bueno** (*kalos*) denota lo que es inherentemente auténtico, verdadero, noble y correcto (Ro. 7:16; 1 Ti. 1:8, 18; 2:3; 4:4; 6:12-13, 19; 2 Ti. 4:7; Tit. 3:8), no solo lo que pueda ser hermoso en apariencia. Cuando los creyentes encuentran lo **bueno**, deben aceptarlo y hacerlo suyo (cp. Ro. 12:9; 16:19; Fil. 4:8).

En el sentido opuesto, Pablo advirtió a los tesalonicenses en el versículo 22 que se abstuvieran **de toda especie de mal**. **Absteneos** (*apechō*) es una palabra fuerte que quiere decir "alejarse de". El énfasis está en que el creyente evite completamente cualquier enseñanza o comportamiento maligno. Las Escrituras no permiten en ninguna parte que los creyentes se expongan a las influencias de lo falso o malo; en cambio, deben abstenerse de esas cosas, incluso huir de ellas (1 Co. 6:18; 10:14; 1 Ti. 6:11; 2 Ti. 2:22; cp. Sal. 34:14; 37:27; 97:10; Pr. 3:7; 8:13; 14:16; 22:3).

Mal se refiere a algo que es activamente maligno o dañino. Tal **mal**, que incluye las mentiras y las distorsiones de la verdad como las perversiones morales, aparece en muchas formas. El apóstol advirtió a los tesalonicenses a rehuir **toda especie de mal**. La exhortación de Pablo era un llamado general a los creyentes a discernir la verdad del error, el bien del mal, la justicia del pecado, y era una orden de rechazar cualquier enseñanza, influencia o comportamiento negativos que desagradara a Dios.

Los creyentes que se entregan al completo control del Espíritu Santo apreciarán el carácter de las Escrituras, permitirán que su poder santifique sus vidas y examinarán todo de acuerdo a sus normas. Así cumplirán tres responsabilidades vitales que todos los creyentes tienen con Jesucristo: honrar a su Espíritu, obedecer su Palabra y ejercitar el discernimiento espiritual.

18. La oración por la santificación completa

Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará. (5:23-24)

La bendición final de Pablo señala a la única fuente de poder para obedecer todas las exhortaciones de 4:1—5:22: Dios, el único que santifica al creyente obediente. La santificación está inseparablemente ligada a la fe salvadora; porque a quienes Dios justifica, Él también los santifica (cp. Ro. 8:28-29). El apóstol Pablo comenzó esta epístola dando testimonio de que los tesalonicenses de verdad habían respondido con fe salvadora a su predicación del evangelio y habían sido justificados (1:2-5; 2:1, 12-13); aquí en la conclusión oraba ahora por su santificación completa. Su bendición en oración por ellos en estos versículos revela varios elementos esenciales de la santificación: su naturaleza, fuente y alcance; sus componentes humanos; su meta y culminación; y su seguridad final.

NATURALEZA, FUENTE Y ALCANCE DE LA SANTIFICACIÓN

Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; (5:23*a*)

Santificar (*hagiazō*) quiere decir “apartar”, “separar” del pecado a la santidad. El modo optativo expresa aquí deseo. La forma del sustantivo aparece varias veces más en esta carta (4:3-4, 7) y el verbo también varias veces en el Nuevo Testamento (Jn. 10:36; 17:17, 19; Hch. 20:32; 26:18; Ro. 15:16; 1 Co. 1:2; 6:11; 7:14; Ef. 5:26; 1 Ti. 4:5; 2 Ti. 2:21; He. 2:11; 9:13; 10:10, 14, 29; 13:12; 1 P. 3:15). La santificación es el proceso continuo por el cual Dios separa cada vez más a los creyentes del pecado y los lleva a la santidad. Las súplicas del apóstol por los tesalonicenses son paralelas y reiteran el tema de su oración anterior sobre el crecimiento espiritual de ellos en 3:11-13:

> *Mas el mismo Dios y Padre nuestro, y nuestro Señor Jesucristo, dirija nuestro camino a vosotros. Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irreprensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos.*

El concepto de la santificación, separar las cosas para Dios, es uno de los más antiguos en las Escrituras. En Génesis 2:3, Dios santificó el séptimo día y descansó de su obra creadora. Job solía ofrecer holocaustos a Dios y santificaba a sus hijos (Job 1:5). En el éxodo, Dios apartó al primogénito de su pueblo y sus animales para su uso (Éx. 13:1-2). Justo antes de darle los Diez Mandamientos a Moisés, Dios separó a Israel para ser una nación santa (Éx. 19:5-6; cp. Ez. 37:28) y pocos días después santificó el Monte Sinaí (Éx. 19:23) habiendo ya prohibido a los israelitas acercarse demasiado a este (v. 12). Después, en el desierto, el Señor santificó a Aarón y sus hijos para el oficio sacerdotal (Éx. 28:41ss) y separó el tabernáculo y sus utensilios para los propósitos sagrados (cáps. 30—31; 35—40). Samuel santificó a Isaí y a su hijo David (1 S. 16:5, 12-13). Muchos años después Dios santificó el templo de Jerusalén (2 Cr. 7:16). Antes del nacimiento del profeta Jeremías, Dios lo apartó para el ministerio profético (Jer. 1:5).

Las narraciones del Nuevo Testamento también contienen ejemplos de la obra santificadora de Dios. Él apartó a Juan el Bautista para ser el precursor de Jesucristo (Lc. 1:13-17). Dios Padre también separó a su Hijo, el Mesías, para la obra de la redención (Mt. 1:20-23; Lc. 1:31-33; cp. 2:29-35; Mt. 3:13-17; Hch. 2:22-24). Jesús separó a los doce apóstoles de entre la gran cantidad de discípulos que le seguían (Mr. 3:13-19; Lc. 6:12-16). La naciente iglesia separó a los primeros diáconos para el servicio divino (Hch. 6:1-6) y a otros para el servicio misionero (13:1-3).

Hay tres elementos básicos para definir la santificación del creyente. Primero, está el aspecto fijo, pasado —santificación posicional—, efectuado por Dios en el momento en que salvó a cada creyente. Dios aseguró la santificación posicional por medio de la muerte de su Hijo: “Somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre… porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (He. 10:10, 14). Por la obra expiatoria de Cristo, Dios rescató a todos los creyentes del dominio del pecado y la oscuridad espiritual, y los ubicó en el dominio de la justicia y la luz espiritual. Los creyentes también reciben una naturaleza nueva en la salvación: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17; cp. 2 P. 1:4). La morada del Espíritu en el creyente significa que el creyente tiene una naturaleza nueva (Ro. 8:9). Dios imputa la justicia de Cristo a los creyentes de modo que no los ve pecadores,

sino santificados, cubiertos con la justicia de Cristo (cp. Ro. 3:21-25; 2 Co. 5:21; 1 Jn. 4:10). Como resultado, Dios los declara santos y así los llama (cp. Ro. 1:7; 1 Co. 1:2; 2 Co. 1:1; Ef. 1:1).

La santificación tiene un segundo aspecto futuro —la santificación final— cuando Dios hace a los creyentes realmente libres del pecado en el cuerpo y en el espíritu para siempre. Pablo aseguró a los filipenses: "Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Fil. 3:20-21; cp. Ro. 8:30; 1 Co. 15:52-54; 1 Jn. 3:2-3). En la santificación final, Dios une la naturaleza nueva, entonces librada de la carne debilitadora, a cuerpos transformados y glorificados por toda la eternidad. Es la realización prometida a la iglesia de ser presentada como una esposa sin mancha ni arruga a su Esposo, Jesucristo (Ap. 19:7-8; 21:2, 9; cp. Ef. 5:26-27; Col. 1:21-23).

El tercer elemento que define la santificación bíblica es el aspecto experimental, que tiene que ver con la vida cristiana presente y, por tanto, está entre los aspectos pasado/posicional y futuro/último de la santificación. Es el proceso en el cual los creyentes se esfuerzan, por el poder del Espíritu, en conformarse a la imagen de Cristo. Pablo lo resumió en 2 Corintios 3:18: "Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (cp. Ro. 12:9-21; 15:4-7; 2 Co. 9:6-12; Gá. 5:16—6:10; Ef. 4:1—6:18; Fil. 2:1-4, 14-15; 3:15-17; 4:4-9; Col. 3:1—4:6; 1 Ts. 3:11-13; 4:3-12; 2 Ts. 2:13-15; 3:7, 13; 1 Ti. 4:12-16; 6:11-14; 2 Ti. 1:6-10; Tit. 3:1-8; He. 12:12-15; 13:1-9; Stg. 1:2-27; 3:13-18; 1 P. 3:1-12; 2 P. 1:5-11; 1 Jn. 1:5-9). La santificación experimental es ir en pos de la santidad (cp. Mt. 5:48; 1 P. 1:14-16). El puritano Thomas Watson lo declaró de esta manera: "[La santificación] es un principio de la gracia salvadora obrada, a través de la cual el corazón se hace más santo y se vuelve conforme al corazón de Dios. Una persona santificada no solo es portadora del nombre de Dios, sino de su imagen" (*Body of Divinity* [Cuerpo de divinidad] [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1979, p. 167]). Cuando en todas las epístolas paulinas el autor pasa de la exposición doctrinal a la exhortación práctica, tiene este aspecto en mente. Su oración apasionada por los tesalonicenses y por todos los creyentes era pasar por la santificación experimental. Dios los conformaba progresivamente a la santidad.

Dios es la fuente de la santificación. Después de dar una serie de mandatos y exhortaciones a los tesalonicenses para llamarlos a un esfuerzo devoto y disciplinado (5:12-22; véase también 4:1-8; 11-12, 18; 5:6, 8, 11), Pablo quería reconocer que al final es Dios quien capacita a los creyentes para obedecer esas admoniciones y progresar en santificación (cp. Fil. 2:13). Siglos antes, el profeta Zacarías dejó claro ese principio: "No será por la fuerza ni por ningún poder, sino por mi Espíritu—dice el Señor Todopoderoso—" (Zac. 4:6, NVI). Pablo entendía bien el principio con respecto a su propio ministerio: "A [Cristo], quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí" (Col. 1:28-29; cp. 1 Co. 2:1-5; Ef. 3:20). Sin embargo, la afirmación de Pablo a los colosenses también revela el enlace inseparable entre el esfuerzo humano y el poder divino en la vida cristiana. Los creyentes deben rendirse a Dios (Ro. 6:19; 12:1-2) e ir diligentemente en pos de la santidad (1 Co. 9:24-27; 2 Ti. 4:7; 2 P. 1:5-11) y aun así proceder siempre en dependencia humilde de Él (cp. 1 Co. 15:10; Gá. 2:20).

Desde el punto de vista humano es imposible entender del todo cómo funciona esta simbiosis (cp. Dt. 29:29; Is. 55:9). Pablo resumió bien este proceso insondable cuando dijo a los filipenses: "Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:12-13; cp. Gá. 2:20). Los cristianos deben vivir a diario la salvación que Dios obró en ellos.

Pablo eligió identificar a Dios con la conocida expresión bíblica **Dios de paz** (cp. Ro. 15:33; 16:20; 1 Co. 14:33; 2 Co. 13:11; Fil. 4:9; He. 13:20). **Paz** (*eirēnē*) es la mejor palabra para resumir la obra de salvación divina; por eso el Nuevo Testamento la suele usar para describir a Dios (cp. Lc. 19:38; Jn. 14:27; Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Ef. 2:14; 2 Ts. 3:16). No denota solamente la existencia, situación o estado de la mente libre de conflictos, sino la composición de la bendición del evangelio. Pablo no habla aquí de la tranquilidad propia de Dios, sino de la **paz** de la salvación que provee a través de la cruz de Cristo a todos los que quieran arrepentirse y creer (Is. 53:5; Ro. 5:1; Ef. 2:14-15; Col. 1:20; cp. Lc. 1:79; 2:14; Jn. 14:27; Hch. 10:36; Ro. 10:17).

Para subrayar que **Dios** es quien santifica, el apóstol usó **el mismo** (*autos*) en posición enfática. Dios no delega el proceso de santificación a un ángel o apóstol; ni lo logra mediante algún decreto distante. Más bien, lo lleva a cabo por sus acciones en la vida de los creyentes.

Por completo solo se usa aquí en el Nuevo Testamento y está compuesto por dos palabras griegas: *holos*, "cabal", "completo" y *telēs*, "final". Pablo pidió que Dios santificara a los tesalonicenses "por todo el camino" o "por todas partes"; por medio de tal santificación, ninguna parte de su ser interior quedaría no afectada.

COMPONENTES HUMANOS DE LA SANTIFICACIÓN

y… espíritu, alma y cuerpo, (5:23*c*)

La obra santificadora de Dios no solo incluye la parte inmaterial del creyente (**espíritu** y **alma**), sino también el **cuerpo** (Pablo no se refiere aquí a la glorificación, porque deseaba que el elemento de la santificación mencionado ahora fuera cierto para los tesalonicenses cuando Cristo volviera, no después). En vista de la cultura griega prevalente, es importante que Pablo incluyera el **cuerpo** en su bendición. Esa cultura, influenciada por el dualismo filosófico, según el cual el espíritu del hombre es inherentemente bueno y su cuerpo es inherentemente malo, no tenía al cuerpo en buena estima. Esa filosofía proveía razones convenientes para tachar de intrascendente cualquier comportamiento físico inmoral en que las personas se hubieran involucrado.

Pero ese pensamiento era aborrecible al apóstol Pablo, quien más adelante exhortó a los corintios así: "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Co. 6:19-20; cp. Lc. 11:36; Ro. 6:12-13; 8:13; 12:1; 1 Co. 6:13, 15; 9:27; Col. 2:23; 3:5; Stg. 3:2-3, 6). Si la santificación ha de completarse, se extenderá a cada parte del creyente, especialmente al cuerpo, que piensa, siente y actúa en respuesta a la santidad de la persona interior.

Durante años ha habido un debate importante sobre la definición y uso de los términos **espíritu** y **alma**. Algunos (llamados históricamente tricotomistas) creen que Pablo estaba identificando dos categorías distintas en la esencia no material del hombre. Esas partes, junto con el cuerpo, hacen del hombre un ser tripartito. Otros (históricamente llamados dicotomistas) creen que *espíritu* y *alma* son palabras intercambiables para denotar la naturaleza interna e indivisible del hombre. Esos intérpretes, pues, consideran que el hombre es un ser bipartito, compuesto solamente por la naturaleza no material (**espíritu** y **alma**) y la material (**cuerpo**).

Ningún texto de las Escrituras atribuye sustancias y funciones distintas para el espíritu y el alma. No obstante, los tricotomistas, proponen que el **espíritu** es la consciencia de Dios en el hombre y el **alma** es la consciencia terrenal; no obstante, ni el uso griego de **espíritu** (*pneuma*) ni el de **alma** (*psuchē*) respaldan esa proposición. La parte inmaterial del hombre tiene innumerables capacidades para responder a los múltiples estímulos de Dios, Satanás y el mundo, pero no puede defenderse la separación arbitraria del espíritu y el alma. Los dos términos se usan de modo intercambiable en las Escrituras (cp. He. 6:19; 10:39; 1 P. 2:11; 2 P. 2:8). **Espíritu** y **alma** son palabras sinónimas y comunes que Pablo usó para enfatizar la profundidad y el alcance de la santificación. Algunos sugieren que una traducción aceptable de esta oración de Pablo pudiera ser: "Y su espíritu, incluso su alma y cuerpo", en cuyo caso *espíritu* se referiría a la totalidad de la persona, y *alma y cuerpo* a las partes inmaterial y material de la persona. Las referencias de Pablo en las otras epístolas aporta evidencia clara de que él era dicotomista (Ro. 8:10; 1 Co. 2:11; 5:3, 5; 7:34; 2 Co. 7:1; Gá. 6:18; Col. 2:5; 2 Ti. 4:22).

Algunos afirman que Hebreos 4:12 respalda la perspectiva tricotómica de la esencia humana porque sugiere la división entre el alma y el espíritu: "Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón". Pero una revisión cuidadosa del lenguaje en el versículo anula esa opinión. El escritor no dijo que la espada de la Palabra penetra el interior de la persona y separa su alma de su espíritu. Solo dice que la espada corta el alma y el espíritu de la persona. El autor usó una segunda expresión metafórica, "penetra… las coyunturas y los tuétanos" para describir incluso mejor la penetración profunda de la Palabra de Dios en la persona interior. Este versículo no plantea dificultades especiales a la posición dicotómica.

LA META Y LA CULMINACIÓN DE LA SANTIFICACIÓN

todo vuestro ser… sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo. (5:23*b*, *d*)

Todo (*holoklēros*) quiere decir "con integridad", "total", "intacto", "sin daño" y concuerda perfectamente con el deseo de Pablo y de su Señor sobre la santidad de la iglesia, sin mancha ni defecto (Ef. 5:25-27; cp. 2 Co. 6:16; 11:2; 1 Ti. 3:15; 1 P. 2:5; Ap. 19:7-8; 21:2).

Esta porción de la oración de Pablo también es consecuente con la meta personal que expresó a los filipenses: "Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Fil. 3:14). El premio por ser llamado al cielo es la santidad eterna y la semejanza a Cristo. Y mientras tanto, el apóstol tenía, en todo lo posible, la misma meta terrenal: ir en pos de la semejanza de Cristo. Dijo que eso era lo que hacía (3:13). En el equilibrio maravilloso del esfuerzo diligente y del poder divino presente en cada aspecto de la salvación, Pablo oró pidiendo que los santos fueran guardados, que Dios los mantuviera en el sendero de la santidad hasta que recibieran la santificación final (cp. Mt.

24:13; Hch. 13:43; 14:22; Ef. 6:18; Col. 1:21-23; He. 12:2-3). Su deseo era que Dios los llevara irreprensibles hasta ese punto. **Irreprensible** (*amemptōs*) es la misma palabra que los arqueólogos han encontrado en tumbas cristianas de la Tesalónica antigua. Cuando las personas querían identificar a un amigo o familiar cristiano muerto, inscribían *intachable* en su tumba; ser intachable en el comportamiento es lo que desea el Señor para su iglesia (cp. Ef. 5:26-27).

Para la venida del **Señor Jesucristo**, Dios quitará el pecado de todos los creyentes. En 1 Corintios 15:50-54 se afirma esa realidad:

> *Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria.*

Esta es la cuarta mención de su **venida** (*parousia*) y, como con las otras ocasiones (2:19; 3:13; 4:15), otra vez es una referencia al arrebatamiento de la iglesia. Pablo oraba pidiendo que cuando el **Señor Jesucristo** viniera a por los creyentes los encontrara yendo fielmente tras la meta de ser tan santos como su Señor y anhelando recibir la promesa celestial de la perfección.

SEGURIDAD DE LA SANTIFICACIÓN FINAL

Fiel es el que os llama, el cual también lo hará. (5:24)

Dios, **el que llama**, también es **fiel** para completar y llevar a cabo el propósito de la santificación. Pablo expresó después a los filipenses esta confianza en la fidelidad de Dios con los creyentes: “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil 1:6). Esa es otra promesa a todos los creyentes, que Dios tiene el poder para garantizar su santificación final. La salvación que Dios concede es segura; con gracia y eficacia **llama** a los individuos (Jn. 6:37, 44-45, 64-65), les da la fe para arrepentirse y creer (Ef. 2:8-9; cp. 2 Ti. 2:25-26), y les provee la gracia para perseverar hacia la gloria de la santificación final (Jud. 24-25; cp. 1 Co. 10:13). Romanos 8:28-30 también declara esta promesa:

> *Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.*

En resumen, la oración de Pablo por los tesalonicenses sugiere un número de principios esenciales en el proceso de santificación que todos los cristianos necesitan recordar. Primero, la santificación experimental es inherentemente positiva y negativa. Por lo negativo, requiere la purga del pecado (cp. Ro. 6:6; 8:13; 2 Ti. 2:19). Las Escrituras comparan el pecado con la levadura (cp. Mt. 16:12; 1 Co. 5:6-8; Gá. 5:8-9), que connota la influencia del mal con el cual el pecado permea la humanidad. La santificación no elimina el pecado, pero quita del creyente su amor por este y decrece su frecuencia (cp. Ro. 6:22; 7:21-25; Fil. 3:7-16; Tit. 2:11-12). La santificación positiva requiere la renovación de la mente (cp. Ro. 12:2) y revestirse de la semejanza a Cristo (cp. Col. 3:5-17). Los cambios positivos y negativos ocurren a medida que el Espíritu Santo usa la Palabra de Dios en las vidas de los creyentes (Jn. 17:17; 2 Ti. 3:16-17; cp. Jn. 15:1-3).

Segundo, la santificación ocurre principalmente en el corazón, en la mente, en el ser interno. No está relacionada con modificar el comportamiento externo —aun si tal cambio estuviera alineado con la ley de Dios— sin cambiar el corazón (cp. Ro. 3:21-23, 28; 4:4-5; 5:1-2), ni circunscribe las acciones y actitudes de la persona a un código de ética arbitrario (cp. Ro. 14:17; Col. 2:16-23). La santificación no afecta a las acciones cristianas externas (cp. Jn. 15:4-5; Ef. 2:10), es esencialmente gracia interna. Se ilustra por lo que escribió el apóstol Pedro a las esposas creyentes: “Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios” (1 P. 3:3-4).

Tercero, la Biblia llama a la santificación una bella realidad (cp. Sal. 110:3). La santidad es la corona de joyas hermosas de la Divinidad, refleja la perfección divina, la virtud sin mitigaciones, la justicia absoluta y la ausencia pura de pecado (cp. Éx. 15:11; Sal. 47:8; 145:17; Is. 57:15). La santificación es una experiencia noble que imparte a los creyentes una medida de la majestad que Dios pretendía para ellos cuando creó a la humanidad a su imagen (cp. Gn.

1:26-27; Sal. 8:4-6).

Cuarto, la santificación es una realidad continua. En el nuevo nacimiento, Dios planta la semilla de la justicia, el principio de la vida divina, en el corazón del creyente (cp. 1 P. 1:23-25). Eso no quiere decir que él no volverá a pecar, sino que habrá discontinuidad en su patrón ininterrumpido de pecado y comenzará a vivir en un nuevo patrón de santidad (cp. Ro. 6:17-18; 1 Jn. 3:9).

Quinto, los creyentes deben recordar que las personas pueden falsificar la santificación en varias formas. Primera, la virtud moral puede sustituir la verdadera santificación. Las personas pueden exhibir cualidades del carácter como ausencia de prejuicios, lealtad, civismo, bondad, generosidad, diligencia y filantropía y, sin embargo, ser incrédulos de corazón (cp. Is. 29:13). Segunda, la actividad religiosa puede enmascararse de santificación. Por ejemplo, las personas religiosas devotas pueden pasar años evitando los pecados más abyectos y buscando agradar a Dios adhiriéndose a los rituales de su iglesia y justificándose a sus propios ojos con buenas obras (cp. Mt. 23:23-25; Lc. 18:10-14). Pero hacen todo esto porque temen a Dios y quieren obtener su perdón, no porque sean sus hijos y lo amen sinceramente por su gracia. Tercera, profesar externamente el cristianismo puede parecer santificación genuina (cp. Mt. 23:27-28). Suele lucir un tipo de piedad hipócrita que solamente es superficial (cp. Mt. 7:21-23). Tal santificación falsa no solo engaña a los testigos, también a quienes la practican. Cuarta, su consciencia y su miedo a las consecuencias del pecado suelen refrenar a las personas de los malos comportamientos. La mayor parte del tiempo ellas rechazan el pecado porque temen las consecuencias negativas físicas, psicológicas e incluso legales. Tal vez hayan crecido en una familia cristiana en la cual sus padres les enseñaron principios bíblicos y establecieron un fundamento doctrinal que informa a sus conciencias las convicciones morales. Tales personas temen adentrarse en el pecado abierto y parecen justas en lo exterior, pero solo porque no quieren una conciencia culpable que los turbe. El amor salvador por Cristo no es el motivador de su comportamiento, el miedo humano y la conciencia sensible dirigen sus acciones.

Sexto, la santificación evita que los creyentes contaminen las cosas santas. “Todas las cosas son puras para los puros, mas para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas” (Tit. 1:15). Los incrédulos se burlan y blasfeman contra Dios y su Hijo (cp. Lc. 22:65; Ro. 8:7; Col. 1:21; Ap. 16:9). Ridiculizan las cosas de Dios y al pueblo de Dios (cp. Neh. 2:19; Sal. 38:12; 2 Ti. 3:3-4), lo cual significa que también ridiculizan y degradan la Palabra de Dios (cp. Neh. 9:28-29). Contaminan todo lo que Dios ha diseñado por su gloria y para bendición humana (cp. Ro. 1:21-32), como la belleza de la creación, el matrimonio y la amistad. En contraste, cuando Dios santifica a los creyentes, consideran santas las cosas más simples y mundanas de la vida y respetan todas las cosas que los incrédulos no respetan (cp. Sal. 1:1-6).

Por último, los cristianos deben recordar que la santificación es la prioridad de Dios para sus vidas. Es su voluntad para ellos (1 Ts. 4:3; cp. He. 12:14) y el resultado de la muerte de Cristo a favor de ellos, “quien se dio a sí mismo por [ellos] para [redimirlos] de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tit. 2:14). Todos los creyentes deben vivir para la santificación. No tienen otra meta en la vida que ser como Jesucristo: “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6).

19. Peticiones finales de Pablo

Hermanos, orad por nosotros. Saludad a todos los hermanos con ósculo santo. Os conjuro por el Señor, que esta carta se lea a todos los santos hermanos. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. (5:25-28)

En este epílogo, Pablo transmite sus peticiones personales directa y claramente a la iglesia amada de Tesalónica. Antes de cerrar con una bendición, hace tres peticiones: (1) orar por él como pastor, (2) mostrar afecto unos por otros y (3) someterse a la Palabra de Dios.

PETICIÓN DE ORACIÓN

Hermanos, orad por nosotros. (5:25)

Esta sencilla solicitud a los **hermanos** tesalonicenses de orar **por** él constituye su primer deseo al despedirse de ellos. Como lo expresaba con frecuencia a sus iglesias, la carga del corazón del apóstol era que su rebaño intercediera ante el Señor por él (cp. Ro. 15:30; 2 Co. 1:11; Ef. 6:18-20; Fil. 1:19; Col. 4:2-4; Flm. 22) y, por implicación, que todos los creyentes oraran por sus pastores.

Hermanos (*adelphoi*), en posición enfática, se usa repetidas veces (véase también 1:4; 2:1, 9, 17; 3:7; 4:1, 10; 5:1, 12, 14) para subrayar el gran afecto de Pablo por los tesalonicenses. **Hermanos** no deja a nadie fuera y servía de base para la primera petición de Pablo; porque estaban juntos en la familia de Dios y él tenía derecho a esperar que ellos oraran por él.

Nosotros incluye a Silas y Timoteo, los colaboradores de Pablo. Los tres habían sido fieles en oración por los tesalonicenses: "Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones" (1 Ts. 1:2; cp. Hch. 6:4), y ahora Pablo les pedía que le devolvieran el favor espiritual. **Orad** está en tiempo presente, lo cual indica que Pablo quería que los tesalonicenses hicieran un hábito de estas oraciones.

Es consecuente con las peticiones en otras de sus epístolas que Pablo expresara su dependencia en las oraciones de los otros creyentes. William Hendriksen comenta:

> [Pablo], quien, en medio de sus hercúleas labores, en 2 Corintios 11:29 exclama: "¿Cuando alguien se siente débil, no comparto yo su debilidad?" [NVI] y quien, como prólogo de esa expresión, escribe una lista larga de sufrimientos y dificultades que tuvo que soportar, siente la necesidad de que oren por él. Las circunstancias que lo rodeaban en Corinto no eran fáciles en absoluto… Además, él (junto con Silas y Timoteo, por supuesto) cree en la eficacia de la oración. Por tanto, no sorprende encontrar aquí (y en varias de sus epístolas) esta petición conmovedora: "Hermanos, oren por nosotros"; cp. 2 Ts. 3:1; Ro. 15:30; Ef. 6:19; Col. 4:3 (*New Testament Commentary. Exposition of Thessalonians, Timothy and Titus* [Comentario al Nuevo Testamento. Exposición de Tesalonicenses, Timoteo y Tito] [Grand Rapids: Baker, 1981], p. 142).

Gardiner Spring, pastor presbiteriano del siglo XIX en Nueva York, entendió el papel vital de la oración en la guerra espiritual e hizo una petición apasionada para que los cristianos oraran por sus pastores:

> Ah, es un tremendo desperdicio que se permita alguna vez la entrada de los ministros a los púlpitos sin estar precedidos, acompañados y seguidos por las oraciones más fervientes de las iglesias. No sorprende que el púlpito sea tan carente de poder y sus ministros estén tan descorazonados cuando tan pocas personas sostienen sus brazos. La consecuencia de rechazar este deber se ve y se siente en el declive espiritual de las iglesias, y se verá y se sentirá en la perdición eterna de los hombres. ¡Mientras que la consecuencia de tenerlo en cuenta sería la congregación de multitudes en el reino de Dios y nuevas glorias al Cordero que fue inmolado!
>
> Por eso, el escritor, de su parte y de parte de los hermanos amados y respetados, desea las oraciones de todos los que aman al Salvador y a las almas de los hombres. Somos los dispensadores de la verdad de Dios y en el mejor de los casos estamos muy por debajo del poderoso asunto que nos ocupa. Los deberes de nuestro llamado regresan a nosotros con cada día y semana que pasa. Suelen venir a nosotros con muchas exigencias en conflicto. Suelen

> hacernos exigencias sobre todos nuestros demás pensamientos, justo cuando hemos perdido el poder de pensar; y a veces solicitan toda la intensidad y fuerza de nuestros afectos, justo en el momento en que menos somos capaces de expresarlos. Asociadas a estas exigencias, están la presión del estrés y la ansiedad que hace decaer, cosas que agotan nuestro vigor, lisian nuestra valentía y consumen nuestro espíritu. ¡Y entonces, además de todo esto, hay tantas desilusiones en nuestro trabajo que necesitamos desesperadamente la simpatía y el consuelo de las oraciones del pueblo fiel! ("A Plea to Pray for Pastors" [Una súplica de oración por los pastores] [Amityville, NY: Calvary, 1991], pp. 5-6; tomado de *The Power of the Pulpit* [El poder del púlpito] [Reimpresión de la edición de 1848; Edimburgo: Banner of Truth, s.f.]).

La petición de oración de Pablo sugiere varios asuntos que los creyentes deben recordar cuando oren **por** su pastor. Primero, es importante orar por la seguridad del pastor. En la segunda carta, Pablo dijo a los tesalonicenses: "Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros, y para que seamos librados de hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe" (2 Ts. 3:1-2; cp. Ro. 15:31*a*). Con *perverso* se refiere a quienes fueron exageradamente malos y hostiles con Pablo y buscaban hacerle daño (principalmente los judíos incrédulos). El pastor fiel, quien una vez tras otra confronta la maldad del sistema mundano con la verdad espiritual podría sufrir un daño potencial (Jn. 15:20; 2 Ti. 3:12; cp. Hch. 4:3; 5:18; 13:50; 16:23) y, por eso, necesita las oraciones de su pueblo por su seguridad.

Segundo, los creyentes deben orar pidiendo sabiduría para sus pastores en el servicio. Pablo pidió a los romanos que oraran para que "la ofrenda de [su] servicio a los santos en Jerusalén [fuera] acepta" (Ro. 15:31*b*). No se refería con *servicio* a su predicación y enseñanza de la doctrina. Más bien, se refería a su liderazgo servicial de recoger dinero en las iglesias gentiles de Macedonia y Asia Menor para ayudar a los miembros pobres de la iglesia de Jerusalén (Hch. 11:27-30; 1 Co. 16:1-3; cp. 2 Co. 8—9). Pablo anhelaba las oraciones de los creyentes por sabiduría para administrar el plan con eficacia. Cuando emprendió la recogida de esta ofrenda especial, el apóstol no tenía garantía de si los judíos la recibirían con gratitud amorosa y reconocerían que los gentiles la enviaban como un gesto de bondad fraternal. Su ruego a los romanos ilustra bien y con sencillez por qué los pastores necesitan las oraciones para tomar buenas decisiones en el liderazgo y para ejercitar el juicio sabio a la hora de resolver posibles conflictos.

Tercero, los creyentes deben orar para que los planes futuros y las prioridades del pastor sean conformes a la voluntad de Dios para él (Stg. 4:13-15; cp. Mt. 6:10, 33; Hch. 21:14; Ro. 1:10; 15:32; Ef. 6:6; 1 P. 5:1-4). Pablo pidió a los romanos que oraran para que Dios dirigiera su camino "para que con gozo [llegara a ellos] por la voluntad de Dios, y que [fuera] recreado juntamente con [ellos]" (Ro. 15:32). Los pastores tienen deseos y visiones para el ministerio futuro y, como Pablo, necesitan la valentía que puede resultar de las oraciones de los creyentes; para que Dios, en su providencia, cumpla esos planes.

Cuarto, los cristianos necesitan orar por la eficacia de sus pastores en la predicación de la Palabra de Dios. Pablo buscaba tal oración de los efesios: "[Oren] por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio" (Ef. 6:19; cp. Col. 4:2-4). Pablo sumó estas peticiones de oración a las que antes había hecho a los tesalonicenses: "Que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros," (2 Ts. 3:1). Allí su deseo era que la Palabra *corriera* de un lugar a otro (como lo haría un velocista) y recibiera honor cuando las personas la obedecieran.

Por último, la iglesia necesita orar para que Dios fortalezca espiritualmente a su pastor y le permita ministrar con integridad. Gardiner Spring solicitó oración por fortaleza espiritual en estos términos:

> Hermanos, *oren por nosotros*, para que Dios nos guarde del pecado; para que andemos con cuidado, no como necios, sino como sabios, aprovechando el tiempo [Ef. 5:16]; para que nuestros corazones puedan ser más devotos a Dios y nuestras vidas sean un ejemplo más impresionante del evangelio que predicamos; para que seamos completamente adecuados para nuestra obra, nuestros conflictos y nos revistamos de toda la armadura de Dios [6:10-17]; para que seamos más fieles y sabios para ganar almas; y para que disciplinemos nuestro cuerpo y lo tengamos en sujeción, no sea que habiendo predicado a otros, nosotros seamos desechados (1 Co. 9:27) ("Petición de oración por los pastores", p. 9; cursivas en el original).

El escritor de Hebreos instó a su pueblo a orar pidiendo que la integridad siguiera siendo evidente: "Orad por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo" (He. 13:18).

PETICIÓN DE AFECTO

Saludad a todos los hermanos con ósculo santo. (5:26)

El segundo deseo de Pablo en su despedida era que los tesalonicenses mostraran afecto entre ellos. El deseo paulino de

que sus lectores se saludaran con un beso **santo** fue una conclusión común en todas sus cartas (Ro. 16:16; 1 Co. 16:20; 2 Co. 13:12; cp. 1 P. 5:14). **Saludad** conlleva la intención de un gesto justo y amigable, a diferencia de un reconocimiento formal y reservado.

A todos los hermanos incluye a todos los creyentes de Tesalónica, incluso a los rebeldes de 5:14. Cuando los ancianos recibieron esta carta, tenían que transmitir a toda la congregación por medio de un **ósculo santo** el amor del apóstol por la iglesia. Cuando los miembros se dieran el beso, también demostrarían tangiblemente su amor mutuo. En los tiempos de Pablo era usual que las personas saludaran a los superiores con un beso en los pies, rodillas, codos o manos; pero los amigos se besaban en la mejilla (el beso hipócrita de Judas Iscariote es la ilustración más torcida de esta costumbre [cp. Mt. 26:49]). El **ósculo santo** llegó a ser un símbolo de amor y afecto genuino entre los creyentes; pero era más que una señal litúrgica o un gesto ritual realizado solamente durante los servicios de adoración; era una muestra personal y espontánea de afecto practicada cuando se encontraban dos amigos creyentes.

Con el tiempo, las personas comenzaron a abusar del beso santo y en el siglo XIII la iglesia occidental abandonó la práctica. Ahora, los cristianos de occidente expresan afecto estrechándose la mano o con un abrazo. Sin embargo, cualquiera que sea la forma apropiada que tome el afecto, el apóstol Pablo ordenó que los creyentes se amaran de modo demostrable.

PETICIÓN DE SUMISIÓN

Os conjuro por el Señor, que esta carta se lea a todos los santos hermanos. (5:27)

Pablo declaró a los tesalonicenses, en los términos más fuertes, su tercer deseo de despedida: que se sometieran a la Palabra de Dios. Mandó a los tesalonicenses leer **esta carta a todos los hermanos**, porque su contenido era de inspiración divina.

Conjuro (*enorkizō*) es una palabra fuerte que significa “atar en juramento”. Pablo estaba tan resuelto a que todos los tesalonicenses recibieran el contenido de su carta que impuso a los ancianos un juramente solemne (**por el Señor**). Así, a través de Pablo, el Espíritu los obligó a asegurarse de que todos oyeran la carta (cp. Ap. 2:7, 17, 29; 3:6, 13, 22).

Se lea connota una lectura en voz alta en el servicio público de adoración. La lectura pública de las Escrituras era esencial para la responsabilidad espiritual del pueblo de Dios (2 Ts. 3:14; 1 Ti. 4:13; cp. Gá. 4:16). Al apóstol le preocupaba que los tesalonicenses se decepcionaran por su ausencia y rechazaran por ello su carta. De modo que urgió a los ancianos a leerla cuando la iglesia se reuniera para que todos oyeran su contenido. Pablo quería en particular que oyeran sus palabras de consuelo y de aclaración con respecto a la escatología (4:13—5:11).

Inicialmente, solo había una copia atesorada de la epístola, lo cual hizo imposible que cada uno la leyera por separado. Probablemente, la mayoría de los miembros de la iglesia no pudieron leerla por su analfabetismo. La carta debía leerse cual Palabra de Dios, revelación del cielo cierta y autoritativa, y que exigía fe y obediencia.

PABLO DA SU BENDICIÓN A LOS TESALONICENSES

La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. (5:28)

El apóstol Pablo resumió su correspondencia con una bendición: oró pidiendo que experimentaran **la gracia** del **Señor Jesucristo**. Pablo comenzaba y cerraba todas sus epístolas con una mención a la **gracia** divina (p. ej., Ro. 1:7; 16:20; 1 Co. 1:3; 16:23; Gá. 1:3; 6:18) porque la gracia es el centro de la teología cristiana (Jn. 1:14, 17; Ro. 3:24; Ef. 1:7; 2:5; Tit. 3:7). La gracia resume todo lo que Dios provee a los creyentes **en Jesucristo** (Ro. 4:16; 1 Co. 15:20; 2 Co. 9:8; 2 Ts. 1:11-12; 2 P. 3:18). Con respecto al uso del término **gracia** en las aperturas y cierres de las cartas paulinas, Leon Morris observó:

> Fundamentalmente, gracia quiere decir “aquello que causa gozo”, y discernimos una sombra de su significado cuando hablamos de una acción grácil o de la cortesía social. Llegó a significar “favor”, “bondad” y luego, especialmente, bondad de Dios para el hombre para satisfacer sus necesidades espirituales en Cristo. Como consecuencia, pasó a significar lo que se debe a la gracia; a saber, los buenos dones de Dios a los hombres, y finalmente, la actitud de agradecimiento que todo esto despierta en los cristianos. Cuando se usaba en los saludos, hacía referencia al don gratuito de Dios, pero la palabra evoca necesariamente las memorias del don gratuito en el Calvario… Es la gracia del Señor lo que persiste en los pensamientos del apóstol [cuando cierra sus cartas], tal como es la gracia del Señor con lo que las comienza (*The First and Second Epistles to the Thessalonians* [Primera y segunda epístolas a los Tesalonicenses], The New International Commentary on the New Testament [Nuevo comentario internacional del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1989], pp. 49, 187).

Las peticiones finales que Pablo hizo a los tesalonicenses se equiparan a lo que todos los pastores dedicados desean para sus propias iglesias: que su pueblo ore por ellos, que su pueblo les demuestre afecto y se demuestren afecto entre ellos y que oigan, lean, estudien y apliquen la Palabra de Dios. La iglesia evangélica vive ahora en un tiempo en que muchas personas suponen que pueden alcanzar su misión usando estrategias, programas y métodos centrados en el hombre. Estas personas minimizan la necesidad de apoyarse regularmente en los recursos suficientes y divinos contenidos en las Escrituras. Es una mentira de Satanás que los pastores puedan hacer su labor sin las oraciones de su pueblo cargadas de poder divino; pero es la verdad de Dios que, a través de esas oraciones, dará poder a los pastores para permitirles cumplir su llamado y ayudar en la edificación de la iglesia de Dios.

Bibliografía

Arndt, William F. y F. Wilbur Gingrich, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* [Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y de otra literatura cristiana temprana]. Chicago: Univ. of Chicago, 1957.

Best Ernest, *The First and Second Epistles to the Thessalonians* [Primera y Segunda epístolas a los Tesalonicenses]. Black's New Testament Commentary [Comentario de Black al Nuevo Testamento]. Peabody: Hendrickson, 1988.

Bruce F. F. *1 & 2 Thessalonians* [1 y 2 Tesalonicenses]. Word Biblical Commentary [Comentario bíblico Word]; vol. 45. Waco, Word, 1982.

Carson, D. A., Douglas J. Moo y Morris, Leon. *Una introducción al Nuevo Testamento*. Barcelona: Clie, 2008.

Findlay, G. G. *The Epistles of Paul the Apostle to the Thessalonians* [Las epístolas del apóstol Pablo a los tesalonicenses] [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1982].

Gromacki, Robert G. *New Testament Survey* [Panorama del Nuevo Testamento]. Grand Rapids: Baker, 1974.

Guthrie, Donald. *New Testament Introduction* [Introducción al Nuevo Testamento], edición revisada. Downers Grove: Intervarsity, 1990.

Harrison, Everett F. *Introducción al Nuevo Testamento*. Grand Rapids: Desafío, 1980.

Hendriksen, William. *New Testament Commentary: Exposition of Thessalonians, Timothy, and Titus* [Comentario al Nuevo Testamento: Exposición de Tesalonicenses, Timoteo y Tito]. Grand Rapids: Baker, 1981.

Hiebert, D. Edmond. *An Introduction to the New Testament Volume Two: The Pauline Epistles* [Introducción al Nuevo Testamento volumen dos: Las epístolas paulinas]. Chicago, Moody, 1977.

________. *The Thessalonian Epistles: A Call to Readiness* [Las epístolas a los tesalonicenses: Un llamado a estar listos]. Chicago, Moody, 1977.

Marshall, I. Howard. *1 and 2 Thessalonians* [1 y 2 Tesalonicenses]. The New Century Bible Commentary [Comentario bíblico del nuevo siglo]. Grand Rapids: Eerdmans, 1983.

Morris Leon. *The First and Second Epistles to the Thessalonians* [Primera y segunda epístolas a los tesalonicenses]. The New International Commentary on the New Testament [Nuevo comentario internacional al Nuevo Testamento]. Grand Rapids: Eerdmans, 1989.

Pfeiffer, Charles F. y Howard F. Vos *The Wycliffe Historical Geography of Bible Lands* [La geografía histórica Wycliffe de las tierras bíblicas]. Chicago: Moody, 1967.

Ramsay, Sir William M. *St. Paul the Traveler and Roman Citizen* [San Pablo el viajero y el ciudadano romano] Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1975.

Smith, T. W. *What the Bible Teaches: 2 Thessalonians* [Qué enseña la Biblia: 2 Tesalonicenses]. Kilmarnock: John Ritchie, 1983.

Thomas Robert L. “1, 2 Thessalonians” [1, 2 Tesalonicenses] en *The Expositor's Bible Commentary* [Comentario bíblico del expositor], vol. 11. Editado por Frank E. Gaebelein. Grand Rapids: Zondervan, 1979.

Wanamaker, Charles A. *The Epistles to the Thessalonians* [Las epístolas a los tesalonicenses]. The New International Greek New Testament Commentary [Nuevo comentario internacional del Nuevo Testamento griego]. Grand Rapids: Eerdmans, 1990.

Wilson, Geoffrey B. *1 & 2 Thessalonians* [1 y 2 Tesalonicenses]. Edimburgo: Banner of Truth, 1975.

Wilson, T. E. *What the Bible Teaches: 1 and 2 Thessalonians* [Qué enseña la Biblia: 1 y 2 Tesalonicenses]. Kilmarnock: John Ritchie, 1983.

Índice de palabras griegas

Índice de temas